
SAGA ORDINALES
LA SEGUNDA CONSORTE
PHAVY PRIETO

S A G A O R D I N A L E S

LA SEGUNDA CONSORTE

PHAVY PRIETO

A mi querida abuela, Catalina.
Que ya no camina junto a mí, pero sigue marcando mi rumbo.
Fuiste la brújula que me enseñó a no perderme.
La voz que me mostró la fuerza y el refugio donde aprendí
que el amor es la mayor herencia.

Todo lo que soy nace de lo que un día tu fuiste.
Gracias por tanto.
Te quiero al infinito.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Agosto 2025

ISBN: 9798297882423

Sello: Independently published

"Si llego a amarte, lo haré con todo lo que soy, hasta que el último hilo de mi vida se rompa"

Alfred Lord Tennyson

Aviso importante: Esta novela está basada en un contexto histórico ficticio. Todos sus personajes, así como su historia, nombres y relaciones son inventados pese a que los lugares y la situación tengan matices históricos reales. Algunas situaciones han sido inventadas para que la historia pudiera encajar en la serie y haré algunas aclaraciones al final del libro para no anticipar ningún spoiler.

Dicho esto, espero que puedas disfrutar enormemente de la lectura ;)

ACERCA DE LA AUTORA

ANTECEDENTES

La Novena Hija del Conde

La Octava Condición

El Séptimo Pecado

El Sexto Sentido

La Quinta Esencia

La Cuarta Institutriz

El Tercer Secreto

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

EPÍLOGO

EL PRIMER BESO

Avance de El primer beso.

NOTA DE AUTORA

AGRADECIMIENTOS

ACERCA DE LA AUTORA

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, con un máster en 2024 de creación literaria es una joven andaluza a la que siempre le han apasionado los libros.

Su incursión en el mundo editorial inició en una plataforma de lectura alcanzando los trescientos mil seguidores y millones de visualizaciones. Entre sus publicaciones más conocidas destacan la *Serie ordinales* de ámbito histórico, *La Belleza de la Bestia* inspirada en el cuento clásico o *De Plebeya a princesa por una noche en las vegas* una comedia romántica.

En 2024 inició con su primera publicación a través de editorial arrancando con *Inmemorial*, una novela romántica inspiracional que conquistó a sus seguidores y a la que le sigue *Infinito*.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o próximas obras, síguela en sus redes sociales.



phavyprieto



Phavy Prieto



www.phavyprieto.com

ANTECEDENTES

La Novena Hija del Conde



Lady Emily Norwing es la novena hija del reciente fallecido Conde Ashby, arruinado por las cuantiosas dotes que ha tenido que ofrecer para casar a sus ocho hijas, queda huérfana y bajo la tutela de su cuñado. Es consciente a sus diecisiete años, que una joven sin dote no tiene posibilidades para contraer matrimonio, pero ella desconoce su increíble belleza e ingenio por los cuales sorprende a todos.

El duque de Sylverston queda gratamente sorprendido con la belleza que irradia la jovencísima señorita Norwing. Algo en ella le despierta cierto instinto haciéndole rememorar sentimientos que él creía no volver a sentir. Aunque entre ellos no existe ninguna posibilidad, él hizo un juramento y su honor no le permite quebrantarlo.

A pesar de sus diferencias y los dieciocho años que les separan, ambos se enfrentaran a lo inevitable. La atracción que sienten el uno hacia el otro.

La Octava Condición



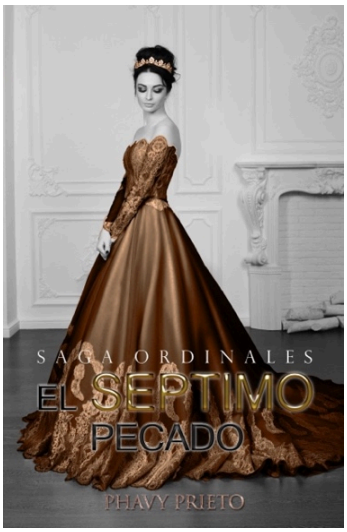
David Clayton, cuarto Duque de Lennox es un joven libertino, maleducado y endiabladamente apuesto que solo quiere disfrutar de la vida sin esforzarse en absoluto.

Catherine Wells es la única hija legítima del Vizconde de Grafton y su única acaudalada heredera. Aunque su fortuna sea grandiosa, su belleza es todo lo contrario, además, su madrastra y hermanastra se encargan de recordádselo a cada instante.

Pero... ¿Y si ninguno de los dos es realmente lo que aparentaba ser en un principio?

Sus destinos están irremediablemente vinculados. Sus familias han acordado su matrimonio y deben acatar ocho condiciones si no desean verse en la ruina. Aunque la octava condición sea la más difícil de cumplir.

El Séptimo Pecado



La señorita Julia Benedict es una joven brillante llena de cualidades que no cualquier hombre sabría apreciar. Su picaresca, audacia y su intrépida personalidad son algunas de ellas, pero lo que hace que Julia sea especial sin duda alguna, es la devoción que siente por ayudar a los demás.

Es consciente muy a su pesar, de que jamás se casará por amor; puesto que el hombre del que siempre ha estado enamorada nunca pondría sus ojos en ella, es más, no los pondría en ninguna joven respetable porque el señor Richard Hayden nunca osaría contraer matrimonio.

El primer error de Julia fue pedirle un beso, un solo beso que atesorar en el más infinito y recóndito de sus pensamientos, pero aquella maldita petición trajo consigo consecuencias desastrosas y tras ser descubierta por su hermano junto a media sociedad londinense solo podía terminar de una forma para salvar su reputación.

Si había algo que detestaba Richard Hayden, era el matrimonio. Preferiría morir antes que atar su vida a una misma mujer, pero si no le quedaba más remedio que hacer a la

señorita Benedict su esposa, se aseguraría de que se arrepintiera de ello y de que su vida fuera un auténtico infierno.

El Sexto Sentido



Susan Brandon es una joven de gran belleza que sueña con encontrar el verdadero amor desde que era pequeña y a pesar de recibir numerosas propuestas de matrimonio se ha negado a todas ellas por su persistente búsqueda de ese sentimiento conmovedor. Prefiere ser una solterona antes que estar al lado de un hombre por el que no siente absolutamente nada, solo que su razonamiento no coincide con el de su padre que está viendo como su única hija esta al borde de convertirse en una florero.

El duque de Buccleuch ha perdido dos esposas, las cuáles han muerto en circunstancias atroces mientras daban a luz a sus hijas... porque tenía dos hijas, ese era su principal problema y por el que debía volver a casarse. Necesitaba un heredero al ducado y la hija de su vecino, el señor Brandon, le parecía una candidata tan válida como otra cualquiera. Después de perder a dos esposas, no estaba dispuesto a volver a sentir algo por otra dama, no se permitiría encariñarse de nuevo para después perderla. Solo necesitaba un hijo de la señorita Brandon y era lo único que iba a obtener de ella.

La Quinta Esencia



Robert Benedict es un joven apuesto que desea crecer en el mundo de los negocios y aspira a convertirse en uno de los caballeros más influyentes de la sociedad inglesa. El azar y el destino se unirán para convertirle en el siguiente heredero al ducado de Savegner, un título ligado a bienes completamente en ruinas, pero quizá no todo esté perdido, puesto que la fortuna de la familia reside en la dote de la única hija con vida del duque.

Lady Violette Andersen ha pasado toda su vida recluida en un convento. No conoce el mundo exterior y jamás ha recibido una educación propia de una dama. Solo desea que algún día su infierno termine y un apuesto caballero acuda a rescatarla, pero a veces los sueños no se manifiestan de la forma en la que uno desea.

La Cuarta Institutriz

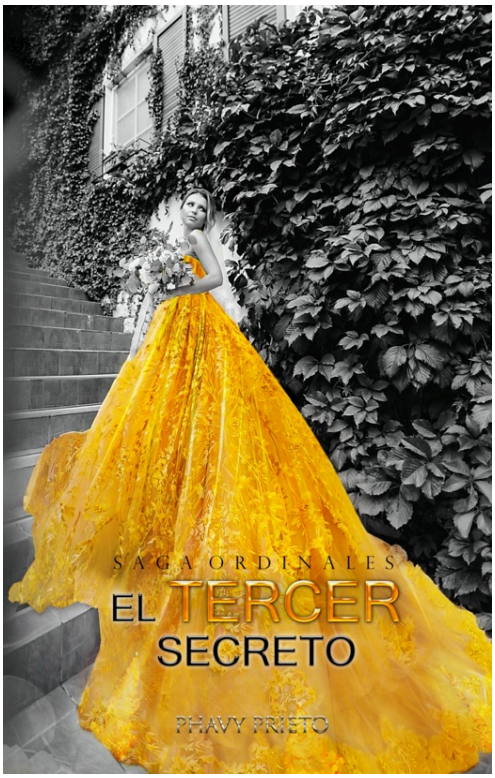


Lady Amelia Barston es una joven de gran belleza que ha decidido entregar su vida a la enseñanza convirtiéndose en una joven institutriz. Oculta bajo un aspecto sencillo y modesto decide aceptar un empleo lejos de su ciudad para huir de las cicatrices del pasado que la atormentan.

Lord Edward Leinster, regresa a casa tras la trágica muerte de su hermano mayor teniendo que ocupar su lugar como heredero al ducado de Leinster. No solo debe afrontar los pormenores de su herencia, sino que también se convertirá en el tutor de sus rebeldes sobrinas. Desesperado por encontrar alguien que se haga cargo de las pequeñas, acepta a una joven institutriz sin referencias cuya belleza le deja sin aliento.

Él sabe que ella oculta su pasado. Ella es consciente de que jamás podría amarlo, pero la atracción que despiertan el uno hacia el otro se vuelve cegadora para ambos.

El Tercer Secreto



Lord Guicciardini ha pasado toda su vida seduciendo a las mujeres más bellas de todo el mundo. Su porte, elegancia y don de palabra han provocado que ninguna mujer se resista a sus encantos y eso le ha convertido en el ser petulante y ególatra que Lady Camelia odia con todo su ser.

Dicen que del odio al amor solo hay un paso, pero desde luego no será en este caso.

Ella es todo lo opuesto a lo que él buscaría en una dama. Obstinada, perspicaz y atrevida, lo suficiente para plantarle cara y sacarle de sus casillas.

Pero… ¿No es eso precisamente lo que le ha despertado un refrescante interés en la joven? Quizá influya el hecho de que ella es la primera mujer que lo detesta y quiera o no reconocerlo necesita saber cuáles son sus razones para hacerlo.


SAGA ORDINALES
LA SEGUNDA CONSORTE
PHAVY PRIETO

Capítulo 1

Era un día tibio de primeros de julio cuando la familia Sylverston se encaminaba desde su mansión en el corazón de la alta nobleza inglesa hacia su finca campestre en Hertfordshire como llevaban haciendo los últimos catorce veranos en los que lady Catherine, la hija legítima del duque de Sylverston recordaba con precisión.

A sus diecisiete años la vida era aburrida, tediosa y con la falta de acontecimientos suficiente para suponer que aquel verano que tanto había deseado que llegase, iba a convertirse en el más horrible de su corta vida. Llevaba meses planificando con antelación como deseaba su vestuario para su primera temporada como debutante en sociedad, incluso ella misma había dibujado varios diseños gracias a los modelos de su madre que llevaba viendo desde que era una niña y que se pasaba horas tratando de imitar, pero en los últimos tres días todos sus planes habían sido pisoteados y destruidos sin posibilidad alguna de rehacerse.

—¿Vas a guardar silencio todo el verano? —preguntó su madre frente a ella.

Catherine se limitó a no observarla y dirigir la vista hacia la ventanilla donde el paisaje era mucho más atrayente que el interior del carruaje. Su hermana mayor Linette estaba inmersa en un libro lo suficiente interesante para no prestar atención a la conversación o fingir no hacerlo y su hermano menor Daniel dormía plácidamente dejado caer sobre un cojín de mullido terciopelo.

—Tendría razones más que suficientes para hacerlo, *madre* —dijo esta con cierto énfasis.

—La decisión de posponer un año más tu debut en sociedad no ha sido solo de tu padre, sino también mía y aún no es definitiva, pero podría ser prudente teniendo en cuenta que acabas de cumplir diecisiete años y eres la única lady Sylverston de la familia.

Todos sabían que eso no era cierto, su hermana mayor Linette poseía el color de ojos de los Sylverston, el mismo que tenían su padre y su hermano, pero ella no era la hija legítima de padre, sino de William Barnes, cuarto barón de Brightdawn, el primer marido de mamá.

—Tengo la misma edad que tenías tú cuando te casaste con el padre de Linette, pero es evidente que mis argumentos no son válidos, aunque estén cargados de razón. Entiendo que creas que soy demasiado joven o que no podré lidiar con todos esos pretendientes que únicamente buscan unirse al apellido Sylverston, pero no es justo que tenga que pagar por los errores que papá y tú cometisteis cuando os conocisteis.

Puede que todo el mundo lo supiera y nadie se atreviera a decirlo en voz alta, pero en el fuero interno de la familia eran muy conscientes de que la duquesa de Sylverston estaba embarazada de su actual esposo cuando se casó en primeras nupcias con el barón de Brightdawn.

Nunca le habían dado las razones claras del porqué, tal vez lo hicieran con Linette que a fin de cuentas era quien llevaba un apellido que no le correspondía a pesar de que su primogénito heredaría un título nobiliario en caso de ser varón. A pesar de las circunstancias, nunca había visto a su hermana mayor quejarse abiertamente de su situación, como tampoco del hecho de que en su primera temporada solo había recibido dos propuestas de matrimonio que padre había considerado desfavorables y poco dignas de su hija mayor.

—Sabes que precisamente fueron mis circunstancias las que hacen que tu padre y yo reconsideremos posponer tu presentación. A diferencia de tu hermana mayor, tu carácter es más voluble, imperioso y emocional. No digo que eso este mal, te pareces demasiado a mí en todos los sentidos y si hemos valorado esa decisión es por tu propia seguridad.

Catherine sabía que discutir con su madre era inútil, más aún lo sería si lo hacía con su padre, mucho más intransigente que su progenitora. Se cruzó de brazos y dejó caer la cabeza sobre la puerta acolchada del interior del carruaje. Un año. Esperar todo un año y otro largo verano le resultaba impensable. Ella deseaba fervientemente asistir a bailes de gala, cenas lujosas, conocer a personas fuera de su entorno, hablar de temas completamente desconocidos, vivir su primer enamoramiento con intensidad incluso a pesar de que éste no fuera correspondido, tener su primer beso…

Quería vivir fuera de aquella burbuja que sus padres habían construido en torno a ella. ¿Tan difícil era comprenderlo?

—En realidad no te pierdes demasiado. Si estuviera en tu lugar, aprovecharía para hacer todo aquello que no podrás hacer en el momento que debutes en sociedad —dijo Linette cerrando el libro.

—¿Te refieres a pasar diez horas practicando el piano forte o leyendo las otras cinco restantes que no estoy durmiendo? —preguntó en un tono cargado de ironía—. Prefiero escuchar como otros tocan el piano en una fiesta mientras danzo en la pista, parece mucho más divertido.

—Vuestro padre llegará en unos días a Hertfordshire, le plantearé de nuevo la cuestión y trataré de interceder por ti, pero si lo hago, y no te garantizo que pueda hacerle cambiar de opinión, bajo ningún concepto te alejarás de tu hermana Linette durante toda la temporada.

—Seré su sombra si es necesario—intercedió Catherine con una sonrisa que dejaba entrever unos dientes perfectamente alineados y comprobó como Linette negaba con la cabeza aguantando las ganas de sonreír a la par que volvía a abrir su libro de lectura.

Si. Decididamente Catherine era la viva imagen de su madre, lady Emily con el porte y la elegancia que solo podría poseer un Sylverston y decididamente el duque sabía que la belleza innata de su hija sumado a su apellido causaría un auténtico revuelo en sociedad cuando finalmente hiciera su debut.

La casa de campo en Hertfordshire era grandiosa, lo suficiente para invitar como hacían cada verano a amigos allegados

a la familia para pasar varias semanas de diversión y fiestas campestres. Aquel momento no solo era esperado por Catherine, Linette y Daniel, sino mucho más por la madre de éstos. Las amigas de lady Emily, duquesas de Lennox, Sheraton, Buccleuch y Savegner, pasaban tiempo juntas con frecuencia en la ciudad, pero solo en esas fechas se unía a ellas la duquesa de Leinster, cuya residencia habitual en Escocia le impedía verse con asiduidad, cuando ellas seis se unían en una misma estancia el resto de invitados quedaba obnubilado por aquel despliegue de belleza, singularidad y fascinación que desprendían.

Catherine siempre había llamado a todas las amigas de su madre tías, a pesar de que su progenitora tuviera ocho hermanas mayores, de hecho, debía su nombre a la duquesa de Lennox por ayudarla a nacer y poseía una relación mucho más estrecha hacia ellas de la que tenía con sus propias tías de sangre. Además, ese verano vendrían de visita también los duques de Guicciardini y eso le permitiría a Catherine practicar su italiano. A diferencia de su hermana Linette que solo se había limitado a ampliar su lengua al francés, ella sí sentía devoción por comprender otros idiomas que le permitieran viajar y conocer culturas muy distintas a la suya propia.

En cuanto se apearon del carruaje y los sirvientes comenzaron a descargar su equipaje, Catherine vio como el ama de llaves se dirigía hacia su madre con una bandeja de plata en la que había una carta a nombre de los duques y cuyo sello era el de la casa real.

—Llegó esta mañana mi lady —dijo la buena mujer ante la cara de confusión de lady Emily.

—¿Qué puede ser? La temporada ha terminado así que no puede tratarse de una invitación a palacio —decretó Linette igual de confusa que su madre.

Emily dudó en abrirla o esperar a su marido Henry, pero si había llegado esa misma mañana a Hertfordshire en lugar de enviarla a su casa de Londres es porque debía ser urgente y conocían la situación de traslado de la familia. Rompió el sello real y sacó del sobre el fino papel que había sido escrito pulcramente a mano por el escribano de la reina.

El texto no era demasiado extenso, a decir verdad, era escueto y preciso, pero no daba lugar a posible negativa ante la orden que emitía y que cambiaba todos sus planes desde ese mismo instante.

—¿Qué sucede mamá? —preguntó Catherine preocupada ante el gesto de conmoción de su progenitora.

—La reina nos ordena viajar a Rusia en representación de la corona inglesa en el aniversario de coronación del zar —dijo Emily sin saber si debía pedir a los sirvientes que volvieran a colocar sus pertenencias en el carruaje o no—. Y debemos partir de inmediato.

—¿Viajaremos a Rusia?, ¿Todos? —preguntó Linette extrañada, puesto que era un viaje en barco bastante prolongado y jamás habían navegado tan lejos.

—¡Si! —bramó Catherine—. ¡Será maravilloso! —exclamó de nuevo ante la euforia de conocer un país tan lejano al suyo y con costumbres tan distintas. Aquello era una aventura demasiado apetitosa para dejarla escapar—. Además, nos prometisteis pasar todo el verano en familia —agregó para condicionar la imposibilidad de que pudiera negarse a que los acompañaran.

—Tienes razón, os prometimos pasar el verano en familia y así será. ¡Que coloquen de nuevo los baúles en el carruaje!, ¡Regresamos a Londres! —bramó la duquesa haciendo que el personal se detuviera y volviera a cargar las pertenencias en el mismo sitio del que las habían descargado—. Habrá que modificar el interior de los baúles y añadir vestidos de fiesta además de algunas joyas —comentó Emily en voz baja a su doncella personal.

—¿Podremos asistir a la ceremonia? —increpó Catherine.

—No señorita —decretó Emily—. Confórmate con que vendrás a San Petersburgo, pero nada de acudir a fiestas o bailes, ¿Entendido?

El gesto de Catherine fue de enfurruñamiento, pero no pensaba perder el entusiasmo ante el viaje que repentinamente había cambiado la perspectiva de su verano. ¡Rusia!, ¡Viajarían a Rusia!

—¿Cómo se llamaba el zar? —preguntó a Daniel que hasta ahora se había mantenido callado todo el tiempo porque aún

continuaba somnoliento.

—Nikolai Vladimir I —respondió sin pensarlo demasiado.

—Solo el nombre ya te hace pensar que será un bárbaro cincuentón con aspecto grotesco y semblante serio —dijo Linette volviendo a sentarse en el mismo lugar que había ocupado en el carruaje durante el trayecto dispuesta a abrir su libro otra vez.

—Pobre de su esposa —dijo entre risas Catherine—. No me gustaría estar en su lugar… —añadió volviendo a reír junto a su hermana mayor, pero agradecida de la existencia de ese zar porque le permitiría vivir una maravillosa aventura.

El barco cedido por la corona inglesa para ir rumbo al imperio ruso zarpaba en pocas horas. Los últimos preparativos se habían dilatado más de la cuenta al tener que modificar todos los planes establecidos, pero Catherine, observaba atenta como los grumetes y marineros seguían las ordenes del contramaestre mientras su padre hablaba con el capitán del barco.

Podía advertir algunas miradas de los oficiales que supervisaban las mercancías que transportaban y aunque su hermana Linette parecía ser ajena a ellos, para Catherine era inusualmente nuevo que un hombre la mirase de ese modo sin ningún tipo de pudor en su rostro.

Había escuchado rumores de que los marineros eran hombres descarados y mal hablados que no tendrían ningún reparo en proclamar sus deseos hacia una dama, pero siempre había creído que solo serían eso, rumores. Ahora comenzaba a darse cuenta de que era más que probable que fuesen más que acertados. La idea de fantasear una breve y atrevida aventura con alguno de ellos pasó fugazmente por su cabeza, pero lo cierto es que, ninguno de esos hombres llamaba particularmente su atención. No lo suficiente para correr ese riesgo y menos aún, cuando conservaba la oportunidad de que sus padres cambiasen de opinión y no retrasaran su debut en sociedad cuando comenzara la temporada.

Aquella sería una oportunidad única para demostrarles que sería capaz de comportarse debidamente, rechazar propuestas indeseadas y, bajo ningún concepto, quedarse a solas con un caballero que pudiera manchar su reputación o acabar como mismamente lo hizo su madre, casarse con otro hombre para ocultar un embarazo.

Aunque nunca lo hubiera hablado abiertamente con su progenitora, tenía muy claro que su padre era consciente de los peligros a los que una joven debutante debía enfrentarse, y lo sabía a ciencia cierta porque él mismo había sido el culpable de que su hermana mayor no llevase su propio apellido. Solo que ni Linette, ni ella, cometerían el mismo error que ellos cometieron, aunque decirlo no bastaba para su excesiva protección, estaba segura de que no

existía un caballero lo suficiente honorable para que el ilustre duque de Sylverston tuviera su beneplácito, pero, por suerte, una vez escuchó una conversación a escondidas en la que su padre afirmó tajantemente que respetaría la decisión de sus hijas si éstas decidían casarse por amor, quizá porque era muy consecuente de las decisiones que una dama podría hacer por esta causa.

¿Se enamoraría ella perdidamente como lo hizo su madre para entregarse a un hombre antes del matrimonio?

No concebía esa idea puesto que jamás había sentido nada por alguno. Sus primos, o a los que consideraba como tal, eran más pequeños que ella y los que venían siendo sus primos de sangre a pesar de tener una relación distante, tampoco le habían atraído lo más mínimo. Fuera de su circulo, no había tenido la oportunidad de conocer a jovenes cercanos a su edad y eso la hacía sentirse fuera de lugar al no saber como debía comportarse con un caballero que quisiera coquetear con ella.

Por mucho que insistieran en que era muy bella, lo cierto es que no sabía hasta que punto lo decían solo por ser la única hija legítima del duque de Sylverston. Conocía su posición privilegiada en la sociedad, la misma por la que ahora se hallaba en ese barco a punto de zarpar hacia las costas rusas para representar a la corona real inglesa.

—Deberías dejar de mirarles, creerán que tienen posibilidades. —La voz de Linette hizo que apartara la vista de uno de los oficiales y la dirigiera hacia su hermana.

De las dos, Linette era la erudita, siempre con un libro en sus manos sobre astronomía, plantas, algún tipo de ensayo o poemas, mientras que Catherine, si tenía que leer solamente por afición, prefería una novela sentimental o lecturas sobre viajes que la llevaran a los confines de una tierra desconocida. A pesar de ser hermanas eran muy diferentes la una de la otra y mientras que a la mayor no le preocupaba tanto el matrimonio o encontrar un buen marido, para Catherine era toda una aventura la idea de enamorarse profundamente y conocer los placeres que le aguardarían tras el matrimonio.

—¿No sientes curiosidad en como sería besar a uno de esos hombres? —inquirió sabiendo que su hermana mayor se ruborizaría o haría una expresión desaprobatoria que le recordaría quien de las dos era la más responsable.

—Espero que solo sea una provocación y no lo estés pensando en serio, Cathe —dijo llamándola por el diminutivo que todos empleaban en casa para referirse a ella, salvo en los momentos que su madre decidía reprenderla o captar su entera atención.

—¿Por qué?, ¿Se lo dirías a nuestra madre? —continuó provocándola un poco más y al ver el gesto de horror en Linette no pudo más que estallar en carcajadas—. Aunque la idea me pareciera fascinante, ninguno de esos hombres me atraería para cometer tal despropósito —afirmó en voz baja.

—No tiene nada de fascinante, Cathe —contestó taciturna—. Yo misma soy la prueba viviente de lo poco agradable que es dejarse llevar por la pasión en lugar de la razón. Así que no deberías bromear con ese asunto tan a la ligera —contestó dandole la espalda para mirar hacia la proa del barco.

Era un día soleado con viento ligero, no esperaban tormentas debido a la estación en la que viajaban y era muy probable que en apenas dos semanas llegasen a San Petersburgo si el tiempo no cambiaba.

—Lo siento —dijo acercándose a Linette y entrelazando su brazo en el suyo para apretarse contra ella—. Es algo de lo que nunca has querido hablarme, pero sé que no debe ser fácil para ti.

Escuchó como su hermana mayor inspiraba sin apartar la vista del mar que se abría frente a ellas con una linea infinita en el horizonte. Aquella sería su primera travesía lejana, nunca habían ido más allá de las costas francesas, por lo que se dirigían hacia un territorio muy desconocido, incluida su lengua.

—Lo acepto. Lo acepté hace mucho tiempo, aunque eso no lo haga más fácil.

—¿No hubo ningún caballero que llamara tu atención?, ¿Ni siquiera un poquito? —Catherine había intentado sonsacar a su hermana mayor algo que no fueran respuestas aburridas y monótonas de su debut, pero Linette no era un libro abierto que expresaba todos sus pensamientos como lo hacía ella, por irónico que fuera, la hija ilegítima del duque de Sylverston era la que más se parecía a él en todos los sentidos.

—Puede que a nuestros padres le preocupen que algún caballero malintencionado desee acercarse a ti solo por el apellido, pero en mi caso ven la oportunidad de hacerse con un título nobiliario, así que siento decirte que no puedo ser irracional y dejarme guiar por los dictados del corazón porque debo elegir fríamente al que será mi futuro esposo. Las dos sabemos lo que ocurriría si hiciera una mala elección. No puedo permitirme el lujo de guiarme solo por una vana atracción o dejarme seducir por las palabras dulces del primer caballero que se acerque. Si padre decretó que las dos propuestas eran inadecuadas, debía tener sus razones más que apropiadas para rechazarlas.

Si. Catherine lo sabía. Si su hermana tenía un hijo varón, este heredaría la baronía de Brighdawn y no sería su hermana quien la regentara hasta la mayoría de edad de su primogénito, sino el padre de esa criatura, que podría dilapidar hasta el último penique de su herencia.

Cualquiera podría considerar que eran afortunadas por su privilegio y posición, pero habría sido más fácil pertenecer a un circulo social inferior, saber que el único caballero que se acercase a ellas, lo haría porque sus intenciones eran completamente honorables y siguiendo los dictados del amor. Era consciente de que a ninguna de ellas le impondrían un matrimonio, es más, sabían que sus padres rechazarían una propuesta si se negaban a dicho caballero, pero por primera vez, Catherine pensó en la posibilidad de que jamás encontrase el verdadero amor, de que su matrimonio pudiera ser muy diferente al de sus padres.

Los duques de Sylverston se amaban, no había duda sobre ello, quizá no tuvieron el mejor de los comienzos, pero ella había

crecido creyendo que no existían matrimonios sin esa complicidad que albergaban sus padres. Y, a pesar de que Linette no buscase ese tipo de amor en su futuro esposo, ella se negaba por completo a entregarse a alguien por quien su corazón no se acelerara hasta creer que saldría de su pecho.

Puede que aún no lo hubiera conocido, pero sería capaz de recorrer el mundo entero solo para encontrarlo.

Capítulo 2

Tras dieciséis días de navegación, el barco cedido por la corona inglesa para su travesía serpenteó por el este de Suecia hasta llegar a Peterhof, donde residía el palacio de verano del zar. Los impresionantes jardines, fuentes y la construcción majestuosa había dejado a Catherine sin palabras. Ella había visto en una ocasión el palacio de Buckingham por dentro, pero jamás había asistido a un baile o cualquier tipo de evento como estaban acostumbrados sus padres, menos aún, se había alojado en sus dependencias, así que cada detalle de los pasillos que recorrían tras el mayordomo que les guiaba hacia sus aposentos, impregnaba sus retinas convirtiendo aquella aventura en algo muy real.

Los frescos enormes en el techo, el diseño geométrico de los suelos, las molduras talladas en oro incluso en las puertas. Todo gritaba lujo, riqueza, una opulencia aún mayor a la que ella estaba habituada a pesar de que su padre fuera uno de los caballeros más adinerados de toda Inglaterra.

—Se me ha asignado como su mayordomo personal para otorgar instrucciones precisas sobre el programa de festejos, su excelencia —mencionó en nuestra lengua y se inclinó para hacer una reverencia—. Espero que su estancia sea agradable y encuentren todo lo que necesitan en sus aposentos. Les esperábamos hace dos días, así que han sido los últimos en llegar. Las celebraciones iniciaron anteayer, pero la cena oficial de recepción tendrá lugar esta noche. Mañana podrán disfrutar de una cacería mientras las damas degustan un picnic en los jardines, por la noche habrá una cena de

gala y espectáculos de ballet y opera que se repetirán en los próximos días. Dentro de tres días será el aniversario de coronación del zar, donde tendrá lugar un baile en su honor y todas las damas de todas las cortes en edad casadera deberán asistir.

—¿Todas? —inquirió Catherine con un destello de brillo en sus ojos.

—Todas sin excepción, es una orden del zar.

—Ni lo pienses, señorita. No estás en edad casadera —agregó el duque de Sylverston.

—Lo está Henry, tiene diecisiete años, así que ya no es una niña—inquirió Emily a pesar de que en su fuero interno pensara lo contrario.

Catherine sabía que la realeza establecía la edad casadera a los dieciséis años, por tanto, asistiría a ese magnífico baile por orden del zar. Puede que fuera un hombre grotesco a pesar de no conocerlo, pero jamás había estado tan agradecida a un completo extraño.

Durante el trayecto había sacado el tema de su debut en sociedad en un par de ocasiones y si la primera la había desilusionado, la segunda había constatado que su padre no tenía ninguna intención de dejarla debutar.

Adiós a los vestidos maravillosos, los bailes, la música y conocer a apuestos caballeros con los que reír, danzar y divertirse.

Adiós a la idea de hacer nuevas amigas, tener confidencias, secretos, cotilleos e incluso sentir esas mariposas en su estomago de decían las novelas románticas que leía a escondidas en su habitación.

Tendría que pasar otro año más viendo como Linette se preparaba para asistir a bailes, obras de teatro, tés de media tarde, ópera e incluso los maravillosos espectáculos que organizaba la corte de vez en cuando.

—Es demasiado joven para entrar en ese mundo de cortejos y Linette lo hizo cuando tenía dieciocho años, así que no es prudente que hagamos una excepción cuando no lo hicimos con su hermana

—dijo el duque dirigiéndose hacia su esposa a pesar de que sus hijas lo escuchaban.

—¡Tendré una muerte soporífera por aburrimiento si tengo que esperar un año más! —exclamó de un modo melodramático captando la atención de ambos progenitores.

—Tal vez, nuestra hija tenga la oportunidad de demostrar que está preparada para afrontar su puesta en sociedad —decretó Emily —. Estamos en la corte del zar ruso, aquí nadie sabe quien es, ni la conoce, ni tiene la misma influencia su apellido. Todas las damas invitadas albergarán el mismo estatus social o superior al de nuestra hija, eso sin contar, que solo un porcentaje mínimo tendrá una lengua en común con nosotros, por lo que no hay nada de lo que preocuparse, ¿No crees, querido?

Catherine se mordió el labio ante la astucia de su madre. Bien era cierto que, si era una orden del zar el que todas las damas en edad casadera acudieran al baile en su honor, su progenitora estaba logrando que pudiera acudir a todos los eventos programados con un argumento soberbio.

Henry emitió una sonrisa de soslayo hacia su esposa que decía mucho más con su mirada de lo que podría expresar con cualquier palabra y después volvió a mostrar un semblante serio para dirigirse hacia su hija menor.

—Por favor, padre. Si debo esperar un año más para debutar en Londres, al menos dejadme presenciar como son los festejos aquí y demostraros que estoy preparada. Os prometo que no me separaré de madre o de Linette. ¿Por favor?, ¿Por favor?, ¿Por favor? —mencionó uniendo sus manos en un gesto de súplica.

Catherine escuchó como su padre emitía un sonido de hastío con una palabra nada inteligible antes de fijar su vista en ella de ese modo que le hacía saber que daba aquella batalla por perdida.

—Está bien —decretó y ella saltó de júbilo—, ¡Pero eso no significa que te permita debutar en sociedad cuando inicie la temporada a nuestro regreso! —exclamó por encima de sus gritos

de alegría mientras se llevaba a Linette consigo que reía, pero no emitía la misma emoción que ella.

Ahora poco importaba si le permitían o no iniciar la temporada, lo único en lo que podía pensar, era en los eventos que la aguardaban. ¡Opera!, ¡Ballet!, ¡Cenas de gala!, ¡Bailes! Aquello era mucho más de lo que había imaginado cuando su madre les dijo que les acompañarían en aquel viaje.

Le daba igual tener un guardarropa simple, en tonalidades pasteles y más adaptado a un género infantil que al de la puesta en escena de eventos públicos a los que asistiría, pero siendo la hija de una afamada modista inglesa, estaba claro que su madre no la permitiría ir de cualquier modo y la improvisación, era la mejor arma de Emily Sylverston.

Nikolai Vladimir Romanov estaba acostumbrado a seguir una rutina estricta organizada y premeditada meticulosamente. Sus entrenamientos, ropajes, atribuciones, reuniones y decisiones estaban calculados para generar el impacto deseado, así que no existía ni un solo día en el que pudiera hacer algo que escapara a su control más que estudiado.

—Los últimos invitados en llegar ya se encuentran en sus aposentos, su excelencia. —Le informó uno de sus sirvientes que se encargaba de gestionar todo el servicio a cargo de sus invitados.

Desconocía a la mayoría de ellos, pertenecientes a todas las cortes reales con las que mantenía buenas relaciones. La idea de festejar su primer aniversario como monarca no le complacía, pero sus consejeros habían decretado que era una muestra de poder del imperio ruso en todo el continente, aunque había un trasfondo mucho más intencionado a pesar de que nadie se atreviera a imponerle tal decisión.

Debía elegir una esposa.

Hacía siete meses que su primera esposa había fallecido sin darle un heredero y, sino había vuelto a contraer matrimonio era precisamente porque no tenía un buen recuerdo de aquella situación.

Su primera esposa siempre había tenido una salud frágil, pero su alianza con Prusia era necesaria para fortalecer alianzas y Anna establecía esa asociación estrecha que necesitaban. Nunca sintió por ella más allá de un respeto que ni siquiera pudo llegar a saber si era recíproco ya que pasaba la mayoría de sus días encerrada en sus aposentos. Jamás tuvieron algún tipo de relación estrecha y sus deberes conyugales fueron tan escasos, que no le sorprendía en absoluto la ausencia de herederos en los dos años que estuvieron casados.

Necesitaba un heredero y lo necesitaba cuanto antes para perpetuar su dinastía y demostrar la fuerza del imperio ruso. Mantener vivo el linaje de los Romanov era primordial.

La elección fácil y sencilla sería desposar a su prima Tatiana Mijaílnova Draganova, aunque no le conllevara ningún beneficio político, asentaría su trono, le aseguraría descendencia y afianzaría su entorno familiar con los Draganov, una de las familias más adineradas de San Petersburgo. Salvo por el hecho de que a pesar de la belleza de Tatiana y sus evidentes insinuaciones, no sentía una estima apropiada hacia ella. No quería volver a pasar una segunda vez por el mismo proceso de imposición, aunque en esta ocasión la decisión sería por completo suya y no de su progenitor. Si contraía esponsales de nuevo, tenía muy claro que sería con una dama de su elección.

—¿Han asistido todas las casas reales invitadas? —preguntó sin demasiado interés.

—Si, su excelencia. Todas respondieron a su invitación y se encuentran en palacio. Su traje para la cena de gala ya está preparado. Tiene una reunión con sus consejeros y una audiencia privada con la casa real de Austria antes del almuerzo.

Austria y Prusia siempre habían sido sus aliados, así que el intercambio de regalos diplomáticos era otro de sus deberes que no podía posponer.

—Puede retirarse —decretó sin mirarle y permitiendo que su ayudante de cámara le abotonara meticulosamente su uniforme oficial.

Mientras los festejos perdurasen, vería limitada su cabalgata habitual como deporte rutinario, al menos se congratulaba con pensar que sus invitados se marcharían en siete días y todo volvería a la normalidad, incluidos sus entrenamientos personales, las dos únicas cosas que le generaban una satisfacción personal.

Su tía Olga Romanova, había sido la hermana de su difunto padre y se había mudado a palacio tras su ascensión al trono ya que su esposo, Mijaíl Draganov ejercía como uno de sus consejeros y su primo, además de mejor amigo Aleksei estaba al frente de las comandancias de sus tropas militares como generalísimo de su

ejercito. Así que cada mañana desayunaba junto a ellos en uno de los salones principales del palacio real.

—Buenos días, majestad —Le brindó como hacía cada mañana su tío Mijaíl, solía ser el único de toda la familia que no se entrometía en sus asuntos personales ni traba de disuadirlo como en cambio lo hacía su tía.

—Buenos días. Tío. Tía. Tatiana —decretó sabiendo que su primo Aleksei siempre era el último en llegar.

Su asiento a la cabecera de la mesa le aguardaba junto al periódico y su desayuno habitual.

—Querido, —dijo llamando la atención su tía—. He escuchado rumores de que todas las damas en edad casadera deberán asistir al baile de conmemoración por orden del zar, ¿Es eso cierto? —inquirió su tía con un tono de voz amable pero que evidenciaba su evidente molestia.

—Es una tradición, tía —dijo sin advertir que solo era una excusa para ver si alguna de esas jóvenes damas llamaba su atención.

En los últimos meses no había conocido a ninguna joven lo suficiente llamativa para atraerle del modo que él quería, ¿Tal vez estaba buscando algo que no existía? A decir verdad, ni siquiera sabía él mismo lo que deseaba de su futura esposa y estaba claro que con solo una mirada no le bastaba para decretar que deseaba pasar el resto de su vida a su lado.

—Por supuesto, excelencia, aunque espero que la apertura del baile sea con nuestra querida Tatiana, no podemos permitir que una extranjera os dejase en evidencia, ¿No creéis?

Estaba habituado a las intenciones poco sutiles de su tía para camuflar su verdadero propósito. Puede que para todos pasara desapercibido que el primer baile lo hiciera con Tatiana, es más, podría ser predecible, pero la presión de elegir una esposa sumado a los rumores sobre la posible conveniencia de su matrimonio con su prima, comenzaban a pesarle sobre los hombros, sobre todo porque

él mismo había considerado esa idea y la tenía como un recurso opcional si finalmente era necesario.

Puede que el estado actual de su trono no fuera precario, pero un monarca sin descendencia era débil y él mismo era muy consciente de que el tiempo jugaba en su contra.

—Lo tendré presente, tía —esbozó para alzar la mirada hacia Tatiana que se encontraba al otro lado de la mesa frente a su madre y esta le devolvió una sonrisa complaciente como siempre hacía.

Era indudablemente hermosa con su cabello claro y ojos azulados, pero tal vez fuera el hecho de que se hubieran criado toda la vida juntos lo que hacía que no encontrara en ella una chispa de ardor que prendiera el fuego interno que anhelaba.

—¡Familia! —bramó Aleksei entrando en el salón con la misma vestimenta del día anterior.

Nikolai se llevó una mano a la boca para disimular la sonrisa, a diferencia de él, su primo sí parecía haber gozado de una noche de diversión y placer.

—¡Desvergonzado ingrato!, ¿Te parece que es conveniente pasear así por palacio?, ¡Todas las cortes reales están aquí!, ¡Cualquiera podría verte en ese… ese…!, ¡Dile algo a nuestro hijo Mijaíl!

A diferencia del resto de los miembros Draganov, Aleksei no era la viva imagen de la modestia y saber estar, probablemente eso le convertía en alguien muy apropiado para su labor.

—Tiene veintiocho años y está al mando de las tropas del zar, por no decir que estamos en las dependencias personales de su excelencia y ningún miembro que no sea del personal puede acceder a esta parte del palacio —dijo con calma Mijaíl.

Aleksei se sentó en el asiento libre que había al lado del zar frente a su padre y le dirigió una mirada cómplice a su primo.

—Al menos alguien de esta familia sabe como divertirse —susurró Nikolai sintiendo cierta envidia por las licencias que podía permitirse su pariente y de las que él carecía.

No es que no pudiera tener amantes. Las había tenido incluso cuando estaba casado con Anna, pero él no se podía permitir el lujo de ir tras las faldas de alguna dama, no mientras no tuviera una consorte a su lado.

—Ahora sabemos porqué tenía tanto interés en aprender tantas lenguas —dijo Tatiana sin siquiera apartar la mirada de su plato.

—El amor no necesita ningún lenguaje, pero reconozco que ayuda —soltó Aleksei y Nikolai ocultó su sonrisa tras el periódico—, aunque debo confirmar que ninguna de las damas que se alojan en los aposentos de palacio es más hermosa que tú —añadió antes de hacer un movimiento con sus manos a los costados de Tatiana provocando que esta diera un respingo en la mesa y perdiera su compostura.

¿Sería cierto que ninguna dama era más bella que Tatiana? Quizá pudiera comprobarlo esa misma noche en la cena oficial, tenía dos días para determinar con quien iniciaba el baile y unos pocos más para asegurarse de que ninguna de esas jóvenes era mejor que su prima. Puede que ya lo supiera antes de que iniciaran los festejos, pero sabía que no podía dilatar mucho más aquella cuestión. Si no existía una candidata idónea entre las asistentes para convertirse en su futura consorte, anunciaría su compromiso con su prima cuando acabaran los festejos.

Capítulo 3

El problema de no poseer un guardarropa adecuado para los eventos que acontecían en el palacio de verano del imperio ruso, suponía que la madre de Catherine, Lady Emily, tuviera que improvisar con su doncella para reajustar la cintura y el pecho de algunos de los vestidos de su hija mayor Linette e incluso suyos propios, ya que físicamente, su hija menor se parecía mucho más a ella que a su hermana.

Linette era alta, de cabello castaño claro y ojos grisáceos con piel extremadamente pálida, una belleza clásica de la nobleza inglesa con un gran parecido a su progenitor. Catherine en cambio, poseía un cabello profundamente oscuro y ondulado de forma natural, sus ojos eran grandes y verdes, una tonalidad aun más profunda que el verde de su madre y una piel ligeramente más rosada que su hermana. Sus rasgos eran bellos, pero de una línea menos clásica y más salvaje. Al igual que sus atribuciones físicas, cuyas curvas eran más pronunciadas que su hermana mayor.

Catherine se observó embutida en el vestido verde pálido cedido por su hermana y en el que su doncella se había pasado más de medianoche remetiendo el bajo para que no lo arrastrara. Habían tenido que ajustarle una pulgada más el corsé para poder cerrarlo del pecho, pero aquella presión de más no le importaba siempre y cuando pudiera salir de aquella habitación y mezclarse con otras damas. Por alguna razón pensó que no encontraría a ningún caballero en aquel picnic que se ofrecía en los jardines de palacio para las damas, ya que los hombres disfrutaban de una cacería en

los bosques que rodeaban el palacio. Contempló como algunas damas paseaban, otras participaban en juegos y pudo algunos caballeros permanecían junto a algunos grupos de damas a pesar de ser un número muy inferior.

—No a todo el mundo le gusta ir de cacería —dijo Linette al ver la expresión de extrañeza en su hermana—. Es un ejercicio intenso y algunos caballeros lo consideran demasiado fatigoso.

—Pues yo estoy deseando cumplir los catorce para que padre pueda llevarme —advirtió Daniel.

Encontraron un pequeño grupo de damas que hablaban francés y terminaron por participar en uno de sus juegos que consistía en lanzar una gran bola de cuero para derribar unos figurines de madera. Ninguna de las hermanas Sylverston había visto ese tipo de diversión en Inglaterra, así que fue muy placentero aprender las reglas.

—¡Mirad!, ¡Es lady Tatiana! —exclamó una de ellas que se había presentado como lady Brigitte una noble de la casa real de Suecia.

—Si. Es tan hermosa como dicen —corroboró otra.

—¿Quien es? —preguntó Catherine observando a la dama que caminaba junto a una señora mayor de la que dedujo sería su progenitora.

A aquella apenas podía definir sus rasgos, pero aquel porte, elegancia y figura, la vislumbraban como una dama digna de ser una emperatriz.

—Es la prima del zar —contestó lady Brigitte decidida como si tuviera información privilegiada—. Hay rumores de que él la elegirá como su consorte.

—¿El zar no está casado? —exclamó Linette confusa.

¿Puede que hubieran confundido al zar del imperio ruso con otro monarca para asumir tal presunción? En algún momento, no sabía cuando ni donde, Catherine recordaba haber leído que el monarca ruso se había desposado.

—Su esposa murió justo después de que ascendiera al trono, es imperativo que vuelva a contraer esponsales, necesita un heredero. Mi madre cree que utilizará el aniversario de su coronación como excusa para anunciar su compromiso y, si los rumores son ciertos, será su prima Lady Tatiana.

Catherine contemplo a la dama que caminaba con un porte digno de una reina, quizá era muy consciente de que pronto ostentaría la corona sobre su cabeza. Ella sabía poco sobre cuestiones de monarquía, pero siempre había creído que los matrimonios entre reyes eran precisamente un asunto político. ¿Estaría el zar enamorado de aquella mujer? Si eran parientes probablemente se conocerían lo suficiente para que así fuera, se congratuló al pensar que, tras el peso de la corona, al menos tendría una esposa que le amaba de verdad.

Conforme avanzaba la tarde, Catherine olvidó por completo aquel asunto del futuro compromiso del zar, al fin y al cabo no era asunto suyo, por lo que se centro en preguntar si alguna de las damas había visto alguna vez un ballet ruso. Estaba exaltada con la idea de conocer un tipo de danza clásica nueva que, a pesar de haber nacido en Italia y expandirse a Francia y Rusia, aún no había llegado a Inglaterra. Su júbilo era tal, que ni siquiera pudo mantener la compostura para dejar que su doncella colocara debidamente todas las horquillas en su lugar, así que tuvo que llevar una trenza medio deshecha con algunas flores que disimulaban aquel peinado tan sencillo.

El vestido en tonalidades de un amarillo pastel con brocados en oro, no era de sus favoritos, pero su madre había decidido que era más conveniente dada la ocasión.

El gran salón estaba inundado de enormes mesas que daban cabida a todos los invitados, por lo que había escuchado, había más de seiscientas personas invitadas al aniversario de coronación y cuando las trompetas irrumpieron para acallar a todos los invitados cuyos murmullos y voces se expandía a través de todo el salón. Aquellos seiscientos pares de ojos se dirigieron hacia las puertas

principales desde donde apareció una figura masculina ataviada con un uniforme lleno de condecoraciones.

Catherine miró desde lejos sorprendida al que sin duda debía ser el zar del imperio ruso. Era joven. Extremadamente joven para lo que ella había considerado cuando supo cual era su nombre. Nikolai Vladimir Romanov. Su cabello rubio estaba peinado con meticulosa precisión hacia atrás, no podía intuir el color de sus ojos a aquella distancia, pero imaginaba que debían ser claros. Una mandíbula marcada, nariz recta y sin duda, el hombre más atractivo que ella hubiera visto jamás. Era alto, más de lo que lo era su propio padre y eso que le consideraba un hombre de gran porte. A pesar de ser consciente de que todas las miradas estaban dirigidas hacia él, no pareció amilanarse, sino que más bien las soportó estoicamente y caminó erguido como si estuviera más que acostumbrado a ser el centro de atención, continuó mirando hacia el frente mientras todos se inclinaban en una reverencia hacia él. Catherine imitó el gesto por puro mecanismo y cuando volvió a alzar la vista no pudo apartarla de la espalda ancha a la que se ceñía la chaqueta de su uniforme.

No es que se hubiera conformado una imagen del monarca, precisamente porque no había pensado demasiado en su persona al considerar que sería alguien mucho mayor que ella, pero ahora se daba cuenta de que no solo distaba de lo que había interpretado su imaginación, sino que contrariamente a lo que esperaba, llamaba demasiado su atención.

Comprobó por sí misma que en la mesa en la que residía el zar Nikolai, se hallaba la dama a la que habían hecho referencia como su prima y probablemente futura esposa, lady Tatiana. Esta hizo una reverencia al igual que el resto de invitados, pero si existía algún tipo de complicidad entre ellos, Catherine no lo notó, quizá él no era alguien propenso a mostrar afecto público, o tal vez, no deseaba hacerlo hasta que anunciara su inminente compromiso.

¿Sería el baile de gala el lugar idóneo para dicho anuncio? No sabía porque razón sus pensamientos se habían llenado repentinamente sobre dos personas desconocidas a las que probablemente no volvería a ver en su vida cuando regresara a su

hogar, ¿Quizá se debía a que era la primera vez que acudía a un evento de esas características? Su madre la sacó de su ensoñación cuando la atrajo a la mesa y se situó entre su hermana y su progenitora, como si estas ejercieran una barrera protectora ante cualquier imprevisto.

La degustación de platos era continua, hasta el punto de que se ofrecían treinta y seis a lo largo de toda la cena mientras se divertían con algunos espectáculos que distraían a los comensales y capturaban la atención de las damas más jóvenes.

Catherine observaba todo con demasiada atención, una expectación propia de su juventud y que pasaba inadvertida para el resto de los comensales en la mesa. Ajena a miradas indiscretas sobre todo por parte de algunos caballeros, su espontaneidad y felicidad con cada nuevo espectáculo de entretenimiento hacía que la gastronomía quedase relegada por la diversión que acontecía.

Un espectáculo de ilusionismo la hizo alejarse más de lo que debía de la mesa en la que se hallaba junto a su hermana, eso provocó que, al verla, el ilusionista le ofreciera la mano para acompañarle al centro del salón donde estaba ofreciendo su espectáculo. Catherine no comprendía su lengua y en un momento determinado dudó mirando hacia ambos lados comprobando que no había ningún rostro que le resultara conocido, así que deslizó su brazo y dejó que aquel hombre la condujera junto a ella mientras muchos invitados observaban atentamente desde sus asientos.

Ella sonreía ante la incomprensión de las palabras de aquel ilusionista que no dejaba de hablar para capturar la atención de los invitados y cada vez más miradas se posaban sobre ella. Realmente no estaba nerviosa por sentir que la observaban, sino por su incomprensión. Hasta que aquel hombre pareció pedirle algo y ella no supo a que se refería, entonces comenzó a decirlo en varias lenguas hasta que utilizó la suya propia.

—¿Puede prestarme su pañuelo, señorita? —preguntó con amabilidad.

Catherine metió la mano en uno de los bolsillos ocultos de su vestido y deslizó el impecable pañuelo bordado con sus iniciales para ofrecérselo al hombre.

Este lo alzó en alto para que lo vieran todos los invitados a pesar de que la mayoría de ellos no podrían apreciar cuales eran sus iniciales, pero era una simple advertencia de que aquel pañuelo tenía características especiales, incluido el ribete a su alrededor de encaje fino.

Mientras Catherine observaba como aquel ilusionista continuaba hablando y se alejaba, ella no sabía muy bien que hacer, así que se limitó a aguardar con las manos entrelazadas mientras daba pequeños pasos hacia él sin llegar a acercarse. En un momento dado vio la sonrisa cómplice de su hermana, su padre estaba tan enfrascado en una conversación que ni siquiera había advertido su ausencia en la mesa y su madre, a pesar de no sonreír, tampoco mostraba desagrado en su osadía, al fin y al cabo, no estaba haciendo nada malo.

Por algún motivo que ella desconocía, el ilusionista dijo algo que provocó la mirada sobre él de todo el salón, y a continuación, aquel hombre dijo en varias lenguas lo que iba a suceder.

—¡El pañuelo de esta hermosa joven con sus iniciales, pasará de estar entre mis manos al bolsillo de uno de ustedes! —bramó y la expectación de Catherine fue aún mayor.

¿Como iba a hacerlo?, ¡Eso era magia! Aquel hombre desplegó el pañuelo y lo arrugó en una de sus manos, ni siquiera ella podía distinguir si de verdad era el suyo a esa distancia, pero sin duda debía serlo. Lo metió lentamente hasta que desapareció en su puño cerrado y después contó hasta tres, abriendo la palma de su mano y mostrando a todos que el pañuelo había desparecido, invitándoles a registrar sus bolsillos.

Se escucharon algunas sillas, sonidos de cubiertos y un rumor bajo mientras todo el mundo registraba sus bolsillos comprobando que las iniciales de sus pañuelos correspondían a las suyas propias, pero nadie parecía alzarse para mostrar que tenía su pañuelo.

—Tal vez, haya una persona que aún no ha mirado sus bolsillos. —Volvió a decir en varias lenguas y se acercó a la mesa donde residía el zar para dirigirle unas palabras.

Catherine comprobó como este registraba los bolsillos de su uniforme y sacó un pañuelo, mostrando una sonrisa a los invitados. En ese momento, el ilusionista le indicó que se acercase y ella sintió un sudor frío por su garganta ante la idea de ver muy de cerca al monarca. Cuando aquel hombre apareció en área de visión con el pañuelo en su mano, sus ojos fueron incapaces de mirar hacia otro lugar que no fuera el rostro del zar, contemplando un color azul en su mirada, tan majestuoso que ni el día más soleado podría hacer justicia. Sintió que los latidos de su corazón marcaban un paso acelerado como el galope del caballo más veloz, su garganta quedo completamente seca, incapaz de decir o actuar de algún modo ante aquella conmoción. Había pensado que era el caballero más atractivo que hubiera visto en su vida, pero ahora podía comprobar y constatar que definitivamente también era el más apuesto.

—¿Podría decirnos si es su pañuelo? —preguntó el ilusionista y ella apartó la vista de aquellos ojos que la observaban con intensidad para ver las iniciales del retazo de tela que él sostenía en su mano.

Allí estaban inscritas la C y la S que ella misma había bordado el verano anterior. Asintió sin afirmar con su propia voz y todo el salón estalló en aplausos mientras el ilusionista alzaba las manos y se congratulaba de la emoción que había dado lugar su espectáculo.

Catherine comprobó como el zar se levantaba de su propio asiento para quedar frente a ella a pesar de estar al otro lado de la mesa. Sospechó que era alto, pero ahora podía hacerse una idea real de cuanto ya que ella apenas rozaba sus hombros.

Oyó como el zar decía algo al ilusionista y su voz a pesar de sonar dura y firme, provocó que algo en su interior se estremeciera, una corriente que fluía con rapidez alertando todos sus sentidos.

—A su majestad le complacería saber cual es vuestro nombre, mi lady —dijo con amabilidad.

—Lady Catherine Sylverston —contestó dirigiéndose al monarca y haciendo una reverencia adecuada.

En el momento que Catherine alzo la vista comprobó que el zar le ofrecía su propio pañuelo sin dejar de observarla así que extendió su brazo y por un instante, sus dedos rozaron los suyos, haciendo que esa corriente que fluía a través de ella, se convirtiera en un torrente atroz.

—Gracias, majestad —añadió sin saber si él hablaría su propia lengua, pero cuando este no respondió consideró que era inadecuado permanecer allí, así que se alejó mientras oía al ilusionista decir algo para volver a capturar la atención de los invitados y continuar su espectáculo.

Agradeció que dejasen de observarla, que las miradas furtivas no se dirigieran hacia ella, porque sentía una presión en su pecho que dificultaba la respiración y su pulso había comenzado a temblar hasta el punto de no saber si podría continuar caminando antes de caerse desplomada al suelo. Podía mentirse a sí misma y fingir que solo era el corsé demasiado ajustado lo que le dificultaba respirar de forma adecuada, pero había sido esa mirada, esos ojos de un azul tan cristalino que jamás había visto en ninguna otra persona.

—Es el zar. Es un monarca —susurró para sí misma reprochándose por sentirse de ese modo ante la imponente figura de aquel hombre.

Por suerte para ella, ninguno de sus padres le reprochó su pequeña aventura, sino que más bien, fue un aplauso acallado por parte de todos los miembros de la mesa al felicitarla por haber podido tener un acercamiento hacia el monarca.

Catherine metió la mano en el bolsillo de su vestido y apretó con fuerza su pañuelo pulcramente doblado como ella lo tenía en un principio. Puede que no tuviera la oportunidad de volver a acercarse al zar, pero podría conservar algo que él mismo había tocado con sus manos.

Capítulo 4

Nikolai trato de poner toda su atención en la conversación que mantenía con uno de sus consejeros, aunque agradecía la activa participación de su tío dado que era incapaz de tener todos sus sentidos puestos en aquella charla de política internacional. Su primo Aleksei estaba sentado al otro lado de la mesa, coqueteando con una de las damas de su corte a pesar de que estaba muy seguro de que no era el tipo de mujer que le atraía a su primo, él prefería una dama mucho más voluptuosa y experimentada. En el momento que sus miradas se encontraron, le hizo una señal a la que de forma inmediata, su pariente se alzó con una disculpa y rodeó la mesa para acercarse a él mientras no dejaba de dar vueltas a su copa y fingía serenidad.

—¿Ocurre algo, primo? —decretó este con extrañeza.

—Averigua quien es la joven del pañuelo. Quiero saberlo todo sobre ella, absolutamente todo y con premura —constató en voz baja para que ninguno de los invitados le escuchara y acto seguido, cogió la copa de vino y llevándosela a los labios.

Vio como Aleksei le miró de forma extraña, luego sonrió.

—Por supuesto, *majestad* —dijo antes de alejarse sin la intención de regresar a su asiento de forma inmediata.

Esos ojos verdes. Esa intensidad. Esa incalculable belleza que emanaba aquella joven…

Era hermosa, de eso no había duda, pero no era la elegancia que podía suponer una dama como su prima Tatiana. No. Era magnificencia, delicadeza, esplendor, encanto, perfección. Percibió como todo su cuerpo brotaba de autentico furor cuando sus ojos impactaron en los suyos. Le había costado un infierno reprimir ese impulso, esa necesidad de tocarla, el calor que se adentraba en sus entrañas rogando por probar sus carnosos labios.

En sus veinticuatro años de vida, jamás había sentido esa necesidad imperiosa por una mujer, un innegable y apremiante deseo tan febril que le asustaba. Necesitaba saber quien era. Conocerla. Tocarla y estar seguro de que no había sido un truco de aquel ilusionista como el de colocar el pañuelo de aquella joven en el bolsillo de su chaqueta.

Eran demasiados invitados para saber en que punto exacto se encontraba la dama. Intuía por su aspecto que era bastante joven y también, que no hablaba su lengua, así que no pertenecía a su corte, tampoco a la de Prusia o Austria. No tenía duda alguna de que jamás la había visto hasta ese momento, ese color de ojos y aquel rostro perfecto era un tipo de belleza que jamás se olvida. No. Esa joven no pasaría desapercibida en ninguna corte y desde luego tampoco lo haría en la suya.

No volvió a verla en lo que restó de velada. A pesar de pasear con cierto disimulo sus ojos por el salón que había sido dispuesto para deleitarse con el espectáculo de ballet y ópera. Su posición solo le permitía ver a los asistentes cercanos a él y entre ellos, no figuraba la hermosa joven. Su cuerpo permanecía tenso mientras devoraba uno a uno los asientos tratando de buscar el destello de color amarillo que poseía su vestido, pero fue inútil, o la joven había decidido no acudir o se encontraba lo suficiente lejos de él para no poder encontrarla.

Tatiana se había sentado a su lado y comentaba en todo momento los fallos que cometían algunos bailarines, al igual que mencionaba cada destiempo en el que la cantante de ópera se equivocaba. Detalles que en aquel momento a él le parecían una minucia y que carecían de su atención. Aún así dejó que esta

prosiguiera, sin darle mayor conversación, pero era la primera vez que la presencia de su prima le parecía monótona y aburrida, incluso fastidiosa, planteándose que era lo que tenía realmente en común con su pariente más allá de la sangre que les unía.

Estaba claro que un enlace con Tatiana le proporcionaría lo único que necesitaba; herederos al trono. Ella se había educado en palacio, podría ser una consorte a la altura de las circunstancias y afrontar con firmeza los posibles contratiempos, algo que Anna jamás pudo hacer a pesar de saber con antelación lo que le esperaba.

Nikolai decidió retirarse a sus aposentos en cuanto finalizó la ópera, al día siguiente sería el aniversario de su coronación, habría una misa en su honor y tendría demasiados eventos a los que acudir sin falta antes del gran baile de celebración.

El maldito baile.

Oyó los golpes en la puerta de su estancia privada, hacía un buen rato que su ayuda de cámara se había retirado, así que le pareció extraño que alguien se presenciara allí a esas horas. Nunca se veía con sus amantes en su alcoba privada, utilizaba una parte específica del palacio para tales funciones y en aquel momento, con el lugar repleto de invitados, resultaba impensable.

—Su primo Aleksei aguarda una audiencia privada, excelencia —replicó el sirviente cuya labor sería pasar toda la noche en la puerta de su habitación por si requería cualquier cosa.

—Hágale pasar —afirmó a pesar de estar cansado y con el único deseo de tumbarse en aquel lecho.

—Tengo que admitir que tu impaciencia me ha sobrecogido, pero desde luego no puedo negarlo, es una joven exquisitamente hermosa, así que he hecho buen uso de mis influencias y…

—Al grano Aleksei. ¿Quien es?

—Vaya primito… —sonrió con entusiasmo como si se estuviera regodeando de la situación—. Nunca te había visto así de alterado por una dama, aunque reconozco que razones no te faltan, pero

jamás he visto que la belleza de una dama te cautivara de ese modo ¿Tanto te ha impactado?

Aleksei se acercó a la pequeña bandeja que había sobre una mesa auxiliar en un rincón de la alcoba y comenzó a servir dos copas de vodka

—Es simple curiosidad —determinó Nikolai observando a su primo dirigirse a él para ofrecerle una.

Aleksei sonrió sabiendo perfectamente que Nikolai jamás confesaría algo así.

—Bebe. Lo vas a necesitar —dijo insistiendo en que cogiera la copa y Nikolai no se lo pensó dos veces vaciando el contenido de un solo trago para dejar que el alcohol quemara su garganta.

—Déjate de rodeos y desembucha. ¿Que has averiguado?

—Que es inglesa —dijo ladeando la cabeza.

No es que tuvieran mala relación con la corona inglesa, de hecho habían sido invitados al aniversario, pero desde luego no estaban entre sus más fieles aliados, aunque tampoco suponía un problema—. Aún no ha sido presentada en sociedad y acaba de cumplir diecisiete años.

—¿No ha sido presentada en sociedad?, ¿Por qué?, ¿Está prometida? —Su ansia por saber traicionó su propio temperamento cauto, así que Aleksei estalló en carcajadas.

—¿Estás considerando la idea de cortejarla?, ¡Y yo que pensaba que querías convertirla en tu amante y venía a decirte que olvidaras tal propósito!

—No estoy considerando nada —mintió descaradamente porque deseaba volver a verla, comprobar que no era una visión alterada de su condenada mente, pero sobre todo, descubrir si aquel fuego interno que ella había despertado en él volvía a producirse de nuevo en su presencia.

Aleksei le quitó la copa vacía y regresó a la licorera donde las volvió a rellenar con aquel líquido transparente.

—Por lo que sé, es la única hija legítima del duque de Sylverston, está en onceavo lugar en la línea sucesoria al trono, lo suficiente lejos para que no se tenga en cuenta su vínculo, pero es uno de los hombres más acaudalados de Inglaterra y con gran influencia. Está aquí en representación a la corona inglesa, pero no era a ellos a quien precisamente esperábamos, así que tu joven dama solo está aquí por mera casualidad.

Tal como había deducido Nikolai, habría reconocido esos ojos en cualquier parte si los hubiera visto con anterioridad.

—Se presentó como Lady Catherine —corroboró volviendo a coger la copa de vodka que le ofreció su primo.

—Si. Lady Catherine Sylverston, probablemente ningún caballero presente en palacio no sepa su nombre, ha causado una grata impresión entre los asistentes, aunque diría que el más cautivado de todos ellos ha sido su anfitrión —dijo Aleksei con calma —. Nikolai… todo el mundo cree que el baile solo es una excusa para anunciar tu compromiso y los rumores de que la candidata elegida será Tatiana se difunden por palacio. Admito que me complacería llamarte hermano, pero si tus intenciones no son las de complacer a mi madre, te convendría actuar cuanto antes.

—Lo sé, Aleksei —afirmó tragando el líquido y sintiendo que aquella quemazón no era suficiente para aniquilar esa sensación de presión en su pecho.

Tenía que tomar decisiones de forma apresurada y, fuera cual fuera el resultado, no podría saber si la elección era la correcta.

En el momento que Aleksei se marchó se quedó en silencio observando a través de los ventanales de su habitación que daban al jardín trasero. Las antorchas iluminaban parte de este, podía ver a algunos invitados paseando a pesar de ser muy tarde, probablemente la mayoría estaban alojados en las residencias cercanas al palacio y solo atravesaban el jardín para retirarse a sus lugares asignados, ¿Estaría ella en el palacio?, ¿Quizá en una de las casas cercanas? La invasión de su pensamiento por querer saber más de aquella joven era inaudita, pero aún más el hecho de que a

pesar de haber intentado apartarla de su pensamiento, no había conseguido olvidar como esa cálida mirada y mejillas sonrojadas, atravesaban por completo su entero juicio.

Catherine dormía en la misma cama junto a su hermana Linette, su atrevimiento durante la cena de salir como voluntaria frente al ilusionista no había causado un gran revuelo entre sus padres, al menos, estos no le habían reprochado un comportamiento inadecuado, sino que habían visto, al igual que todo el salón, un honor tener un breve encuentro con el emperador ruso.

Se había guardado para sí misma el nerviosismo, el frenesí que sufría su estómago por aquel revoloteo de ansiedad que probablemente solo se debía al hecho de que la figura del zar le imponía, pero casi se había olvidado por completo con el entretenimiento que había tenido lugar posteriormente.

—Deja de dar vueltas o mañana tendrás unas ojeras enormes para tu primer baile —recitó Linette con voz medio adormilada.

—¿Y si ningún caballero quiere bailar conmigo? Aquí nadie nos conoce, ni padre tiene gran influencia, por no decir que he visto un número de damas mucho mayor y eso implica que las opciones sean reducidas. —La verborrea de Catherine no amilanó el sueño de Linette, sino que ésta se limitó a contestar con voz dormida.

—Los bailes en Londres también son así, hay siempre un número mayor de damas que de caballeros porque a diferencia de nosotras ellos no se convierten en solterones. Mientras que una dama está obligada a soportar todas las normas estrictas que conlleva su puesta en sociedad, para un caballero la situación se vuelve más flexible, por no hablar de que la gran mayoría, solo está allí porque sus padres le obligan.

—¿Quieres decir que la mayor parte de caballeros con los que has bailado en realidad no querían una esposa? —preguntó acurrucándose cerca de su hermana.

—¿Acaso tú quieres un esposo? Te aseguro que, si no fuera por la imposición de la sociedad, yo no lo querría.

La pregunta de su hermana revoloteó por sus pensamientos decretando que realmente no era en sí lo que deseaba, sino más bien la expectación o esa sensación de nerviosismo ante las primeras veces y lo que significaba coquetear con el amor.

—En realidad lo que yo quiero es encontrar el verdadero amor como lo hicieron padre y madre —contestó segura de albergar aquella esperanza.

—El amor puede estar lleno de sombras, Catherine, tienes el ejemplo en nuestros padres y a veces, no es reconocible a primera vista. Aún así, no puedes obviar la realidad de lo que la sociedad espera de nosotras; casarnos, perpetuar el linaje, constatar cada día de nuestra vida que estamos preparadas para asumir nuestra condición como esposa.

—¿A ti te bastaría? Nuestra madre es el ejemplo de que se puede ser mucho más.

—No todos los caballeros son como nuestro padre, Catherine. Puede que no tengamos la misma suerte, ni un talento como madre.

En eso Linette tenía razón, quizá porque era la más sofisticada y cualificada de las dos. El don de su madre era algo que ninguna de las hermanas había heredado, y, a pesar de que insistía en que se podía aprender como hizo ella, Catherine que era la más incentiva demostraba para tener esa misma capacidad de su progenitora. Le gustaba la moda, los vestidos y curiosear entre tejidos, pero no sentía que pudiera seguir los mismos pasos, ni ser tan buena en ello. Su hermana mayor ni lo había intentado, podría haber sido perfectamente abogada, contable o administradora de fincas antes de cualquier variante de artista. Linette tocaba el piano con maestría, pero no sentía pasión arrolladora por el instrumento como sí lo hacía por la lectura y el conocimiento.

Hasta ahora Catherine tampoco había desarrollado ambiciones, al menos no más allá de su puesta en sociedad y que todos dejaran de considerarla una niña. Podía tener una particular motivación hacia la aventura, aprender otras lenguas, culturas o viajar para descubrir países muy diferentes. Solo la idea de haber pasado el verano junto a su tía Amelia que le contaba costumbres escocesas y, más aún, lady Camelia y su modo de describir el Duomo di Firenze le hacían fantasear a pesar de que su limitación como mujer estaría condicionada a un hombre. Primero su padre, después su marido y si lo tenía finalmente sería su hijo.

Aunque crecer con una mujer como su madre la hiciera pensar que podía ser capaz de lograr aquello que se propusiera, lo cierto es que la sociedad le impondría ciertas normas que no podría evitar por mucho que su madre les hubiera infundado cierta libertad de pensamiento.

—Padre no aceptaría la propuesta de un caballero que no fuera adecuado —decretó Catherine tras una larga pausa y pensó que su hermana ya se habría dormido cuando comprobó que su respiración era demasiado alargada.

No lo haría, ¿Cierto? La respuesta llegó antes siquiera de que la duda hiciera mella en su pensamiento, su padre jamás concedería la mano de una de sus hijas a un caballero déspota o cruel, menos aún si solo estaba interesado en su dote o el linaje de los Sylverston a pesar de que su hermano Daniel sería el heredero al ducado.

Catherine se giró inspirando profundamente y forzando a sus pensamientos para abandonar esas ideas y centrarse en conciliar el sueño. Al día siguiente habría un baile, un hermoso e inusual baile de costumbres rusas al que ella tendría el privilegio de acudir y, si ningún caballero decidía invitarla, se conformaría con saber que al menos, podría deleitarse entre los danzarines que ocuparían el salón formando parejas perfectas y después regodearse cuando debutara en Londres de haber poder asistido al aniversario de coronación del zar imperial ruso.

Recordar al monarca le hizo volver a ese momento en el que aquellos impresionantes ojos zafiro impactaron en los suyos y volvió a sentir como sus latidos se acrecentaban al recordar su rostro y lo que había sentido cuando él la observó con esa fijeza.

¿Era normal sentirse así?, ¿Quizá solo lo provocaba su nula experiencia al tratar con caballeros? O más bien, caballeros tan apuestos como lo era el zar.

Y por alguna razón, visualizar aquel rostro de facciones duras pero rasgos suaves, con aquel cabello rubio que intuyo sería suave al tacto, con aquella barba y bigote decididamente alineados para enmarcar su rostro y aparentar madurez a pesar de verse un

hombre joven, pero sin duda, aparte de aquel porte recto, elegante y sobrio, había algo en sus ojos decididamente hermoso, cautivador y que le había provocado aquel sentimiento extraño en su pecho.

Es el zar. El emperador de todas las Rusias. Lo anormal sería no sentirse intimidada por él si la miraba de aquel modo.

Capítulo 5

A diferencia del día anterior, no había juegos al aire libre o picnic en el jardín, sino que todo el mundo se quedó holgazaneando en sus estancias preparándose para el grandioso baile en el gran salón de palacio. Los sirvientes no dejaban de llevar flores, jarrones, candelabros por los pasillos a los que Catherine se asomaba a hurtadillas alejándose de su habitación mientras la doncella asistía a su hermana bajo la supervisión de su madre y su padre había llevado a Daniel al gran estanque como distracción con la excusa de caminar y estirar las piernas, ya que su hermano menor no acudiría al baile. Había más puertas en el pasillo de las que deducía serían otras estancias de invitados. A pesar de estar en camisón, ninguno de los sirvientes parecía percatarse en ella, sino que todos tenían indicaciones precisas y seguían en fila india hacia una dirección precisa. ¿Cuantos sirvientes requeriría un evento como ese?, ¿Quien lo organizaría si el zar no tenía una esposa?, ¿Sería él mismo?, ¿Quizá su prima?, ¿La misma que al parecer los rumores indicaban que sería su esposa? Imaginó por un momento como sería pensar en todos esos preparativos y se sintió demasiado pequeña, tal vez una dama como su madre sería capaz de llevar a cabo algo así, pero ella ni siquiera sabría por donde comenzar y, a fin de cuentas, era absurdo pensar en esos menesteres. Una de las puertas del pasillo que había dejado atrás y al que daban todas las habitaciones se

abrió, así que se metió detrás de las cortinas que había cerca de ella para que nadie pudiera percatarse de su presencia.

A pesar de no poder ver, podía escuchar los pasos que se acercaban hacia donde ella estaba y contuvo la respiración como si de ese modo, quien quiera que fuese, no pudiera percatarse de su presencia.

—¿Catherine? —oyó repentinamente su nombre y acto seguido, se percató de que quien quiera que estuviese cerca de ella se detenía, pero la voz de su madre se oía mucho más lejos, así que no podía ser la misma persona que se había detenido a unos pasos de ella—¡Catherine Sylverston, ven aquí ahora mismo!

Por un momento maldijo haber salido para satisfacer su curiosidad, ahora estaba atrapada tras aquella cortina y sin poder salir para no satisfacer la certeza de que no sabía comportarse como una dama, ni estaba preparada para afrontar una temporada. Se mordió el labio con fuerza para reprimir una maldición y apretó los puños como si eso la hiciera ser invisible tras aquella cortina en tonos anaranjados con un brocado enrevesado en dorado.

—¡Si no sales de donde sea que estés!, ¡Te aseguro que esta noche no asistirás a ningún baile, jovencita! —oyó la voz de su madre acercándose.

Alzó el mentón para realizar una suplica mirando hacia el techo y giró el cuello hacia el exterior del borde de la cortina para poder ver si la persona que había escuchado previamente continuaba allí a pesar de que no había sentido pasos alejándose. En cuanto lo hizo, vio al caballero en cuestión que miraba en su dirección y la sonrisa complaciente al pillarla infraganti tras la cortina. Se irguió de nuevo como si todas las lecciones de su institutriz hubieran cobrado vida y pudo escuchar su risa.

—¡Vas a hacer que le cuente esto a tu padre y no… —La voz de su madre se silenció—. ¡Oh, disculpe mi lord! —continuó esta ante lo que Catherine supuso sería un enfrentamiento con ese hombre que conocía perfectamente su paradero y probablemente la delatara.

—Discúlpeme usted, mi lady —respondió en su lengua con un marcadísimo acento extranjero—. Creo que la he asustado.

—¡Oh, no!, ¡Por supuesto que no! Es solo que estaba buscando a… —pero no llego a decirlo, quizá porque revelar en voz alta que desconocía el paradero de una de sus hijas era asumir una mala reputación como dama, sobre todo por los rumores que se podrían verter en torno a ese simple comentario.

—¿Su doncella? —exclamó éste con calma—. Creo que la he visto dirigirse hacia el otro lado del pasillo —decretó en el mismo tono y acto seguido oyó como su madre le agradecía la información para alejarse.

No sabía que era peor, el que su madre la hubiera pillado allí escondida o que ahora estuviera a solas, en camisón y con un completo desconocido que conocía su ubicación.

Se quedó completamente quieta sin mover ni un solo músculo de su cuerpo como si de algún modo, esperase que milagrosamente aquel caballero se marchara, pero cuando el silencio continuó de forma que ni siquiera podía oír a los sirvientes un poco más allá de aquel pasillo, volvió a hacer el mismo movimiento para tener visión y descubrió al mismo caballero apoyado en la pared opuesta con los brazos cruzados y un gesto de diversión en el rostro imposible de negar.

—¿Ha pasado la noche fuera de su alcoba, lady Catherine? —exclamó aquel extraño y de pronto sus mejillas se tiñeron de un rojo exagerado porque intuyó hacia donde se dirigían sus insinuaciones.

—¡Como se atreve! —dijo apartando las cortinas y la visión de aquel caballero recorrió enteramente su camisón bastante infantil que dejaba sus brazos y parte de escote a la vista, además de las trenzas que aún permanecían enlazadas para mantener las ondas.

—No. Está claro que no —afirmó paseando su mirada con detenimiento por su cuerpo—. Intuyo que es su curiosidad la que la ha llevado hasta aquí, al igual que anoche esa misma curiosidad la llevó hasta presentarse frente al zar, ¿Me equivoco? —preguntó sin

rodeos, sino siendo mucho más directo de lo que ella estaba acostumbrada.

¿Quizá los caballeros en Rusia eran así?

De pronto se dio cuenta de que estaba a solas con aquel hombre en el pasillo y de las repercusiones que eso podría tener si alguien la veía.

—No se quien es, y desde luego no me interesa saberlo, tampoco sus razones para haber mentido en mi nombre, pero sean cuales sean, se lo agradezco. Que tenga un buen día, caballero —dijo comenzando a alejarse antes de que su pequeña excursión se convirtiera en una pesadilla indeseada.

—¡Agradézcamelo reservándome su primer baile!

Catherine se volvió anonadada. ¿Un caballero le había pedido un baile?, ¿A ella?

—Ni siquiera sé su nombre —contestó en voz baja.

—Según ha mencionado hace un instante, no le interesaba saberlo, pero creo que después de esta noche, eso cambiará… asegúrese de estar resplandeciente, lady Catherine, aunque no le resultará nada difícil.

Tras decir aquello vio como aquel caballero se marchaba y tuvo la sensación de que acababa de tener una conversación de lo más extraña.

Tenía una petición, un baile con un desconocido y tuvo que reconocer que además era muy apuesto. No tanto como el zar, pero lo suficiente para atraer las miradas de numerosas damas, así que su incursión no había sido tan imprudente como había imaginado en un principio teniendo en cuenta que la noche se había presentado demasiado interesante y misteriosa.

Ni la reprimenda de su madre por desaparecer ante su vista, ni el hecho de no tener un vestido nuevo que lucir propio, iba a adrementar su euforia cuando comenzaron a dirigirse hacia el gran salón donde había una enorme fila en la que debían permanecer para su presentación.

Cuando solo quedaban dos presentaciones por delante de ellos, se acercó un hombre que lucía una vestimenta propia de la guardia real del zar.

Catherine estaba demasiado atenta hacia lo que ocurría al otro lado de la doble puerta que solo se abría para dejar pasar a los siguientes invitados como para prestar atención al hombre que hablaba con su padre, pero en cuanto sintió el tirón de su hermana vio por su gesto que se trataba de algo importante.

—Deben permanecer en fila a lo largo del salón y mantener la mirada baja. No deben mirar bajo ningún concepto a los ojos del zar.

—¿De que habla? —inquirió Catherine en voz baja.

—Es importante que que permanezcan así hasta que de inicio el baile.

—¿Mi esposa también? —preguntó lord Sylverston no comprendiendo demasiado las costumbres rusas.

—Si. Todas las damas casaderas o no. El zar elegirá a una dama para iniciar el baile y la costumbre rusa quiere asegurar de que todas las damas invitadas al baile están en igualdad de posición.

Catherine no le dio importancia, seguramente el zar tenía decidido quien sería la dama a la que elegiría, sin duda, lady Tatiana iniciaría el primer vals, pero aquella mención le hizo pensar si su misterioso caballero la encontraría entre todo el salón.

Cuando las dobles puertas se abrieron se encontró con un salón tan inmenso que no sabía hacia donde dirigir su vista, ni siquiera se acercaba en una mínima parte al salón más grande de la mansión de los Sylverston donde su madre había organizado más de una decena de bailes que ella observó a hurtadillas. Su tamaño era exorbitado y casi le costó reconocer hacia donde debía dirigirse, pero si que se percató de la enorme fila de damas que permanecían en el extremo opuesto al que se encontraba el trono del zar.

—En representación de la corona inglesa. ¡Los duques de Sylverston! Y sus hijas, ¡Lady Linette y Lady Catherine Sylverston! —

Catherine hizo una reverencia formal y no pudo evitar mirar fugazmente a su alteza, a diferencia de la noche anterior, esta vez lucía un uniforme de casaca roja, con las hombreras de bolones dorados y todas las condecoraciones talladas en la parte superior derecha. Una cinta azul cruzada, el cinturón y la espada que colgaba a su izquierda. Permanecía de pie, erguido y se sonrojó cuando comprobó que él la estaba observando en el momento que ella alzó sus ojos a pesar de que su expresión no revelase absolutamente nada.

Su padre se alejó en una dirección opuesta a la de ella, que se limitó a seguir a su madre y colocarse como el último miembro de aquella extensa fila de damas cuya variedad de rasgos, edad y colorido en los vestidos lograba que todas y ninguna pasaran desapercibidas al mismo tiempo.

Para su sorpresa, solo hubo ocho damas más después de ella, así que contempló absorta como todo el salón se sumía en un absoluto silencio únicamente irrumpido por los pasos del zar imperial, que se acercó a la primera dama de la fila, ni más ni menos que lady Tatiana, pero Catherine no pudo ver si la elegía o no, supuestamente sabrían que el zar había elegido a una dama cuando la música iniciara. Aún así, escuchó los pasos acercándose y decretó que quizá llegaría hasta la última dama y después regresaría de nuevo a la primera solo por pensar que les había dado una oportunidad, pero en el momento que vio unos inmaculados zapatos de cuero natural, cosidos a mano y perfectamente simétricos, contuvo la respiración, más aún cuando se detuvieron frente a ella.

Su nerviosismo aumentó, notó que los latidos de su corazón oprimían su pecho hasta ser lo único que era capaz de escuchar de todo aquel enorme salón y entonces vio su mano, la palma hacia arriba en señal de ofrecimiento.

No supo reaccionar. ¿Que se supone que debía hacer?, ¿Porque le ofrecía la mano a ella?, ¿No se suponía que bailaría con esa tal lady Tatiana con la que debía desposarse?

Sintió el roce de su hermana Linette y salió de su estupor repentinamente, sin saber si proseguía o no con el protocolo

acordado de mantener la mirada baja, alzó el mentón y se encontró de nuevo con el impecable rostro del zar. Nunca lo había visto tan cerca como en ese momento y a esa corta distancia, sus ojos azules eran aún más impresionantes, aunque nada en su rostro indicase una señal que le revelase satisfacción o agrado.

¿Le habría ofrecido la apertura del baile por algún tipo de acuerdo explícito? De lo contrario no tenía ningún tipo de sentido. Ella era insignificante, más aún para un emperador y, desde luego allí, su título no adquiría la misma importancia que en su propio país aunque su dote fuera cuantiosa. ¿Por qué entonces la había elegido de entre todas las damas?

Catherine se olvidó de la pregunta en el momento que deslizó su mano sobre la de él y el contacto de candor al unir su piel a la suya la estremeció por completo. Era como si de algún modo pudiera adentrase bajo las capas hasta llegar a su sangre y fusionarse en su cuerpo. No supo como logró dar un paso detrás de otro, pero lo hizo, hasta que aquel hombre erguido de porte regio la hizo rodearle y colocarla frente a sí mismo en medio de ese enorme salón. Sus ojos se deslizaron un momento hacia los cientos de invitados, pero escuchó que él decía algo que no comprendió, y volvió la vista de nuevo hacia su rostro.

La miraba. Sus ojos azules penetraban los suyos con ferocidad y casi se sentía incapaz de mantener aquella ardiente mirada que expresaba mucho más que las facciones duras de su rostro.

—Creo que no le he entendido. —Se atrevió a decir en voz baja.

Él volvió a decir una escueta frase a la que ella no logró dar sentido, pero que la hipnotizó mientras se desplazaban por el gran salón a la vista de todos. De pronto sintió que estaba viviendo uno de esos cuentos de ensoñación, muy consciente de que aquel momento sería único para el resto de su vida, así que decidió disfrutarlo al máximo y, por ende, transmitió la mayor de sus sonrisas al monarca ruso a pesar de no saber qué era lo que él había

pronunciado con aquellas palabras que para ella solo significaban sonidos bastos.

Durante todo el vals, Catherine sintió la firmeza de aquel caballero sobre su cintura y como sus dedos eran sostenidos con decisión por su mano. Se sintió segura. Protegida. Invulnerable a pesar de que cientos de personas la estuvieran observando y preguntándose, al igual que ella, porque había sido la elegida para la apertura del baile en honor del mismo hombre que danzaba con ella. Era extraño que, el primer hombre que la tocaba con aquella cercanía obviando a su padre y sus tíos a los que había convencido para practicar con ella alguna vez, lograra ejercer aquel efecto indescriptible en ella.

De nuevo, quiso creer que solo era el escudo de su título lo que la hacía sentirse de ese modo y, quizá por puro nerviosismo al ser el primer hombre con el que bailaba de verdad en una fiesta, su nerviosismo la hizo hablar bajo la atenta mirada del zar pensando que de ese modo acallaría esa sensación vibrante que regurgitaba en su estómago.

—Sé que no me entendéis. Yo tampoco os entiendo, pero a pesar de eso quería agradeceros que me hayáis escogido en vuestro primer baile. Es todo un honor para mi, su majestad. Me llevaré un grato recuerdo para el resto de mi vida —dijo atropelladamente mientras la presión en su cintura incrementaba para forzarla a desplazarse por el salón y, contrariamente a lo que habría esperado de sí misma, encontró que era realmente fácil seguir sus pasos.

Nikolai Vladimir Romanov era un palmo y medio más alto que ella, con una evidente fuerza física en sus brazos ante la facilidad con la que lograba hacerla danzar por el salón sin ningún esfuerzo. Catherine pensó que podría alzarla como una pluma sin sentir que su peso requiriera un mínimo de esfuerzo, y aquel pensamiento la estremeció porque repentinamente quiso que lo hiciera sin saber realmente la razón.

Ese hombre la hacía sentir cosas extrañas. Ese tipo de cosas que hasta ahora no había sabido poner nombre, ni lugar, ni

pensamiento o de las que hacía que arrastrara su imaginación hacia una parte oscura dentro de ella que no sabía que existía.

Deseo.

Nunca se había sentido atraída hacia un hombre, al menos no para correr ningún riesgo o desear que éste probara sus labios. Es más, las veces que lo había fantaseado solo pensaba en qué se sentiría al besar a un hombre y no, en desear fervientemente probar otros labios como si una voz interior le rogara hacerlo para conocer su sabor.

Antes de que pudiera plantearse como sería besar al mismísimo zar ruso. La música se detuvo, sintió como los ojos azules de su compañero de baile volvían a escrutarla con firmeza y sus mejillas se tiñeron mientras esbozaba una sonrisa parcialmente cohibida por creer que él podría haberse dado cuenta de hacia donde se dirigían sus pensamientos.

¿Habría visto como se quedaba embelesada observando sus labios?

Catherine retomó conciencia de su posición, muy inferior a la de su compañero de baile y dio un paso atrás forzando la separación entre ambos y siendo muy consciente de que su cuerpo extrañaba súbitamente la cercanía del monarca. Hizo una reverencia magistral y en el momento que volvió a alzar el mentón para mirarle sin saber si estaba rompiendo alguna norma estricta, éste volvió a decirle algo impronunciable para ella y después le ofreció la mano en lo que ella interpretó como el final de aquel minicuento en el que todo llegaba a su fin, puesto que después la acompañó hacia el extremo del salón y se marchó dejándola sola sin volver a dirigirle la palabra o mirarla.

Capítulo 6

Durante un instante, Catherine se sintió fuera de lugar, como si después de bailar con el mismísimo zar del imperio ruso, no supiera que debía hacer o como actuar. Observó a su alrededor tratando de encontrar una cara conocida, aunque las únicas personas allí presentes a las que consideraba como tal, eran su propia familia, pero ni su madre, padre o la propia Linette estaban entre los rostros de las personas que la observaban y al mismo tiempo hablaban en murmullos, quizá, tratando de comprender al igual que ella misma, porque el monarca la había elegido como pareja en la apertura del baile.

¿Quizá buscaba precisamente focalizar la atención en otra mujer? Aun no comprendía sus razones, probablemente jamás las entendiese, pero aquello dejaría de tener importancia, puesto que en pocos días regresaría de nuevo a su hogar y, por ende, toda aquella magnificencia pasaría a estar solo en sus maravillosos recuerdos.

—¿Me concede este baile, lady Catherine? —La voz que llegó a ella en un tono gradualmente por encima de los murmullos y sonidos que procedían de todo el salón, hizo que Catherine focalizase su atención en la misma dirección de la que provenía.

Reconoció al instante al caballero que la había salvado de su madre esa misma mañana. El joven descarado que no había tenido reparos en recorrer su cuerpo con la mirada y, que tampoco se había

sorprendido o comedido al encontrarla en aquella situación, sino que más bien, la encontró divertida y perspicaz.

—Por supuesto —Catherine apoyó su mano sobre la de él, pero no porque le hubiera prometido aquel baile como deuda al mentir sobre su paradero a su progenitora, sino más bien, porque sentía la necesidad de salir de aquel circulo espontáneo en el que se había visto inmersa tras el baile con el zar.

—Parece que solo coincido con usted cuando está en apuros, ¿No le parece? —exclamó sin mirarla realmente, sino que mantenía la mirada al frente mientras se dirigían hacia el centro del salón junto a las demás parejas de baile.

—Diría que comienzo a pensar que es demasiada coincidencia, mi lord. Sobre todo para un caballero del que ni siquiera sé su nombre porque no ha tenido la decencia de presentarse —concretó avispadamente Catherine y focalizando su atención en encontrar a su hermana entre las parejas de baile.

No la halló, lo que significaba que aún no la habían invitado o que debía estar entre las parejas más alejadas de ellos.

—Tiene razón. Aleksei Draganov IV, duque de Curlandia y generalísimo de las tropas militares del zar imperial Nikolai Vladimir I.

Catherine le observó conteniendo el aliento al recibir el impacto que suponía aquel título.

—Conocéis de primera mano al zar imperial —dijo sin un atisbo de duda.

—Si por conocerle queréis decir que somos parientes y mantengo conversaciones de política a diario. La respuesta es afirmativa, lady Catherine. —Adujo sin entrar en detalles sobre la amistad que mantenía con su primo.

Quiso hacer muchas preguntas. Infinitas, pero había un nudo en su garganta que se lo prohibía, como si al mismo tiempo, no quisiera dar señales de que ser la elegida para la apertura del baile por el zar hubiera tenido un significado especial para ella cuando probablemente no lo tenía, de hecho, le habían advertido antes de

entrar al salón que aquello formaba parte de una tradición y, seguramente, la única sorpresa por parte de todos los invitados es que ella fuese alguien completamente desconocida de la que ni siquiera sabrían su nombre o procedencia.

—Si lo que intenta es discernir la atención hacia el monarca, le diré que no es de mi incumbencia los asuntos referentes a la corona, su excelencia —constató dejando claro que no pensaba utilizarle para averiguar algo referente al zar por más interés o curiosidad que tuviera en este.

—Diría que es la primera que no intenta persuadirme de lo contrario, más aún teniendo en cuenta que ha sido la elegida para la apertura del baile.

—¿Acaso tal acto tiene importancia? Desconozco sus costumbres, pero deduje que es un proceder habitual, ¿No es así? —pregunto con perspicacia sin mostrar su verdadero interés.

—Por supuesto, lady Catherine —sonrió—. No adquiere la mayor importancia, salvo que ahora usted será conocida entre todas las casas reales por ser la dama más hermosa del baile, por supuesto.

Catherine alzó una ceja tratando de averiguar si el duque de Curlandia estaba coqueteando con ella con alguna doble intención o realmente solo era franco en sus palabras.

—Puede que sus zalamerías funcionen con una gran parte de las damas de su corte, pero si cree que soy completamente ingenua o que creeré firmemente en sus palabras, le advierto que pierde su tiempo —aseguró sin mirarle y dejando que este la guiase por el salón, percibiendo súbitamente la diferencia entre su anterior pareja de baile y la de ahora, sin duda la firmeza y decisión del zar se percibía mucho más que los pasos ágiles y monótonos del duque, como si se forzara a bailar solo por un simple protocolo y no se hubiera detenido a disfrutar de ello—. Sé muy bien que la elección del monarca ha sido aleatoria y que, probablemente solo haya sido fruto de una distracción puesto que todos dan por hecho que

anunciará su compromiso antes de que finalicen los festejos. Así que, le agradezco sus halagos, pero no me deslumbran.

Aleksei frunció el ceño desconcertado. ¿Acaso desconocería la joven el propio alcance de su belleza y el impacto que había provocado en su primo? A todas luces intuía que si, y saber que ella era completamente ajena a sus atenciones, le provocaba aún más diversión frente a la situación.

—Tiene usted toda la razón, mi lady —concretó decidiendo que no iba a inmiscuirse en aquel menester más allá de lo que su propio pariente le había solicitado—. Todos esperamos que el zar anuncie próximamente su compromiso y tengamos a una nueva consorte en el trono.

Catherine trago aquellas palabras con dureza. Fingiendo que no le importaban, a fin de cuentas, ese hombre vestido de uniforme cuyos ojos azules despertaban un sentimiento extraño en ella era, indudablemente, un completo desconocido con el que no había cruzado palabra alguna, al menos no que ella comprendiera. El zar Nikolai era una figura sobria, rígida, inalcanzable y, desde luego, alguien con quien no se debía permitir fantasear por muy absurdo que fuera.

Sus sentimientos no eran reales. No debían serlos, como tampoco el hecho de reconocer que él se debía a su país, a su corona, a su corte, a su pueblo. Un lugar muy lejos de su propio hogar y al que ella no pertenecía.

No fue necesario que preguntase si la futura consorte del zar sería lady Tatiana, estaba claro que debía serlo o el duque no habría afirmado tal cosa, por lo que cuando finalizó la melodía, a diferencia del monarca, Aleksei Romanov la acompañó hasta su padre, que observaba minuciosamente a su pareja de baile.

—Lord Sylverston —mencionó en una leve reverencia—. Creo que no nos han presentado debidamente, Aleksei Draganov, duque de Curlandia y generalísimo del zar imperial Nikolai Vladimir I. Ha sido un placer bailar con su honorable hija y, si me lo permite, me

gustaría tener una audiencia privada a primera hora con su excelencia para tratar unas algunas cuestiones de interés.

—Por supuesto. Será un placer, excelencia —contestó lord Sylverston manteniendo la mirada fija en el duque que acompañaba a su hija menor.

Lady Emily se apresuró a coger a su hija del brazo para apartarla del caballero que la acompañaba y en cuanto este hizo una reverencia y se marchó dejándoles a solas entre la pequeña comitiva que les rodeaba, la sonrisa de su madre acaparó el ceño fruncido de su progenitor.

—¡Tu primer baile ha sido con un monarca! —dijo enmarcando aún más su sonrisa—. Me parece una tradición preciosa la de elegir a una dama al azar para la apertura del baile, le otorga mucha más emoción al momento. ¿No crees, querido?

—¿Has hablado con su majestad? —preguntó su padre sin menos entusiasmo.

—No podría definirlo de ese modo, padre. Mencionó un par de frases, pero desconozco su lengua y, está claro, que él también la nuestra.

Aunque se moría de ganas por saber que sería lo que él le habría dicho y, por más quisiera recordar minuciosamente como había sonado su voz para rememorar el sonido, lo cierto es que le resultaba tan difícil que no sería capaz de repetirlo.

—Por suerte —dijo su progenitor con cierta calma—. Nuestra posición con este reino no está atravesando su mejor momento, por algo la reina ha decidido delegar en nosotros su invitación. La situación es cuanto menos, delicada y es mejor que no tengáis trato con el monarca o con algún miembro de su circulo más cercano.

—¿Somos enemigos del imperio ruso? —exclamó Catherine con horror.

—No —negó su padre obligándola a bajar el tono de voz—. Por supuesto que no, pero nuestros acuerdos están en una situación precaria, así que no me sorprende que el duque de Curlandia te haya utilizado como excusa para acercarse hasta mí y concertar de

ese modo una reunión política a primera hora de la mañana. Francamente era algo que esperaba de esta visita y, probablemente no haya tenido lugar previamente porque no han debido de aceptar de buen agrado que, en lugar del monarca, hayan enviado en su representación a un pariente más bien lejano de la corte.

—¿Has recibido instrucciones, querido? —concretó su esposa.

—He recibido limitaciones, querida. Que no es poco —sopeso este con un semblante sombrío.

¿Su elección era entonces una mera cuestión política para la negociación? Si anteriormente había pensado que era insignificante en esa corte y más aún para llamar la atención del mismísimo zar, ahora tenía una certeza aún mayor de que todo había sido orquestado previamente. Quizá por eso el monarca ruso se había mostrado en una actitud incómoda y autoritaria a pesar de haber querido interpretar una cercanía en sus ojos que claramente no existía.

Catherine inspiró profundamente y se dijo a sí misma que no importaba las circunstancias o la razón. Bailaría con incontables caballeros durante su temporada y probablemente casi todos ellos adularían sus oídos con palabras dulces para ganarse su favor, o más bien, el de su padre, anticipando sus intereses reales al mero hecho de tener una verdadera intencionalidad hacia ella.

Y a pesar de saberlo, de constatar que el zar imperial jamás había fijado sus ojos realmente en ella por mucho que se lo hubiera dicho a sí misma, esa parte irracional que había despertado repentinamente como si hasta ahora se hallase dormida, se resquebrajó provocando que sintiera una sensación de malestar inexplicable.

No conocía a ese hombre. Ni siquiera había intercambiado palabra alguna coherente, ¿Por qué debía importarle entonces? No lo volvería a ver. Probablemente no volvería a estar en su presencia jamás y mucho menos, tener la oportunidad de acercarse o tocarle como había hecho instantes atrás.

Debía desecharlo de su mente. Olvidar esos ojos azules penetrantes y fascinantes al mismo tiempo. Abandonar cualquier pensamiento que la llevara al momento en que él la había tocado y las sensaciones que la invadieron cuando tal hecho sucedió. Y, con las mismas, acabó aceptando cada invitación de baile que le proponían a pesar de que sus pies ardieran en aquellos zapatos que no eran de su talla, y de los que había estado a punto de torcerse el tobillo en dos ocasiones por parejas de baile menos adiestradas. Aún así, terminó agotada cuando se retiraron a la alcoba por no descansar un ápice entre baile y baile, pero por más distracción que había supuesto cada nueva pareja, sus ojos no dejaban de buscar por todo el salón al anfitrión de la velada y, muy a su pesar, las pocas veces que lo había encontrado siempre estaba al lado de lady Tatiana.

Nikolai aguardaba de pie frente a la puerta acristalada que daba a una pequeña terraza con vistas al jardín. Permanecía sereno en apariencia, aunque dentro de él urgía un volcán abrasador que temía por su explosión en aquel momento. Aún así se controló, había aprendido a hacerlo desde que era un niño, pues, a los cinco años ya conoció lo que era la disciplina y el futuro que le aguardaba como monarca de su país. Nada permanecía fuera de su control, no quedaba espacio para la improvisación o fortuna. Al menos, no había sido así hasta ahora, cuya decisión determinante estaba a punto de cambiar por completo su vida.

Arriesgado. Inoportuno. Fortuito. Y completamente improvisado.

Aleksei permanecía sentado en una de las butacas, aunque ya se había levantado y sentado hasta en ocho ocasiones a pesar de que hacía escasos momentos que habían llegado a lo que era su despacho.

—¿Vas a decirme cual es tu intención?, ¿Sobre qué asuntos se supone que vas a tratar? No es ningún embajador, Nikolai. Es más que probable que no tenga jurisdicción a la hora de tomar decisiones en representación a la corona inglesa.

—Tu única función aquí es la de interprete, primo. Eso y el hecho de que eres la persona en quien más confío para asegurarme de que la conversación que tendrá lugar en unos momentos no saldrá de estas paredes.

Había tomado una decisión por impulso, y, a pesar de que había tenido toda la noche para meditarlo y retractarse de ello, lo cierto es que lo único que había traído consigo la mañana era una constatación aún mayor que la noche anterior.

—Si planeas que la joven se case con algún miembro de la corte rusa para tenerla cerca de ti y convertirla en tu amante, dudo que su padre acceda a tal cosa —decretó Aleksei.

—¿Por qué iba a querer hacer tal cosa? —exclamó Nikolai sin ninguna emoción o ejercer algún tipo de movimiento.

Su vista continuaba en los jardines, donde los más madrugadores paseaban disfrutando del frescor de la mañana.

—Que te sientes atraído por lady Catherine es innegable, mi propia madre está insoportable porque no elegiste a Tatiana para la apertura de baile, pero que me pidieras inmediatamente después concertar una audiencia con su padre, solo me lleva a pensar que deseas trazar un plan para retener a la joven aquí —dijo volviendo a levantarse—. Y que no me lo hayas dicho, solo significa que debe ser de una moral cuestionable hasta el punto de avergonzarte de ello. Reconozco que la joven es infinitamente bella, deseable y con un carisma muy diferente al de las damas que conozco. Sin duda esa mirada y mejillas sonrosadas es la tentación de cualquier hombre, pero no es una mujer al uso, Nikolai. Es tenaz, perspicaz y demasiado avispada para su edad.

—Y según tú, ¿Son cualidades poco apropiadas para una amante? —exclamó Nikolai volviéndose hacia su primo.

—No se conformaría con ser solo tu amante, primo. Me rechazó descaradamente cuando ni siquiera estaba coqueteando con ella.

Nikolai emitió una carcajada que sorprendió a Aleksei.

—Así que solo estás ofendido porque la dama en cuestión no parece haber sucumbido a tus encantos…

—Esa no es la cuestión. ¿Vas a decirme de una vez que es lo que pretendes?

—No —negó Nikolai volviendo la vista hacia el ventanal acristalado—. Lo sabrás a su debido momento.

Aleksei bufó y emitió una maldición justo antes de que la puerta del despacho de Nikolai se abriera para anunciar que lord Sylverston había llegado y aguardaba su permiso para entrar.

Henry Sylverston iba preparado para tener una ardua y larga charla con el generalísimo del zar. Probablemente quisiera una alianza que le concediera embarcaciones inglesas llenas de soldados armados hasta los dientes para luchar contra el imperio otomano en el Mar negro, pero cuando su vista se percató en el mismísimo zar

imperial, tuvo la constatación de que sus meras sospechas podrían ser aún más verídicas de lo que imaginaba.

La corona inglesa no tenía interés en inmiscuirse en aquella incursión y menos aún, proporcionar oro para sustentarla, pero habían sido muy explícitos en mantener la cordialidad y, sobre todo, no empeorar la situación más de lo que de por sí estaba. Era fundamental la neutralidad.

—Lord Sylverston —dijo Aleksei adelantándose—. Veo que la puntualidad precisa sigue siendo una cualidad inglesa —añadió tratando de romper la tensión.

—No me gusta hacer esperar, excelencia. Su majestad —dijo Henry haciendo una reverencia.

—Creo que no le han presentado debidamente al monarca, Nikolai Vladimir I, zar imperial de todas las rusias.

—Es un honor, majestad —dijo Henry y rápidamente Aleksei lo tradujo.

—El placer es mío, excelencia. Tome asiento —indicó con gestos Nikolai que, a pesar de que su primo no tardó en traducirlo, el duque pareció haberlo interpretado bien, ya que se acomodó en el asiento que había libre frente al monarca.

Tras varias preguntas de cortesía en referencia a sus dependencias, si se encontraba cómodo en palacio o si habían sido de su agrado los festejos, Nikolai comenzó a notar como el duque inglés se relajaba en su posición sin perder la compostura.

La posición de lord Sylverston era defensiva y, desde luego, no tenía ninguna intención de inmiscuirse en una situación forzada, así que como buen inversionista y hombre de negocios, prefirió ser directo.

—Deduzco que esta audiencia privada no tiene nada que ver con mi comodidad en palacio, excelencia. Nos haría un favor a ambos si discutimos directamente al asunto que me ha traído hasta aquí —advirtió preparado para lo que estaba por venir y eligiendo las palabras adecuadas para salir indemne.

Aleksei tradujo lo más fiel posible que su lenguaje le permitía y percibió el semblante serio de su primo.

—Por supuesto —dijo Nikolai—. Dile a lord Sylverston que quiero establecer los acuerdos para concertar mi matrimonio con su hija hija lady Catherine Sylverston.

Puede que Henry no supiera aquel idioma, pero sí había escuchado claramente que el monarca nombraba a su hija, así que miró directamente a su interprete que se había quedado momentáneamente absorto.

—¿Estás loco?, ¿Casarte?, ¿Con una inglesa a la que no conoces?, ¡Ni siquiera es una princesa! —exclamó Aleksei dirigiéndose a su primo.

—Será ella o no será ninguna —objetó Nikolai—. Ahora díselo al duque.

Aleksei tuvo que toser varias veces y Henry percibió la incomodidad del duque de Curlandia.

—Su majestad imperial solicita la mano en matrimonio de lady Catherine Sylverston, excelencia.

Estaba claro que la reacción de lord Sylverston fue de absoluta conmoción y, a diferencia de lo que habría esperado por parte de cualquier otro noble de la corte, no parecía entusiasmado por la aclaración.

—¿Quiere casarse con mi hija?, ¿Lady Catherine? —exclamó Henry solo para constatar que no se trataba de ningún error.

—¿Estás seguro de esto, Nikolai? —insistió Aleksei.

—Muy seguro —confirmó este de un modo tajante.

—Su majestad imperial desea formalizar los acuerdos del matrimonio que convertirán a su hija en la consorte del zar —dijo Aleksei dirigiéndose hacia el duque de Sylverston.

—Prometí a mis hijas que no concertaría su matrimonio sin su consentimiento —contestó encontrando un punto de inflexión con rapidez y que le hiciera salir de allí para reflexionar sobre aquella propuesta.

No podía llamarlo propuesta, era más bien una decisión a la que sin duda, negarse tendría consecuencias, pero necesitaba pensar y, sobre todo, comprender que ganaba su alteza imperial desposando a su hija. ¿Era su dote? Había princesas con riquezas muy superiores a las de su hija, ¿Por qué deseaba el zar casarse con Catherine?, ¿Era posible que se hubiera cegado por su belleza como él mismo hizo con su esposa?

Un monarca jamás se decide por impulsos como ese, aunque… ¿No había rumores sobre un posible matrimonio con una prima? Quizá solo buscaba un heredero y no los títulos que una consorte pudiera aportar a la corona.

¿Cuáles podían ser las consecuencias para su familia si se negaba?, ¿Ser desertores de su propio país?, ¿Condenar a sus hijas a un futuro incierto? Perder sus riquezas y títulos adquiriendo otros nombres. Rechazar a un pretendiente era una cosa, pero negarse a un monarca con grandes influencias como su alteza imperial, era otra muy distinta.

Rusia era un imperio poderoso cuyo territorio superaba con creces al resto de monarquías. Tomarse a la ligera aquel asunto no era una opción. En cuanto se marchó de aquel despacho apretó con fuerza los puños únicamente para no golpear lo primero que encontrase en su camino.

¡Maldito el momento en que la reina le pidió acudir en su lugar y maldito el momento en que decidió traer consigo a sus hijas!

Capítulo 7

Era la tercera copa de Henry Sylverston cuando aún no era ni media mañana. No es que fuera la primera vez que bebía a horas tempranas, pero desde luego, su nerviosismo y contradicción eran tales, que probablemente ni todo el licor de aquella botella lo mitigasen.

—¿Crees que la reina sabía esto?, ¿Que nos envío a nosotros con una clara intención? —decretó Emily con inquietud mientras no dejaba de moverse por la habitación—. En la carta no decía que lleváramos a Catherine o alguno de nuestros hijos, fue una elección nuestra. Además, está el hecho de que te recomendaron mantener una postura neutra como bien dijiste anoche. No me encaja que sea un matrimonio por convicciones políticas.

—No lo sé, ni pretendo saberlo. Apenas es una niña, Emily. No voy a entregársela así como así.

—Te recuerdo que yo me quedé embarazada de Linette y me casé a su edad. Tiene dos años más de lo permitido para contraer esponsales según la corte, no será una excusa plausible. Como tampoco podemos obviar el hecho de que se trata del mismísimo zar y las repercusiones que podría tener rechazar esta propuesta.

—¿Qué propuesta? —preguntó Linette mientras se abría paso en la pequeña sala que tenía las funciones de comedor y le seguía Catherine aún con los ojos casi cerrados por la somnolencia.

Habían traído varias bandejas con el desayuno, aunque el té allí era muy distinto al de casa y los pasteles con sabores diferentes, el pan recién horneado con mantequilla seguía siendo un manjar sublime.

Catherine se sentía cansada y sus pies necesitaban aún el contacto con el frío suelo por el dolor que aún sentían tras haber estado danzando casi todo el tiempo que duró el baile. Durante la noche había soñado en infinitas ocasiones con el monarca. En su roce. En su mirada azul. En el modo que aferraba su cintura y la invitaba a seguirle. Quiso deshacerse de esa sensación que oprimía su garganta, pero le fue imposible, incluso ahora, con la evidente falta de sueño, era incapaz de apartarlo de sus pensamientos.

—Tiene que saberlo, Henry. A fin de cuentas, es ella quien debe tomar la decisión sean cuales sean las consecuencias para todos nosotros —decretó Emily con seriedad.

—¿Sucede algo malo con Linette? —inquirió Catherine con horror.

Se fijó en el semblante tenso de su padre y como tenía una copa en la mano, algo muy inusual en él a esa hora de la mañana, pero que su progenitora no dejase de frotarse las manos y pareciera más ansiosa de lo normal, no cuadraba con el carácter propio de ella.

—¿Puedes dejarnos a solas con tu hermana Catherine, Linette? —dijo Henry dirigiéndose a su hija mayor, algo que provocó una conmoción aún mayor en ambas.

Por un momento, Catherine pensó que podía haber ella hecho para que sus padres estuvieran en aquel estado y, sobre todo, para que pidieran a su hermana dejarles a solas. Hizo un repaso mental de todos sus pasos el día anterior, y, sobre todo, de la noche en el baile. No recordó haber actuado de forma impropia, ni quedarse a solas con ningún caballero, tampoco abusó de las bebidas porque apenas tuvo tiempo de tomar algo entre baile y baile, ni mostró un interés impropio hacia ninguno de esos hombres que la sacaron a bailar.

—Las repercusiones de esta decisión van a afectar a toda nuestra familia —proclamó Emily anticipándose al movimiento de su hija mayor para salir de la sala y volver a su habitación—. Y Catherine debe ser consecuente.

—Me está asustando, madre —dijo la aludida sin lograr encontrar un motivo que hubiera puesto en peligro su reputación y la de su familia.

Es cierto que se había quedado por un momento a solas con el generalísimo de las tropas del zar antes del baile, pero precisamente ese caballero sería el último en mencionarlo, carecía de sentido total que lo hubiera hecho. ¿Podría haber mencionado a su padre en esa reunión concertada que tuvo un encuentro a solas con ella?, ¿Fue demasiado atrevida durante su baile con él para haberle llevado a actuar de un modo precipitado?

—Lo diré sin rodeos porque no tiene sentido que dilate en el tiempo esta cuestión cuando el resultado será el mismo —anunció Henry vaciando la copa de un trago y dejándola sobre la mesa para acercarse a su hija menor. Apoyó las manos sobre los hombros de la joven y la miró directamente a sus ojos verdes, unos que eran casi idénticos a los de su esposa—. El zar Nikolai Vladimir ha pedido tu mano en matrimonio. Bueno. No. No lo ha pedido explícitamente, aunque tampoco lo ha exigido u ordenado, pero ha dejado bastante claro que no tiene en consideración un rechazo de nuestra parte.

Catherine sintió que todo su cuerpo temblaba y no precisamente por miedo. El zar Nikolai quería casarse con… ¿ella?, ¡Si no la conocía!, ¡Ni habían hablado! Desde luego no se podía considerar una conversación cuando no se habían entendido ninguno de los dos.

No era posible. Debía tratarse de un error. La había sacado a bailar solo como distracción, ¿no? Todo el mundo sabía que iba a contraer nupcias con lady Tatiana, eso era lo que le habían dicho cuando llegó a ese palacio.

—¿Quiere… casarse… conmigo? —Logró decir arrastrando cada palabra como si no pudiera creerlo.

Catherine obtuvo silencio perpetuo como respuesta y sintió que tanto su padre, como su madre y hermana la observaban como si ella tuviera la respuesta a su propia pregunta. Probablemente Daniel también lo haría de no ser porque aun estaría durmiendo.

—Encontraré un modo de declinar su proposición sin que se sienta ofendido. No sé como, pero la encontraré —dijo Henry con cierta incomodidad.

—Ella tiene derecho a negarse. ¡Ni siquiera lo conoce! —objetó Linette.

—Por supuesto que puede negarse —intervino Emily y se acercó a Catherine para colocarle una mano en la mejilla—. Debes pensar en ti, querida. Nunca te obligaríamos a aceptar una propuesta sean cuáles sean las consecuencias para esta familia.

Catherine apreció el gesto forzado de su padre en una mueca de desagrado y supo, a ciencia cierta, que negarse podría traer repercusiones para su familia, incluso para Linette o ella misma. Quizá no sabía exactamente cuáles, pero desde luego la corona no tomaría de buen agrado su negativa y, probablemente, su posición en la nobleza se viera afectada, hasta el punto de que, si algún caballero de buen renombre se interesase en ellas, la reina lo rechazaría por su ofensa.

Pensó en ella. En su familia. En su hermano menor que heredaría el ducado de Sylverston hasta ahora con una reputación intachable. En su hermana, que ya debía sufrir las consecuencias de llevar el apellido de un padre que no era suyo y ser una bastarda a ojos de todos, aunque no lo dijeran por la gran influencia que el duque de Sylverston ejercía en Londres. En su madre, que le había costado sudor y sangre sacar adelante Lynet´s para convertirlo en el lugar referente de moda de la alta sociedad londinense. Y en su padre, un hombre de negocios implacable pero que no le importaría perder todo por su familia.

—No quiero rechazar su propuesta —dijo Catherine antes de que su padre pudiera mencionar las posibles consecuencias por

ofender a la corte rusa—. Me casaré con él —insistió al ver que no parecían haberla escuchado o, quizá, entendido bien.

—Eso es inadmisible. ¡Ni siquiera has tenido una presentación formal en sociedad! Además, eres demasiado joven aún, ¡Sobre todo para la responsabilidad de llevar una corona! —clamó Henry.

—¡Ya no soy ninguna niña!, ¡Madre se casó a los diecisiete años y todos sabemos la razón! Además, nos prometiste a Linette y a mi respetar nuestra decisión. Y esta es mi decisión.

—Pero no le conoces Catherine. ¿Aceptarías su propuesta solo por ser la esposa de un monarca? Vivirías lejos de Inglaterra. De nosotros. De todo cuanto conoces… ¿De verdad quieres eso?

No. No había pensado en esa parte. Quizá en algún momento siempre supo que cuando contrajera matrimonio sus circunstancias cambiarían. Viviría en otra casa. Otras normas, sus propias normas, pero aquello era muy distinto a cuanto había idealizado. ¿Aún mejor? Ciertamente no lo sabía. No conocía nada sobre la corte rusa, sus costumbres y sus normas, pero estaba claro que debería aprenderlas, acatarlas y someterse a ellas. Todo sería completamente nuevo para ella. Ni siquiera se hacía una idea real de lo que significaba aceptar esa proposición porque le era completamente inconcebible.

No podía declarar abiertamente qué era lo que le había llevado a ese impulso de atracción inmediata hacia su majestad, pero saber que él la deseaba por esposa, que de algún modo, por muy inverosímil que fuera también había podido sentir una ínfima parte de ese mismo impulso, le hacía brotar en su estomago unas mariposas que anhelaban alzar el vuelo y descubrir mucho más que solo en su imaginación o sueños.

La consorte del zar.

Ella.

De entre todas las damas posibles la había elegido a ella. Tenía una cuna noble, pero no lo suficiente para que un monarca posara sus ojos en su linaje y le ofreciera matrimonio.

—Eso podría ser motivo más que suficiente—dijo sin mostrar demasiado furor respondiendo a la pregunta de su hermana—. Todos sabemos que nunca conseguiría una proposición mejor que esta, ¿No es así, padre? —Este hizo una mueca de desagrado, pero asintió.

—Tal vez no deberías precipitarte tan rápido querida. Sé que el hecho de convertiros en la esposa de un monarca puede resultar emocionante —intervino su madre—, pero la corte es un mundo hostil y lleno de perversión, por eso siempre os hemos mantenido alejadas de palacio. Quizá deberías conocer primero cuál será tu futuro antes de aceptar su proposición y que con qué intención ha realizado dicha propuesta.

—No soy débil, madre. Ni ingenua o tan inocente como creéis —decretó rápidamente—. Puede que carezca de experiencia, pero dudo que cualquier otra en mi lugar también la tuviera. Siempre habéis mencionado que respetaríais nuestra decisión en esta cuestión porque las consecuencias nos afectarán únicamente a nosotras.

—Es precipitado, Catherine. Probablemente es la emoción o todo este lujo de palacio el que habla por ti. No podemos dar una respuesta precipitada. Menos aún cuando no habrá marcha atrás en el momento que se haga —respondió Emily con calma.

Le gustaría tener una conversación con el zar. Conocer sus motivos, las razones que le habían llevado a hacer esa declaración de intenciones. Más aún cuando, según su padre, ni siquiera había valorado la opción de un rechazo.

¿Por qué la había elegido a ella?, ¿Que le había llevado a tomar esa decisión en apenas unas horas? Hacía exactamente treinta y seis horas que se habían visto por primera vez y, a pesar de sus dos breves encuentros, eran dos completos desconocidos el uno para el otro más allá de lo que su simple presencia le afectaba.

—Tu madre tiene razón, Catherine. Esta no es una cuestión para tomarla de forma precipitada. Le diré a su majestad que estáis abrumada y necesitáis un par de días para pensarlo.

—Pensará que es un modo sutil de negarse y podría tomarlo como una ofensa —respondió Emily a su marido—. Lo que le diréis es que a lady Catherine le complacería pasar tiempo con su majestad y conocer sus costumbres antes de aceptar.

Catherine miró a su madre complacida con una sonrisa en su rostro. De algún modo, eso era lo que deseaba para estar realmente segura de que lo que sentía hacia el monarca no era únicamente fascinación, sino que había algo más detrás de aquel crepitar en su estómago y quemazón en su garganta.

Capítulo 8

El sonido de sus zapatos amortiguando sobre el frío mármol volvía su de por sí estado de nerviosismo más intenso. Catherine no había vuelvo a ver al zar Nikolai Vladimir desde el baile en el que él la había escogido para su apertura, así que volver a verle dos días después y, sobre todo, teniendo muy presente cuáles eran sus intenciones, ciertamente no sabía como sentirse o como comportarse frente a él.

El mayordomo la escoltaba por varias alas explicándole exactamente donde se hallaban y, cuando cruzó una doble puerta, le advirtió de que se encontraba en el área de palacio donde se hallaban las estancias privadas del zar. Eso significaba que nadie, a excepción del circulo más íntimo del monarca, podía cruzar esas puertas.

Instantes después, el mismo mayordomo la dejó a solas en un pequeño saloncito, que, al igual que el resto del palacio había sido decorado con un gusto exquisito. Paredes de un azul cielo atenuado, decoraciones de molduras en oro tanto en las paredes como en los techos, acompañados de tapices y frescos. Uno de los cuadros llamó su atención, no se trataba de un retrato, sino de una vista hacia unas montañas donde se podía apreciar un atardecer. El pintor había sabido captar la luz exacta con ese juego de tonalidades anaranjadas y rojizas. Era precioso, hasta el punto de que se quedó hechizada por la belleza de la pintura.

El sonido de una voz grave y masculina hizo que recompusiera su porte para permanecer erguida y dirigiera su vista hacia el lugar del que provenía.

Aquellos ojos azules de ese hombre volvieron a provocar ese fulgor en su interior, un fuego emergente al que no sabía como acallar o poner nombre, puesto que a lo largo de sus diecisiete años de vida nunca había sentido nada similar.

—Su majestad tiene interés en saber si apreciáis la belleza de la pintura, mi lady —Catherine miró por encima del hombro del zar para descubrir la presencia de una mujer.

Por sus ropas no podría decir si era una sirvienta o tendría un cargo más elevado dentro del castillo, pero parecía que sus funciones no solo serían las de carabina, sino también las de interprete.

Catherine sonrió y volvió la vista hacia Nikolai que no apartaba la vista de ella a pesar de que su semblante fuera serio y a excepción de aquella mirada fija en la que ella sentía dulzura, nada en él expresaba algún tipo de emoción.

—Si —afirmó ella—. Pintar puede ser fácil, pero lograr captar la verdadera belleza es un privilegio que solo se otorga a muy pocos artistas.

En cuanto aquella mujer termino de traducir sus palabras, comprobó un cambio en el semblante del zar y como sus ojos se iluminaban con un destello que volvía aquel azul una tonalidad más clara. ¿Podría haber un hombre más apuesto que él? Si había tenido dudas, ahora, a plena luz del día y a la corta distancia a la que se hallaban, solo podía aseverar que era aún más hermoso de lo que imaginaba.

—Su majestad posee una gran colección privada, le invita a acompañarle si es de su agrado —tradujo la mujer poniendo sentido a las palabras del zar por respuesta.

—Sería un placer —contestó Catherine a pesar de su turbación cuando él le ofreció el brazo para que se acomodara.

De no ser por su propia cohibición y el hecho de que él no conocía su lengua, le habría preguntado directamente la verdadera razón de su propuesta, pero a diferencia del caballero que estaba bajo sus órdenes, Aleksei, con el que su lengua no había tenido reparo alguno, no deseaba transmitir una imagen errónea hacia el soberano. Como si aquel sentimiento que él le generaba se lo impidiera. Además, la simple idea de que aquella mujer fuera testigo de su conversación privada mermaba aún más aquella necesidad por saber el motivo real de su proposición.

La conversación fluctuó en temas banales, sobre todo referentes al palacio y su construcción, ya que, al recorrer una amplia distancia hasta llegar a la gran galería donde estaban expuestos los cuadros, el zar le iba explicando algunos detalles conforme iban avanzando por diversas salas y pasillos.

Nikolai estaba aún más sorprendido por la belleza de la joven de lo que le había impactado la noche anterior cuando la había visto a corta distancia. Aquellos ojos verdes emitían un esplendor y brillo propios de una mujer con encanto único. No era capaz de poner nombre al magnetismo que le atraía con aquella intensidad, pero si al hecho de que estar en su presencia solo afianzaba su deseo por convertir a lady Catherine en su esposa.

—¿Es cierto que todos los palacios esconden pasadizos secretos? —preguntó Catherine tras un prolongado silencio al ver uno de esos cuadros que iba desde el suelo hasta una altura considerable y que tras él podría esconderse una puerta.

Recordaba viejas historias, cuentos para niños donde los pasadizos formaban parte principal de la trama y siempre se preguntó si solo eran un mito o si realmente existían.

Nikolai emitió una leve mueca por el atrevimiento de la pregunta, después de todo si los pasadizos recibían el nombre de secretos es porque deseaban que permanecieran ocultos, pero en aquel momento la idea de engullirse a solas por uno de los cientos de pasajes ocultos que podrían existir en aquel palacio le parecía una idea maravillosa.

—¿Le gustaría descubrirlo? —preguntó sabiendo con anticipación cual sería la respuesta.

Nikolai había pasado todos los veranos de su infancia en aquel palacio, así que conocía perfectamente donde se hallaban y cuáles eran sus funciones. Aunque principalmente se crearon como refugio y opción de fuga en caso de un ataque, solía emplearlos para acortar distancias o sencillamente para escapar sin ser visto, encontrando de ese modo el único momento de paz.

—¿Puedo? —increpó Catherine completamente sorprendida o más bien, entusiasmada.

Nikolai entrelazó sus dedos con los de ella sorprendiéndole el candor que viajaba a través de aquel contacto y le ordenó a la doncella que les acompañaba no seguirles. Había preferido buscar una persona neutral en lugar de su primo porque conocía la influencia que Aleksei podía ejercer en determinadas ocasiones. Quería que lady Catherine tuviera toda su atención en él y no, en la personalidad carismática de su pariente y mejor amigo.

Catherine sintió la corriente de chispas que emergía por su cuerpo ante el contacto del zar y, ni siquiera se fijó en el hecho de que se alejaban de la dama de compañía que hacía funciones de traductora cuando él la condujo hasta el final de la galería y se adentró en el pasillo que se abría hacia la izquierda. La puerta oculta no se hallaba en un cuadro como ella esperaba, sino en un tapiz del que jamás habría pensado que podría hallarse un pasadizo. Por alguna razón extraña no tuvo miedo, ni de quedarse a solas con aquel hombre, ni de adentrarse en un lugar terriblemente oscuro, ni, mucho menos, en el destino que le aguardaba al haberse entregado a él en aquella hazaña. Era como si nada más importara, nada, salvo aquel impulso que la llevaba a estar cerca de él y sostener la firmeza de su mano entre la suya con una naturalidad impropia.

Sabía que si hablaba no le entendería, pero en aquel momento no necesitaba ninguna palabra que explicase ese palpitar que vibraba dentro de ella con tanta intensidad que la abrumaba.

El pasadizo era estrecho, pero suficiente para albergar a dos personas, cuando Nikolai cerró la puerta, todo se quedó completamente a oscuras hasta que sus ojos se fueron adaptando a la poquísima luz que se adentraba desde unas rendijas en la parte inferior cada diez o veinte pasos de distancia, lo suficiente para saber hacia donde dirigir sus pies.

A diferencia de ella, Nikolai emanaba seguridad conforme la conducía tras él y se adentraban cada vez más por aquel sendero de pasillos en el que algunos se bifurcaban. Ninguno de los dos decía nada y ella observaba su espalda ancha, la piel expuesta que se podía entrever de su cuello hasta el inicio de su cabello preguntándose demasiadas cosas a las que le gustaría tener respuesta de aquel hombre.

¿Cual sería su pasatiempo predilecto?, ¿Y su comida favorita?, ¿Le gustaría leer?, ¿Viajar y conocer el mundo como a ella?, ¿Hablaría alguna lengua además de la suya? Y esa pregunta le llevó a pensar en su propia situación, en el hecho de que él había solicitado su mano en matrimonio sin siquiera haber intercambiado una palabra. ¿Por qué?, ¿Que quería realmente de ella?

Todas sus preguntas se disiparon en el momento en que él abrió la puerta y salieron a un amplio salón en el que no recordaba haber estado, sin decir nada, la condujo hasta las puertas que daban a una terraza y, desde allí, pudo contemplar unas vistas absolutamente perfectas a los jardines y el bosque que se abría tras los límites de lo que supuso pertenecerían al palacio.

—Es absolutamente precioso —murmuró Catherine mientras observaba como el sol bañaba cada árbol y pieza de mármol que adornaba el jardín.

Tenía su mano aún entrelazada a la del monarca y, cuando se percató de ello bajó la vista para ver como él la sostenía aún con firmeza, sin la intención de soltarla. Después viró sus ojos hacia los de él, que la observaba en lugar de contemplar la vista frente a ellos y notó como sus mejillas se sonrojaban por el intenso calor que sintió en aquella parte de su rostro. Estaban a solas. Completamente a solas por primera vez.

Nikolai no podía creer que una mujer pudiera acumular tanta perfección y belleza en un rostro, sin poder evitarlo, alzó su mano libre para acariciar una de sus mejillas, la suavidad de su piel era como la seda más fina y el rubor solo incrementaba aquella innata belleza.

No podía resistir aquel impulso. No podía evitar que su corazón latiera de forma apresurada. La deseaba. Como jamás había deseado a una mujer en toda su vida.

Se lanzó a sus labios antes siquiera de pensar lo que ello significaba. Precipitándose como un marinero a manos de una sirena, aunque aquel beso fuera su propia condena. No le importaba. Realmente todo había dejado de tener sentido salvo ella.

Desconocía qué era ese hechizo. Si podía considerarla una bruja por aquel encanto que había anulado todos sus sentidos, incluido su propio juicio, pero la muerte tendría mayor sentido si descubría a qué sabían sus besos, y en el momento que sus labios tocaron los suyos se perdió en el candor que emanaban sin importarle nada que no fuera aquel impulso.

Catherine percibió el calor de aquellos labios antes de la suavidad con la que presionó los suyos, durante un instante no supo reaccionar, ni qué debía hacer a pesar de haber fantaseado en demasiadas ocasiones con aquello. Es como si su cuerpo se hubiera paralizado ante aquel gesto inesperado y, cuando casi se obligó a respirar entreabrió ligeramente los labios provocando con aquel inocente gesto que él envolviera su cintura para acercarla y profundizara aquel beso.

En el momento que sintió la invasión de su lengua chocando con la suya propia, Catherine emitió un gemido de estremecimiento mientras se dejaba llevar por algo completamente desconocido. Puede que siempre hubiera imaginado que un beso no podía ser desagradable, pero jamás había contemplado la posibilidad que la hiciera arder de aquel modo.

Sintió como su propio cuerpo tomaba el control y apoyó sus manos sobre el pecho del monarca mientras aquel beso se

intensificaba y ambos parecían danzar con una sincronía realmente maestra.

Catherine sentía que sus pies flotaban, como si se hubiera dejado arrastrar por la corriente de agua salada sin preocuparse si un mar embravecido la llevaba hasta sus profundidades. Lo único de lo que era capaz de hacer en aquel instante, era responder a la intensidad mientras esa sensación extraña crecía dentro de ella como un ser vivo con emociones propias.

En el momento que se vio desprovista de la calidez de aquellos labios de forma abrupta, abrió los ojos dejando que la claridad de la mañana le proporcionara una mayor exactitud de las facciones masculinas que poseía el zar. El sol bañaba su tez ligeramente bronceada, probablemente por sus salidas diurnas a caballo y también le daba intensidad al tono de su cabello claro. Solo cuando escuchó una voz que no pertenecía al monarca, supo que no estaban solos.

El duque de Curlandia se había detenido a medio camino entre ellos y el enorme salón que tenía acceso a la terraza en la que se encontraban.

—Lady Catherine, es un placer volver a verla —dijo con una clara mueca de diversión para después dirigirse hacia el zar con un gesto aún más solaz.

Ser descubierta en un encuentro furtivo y a escondidas por el duque, más aún cuando estaba claro que les había descubierto besándose, podía suponer la destrucción total de su reputación, aunque… iba a casarse con el zar, ¿no? Eso le recordaba que no estaban comprometidos y que, aunque lo estuvieran, lo que había sucedido allí era un auténtico despropósito bajo el punto de vista del decoro.

—Te dejé muy claro que no te entrometieras, Aleksei —dijo Nikolai conociendo demasiado bien a su primo para saber que sería incapaz de hacerlo.

—Solo quería asegurarme de que no te precipitaras o cometieras una locura, y, de hecho, parece que tenía razón porque

no parecías tener intenciones de detenerte de no haber sido por mi aparición. Lo cierto es que ver como pierdes el control resulta de lo más… insólito.

Nikolai se percató en ese instante de su imprudencia, de que no había sido capaz de comportarse como un caballero, sino que la tentación había sido mucho más intensa que su propio control. ¿Que tenía aquella joven aparte de su belleza para embriagarlo y enloquecerlo de aquel modo? Jamás había perdido el control de ese modo, pero su sonrisa, sus ojos, esa mirada que lo cautivaba hasta niveles insospechados eran las causantes de que enviara su juicio al diablo para sucumbir a la tentación. Ni siquiera había necesitado hablar con ella para sentir la magnitud de aquella atracción, pero si ya estaba seguro de sus sentimientos el día anterior, ahora sin un atisbo de duda, tenía muy claro que ella debía ser suya. La fogosidad de aquel beso solo le había confirmado que aquella joven debía sentir lo mismo que él y eso, convertía su ansia por tenerla en una necesidad imperiosa.

—No he perdido el control —mintió descaradamente—, dile al padre de lady Catherine que la ceremonia tendrá lugar al final del verano en este mismo palacio. Se habrá cumplido un año desde la muerte de Anna y es tiempo más que suficiente para los preparativos y avisar a todos los invitados.

—¿Y no deberías conocer primero la opinión de la dama con la que pretendes contraer esponsales? —respondió Aleksei dirigiendo su vista hacia la joven.

Lo cierto es que, para Nikolai, aquel beso había significado una respuesta más que evidente, pero, en el fondo, no deseaba o más bien, no quería contemplar una negativa porque jamás había deseado con tanta intensidad a una mujer como la deseaba a ella.

—Preferiría hacerlo con un traductor que no tergiverse su respuesta —afirmó siendo consciente de que a pesar de confiarle su propia vida a Aleksei, éste conocía de sobra sus debilidades para bromear con ellas.

Aleksei se llevó una mano al pecho como si se sintiera dolido, pero haciendo caso omiso a su querido primo, dirigió su vista hacia la bellísima joven. Lo cierto es que a plena luz del día y con el sol bañando su tez blanquecina, era aún más hermosa de lo que había podido apreciar cuando la vio en aquel pasillo, aunque solo llevara un camisón de dormir. Demasiado joven. Demasiado bella. Demasiado exquisita. No era de extrañar que su propio primo, al que jamás le había visto perder el control, hubiera perdido el juicio por ella. Cualquier hombre lo habría hecho y él mismo se incluía entre esos hombres…

—A mi queridísimo primo Nikolai le gustaría saber si estáis de acuerdo en celebrar vuestro enlace a finales de verano. Aquí mismo, en los jardines de este magnífico palacio.

Catherine abrió los ojos sorprendida, ¿El zar era su primo? Aunque eso ocupó el último de sus pensamientos cuando se concentró en lo que acababa de decir, sobre todo porque eso significaba estar casada en apenas un par de meses. ¿Era suficiente para preparar un matrimonio de tal envergadura?, ¿Y estaba ella preparada para no regresar a su Londres natal, abandonar a su familia y amigos para siempre? No es que no volviera a verles nunca más, por supuesto, pero su hermana tenía razón, su vida cambiaría para siempre y de un modo inesperado sin tener tiempo de prepararse para ello.

Su vista se dirigió del duque al zar, el mismo que la había besado con aquella intensidad justo antes de que les interrumpiera, ¿Podría acaso marcharse y no volver a verle? No pensaba en las consecuencias para su familia si rechazaba aquella propuesta, ni en que se perdería su debut en sociedad, aquellos bailes con decenas de pretendientes o alejarse de todos a quien amaba y conocía. No. Solo hubo un único pensamiento que le provocó una sensación de vacío silencioso y era el hecho de alejarse de allí para no volver a ver nunca más a ese monarca ruso.

—Sería perfecto —sonrió posando sus ojos únicamente en el que, a todos los hechos, se convertiría en su esposo.

—Eso mismo creo yo —contestó Aleksei que se acercó a Nikolai y le dio un par de golpecitos en el hombro—. Ha dicho que le parece perfecto, pero diría que no es muy prudente que volváis a quedaros a solas, a nadie le gustaría que el futuro heredero del imperio ruso pueda ser juzgado por nacer antes de lo debido, ¿Verdad, primo?

Catherine les escuchaba sin comprender ni una sola palabra y aunque aquello le parecía extremadamente frustrante, se dijo a sí misma que aprendería aquella lengua así le costara sudor y sangre porque solo en ese instante, comprendió que había aceptado su enlace con el zar en nombre de su padre.

Capítulo 9

—¡Dos meses! —clamó su padre cuando Catherine anunció que iba a casarse con el emperador de todas las rusias —. No. Ni hablar.

—No le estoy pidiendo permiso, padre. Ya he aceptado. Y le recuerdo que soy yo la que contraerá matrimonio con el zar.

Por algún motivo el duque miró a su esposa, que no dijo nada y se marchó de malos modos provocando un sonoro estruendo al cerrar la puerta. Toda la vajilla de la mesa vibró por consecuencia, pero afortunadamente ningún plato cayó de la mesa.

Tenían ocho semanas para preparar una boda real y, esa misma noche en la que se celebraba la última cena y baile con motivo del aniversario de coronación, el zar Nikolai Vladimir anunciaría su compromiso. Pasaría de ser lady Catherine Sylverston, la hija de un duque, a la futura consorte del monarca imperial ruso, aunque aún había omitido esa información a su querido padre, ya que Aleksei así se lo había indicado en nombre del zar cuando la escoltó junto al monarca hasta la dama de compañía que había hecho de interprete entre Nikolai y ella.

La información de su enlace era un secreto que no se podía revelar hasta el momento indicado y, aunque debía informar a sus progenitores, la información no debía salir de su circulo más inmediato.

¿Como es posible que apenas dos semanas atrás ni siquiera tenía constancia de aquel viaje o de quien era el zar? Ahora no solo estaba prometida, sino que su cortejo no sería todo lo largo como establecen los protocolos y eso, podría dar lugar a demasiados comentarios inoportunos. Además, no conocía a su futuro esposo, ni todo lo que se suponía que se esperaba de ella como su consorte. Todo había sucedido tan rápido que no tenía tiempo de asimilarlo, y, a juzgar por las caras de sus padres y hermanos al recibir la noticia del inminente matrimonio, estaba claro que era difícil de digerir también para ellos.

Lo único cierto en todo aquello es que la burbuja de emociones que el zar le había hecho sentir desde el primer momento en que sus miradas se habían cruzado, persistía y se hacía más grande con cada encuentro.

—Las bodas reales no se realizan con tan poco margen de tiempo. ¡Es imposible! ¿Estás segura de que será en dos meses? Quizá no le hayas entendido bien por el idioma…

—Más tiempo implicaría que Catherine regresara a Londres para los preparativos, está claro que al zar le corre prisa casarse por algún motivo —decretó Linette sentándose al lado de su hermana.

Todos hablaban del inminente compromiso del monarca con su prima, incluso se afirmaba que durante los festejos anunciaría el futuro enlace y, a pesar de que no sería con lady Tatiana, sí que era cierto que proclamaría sus próximas nupcias antes de que finalizara y, además, en un plazo de tiempo muy corto.

¿Es posible que hubiera alguna razón oculta para establecer un periodo de cortejo tan corto? Es cierto que un periodo más prolongado imposibilitaba el viaje a través de mar y, tendrían que esperar hasta la próxima primavera. ¿Tal vez el zar no deseaba esperar tanto tiempo para su enlace?, ¿Quizá no quería que ella se marchara de palacio como indicaba su hermana? Y, en el momento que las palabras de Linette hicieron presión en su conciencia, supo que no regresaría a su hogar de inmediato y, que tras aquella ceremonia, su familia partiría dejándola atrás para siempre. Aquel sentimiento de nostalgia era difícil de soportar, pero quedaba

opacado por la anticipación a todo lo que le aguardaba, a la intensidad de aquel beso con su prometido, a la voracidad con la que apresó sus labios y a la esperanza de que, muy en contra de lo que había imaginado, creía que aquello solo era el principio del amor profundo que podría llegar a sentir hacia el monarca.

—Tu hermana ya tiene más que suficiente con aceptar su situación para insinuar que hay motivos ocultos detrás de este matrimonio y por el bien de todos no hagas dicha mención delante de tu padre o empeorarás las circunstancias —decretó Emily mirando fijamente a su hija mayor—. No te preocupes Cathy —Catherine reaccionó de inmediato al escuchar su nombre—. Es un zar, ha pasado un año de su coronación y se quedó viudo al poco tiempo. No tiene un heredero al trono que afiance la corona y continue su linaje. Por supuesto que tiene motivos más que suficientes para desear contraer nupcias a la mayor brevedad, pero su propuesta indica que ha quedado eclipsado por ti, tanto, que solo le ha bastado dos días para determinar que desea convertirte en su esposa.

Un heredero. Ser madre. Aquello era algo que había idealizado en numerosas ocasiones y qué, como cualquier joven debutante, ambicionaba con fervor, pero… había pensado que le quedarían varios años para eso, porque no se imaginó que tendría hijos antes que Linette, como tampoco que podría llegar a casarse antes que su hermana mayor

—¿Te preocupa eso? —susurró Linette sin que su madre pudiera oírla.

—¿Tener hijos? —contestó Catherine—. No. Claro que no. Es algo que me encantaría —respondió mientras oía a su progenitora recitar a la doncella la larga lista de misivas que debía enviar cuando se formalizara el compromiso, entre ellas no solo se encontraba la reina, sino todas sus tías, no solo las de sangre, sino a las que no tenían su parentesco, pero consideraba aún más familia que las de verdad. Vio como su madre, se había enfrascado en una conversación más consigo misma que con su doncella sobre la posibilidad de confeccionar el vestido con las costureras reales ya

que era inviable hacer llamar a las suyas propias desde Londres y lograr tener el vestido a tiempo.

—Me refiero a estar a solas con él de un modo… íntimo —insistió Linette con la voz aún más baja—. No le conoces… y parece un hombre muy serio.

Aquella pregunta le hizo replantearse esa posibilidad. ¿Le preocupaba estar a solas con el zar? Lo cierto es que ya había estado en aquel pasillo estrecho donde él no le había soltado la mano ni un solo instante. Y después estaba aquel beso, esos labios sobre los suyos presionándolos e invitándola a una clase de pecados que sabía muy bien lo prohibidos que estaban para ella o cualquier dama de su condición.

No. No temía estar a solas con el monarca en ese modo. De todas las cosas que podría implicar aquel precipitado enlace, aquello era lo que menos reparo le proporcionaba o, más bien, lo que con más fervor esperaba.

Catherine no pudo responder a su hermana porque en cuanto iba a sincerarse con ella, el mayordomo que les había atendido hasta ahora les anunció que serían trasladados de alcoba hacia las dependencias que colindaban con las del zar. Ahora no solo disponía de una habitación propia que no debía compartir con su hermana, sino que cada estancia era mucho más amplia y con unas hermosas vistas a los jardines reales.

Su habitación comenzó a llenarse de doncellas que traían vestidos confeccionados con las mejores sedas y brocados. Su aspecto debía lucir impecable para esa noche y, a diferencia de todas las anteriores, debía hacer honor a su destino siguiendo la moda rusa. A diferencia de su país natal, allí estaban acostumbrados a utilizar colores más vibrantes sin importar la edad, marcando una cintura mucho más estrecha y con volantes, brocados y encajes que decoraban el vestido, dejando siempre los hombros al descubierto.

Catherine terminó decidiéndose por un vestido blanco cuyo corpiño se ajustaba a la perfección a su cintura. Era uno de los que menos modificaciones necesitaba, solo recoger un poco el bajo y

ajustar las mangas para que se quedasen mas ceñidas a sus finos brazos.

—Estas preciosa —observó su madre cuando terminaron de prepararla bajo su supervisión mientras le daba pequeños estirones a los volantes para que quedaran precisos. Debía salir junto a la escolta que le había sido asignada para dirigirse hacia el gran banquete que, a diferencia de las noches anteriores, en esta ocasión tendría lugar en los jardines.

Habían iluminado todo el exterior con candelabros, lamparas de aceite y fogatas que lograban difundirse creando una luz tenue volviendo aquel lugar mágico. Catherine apreciaba aquel panorama embelesada ante la idea de que ella misma formaría parte de todo aquello y, aún no era del todo consciente de que muy pronto llamaría a ese lugar, hogar.

Al igual que en los días anteriores, compartieron asiento con el mismo círculo de invitados, imaginó que ya estaba establecido de ese modo y también, lograría no despertar ningún rumor. Incluso hubo un momento en el que por más que su vista se dirigiera hacia la mesa central en la que residía el zar, comprobó que este mantenía una postura neutra, sin mostrar ni un ápice de interés por ella o mirar en algún momento en su dirección. Podría pensar que era fruto de un sueño, que realmente nada de aquello estaba sucediendo, pero en el momento que el duque de Curlandia pidió la atención de todos los invitados para el brindis, Catherine percibió como el monarca se levantaba de su asiento ante la expectación de los asistentes propagándose un silencio perpetuo por aquello que tuviera que decir, o como todos aguardaban, el anuncio de un posible enlace que consolidara la corona del imperio ruso.

No entendía sus palabras y nadie de su mesa parecía molestarse en querer traducirlas bien porque estaban en su misma situación o porque preferían no perderse ni un detalle de su discurso, pero si que comprendió perfectamente cuando pronunció su nombre con un acento marcado y, de forma inmediata, todo el salón la buscaba entre las mesas hasta dar con ella.

No había estado preparada para ese bochorno, ni siquiera en el baile cuando la eligió se había sentido tan presionada al tener todas esas miradas sobre ella. Para su propia consternación, no supo que hacer, no había recibido instrucciones, pero, como si pronto recibiera la respuesta a su pregunta, el monarca llegó con paso decidido hasta su propia mesa, se inclinó hacia ella ofreciéndole su mano y ella colocó la suya para que éste la besara y la arrastrara junto a él hacia el centro del salón.

Un sirviente se acercó con dos copas y el zar le ofreció una de ellas mientras gritaba en voz alta sin dejar de mirarla, hasta qué, en uno de esos gritos él habló en su propia lengua.

—¡Por lady Catherine, futura emperatriz consorte de todas las rusias!

Es posible que hubiera imaginado lo que suponía casarse con Nikolai, dejarse llevar por el impulso de su propio cuerpo y aquellos sentimientos que despertaban estando cerca de él, pero ahora era consciente de que había sellado su destino y de que el peso de aquella corona recaería también sobre ella, aunque no tuviera potestad para gobernar.

Nikolai se dejó caer sobre uno de los sillones de su salón privado. Los festejos habían llegado a su fin. Finalmente el palacio de verano construido por uno de sus antepasados regresaría a una esperada tranquilidad sin sus invitados, al menos durante los dos meses que constituirían los preparativos para su futuro enlace.

Lady Catherine iba a ser suya. Su esposa, más bien segunda esposa aunque su matrimonio con Anna hubiera sido casi fugaz dada su condición de salud. Por primera vez a lo largo de sus veinticuatro años había tomado una decisión egoísta, impropia de su carácter, pero a la que no había sido capaz de resistirse y de la que tampoco sabía hasta que punto podría arrepentirse.

No era alguien de impulsos, menos aún sentimental, pero deseaba a aquella joven con una irracionalidad visceral y, al mismo tiempo tenía la presión de tener una esposa, o más bien un heredero. No necesitaba ningún beneficio político, aunque hubiera sido oportuno, tampoco conocía lo suficiente a lady Catherine para saber si su carácter era propio de la mujer que se esperaba para ser su consorte, pero no tenía tiempo, no cuando precisaba continuar el linaje al ser el último de los Romanov varón con vida.

Adecuada o no, lady Catherine solo tenía la única misión de satisfacer su lecho y darle herederos, algo que, a todas luces parecía más que complacida a realizar si juzgaba la intensidad con la que había respondido aquel beso. Pensándolo bien, dos meses le parecían demasiado largos y tediosos ante la idea de poder tenerla desnuda bajo su cuerpo y colmar su placer.

—¿Inglesa?, ¿De verdad vas a esposar a una inglesa? —oyó la voz de su tía Olga antes de poder verla, pero ya había previsto las acusaciones y prejuicios que vendrían por su decisión, de ahí que le hubiera pedido a su primo Aleksei no comentar nada con su familia y guardar el secreto hasta el anuncio del compromiso—. ¿Y en tan poco tiempo?, ¡No la conoces Nikolai!, ¡No es un compromiso acertado!, ¡Será un hazmerreír para la corona!, ¡Es impropio de ti!

—Si es acertado o no, creo que no os corresponde decidirlo a vos, tía. Voy a casarme con lady Catherine, es un hecho.

Su primo Aleksei entró en ese momento de la mano de Tatiana. Era evidente por los ojos hinchados que había estado llorando y, por un momento sintió culpabilidad al ser el causante de ello. Jamás le había dado una esperanza real, ni siquiera había hablado abiertamente de considerar un enlace con ella más allá del deseo que expresaba su tía por un compromiso entre ellos y que él no lo hubiera rechazado abiertamente. De hecho, la relación con su prima era cordial, amable, pero sus sentimientos hacia ella podían interpretarse como los de una hermana más que una posible esposa.

Sabía que junto a Tatiana obtendría estabilidad, complacencia, sabría ser la consorte apropiada y, habiendo crecido en palacio tendría muy claro su lugar y posición sin suponer ningún inconveniente. Solo que ella no era lo que él deseaba. No quería terminar su jornada y regresar a su lecho cada noche para encontrar a alguien que no le satisfacía y que, a pesar de su belleza, no deseaba con el mismo ardor que sí le profesaba su prometida.

—¿Tu sabías esto, Aleksei?, ¿Sabías la locura que pensaba cometer?

—Madre —contestó sin soltar a Tatiana—. Parece que se os ha olvidado que es el zar, puede casarse con quien quiera, su decisión no depende de nadie, menos aún de nosotros.

Puede que la única razón por la que Aleksei salía en su defensa es que se trataba de la primera vez que cometía un acto impulsivo y, además, uno con unas repercusiones que podrían costarle demasiado.

—Un matrimonio real es un asunto político que no se puede tomar a la ligera. ¿Se sabe algo de esa muchacha?, ¿Su procedencia y linaje?, ¿Como afectará a la corona este enlace?, ¿Sabrá estar en el lugar que le corresponde? No ha recibido educación para ser una zarina y si no está a la altura de las circunstancias, tu primo quedará como un auténtico necio por no ser capaz de controlar a su esposa. Mucho más cuando esos rumores trascendían no solo por la corte sino a otras monarquías. ¡Tatiana se ha preparado toda su vida para un papel como ese!

—Querida tía —intervino finalmente Nikolai a pesar de que no quería llegar a una discusión, pero desde el primer momento en que había tomado la decisión de contraer esponsales con una joven a la que no había visto y tampoco conocía, supo que sería juzgado, aún más por los suyos. Incluso el propio Aleksei insistió en saber si estaba seguro de aquella determinación. Era una locura, lo sabía y más aún cuando estaba en el punto de mira al gobernar uno de los países con mayor territorio de todos los reinos. Era consciente de que necesitaba a su lado a alguien que apoyase sus decisiones y conformase un matrimonio sólido. Su prima Tatiana habría sido una apuesta segura, es más, su tía la había influido hasta hacerla creer que sería la siguiente consorte del imperio ruso—. Como bien ha decretado, si alguien queda como un necio seré yo, ahora si no le importa, me gustaría hablar a solas con Tatiana.

Vio como la joven se sorprendía al nombrarla, pero reprimió las lágrimas que parecía desear contener. No debía sentir culpabilidad, jamás le había prometido o dado algún tipo de aliento para que se hubiera hecho a la idea de ser su futura esposa. No podía negar que valoró esa opción, que siempre tuvo claro que ella aguardaba su decisión, pero durante todos esos años tuvo la audacia de no expresar su juicio en voz alta precisamente porque no deseaba a Tatiana como esposa, sino como amiga y hermana.

Afortunadamente para Nikolai, su tía no opuso objeción, aunque comprobó por sí mismo como le decía algo a su hija en voz baja antes de salir para dejarles a solas en aquel salón.

Estaba acostumbrado a dar ordenes y que se ejecutaran, pero no soportaba esa incomodidad que sentía y que debía afrontar para zanjar aquello. Hasta ahora no se había planteado que Tatiana deseara un enlace entre ellos solo por convencimiento propio o si de verdad le profesaba algún tipo de sentimiento más profundo que el que él tenía sobre ella. ¿Eran sus lágrimas fruto del desamor o simplemente de haber perdido su sueño de convertirse en la futura consorte?

Si Tatiana tenía sentimientos o no hacia él, no pensaba hacerse responsable de ellos, como tampoco pensaba cambiar de

opinión al respecto.

—Ibas a casarte conmigo si ella no hubiera aparecido ¿Verdad? —proclamó Tatiana con cierto pesar cuando se quedaron a solas—. ¿Por qué?, ¿No soy suficiente hermosa como lo es ella?, ¿Es quizá porque no soy tan joven?

—Mis razones no son de tu incumbencia, como tampoco lo es mi interés en lady Catherine. Basta con saber que un matrimonio entre ambos nos habría hecho infelices el resto de nuestra vida.

—Yo podría hacerte feliz, Nikolai. Daría todo para estar a tu lado, haría todo cuanto me pidieras y sería la esposa perfecta, algo que esa inglesa jamás podría hacer —apremió acercándose a él para acortar la distancia con un leve brillo en sus ojos.

—Hemos crecido juntos Tatiana, es normal que entre nosotros exista un afecto fraternal y puede que hayas disfrazado ese cariño con la idea de permanecer aquí en palacio, pero encontrarás a un hombre que te haga feliz —decretó dándole la espalda.

—¡Yo te amo Nikolai!, ¡Llevo toda mi vida enamorada de ti! ¡Ningún otro hombre podría hacerme feliz! —exclamó en un sollozo mientras se dejaba caer al suelo y Nikolai apretó los puños maldiciéndose a sí mismo por no haberse negado rotundamente a la sugerencia de su tía desde el primer momento, pero, ¿No había pensado él mismo que accedería a casarse con Tatiana justo antes de que la belleza de lady Catherine desbocase todas sus convicciones?

Por un instante se preguntó si estaba actuando de forma correcta, si no se había precipitado en el anuncio de su compromiso y matrimonio inminente con una completa desconocida y, rápidamente se contestó a sí mismo que, precisamente la razón de aquella inmediatez, era la respuesta de actuar de un modo egoísta y personal en lugar de plantearse una opción que realmente no deseaba.

No quería a Tatiana. No la amaba. Y desde luego, no la deseaba.

—La decisión está tomada. Hablaré con Mijaíl mañana, si no te decides tú misma, será tu padre quien concertará tu matrimonio con un caballero honorable de la corte, me ocuparé personalmente de que la dote sea considerable y os permita vivir cómodamente fuera de palacio.

No quería darse la vuelta, verla sollozar, derramar lágrimas por algo que él no quería, ni podía ofrecerle. Es probable que hubiera satisfecho sus deseos si lady Catherine no hubiera aparecido en la corte, pero… ahora solo podía pensar que habría cometido un error demasiado grande su hubiera accedido a los deseos de su tía por encima de los suyos propios solo por la apremiante necesidad de un heredero.

—No la conocéis. Ni siquiera habla nuestra lengua. No podéis saber si tiene intenciones ocultas. Yo puedo hacerte feliz. Darte el heredero que la corona necesita. Un autentico Romanov, la sangre de nuestra unión no estaría contaminada. El pueblo no amará a una inglesa, Nikolai. Nunca te lo perdonarán. En cambio yo sí tengo sangre Romanov… perpetuaría el linaje que tanto…

—¡El pueblo amará a su consorte porque es la decisión del zar! —zanjó sin dar la oportunidad a la declaración de Tatiana en un acto de desesperación por hacerle recapacitar de idea.

No iba a cambiar de opinión. Quería a lady Catherine consigo. La deseaba con un febril anhelo que le consumía el alma.

—Te ha embrujado nublando por completo tu buen juicio y te arrepentirás de ello cuando sea demasiado tarde.

Nikolai sabía que las palabras de Tatiana venían desde el resentimiento, pero aún así era incapaz de plantearse si, de algún modo su tía y Tatiana tendrían razón. ¿Qué sabía realmente él de lady Catherine? Nada más allá de su indiscutible belleza, juventud e inexperiencia. Tal vez no habría recibido una educación apropiada para convertirse en reina, tampoco hablaba el idioma principal de su país, pero ciertamente no necesitaba gobernar puesto que sería su consorte y quizá, con el tiempo no solo lograría aprender a

comunicarse con ella, sino que ejecutaría sus funciones como le sería impuesto. Por ahora solo tenía que engendrar a sus vástagos.

—¡No voy a discutir más sobre este asunto! —bramó dándose la vuelta para confrontarla—. He tratado de ser amable, de hacerte entender que no encontrarías la felicidad a mi lado, pero lady Catherine será mi esposa, Tatiana. Tenlo claro.

Vio como aquellos ojos cambiaban del afecto a un sentimiento de resentimiento profundo. Ni se molestó en limpiar las trazas de sus lágrimas o acercarse a él, tampoco volvió a romper en llanto, sino que se marchó de allí de malos modos, dando un sonoro portazo sin importarle mantener las formas o lo que él pudiera pensar de la situación.

Estaba enfadada. Si. Pero prefería lidiar con ese enfado y que le odiase antes que tener que vivir con un pesar en su mirada cada vez que se cruzara con ella por haberla rechazado abiertamente.

Se desanudó el pañuelo de manera brusca como si le faltase aire con el que llenar sus fosas nasales y lo tiró de malos modos al sillón para después hacer el mismo gesto con la chaqueta hasta desabrocharse algunos botones de la camisa y los puños. Oyó el ritmo marcado de unos zapatos sobre el mármol y deseó firmemente que no se tratara de su tía Olga, en aquellos momentos no le apetecía lidiar con una perorata que, por más razón que tuviera no deseaba oír. Alzó la vista para ver que en lugar de su tía, era su primo Aleksei el que se dirigía de nuevo hacia el salón en el que se hallaba.

—Ahórrate lo que tengas que decir, no me apetece hablar del asunto.

—Como tu quieras. ¿Una copa entonces? Aún no hemos celebrado como corresponde tu compromiso —advirtió dirigiéndose hacia la licorera y Nikolai se tiró sobre otro de los sillones para no aplastar su uniforme.

Su compromiso.

Finalmente estaba comprometido. Sin importarle la procedencia de la dama, su dote o lo que supondría para el imperio

ruso aquel enlace. En realidad, no había pensado en nada que no fuera tener a lady Catherine para sí mismo.

—¿Crees que estoy loco? —preguntó tomando por primera vez conciencia de su decisión.

Al menos podía agradecer que su procedencia era noble y que estaba emparentada con la monarquía inglesa, aunque no fuera directamente.

—¿Acaso importa? Es la hija de un duque inglés enormemente rico, podría haber sido peor… —concluyó Aleksei como si le hubiera leído el pensamiento.

Nikolai miró el vaso que le ofrecía su primo, tenía una cantidad muy superior a lo que solía beber, pero estaba claro que en aquel momento lo necesitaba. Había tomado una decisión sin pensar en las consecuencias, pensando únicamente en él por encima del bienestar de su país. Algo insólito y, lo cierto es que continuaban sin importarle dichas consecuencias, aunque ahora fuera más que consciente de ellas.

—Supongo que si… —contestó pensativo.

—Después de todo le has dado validez a los rumores, aunque ahora han surgido otros mucho más inesperados.

—¿Rumores?, ¿Qué clase de rumores?

—Ya sabes que las invitaciones a todas las casas reales estaban extendidas a princesas y damas de la corte. Muchas casas reales creían que esta celebración era una excusa para buscar prometida y anunciar tu compromiso, aunque el nombre de Tatiana estaba como tu primera elección. Muchos piensan que te has enamorado perdidamente de lady Catherine y su indudable belleza corrobora esa versión, otros creen que es una estrategia preconcebida y que éste matrimonio ya estaba planificado con anterioridad. —Nikolai permaneció pensativo, dejando que sus pensamientos viajaran al momento en que se había perdido por aquel pasadizo secreto y ella había confiado plenamente en él sin un atisbo de duda, sin tener miedo como un cervatillo acorralado por un lobo. No. Ella había demostrado firmeza, entereza y ni siquiera dudó

cuando aceptó sin ningún titubeo su enlace en un corto plazo de tiempo a pesar de lo que significaba, como si ella misma también deseara con fervor aquella unión—. Al fin y al cabo, dijiste que sería ella o ninguna, ¿no?

—Si. Lo dije —afirmó bebiendo un gran sorbo de su vaso y dejando que quemara su garganta hasta proporcionarle aquel sabor dulzón al final—. Lady Catherine es la única mujer a la que deseo como esposa.

No tenía ningún reparo en reconocerlo y, le daba igual si su primo, la corte o el mundo entero imaginaba que se había enamorado perdidamente de la joven. Lo único que a él le importaba es que ella le pertenecería y, aunque faltaran dos meses para celebrar la unión de su compromiso, para el mundo entero ella, ya era de su propiedad.

Capítulo 10

El tejido se extendía a lo largo de su cuerpo, desde el corpiño ajustado a su esbelta cintura marcando aún más su estrechez, para proseguir con una falda amplia y pomposa en la que más de treinta costureras habían trabajado día y noche cosiendo a mano el brocado que la confería. El color verde claro del tejido le recordaba a la tonalidad de los primeros brotes en primavera y el hilo dorado en el que habían confeccionado el brocado era el sol que irradiaba sobre esos brotes haciéndoles resplandecer.

Catherine observaba de pie como la falda caía a su alrededor maravillándose de su vestido de novia. Su madre había diseñado la prenda evocando una versión moderna del vestido que llevó la bisabuela de Nikolai y que el pueblo ruso consideró como su gran reina. Había utilizado aquella tonalidad de verde y dorado para representar la juventud y el brillo en la nueva era de reinado. El corte inspirado en una mujer que causó furor al pueblo ruso para recordarles que volvían a tener una mujer de referente.

—Sin duda es el vestido de una gran reina —mencionó la duquesa de Lennox, su madrina y a la que debía su nombre por haberla ayudado a venir al mundo.

—Nuestra pequeña Catherine se convertirá en reina mañana… ¡No puedo creerlo! —exclamó Susan con lágrimas en los ojos.

—Voy a ser reina consorte —dijo observando a todas las damas que había a su alrededor, entre ellas su madre que inspeccionaba minuciosamente cada detalle de las costureras. Su hermana Linette y sus tías: Catherine, Julia, Susan, Violette y Amelia.

Esperaba que los duques de Guicciardini pudieran llegar a tiempo al matrimonio, le habría venido muy bien unas clases particulares gracias a lady Camelia. Pese a sus grandes esperanzas de hablar lo antes posible el ruso, su pronunciación no estaba siendo la más acertada y distaba mucho de parecerse al inglés o francés que eran los idiomas que ella dominaba. Aún era incapaz de tener una conversación o formular una frase correcta. Tampoco era capaz de identificar el tema del que hablaban porque su oído no se había adaptado a la rapidez en su forma de hablar. Su único avance significativo habían sido los saludos, dar las gracias y algunas aseveraciones.

Aunque si tenía en cuenta que sus días se habían llenado de actividades referentes al protocolo ceremonial ruso, historia de Rusia y Geografía, adoctrinamiento ortodoxo ya que era la religión del país y a la que ella se había convertido, y por supuesto, danza rusa, muy diferente a la inglesa a la que estaba acostumbrada. Apenas le había quedado tiempo alguno para aprender el idioma más allá de las conversaciones que podía escuchar entre las damas de la corte.

Tras el enlace, su formación continuaría, aunque también recibiría instrucción sobre maternidad y como educar a sus hijos para ser futuros zares. Su principal cometido y el cual no habían dejado de repetírselo cada día desde el anuncio de su compromiso era el de engendrar herederos para continuar la dinastía. Ese era el único fin de aquel matrimonio y, a pesar de que no quería mostrar flaqueza o vacilación en su decisión, lo cierto es que en aquellos dos meses solo había tenido la oportunidad de estar con el zar Nikolai en tres ocasiones.

Y por supuesto todas ellas, acompañada por un interprete y su hermana Linette.

No había tenido poder de decisión en sus damas de compañía, como tampoco en sus doncellas y sirvientas. Tampoco en su ajuar, ni en su guardarropa nuevo adaptado a la moda rusa a la que aún no terminaba de acostumbrarse. Realmente no había tenido poder de decisión en absolutamente nada y, saber que ese iba a ser su futuro comenzaba a frustrarla.

—Alza el mentón con orgullo, Catherine —dijo Julia acercándose a ella—. Vas a ser la emperatriz de todas las rusias. No lo olvides. Tendrás la influencia que desees tener y recuerda que, pese a lo que los demás exijan de ti, eres tú quien debe decidir.

Como si su tía Julia le hubiera leído la mente, Catherine sonrió con cierta debilidad. Quizá solo se debía a su falta de experiencia, al hecho de que todo aquello era nuevo para ella. Nadie le había advertido de cuál sería su papel una vez que concluyera el matrimonio. Si. Debía engendrar a los hijos del zar, pero… ¿Eso era todo?, ¿No se esperaba nada más de ella?

Aquella sería su última noche como una dama inocente y después… conocería los secretos desconocidos que le aguardaba el lecho, pero en esos momentos, aquello sin duda era lo que menos temía dentro de todo lo desconocido a lo que debería hacer frente.

—Me han dicho que la futura zarina es la dama más hermosa de toda Rusia —dijo una voz entrando en el pequeño salón donde Catherine observaba todo el cortejo que representaba sus tías.

—¡Camelia! —Gritó Julia al ser la primera en percatarse y observó desde su lugar como se abrazaban y saludaban entre sí.

—Lamento no haber podido llegar antes, el viaje ha tenido más imprevistos de los que hubiéramos deseado, pero jamás me habría perdonado no asistir a la ceremonia del zar, sobre todo cuando su consorte es una de mis mejores amigas —sonrió Camelia acercándose finalmente a ella—. Los rumores son ciertos, querida. Tu belleza es digna del imperio que vas a reinar, Ekaterina —dijo haciendo mención al nombre que ella había elegido al convertirse a la iglesia ortodoxa.

Camelia las deleitó con algunas tradiciones rusas que ella misma había leído y conocía mientras que Emily no dejaba de dar indicaciones a las costureras.

—Está listo —mencionó su madre ajena a la conversación de todas sus amigas en referencia a su hija cuando comprobó que la ultima puntada del bajo del vestido y las pequeñas imperfecciones en el bordado del final estaban a la altura de sus exigencias—. Ha quedado perfecto —sonrió hacia Catherine que continuaba erguida sobre aquella pequeña tarima de la que descendía la cola de la capa que llevaba el vestido y que se retiraría para el baile nupcial.

—Es espléndido querida, digno de una emperatriz —mencionó Violette que hasta ahora había permanecido algo callada.

—Digno de una zarina —soltó Amelia acercándose hasta Catherine y rozó su mano para darle una muestra de cariño—. Como ha dicho Camelia, la más hermosa que haya tenido Rusia hasta en toda su historia y lo que aún desconocen es que será la más tenaz, decidida y bondadosa que jamás tendrán.

Todas sus tías se marcharían tras la ceremonia, habían venido con tiempo suficiente de antelación para los preparativos a excepción de Camelia para hacerle compañía a pesar de su escaso tiempo, pero tras finalizar el enlace, ella, su esposo y todo su séquito se trasladarían al palacio de invierno de San Petersburgo y, por ende, todos los invitados, incluidos su propia familia, padres y hermanos regresarían a sus hogares, es decir, a Londres. Eso significaba no verles hasta que finalizara la próxima temporada de Linette, lo que implicaba casi un año desde ese momento.

Jamás había estado alejada de sus padres o hermana y ahora, no solo lo estaría durante meses, sino que se sentía una intrusa en un país completamente ajeno a sus costumbres. Un día. Eso era todo cuanto tenía para que su vida cambiase por completo y, esa sensación de nerviosismo incipiente en su estómago no dejaba de recordárselo. No estaría sola, tenía todo un séquito que la rodearía constantemente, pero ninguna de esas damas, sirvientas o esposas de altos funcionarios la conocía, ni tendrían interés en hacerlo.

Catherine reprimió las lágrimas por aquella emoción incontrolable. Sentía exaltación por la anticipación a su enlace y un deseo innato de averiguar que futuro le aguardaba, pero al mismo tiempo, ese vacío inmenso por la ausencia de su familia la frenaba. Supo cuando aceptó sin un atisbo de duda cuales serían las consecuencias de aquel matrimonio, pero a diferencia de lo que había creído siempre cuando idealizó casarse con un caballero inglés, jamás se hizo a la idea de tener que decir adiós de forma prolongada a todo cuanto conocía. Ella siempre creyó que tendría una vida similar a la de su madre. Un circulo de amistades envidiable, un esposo que la amara de una forma incondicional y una labor que ejecutar, aunque aún no hubiera descubierto cuál.

Sus costumbres, sus hábitos, su forma de vestir y hasta su propia religión habían cambiado para convertirse en aquello que se esperaba de ella. ¿Compensaría pasar por todo aquello su matrimonio con el zar?, ¿La amaría?, ¿Serían realmente felices como lo eran sus padres? Había anhelado con fiereza hallar el amor, creía que podría encontrarlo en alguien como Nikolai, pero la escasez de sus encuentros y la falta de comunicación la habían hecho flaquear en aquella firmeza de convicciones, aunque solo había necesitado recordar aquel pasional beso para reafirmarse y creer que todo aquello valdría realmente la pena cuando estuvieran realmente casados y se conocieran.

Él la había elegido. No sabía si era un simple capricho o si realmente se había enamorado de ella, más bien aguardaba la esperanza de que fuera aquella segunda opción y eso, únicamente eso, era lo que la alentaba a sentir que aquel era su destino, que no importaba si estaba sola o no comprendía aquellas costumbres. Era capaz de adaptarse, de aprender su idioma, sus bailes, sus tradiciones si él le daba ese amor que ella anhelaba encontrar.

Zarina… o emperatriz como se conocía más en su país de origen. Su futuro esposo no gobernaba un reino, sino un imperio y uno de los más poderosos de todo el continente. Debía estar a la altura. Y lo estaría. Pondría todo de su parte para estarlo y dar a la corona lo que más ansiaba; un heredero.

—Mi niña. Mi pequeña niña —dijo con cierta emoción Emily—. Sé que debería ser yo quien te preparase para lo que te espera mañana, pero me temo que serían incapaz de hacerlo sin titubear y perder el hilo de la conversación al divagar sobre asuntos que realmente no te resultarían útiles, aunque todas mis amigas aquí presentes alardeen de que sé dar buenos consejos, en esta ocasión siento que carezco de ellos. Me recuerdas demasiado a mi y, aunque jamás pensé que una de mis hijas se convertiría en consorte de un monarca, os eduqué para que pudierais superar cualquier afrenta que se os presentara en el camino. Confiando en vosotras mismas, en vuestro instinto, en el honor hacia vuestros principios y por eso estoy segura de que lograrás dar lo mejor de ti, eso que todos los aquí presentes conocemos. —Emily se acercó hasta Catherine y la cogió de ambas manos mientras sabía que tenía la atención de todas sus amigas e hija mayor—. Puede que estemos lejos de ti, pero siempre nos tendrás a tu lado cuando lo necesites. Tienes la fortuna de contar con lo mejor de cada una de nosotras, con todo lo que te hemos transmitido y enseñado, por eso esta noche, será tu tía Catherine quien te explicará lo que te aguarda en tu noche de bodas, es sin duda, la que mejor sabrá prepararte sin tapujos para lo que te espera y sé que lo hará como mejor sabe. Además, a diferencia de mi, le harás las preguntas debidas y ella sabrá concederte una respuesta.

Catherine alzó la mirada y divisó a su madrina.

—Iré a tu habitación al anochecer, me aseguraré de resolver todas tus dudas —corroboró haciendo que se sonrojara.

Una de sus nuevas damas de compañía, lady Sofía, llego para avisarla de que tenía clase de danza. La última antes de su ceremonia, así que volvió a vestirse con un sencillo vestido drapeado y se dirigió como cada día hacia el salón donde aguardaría el pianista y su profesor de baile. No había ensayado ni un solo día con el zar. Su agenda permanecía repleta de reuniones, viajes y compromisos que no podía eludir, así que supuso que todo se debería a la precipitación de su enlace.

Cuando llegó al salón detuvo su paso abruptamente al reconocerle, estaba de espaldas a ella, con su porte recto y uniforme, no sabía si lo llevaba siempre o podría verle en alguna ocasión con una ropa menos formal. Hablaba con un caballero al que ella no reconocía, pero no parecía uno de los mayordomos, sino más bien debía formar parte de su séquito de consejeros o tenía una relación estrecha puesto que escuchaba detenidamente lo que aquel caballero le decía.

En cuanto se giró para verla, Catherine se inclinó en una reverencia. Había pasado casi una semana desde la última vez que habían coincidido en una cena junto a su familia. Después, la habían informado que había partido al norte del país por un asunto que no podía posponer, pero ni siquiera le habían explicado cual o porqué, solo que regresaría a tiempo para el enlace.

Y allí estaba. Tan increíblemente guapo como ella recordaba.

—Los asuntos del imperio no me han permitido regresar antes —decretó su dama de compañía Sofía que conocía ambas lenguas para traducir las palabras del monarca.

—Lo comprendo —contestó Catherine con una leve sonrisa.

Al día siguiente sería su esposa y, a pesar de que no habían podido volver a estar a solas, aún podía sentir su corazón desbocarse cada noche al pensarlo y, sobre todo, al recordar ese inaudito beso que no había vuelto a repetirse pero que ansiaba que volviera a producirse.

¿La besaría cuando volvieran a estar a solas una vez casados?, ¿Sería igual de intenso y placentero?

—Su majestad cree oportuno que debáis ensayar el baile de ceremonia que tendrá lugar mañana para que os sintáis cómoda —dijo el Sofía al traducir sus palabras a pesar de que ella no dejara de mirarle del mismo modo que él hacía con ella.

—Por supuesto —contestó acercándose a él hasta que se colocó en una posición erguida permitiendo que aquel matiz azul de sus ojos la embriagase.

Tener los brazos del monarca alrededor de su cuerpo la hacía sentirse en una nube y, a pesar de que hacía muy poco que había aprendido aquella danza nueva, volar entre sus manos era como deslizar un cuchillo por la suave mantequilla. Él lograba hacerlo fácil, infinitamente más, que su despiadado profesor de baile que le había exigido la perfección desde el primer día.

En cuanto Catherine se inclinó en una reverencia como le habían indicado que debía hacer tras finalizar el baile sin soltar la mano del zar, la musica cesó y contra todo pronostico él tiró de ella provocando que chocara contra su pecho y emitiera un gemido de sorpresa. Sintió como se acercaba a ella, concretamente a su oído

—«Si permanezco un instante más a tu lado, querré probar tus labios y no seré capaz de conformarme con un único beso» — Aunque no sabía que significaba la mayor parte de la frase, identificó solamente una, la cual provocó que la piel de su cuerpo se erizase.

«Beso»

Acto seguido él se apartó de ella y se marchó sin saber si se había despedido, pero tampoco aguardó a que ella lo hiciera.

Nikolai era incapaz de permanecer un solo segundo más a su lado sin estrecharla entre sus brazos y besarla con intensidad hasta hacerla suya allí mismo, importándole muy poco los espectadores que hubiera.

Pensaba que aquellos dos meses le habrían servido para hacerse a la idea, adaptarse a su belleza y mitigar esa sensación de incitación a la carnalidad que le provocaba, pero a pesar de haberse mantenido lo más lejos posible de palacio para no sucumbir a sus propios deseos, lo cierto es que la anhelaba con una mayor intensidad si cabe que el primer día.

Una noche. Una sola noche y ella sería finalmente suya. Le pertenecería únicamente a él. Iba a necesitar más de una copa para calmar la excitación que ella le había provocado simplemente con su roce.

Nunca había conocido a una mujer capaz de hacerle aquello en una simple mirada, pero le bastaba vislumbrar los labios de lady

Catherine para encenderse y, sobre todo, tocar su dulce piel para ser consciente de la suavidad que la envolvía, e imaginar que en apenas unas horas, él podría saborear cada ápice de su cuerpo, incluso se había atrevido a confesarle cuánto deseaba volver a probar sus labios sintiéndose incapaz de frenarse, como si jamás hubiera estado con una mujer y estuviera deseoso de descubrir que le aguardaba en el lecho.

Atravesó el pasillo que daba al área más reservada de sus estancias personales donde nadie, excepto su primo Aleksei y su mayordomo solían importunarle. Al día siguiente aquello cambiaría y los aposentos designados a la zarina estarían ocupados por lady Catherine. Observó detenidamente la puerta de su alcoba que daba a la habitación adyacente. Hasta ahora no se había molestado en fijarse en ella, nunca la había atravesado, ya que la salud de Anna ni siquiera le había permitido trasladarse a ese palacio en verano. Sabía que su propia madre la remodeló años atrás, justo antes de morir dando a luz a su hermana en un parto complicado en el que ambas fallecieron. Él tenía solo seis años cuando sucedió aquello y, jamás se había molestado en cambiar los gustos de su madre cuando heredó el trono tras morir su difunto padre.

Años después, su padre volvió a casarse, pero no tuvo ningún descendiente, lo que le dejaba sin hermanos y a su vez, un mayor peso sobre sus hombros ante la presión de tener un heredero que continuara la dinastía de los Romanov.

Era inevitable pensar si de algún modo, su matrimonio con lady Catherine podría asemejarse de algún modo a lo que había tenido con Anna. No llegó a amarla, ni siquiera podía decir que la conociera realmente y tampoco podía decirse que hubiera pasado demasiado tiempo junto a ella. Había sido un matrimonio concertado y, tenía muy presente que el único motivo por el que ella había aceptado era por la expectativa de convertirse en la futura consorte.

¿En eso consistía el matrimonio?, ¿Sería similar con lady Catherine lo que tuvo con su primera esposa?, ¿Le habría aceptado solo por ser la emperatriz consorte o realmente podría llegar a desearle? Al menos sabía con certeza dos cosas sobre su futura

esposa y de las que Anna carecía: La había elegido él y había un fuego inconfundible en su mirada que le consumía cada vez que la miraba.

Eso le bastaba y quizá sería suficiente para que aquel matrimonio funcionara.

Catherine aguardaba sentada sobre el borde de su cama con un camisón de seda que formaba parte de su nuevo guardarropa. Era discreto, mucho más que el resto de los que había visto porque carecía de transparencias y tenía una bata a juego que la cubría por completo. Para su estupor, todas esas prendas ya habían sido trasladadas a su nueva alcoba en el palacio de invierno y no se podía imaginar vestirse de ese modo y que alguien pudiera verla, más bien, que su futuro esposo pudiera verla de ese modo. A diferencia de los amplios camisones de lino fino a los que estaba acostumbrada, una sección importante estaba conformada con seda y encaje dejando entrever su piel bajo la prenda. Ni siquiera sabía que se podía confeccionar algo así, al menos ella nunca había visto a su madre con uno de esos camisones, ni a ninguna otra dama de las que conocía. ¿Como es posible que su progenitora pensara que podía usar aquello tan atrevido?

Acalló sus pensamientos en el momento que sintió como la puerta de su alcoba se abría y su querida madrina lady Catherine, la duquesa de Lennox entró dirigiéndose hacia ella con una amplia sonrisa.

—Siento la tardanza, he tenido que lidiar con un pequeño drama familiar —sonrió cómplice.

Los duques de Lennox tenían cinco hijos, todos varones, iniciando por los gemelos que habían cumplido hacía unos meses quince años, hasta el último de apenas nueve. Probablemente el drama familiar vendría de los gemelos, ya que ese par siempre acababa metido en problemas.

—No tiene importancia, de todos modos dudo que pueda conciliar el sueño esta noche. ¿Es normal estar nerviosa?, ¿Tú lo estuviste antes de tu boda? —dijo siendo demasiado sincera.

Tal vez con su propia madre habría fingido aquel nerviosismo, quizá porque conocía la particular preocupación de sus padres ante su inminente matrimonio y también, que no había marcha atrás desde el mismo momento en que ella había aceptado por voluntad propia. No se trataba de las posibles consecuencias de cancelar

aquel matrimonio, a pesar de tenerlas presentes, sino que ella anhelaba de verdad ser la esposa de Nikolai. No comprendía porqué, ni la razón, pero sabía a ciencia cierta que no le aceptaba para convertirse en emperatriz consorte, de hecho, todo habría sido más fácil si fuese simplemente un noble sin rango, pero lo que tenía claro es que le deseaba a él, al hombre que la miraba de un modo que anulaba el mundo que existía a su alrededor cancelando absolutamente todo.

¿Y si ese sentimiento cesaba?, ¿Y si al conocerle descubría que no era lo que imaginaba? No podía negar que parecía un hombre inaccesible, distante y algo rígido… ¿Qué pasaría si se había equivocado en su prejuicio hacia él creyendo que podría encontrar el amor en su matrimonio?

—No creo que exista una sola mujer en este mundo que no esté nerviosa antes de su boda —decretó lady Catherine cogiendo la mano de su ahijada con la que compartía el mismo nombre—. ¿Qué quieres saber de lo que ocurrirá mañana?

—¿Todo? —contestó con ironía y provocó las risas en la duquesa.

—Creo que realicé entonces mal mi pregunta. ¿Que es lo que crees que ocurrirá mañana?

—Que compartiré mi alcoba con mi futuro esposo —afirmó sonrojándose—. Y que estaremos solos —continuó sin advertir que entre ellos debía ocurrir algo que podría provocar que ella pudiera quedar encinta.

—¿Él te gusta?, ¿Te atrae como hombre? —preguntó y sintió como sus mejillas ardían.

—Creo que si —afirmó avergonzada.

—Muy bien, eso es algo importante puesto que facilitará las cosas —sonrió apartando la mirada—. Puede que a partir de ahora te escandalices, pero no hay mayor temor que el miedo a lo desconocido, así que tú madre me eligió precisamente para que te relatase con detalle lo que vas a descubrir cuando un hombre y una

mujer comparten el lecho —y dejando el pudor a un lado comenzó a relatar con precisión lo que ocurriría.

Catherine se llevó las manos a la boca en varias ocasiones para reprimir su estupor. Ciertamente tenía alguna vaga noción de lo que podría suceder, pero no tenía ni idea del placer que su tía le afirmaba que podría hallar.

—¿Aprendiste todo eso en un burdel? —exclamó sabiendo que esa palabra estaba completamente vetada y fuera de lugar para una dama de buena cuna como lo era ella.

—Si quieres aprender a complacer a tu esposo, no hay mayor maestro que quien se gana la vida en el arte de la seducción —sonrió la duquesa—. No tenemos tiempo para que pueda enseñarte lo que me mostraron a mi, pero confía en ti misma, escucha tu cuerpo y sabrá darte la respuesta.

Era demasiada información que asimilar y sobre todo, sin dosificar. Cuando su madrina volvió a dejar a solas y apagó las velas sumergiéndose en la oscuridad que rodeaba su habitación, su mente no dejaba de rememorar las palabras que su tía había elegido con cuidado para revelarle los secretos de alcoba.

No mostrar pudor. Ni vergüenza. Aceptar que casi todo lo que ocurra en el lecho aunque parezca un acto indecoroso es algo natural entre el matrimonio. Buscar su propio placer. Tocarle. Hacerle cómplice del placer de ambos… Ni siquiera sabía que significaba todo aquello, como si su mente fuera incapaz de reproducirlo y, al mismo tiempo, sentía como sus mejillas ardían ante el simple hecho de que él pudiera tocarla de un modo tan íntimo.

Capítulo 11

La iglesia del gran palacio de Tsarskoye Selò con un estilo barroco, cúpulas doradas y una decoración muy recargada, había sido además engalanada con cientos de flores que adornaban el pasillo, el altar y las bancas de madera donde aguardaban todos los invitados al enlace. Pese a que la iglesia estaba dentro del palacio y podría llegar andando, se había decidido que era mejor descender desde un carruaje de caballos, así que mientras todos los invitados se acomodaban, Catherine junto a su padre aguardaba expectante dentro del lujoso carruaje según la tradición inglesa.

Observó como su progenitor miraba su reloj de bolsillo por enésima vez y cierta impaciencia sin llegar a mirarla. Aquellos dos meses desde que se publicó su inminente matrimonio no habían sido fáciles para él, pero había terminado por aceptar la idea de que, pese a su reticencia, ella iba a convertirse en la consorte del zar y desde ese momento, la vida de todos, sobre todo la de ella cambiaría para siempre.

—El cochero tiene instrucciones de partir cuando le den la señal —dijo Catherine mordiéndose el labio para reprimir una sonrisa.

Estaba nerviosa. Quizá había anhelado demasiado este día al mismo tiempo que temido. No tanto por lo que le aguardaba, sino porque tendría que despedirse de su familia y enfrentarse sola a un mundo completamente desconocido. Dos meses no eran suficientes

para prepararla, de hecho, no eran nada. Iba a necesitar mucho tiempo para hacerse a la idea de todo cuanto una consorte necesitaba saber y más aún, para conocer realmente al que sería su esposo en cuestión de minutos.

En el momento que Henry abrió los labios para responder, se escuchó el relinchar de los caballos y sus movimientos de manera inconsciente al arrancar el carruaje en dirección a la puerta De la Iglesia. Se habían alejado a través de la finca del palacio para que el recorrido fuese un poco más largo que la breve distancia es de las caballerizas hasta el lugar e la ceremonia, así que en aquel breve instante de tiempo Catherine se aferró a la mano de su padre que la miró fijamente a los ojos.

—Si no quieres hacerlo nos iremos ahora mismo de aquí. Solo dímelo y yo me encargaré de todo.

Ella sabía que lo haría. Que no le importaría incluso perder todo cuanto tenía si esa era su decisión. Saber que su padre era capaz de renunciar a todos sus privilegios y fortuna por una de sus hijas le confería la satisfacción de saber cuanto la amaba y eso era suficiente para ella.

—Voy a estar bien, padre —sugirió porque conocía sus temores, los mismos que ella tenía, pero de una manera mucho más profunda y consciente—. Este es mi lugar. Mi hogar a partir de hoy. Es lo que quiero.

No quería que sintiera que había aceptado para no comprometer a su familia, puede que en parte no tuviera gran opción al rechazo, pero lo cierto es que ella había aceptado sin dudarlo porque lo deseaba. Indiscutiblemente sentía algo mucho más allá de simple atracción por el monarca. Debía ser así. Se había convencido de que cuando le conociera, le amaría profundamente como lo hacían sus propios padres.

El duque de Sylverston, por primera vez en mucho tiempo guardó silencio sin saber que responder. Quizá consciente de que un día como ese llegaría a su vida desde el mismo instante que la vio

nacer, pero jamás pensó lo difícil que sería para él tener que despedirse y no poder mirar atrás mientras lo hacía.

El carruaje se detuvo frente a la iglesia y, con la ayuda de su padre, Catherine descendió los peldaños hasta permitir que la capa rozase el suelo y dos doncellas se acercasen a ella para colocársela adecuadamente. Todos los invitados aguardaban dentro, así que no tuvo tiempo para pensar en algo más que no fuera en mantenerse erguida para que el vestido no tropezase con sus pies y caminar hacia el altar junto a su padre que la agarraba firmemente en el momento que las puertas se abrieron para ellos.

Una música celestial brotaba de alguna parte de la iglesia, todas las bancadas estaban repletas de gente que ella desconocía, hasta que comenzó a visualizar algún rostro conocido de sus tías y entonces, su mirada se centró en el altar y en el obispo que aguardaba para celebrar la ceremonia. Justo delante, a la derecha, sus ojos repararon en el rostro implacable del monarca, que lucía su traje oficial de ceremonia con una chaqueta azul profundo, llena de ribetes dorados y galardones. Una capa de armiño en rojo purpura contrastaba realzando el color de su cabello e incluso desde aquella distancia, podía anticiparse al destello azul de su inconfundible mirada.

En el momento que llegó hasta él y su padre entregó su mano al zar, sintiendo la presión sobre la suya, maldiciendo no poder apreciar la calidez de su contacto debido a sus guantes. Se dejó llevar hasta colocarse frente a los bancos bañados en oro y terciopelo rojo que habían sido colocados para la ocasión y sintió como todo a su alrededor se ralentizaba, incluso la musica de aquel maravilloso pianoforte para escuchar únicamente el latido de su corazón que bombeaba con una fuerza innata.

Aquello no era un sueño, estaba sucediendo de verdad. La joven que hacía dos meses imaginaba que tendría que soportar un año más sin debutar en sociedad y que su única preocupación era convencer a sus padres de que estaba preparada para afrontar el mercado matrimonial, iba a convertirse en la consorte de un zar.

No supo cuanto tiempo duró la ceremonia, pero lo cierto es que no había estado en ninguna desde que tuviera conciencia, siempre pensó que el primer matrimonio al que asistiría sería el de su hermana mayor y no el suyo propio. Aún así, sabía que aquella ceremonia sería muy distinta a lo convencional. Comenzando por los ritos ortodoxos, la lectura de evangelios y las oraciones de esponsales. Una vez que intercambiaron los anillos, Catherine observó como dos altos dignatarios se acercaban con las coronas y, tras sentir aquel peso sobre su cabeza, sintió como ese mismo hombre le hacía una reverencia.

En ese momento comprendió que se convertiría en la primera de muchas. Acababa de ser declarada zarina. Emperatriz. Reina. Y ni siquiera sabía como sentirse.

Siguieron más oraciones y rituales mientras debía mantener su mano derecha unida a la de Nikolai hasta que, en una bendición solemne, el obispo les declaro unidos en matrimonio.

—Que Dios fortalezca al augusto zar Nikolai Vladimir Romanov y a la zarina Ekaterina Fiódorovna, les conceda larga vida, salud, victoria y prosperidad, y mantenga firme y glorioso el cetro de su reinado, para perpetua memoria y gloria de la Santa Rusia. Por los siglos de los siglos. Amén.

Nikolai alzó la mano de lady Catherine, ahora convertida oficialmente en la zarina Ekaterina y la alzó frente a todos los asistentes a la ceremonia.

Aunque la considerase parte de él desde el mismo momento en que se habían comprometió, ahora era oficialmente su esposa, realmente suya.

Asistieron a la proclamación oficial del matrimonio ante la corte, escuchar la lectura pública de la bendición del Santo Sínodo, firmar las actas y disposiciones oficiales y finalmente saludar a los embajadores y nobles extranjeros que les felicitarían por el enlace.

Nikolai dirigió a su esposa hacia el palco donde se recibían las 101 salvas de cañón en honor al enlace imperial y después una comitiva militar les escoltó durante un breve trayecto donde

aguardaban cientos de personas para ver a la nueva zarina. Observó con atención como su esposa no dejaba de sonreír y saludar a los ciudadanos que se habían acercado a verles como si supiera que era lo que debía hacer. Tenía constancia que en aquellos dos meses había recibido formación, pero no sabía realmente hasta donde podían llegar sus conocimientos. Resultaba paradójico que con su primera esposa apenas había tenido relación o contacto y no era precisamente por carecer de una lengua en común. En cambio, Catherine le hacía sentirse completo con una simple mirada sin necesidad de decir una sola palabra y a pesar de no saber nada sobre ella o sus gustos personales.

La recepción del banquete nupcial se realizó como indicaba el protocolo establecido. Todos los asistentes permanecían en sus mesas y en el estrado donde presidía la mesa imperial, dos butacas doradas y forradas en terciopelo rojo les aguardaban. Nikolai dejó que su esposa se sentase primero a la izquierda para después tomar asiento a la derecha como correspondía. Junto a él, se hallaba Aleksei y al otro lado de su esposa, su tía Olga seguida por su prima Tatiana.

Catherine estaba extasiada con la cantidad de bendiciones, cánticos y espectáculos que no cesaban, hasta el punto que apenas pudo probar bocado a pesar de los más de veinte platos que fueron servidos en el transcurso de toda la tarde hasta que el sol se puso y dieron paso a los fuegos artificiales en su honor. Finalmente, abrieron el gran salón con la pieza que habían ensayado una única vez, siendo aquel su primer baile como marido y mujer. A diferencia de la primera vez que bailó con el zar cuando jamás había esperado hacerlo, tuvo muy presente que ahora compartiría el resto de su vida junto a ese hombre. Podía sentir su corazón desbocarse del mismo modo, aquel innato sentimiento de ahogo por notar la piel de su mano junto a la suya, ese calor que crecía en su estomago y precipitaba la clase de sentimientos a los que no sabía poner nombre, pero, sobre todo, era muy consciente de lo que sucedería entre ellos dentro de pocas horas.

Por primera vez estaría a solas con un hombre y su expectación estaba a la par que su propio temor por no saber si sería capaz de satisfacerle o actuar como se suponía que debía para complacerle.

Aquella preocupación había ido en aumento según se iba acercando el momento. ¿Y si no sabía que hacer?, ¿O más bien como hacerlo? Su entendimiento con el zar era nulo, no existía entre ellos ningún tipo de comunicación que no fuera el que interpretaban sus cuerpos y aquello lograba aumentar su propio temor.

Cuando concluyó el baile nupcial, Catherine comprobó que el duque de Curlandia aguardaba su turno, mientras que su reciente esposo, danzaba con su madre la duquesa de Sylverston como establecía el protocolo.

—Sé que lleváis poco tiempo en esta corte y siendo extranjera os costará lograr forjar amistades. No lo toméis como algo personal, en cuanto os mostréis, sabrán que la nueva zarina es una dama decidida y tenaz, cualidades dignas para una emperatriz.

—¿Lo decís por vuestra hermana lady Tatiana? He percibido cierto recelo en su mirada —contestó aprovechando la oportunidad.

No había tenido la oportunidad de coincidir con la dama en cuestión, había pasado la mayor parte de aquellos dos meses fuera de palacio, pero podía percibir su recelo a distancia y tanto ella, como lady Olga, apenas le habían dirigido la palabra, sobre todo esta última.

—Lo que queremos y lo que podemos tener son dos cosas muy distintas. Ahora mismo, suscitáis la envidia de todas las damas en edad casadera de este salón de baile. Vos habéis conseguido lo que ninguna de ellas fue capaz de hacer, eso es lo único que debe importaros.

¿Que había conseguido?, ¿Que el zar le pidiera matrimonio?, ¿Contraer nupcias con el monarca? Pero ella no había hecho nada, absolutamente nada.

Y precisamente eso era lo que más nerviosismo le generaba. ¿Por qué ella? ¿Era solo su belleza?, ¿La amaba? Había fantaseado

con esa idea desde el mismo momento en el que se comprometió, creyendo firmemente que debía ser así para haberla elegido entre todas esas damas, pero… ¿Podía amarla sin conocerla?, ¿Era posible?

Sus respuestas quedaron en el aire cuando la musica cesó y su pareja de baile fue cambiando hasta que pudo bailar con su propio padre y todos sus tíos. No pudo despedirse de su madre o sus tías cuando la comitiva real atrajo a la pareja nupcial para escoltarla hasta las habitaciones reales. Ellos debían retirarse a su alcoba mientras el baile continuaba con todos los invitados a la ceremonia.

Catherine vio por primera vez su habitación, la que había sido designada para la zarina consorte cuando edificaron aquel enorme palacio de verano. Sabía que aquella sería su alcoba solo durante un periodo determinado de tiempo al año, pero que la residencia principal del monarca era el palacio de invierno de San Petersburgo, aún más majestuoso que el de verano y al que llamaría hogar en cuestión de horas.

Disponía de un salón, un tocador y una antecámara previa a la habitación, la cual comunicaba con la alcoba de su esposo. La despojaron de su vestido de novia en la antecámara para colocarle uno de los conjuntos de seda más atrevidos que había confeccionado su madre para ella. El encaje dejaba entrever sus pezones rosados pero, afortunadamente para ella, la bata que la cubría era de un bordado blanco que ocultaba su vergüenza.

El estilo, al igual que el resto del palacio, era del clásico ruso con elementos rococó, mucho más recargado que lo que estaba acostumbrada. La simbología imperial y detalles bizantinos se acrecentaban. Las paredes estaban revestidas de seda damasquinada en tonos suaves de azul pálido y marfil, con molduras de estuco en dorado y relieves de guirnaldas que imitaban el laurel. Había grandes espejos con marcos tallados también en dorado y que reflejaban la luz de los candelabros esparcidos por toda la habitación.

Los techos estaban cubiertos de frescos con escenas mitológicas que representaban la virtud, fidelidad y fortuna, rodeados por unas cenefas doradas. La cama imperial tenía un dosel alto, tallado en madera, tapizada en un color carmesí y, al igual que toda la decoración tenía todos los acabados en dorado. El cortinaje de seda bordado en hilos de oro estaba sujeto con borlas de filigrana y en la parte superior del dosel, un águila bicéfala imperial aparecía bordada como representación de la casa real rusa. Las alfombras tenían motivos florales y en ninguna de ellas faltaba el escudo imperial.

Paseó su vista descubriendo que tenía todo tipo de de accesorios personales que habían sido dispuestos para ella, con incrustaciones en nácar, bronce y dorado. También había relojes de sobremesa, iconos religiosos y algunos candelabros eran de cristal tallado además de las lámparas de aceite.

En cuanto se quedó completamente a solas, el olor de las velas de abeja no tranquilizaba su nerviosismo. Nadie le había dicho que debía hacer, ni como proceder. Había recibido instrucciones de absolutamente todo aunque su mente hubiera olvidado momentáneamente algunas de ellas salvo lo que debería hacer una vez llegado este momento.

¿Tenía que esperar?, ¿Debía cruzar la puerta que conducía hacia la habitación del zar? Se quedó en medio de aquella habitación sin saber si debía moverse, si debería acostarse en el lecho, o si por el contrario tendría que sentarse en una de las butacas junto a la mesa.

Se abrazó a sí misma sintiendo por primera vez esa soledad a la que sabía que tendría que hacer frente a partir de ahora. Una soledad que venía acompañada de incertidumbre, de miedos transformados en preguntas para las que no tenía una respuesta.

La puerta de su alcoba se abrió, pero no fue la que habían usado sus sirvientes, sino la que conducía hacia la alcoba de su esposo.

El matiz dorado de su cabello se acrecentaba con aquella iluminación repartida por toda la estancia, No podía apreciar el azul de sus ojos aunque supiera que estaba, pero sí el brillo que desprendían. Su mirada la buscó rapidamente hasta hallarla y no se molestó en cerrar debidamente la puerta de ambas habitaciones, sino que permaneció entornada.

Nikolai ya no lucía su uniforme de gala, sino una especie de túnica larga en una tonalidad oscura de azul o verde con un entramado bordado y el escudo de la casa real. Lucía una apertura en V pronunciada en la que podía apreciarse parte de su pecho desnudo.

Catherine sintió como sus ojos volaban hacia aquella parte del cuerpo de su esposo y se encogió aún más de hombros mientras se abrazaba con sus propios brazos y él acortaba la distancia que les separaban.

—Al fin solos —dijo Nikolai recorriendo el esbelto cuerpo de su esposa con aquella fina bata que la cubría—. He ansiado este momento desde el primer día que te vi —dijo acercándose a ella bajo su atenta mirada.

Catherine no tenía ni idea del significado de sus palabras, pero cuando sintió la mano de él en su mejilla, ladeó su rostro para percibir ese contacto e inmediatamente después sintió como sus labios se unían a los de él con una inesperada calidez.

Capítulo 12

Sus labios eran suaves y tan dulces que sintió como su propio cuerpo se inclinaba hacia él exigiendo más de aquel candor sublime. Notó la presión de los dedos de su esposo rozando su nuca para inclinar su cabeza en un movimiento que le permitiera un mayor acceso a su boca y la presión del pulgar sobre su barbilla le hizo entreabrir los labios de modo que él pudiera introducir su lengua para entrelazarla con la suya.

Al percibir la delicadeza de su sabor, Catherine gimió en sus labios y sintió como aquel suave beso se convertía en algo mucho más apasionado. El sonido de sus bocas resaltaba por encima del tejido de sus prendas al chocar entre si y percibió como la mano libre de él, rodeaba su cintura para atraerle con mayor fervor.

Sentir que podía rozar casi su piel ante la ligereza de las prendas de vestir, provocó un quejido que murió en su garganta por la intensidad de aquel beso y, rápidamente percibió como el zar abandonaba su boca para dirigirse hacia su cuello, realizando un descenso paulatino por la piel de su garganta mientras ella permanecía aturdida por aquel intenso fuego que se acumulaba en su estómago.

¿Sentiría él lo mismo?, ¿Tal vez para un hombre era distinto? Notó como las manos de él se dirigían hacia el nudo firme de su bata y sintió como destensaba el cinturón de seda que la salvaba de su propia vergüenza. De forma innata y sin siquiera prensarlo,

detuvo sus manos antes de que consiguiera deshacerlo del todo, dando un paso hacia atrás como si al mismo tiempo de hacerlo, hubiera sido consciente de que aquel acto ocurriría de todos modos.

—Yo… todo es demasiado rápido —se excusó sabiendo que él no la entendería y eso hacía aquella situación aún más complicada.

No es que no lo deseara, pero su pudor provocaba aquella inminente reacción y ni siquiera sabía que sentía él o como podía explicarse de algún modo para tranquilizarse.

Nikolai la observó fijamente y le dedicó una leve sonrisa. Se había dejado llevar por su propio fuego interno y todo ese fulgor que ella provocaba con su mirada, sin tener presente que su dulce y joven esposa era doncella.

Se alejó poniendo distancia entre ambos para dirigirse hacia una de las mesas auxiliares donde habían dejado una botella de cristal con vino rosado, pensó que aquello podría calmarla. Sirvió dos copas y se dirigió hacia su esposa que aguardaba con cierta timidez. Desconocía si aquel gesto era ante el hecho de permanecer desnuda frente a él o si realmente no deseaba bajo ningún concepto que él la viera.

Ella cogió su copa y él realizó un brindis sin pronunciar ninguna palabra, simplemente mirándola a los ojos mientras se llevaba la copa a los labios y bebía todo su contenido de un trago. Catherine le imitó, vació el contenido del vino sintiendo como el liquido descendía por su garganta dejando el sabor a notas afrutadas e inspiró profundamente antes de deshacer ella misma el nudo de su bata sin quitársela.

Podía ver como él recorría con sus ojos su cuerpo, sin realizar ningún movimiento, como si realmente esperase que fuera ella la que le diera su consentimiento.

Catherine se dirigió hacia la misma mesa en la que continuaba la botella de vino y dejó su copa. Acto seguido cerró los ojos y aunó la entereza necesaria para quitarse aquel pudor innato en ella. Según su tía, aquello sucedía con completa normalidad en la intimidad existente entre un hombre y una mujer. No debía ser

modesta con su esposo, ni contrariedad o temeridad, así que de espaldas a él, abrió la bata de seda que la cubría y la dejó caer sintiendo que, a pesar de llevar otra prenda debajo era como estar realmente desnuda.

No tenía nada, absolutamente nada bajo aquel camisón y sentir la suavidad de la tela en contacto con su piel, la estremecía casi tanto como la mirada azul de su esposo recorriéndola.

Nikolai no tenía ojos para otra cosa que no fuera las curvas de aquel cuerpo embutido en aquel camisón de seda y encaje. Sus brazos desnudos hacían contraste con el color de su cabello, tan oscuro como la noche. Ella era una tentación, un deseo prohibido al que estaba deseoso de morder y, por segunda vez en la noche estaba a punto de perder el control de sí mismo.

Puede que su esposa fuera virgen, inexperta e inocente, pero estaba demostrando tenacidad con aquel gesto, invitándole a ir hacia ella de nuevo y aquello, provocó una reacción inmediata, sobre todo al ser consciente de cuan diferente era su segunda esposa de Anna.

No. Ni siquiera merecía un recordatorio en aquellos momentos una mujer por la jamás sintió anhelo alguno.

Sus pasos le arrastraron de nuevo hacia ella y la rodeó desde atrás, provocando que dejara caer su espalda en su pecho, sintiéndose embriagado por el calor que permitía traspasar la prenda. Quería volver a besarla, demostrarle lo excitado que estaba, pero en lugar de eso se permitió explorar con sus manos aquel cuerpo hasta ahora prohibido y sentir la calidez bajo sus manos a través de la suavidad de aquel tejido.

Catherine sentía como sus piernas flaqueaban mientras él recorría pausadamente su cuerpo. Iniciando por su cintura, rodeó sutilmente sus caderas y ascendió lentamente rozando sus brazos hasta que rodeó con ambas manos sus pechos. Percibió entonces sus labios cerca de su oreja, la respiración agitada que demostraba, al igual que ella, un deseo innato. Gimió cuando sintió como sus

dedos presionaban con firmeza sus pechos en un gesto completamente inesperado.

Nikolai hundió su rostro en el cuello desnudo aspirando profundamente su olor, deleitándose en aquel gemido que profería de su garganta y complaciéndose ante el placer que sabía que él provocaba en ella. Deseaba hacerle demasiadas cosas y tuvo que reprimirse sabiendo cuanto podrían escandalizarla.

Bajó sus manos de nuevo hacia la cintura de su esposa y en un movimiento rápido la apresó en sus brazos con firmeza, sintiendo como ella se agarraba rápidamente a su cuello para no caer y se acercó con paso decidido al lecho hasta depositarla suavemente percibiendo por primera vez, como el encaje dejaba entrever aquellos pezones rosados perfectamente erectos.

Tuvo que reprimir sus ganas de rasgar aquella prenda para no asustar a su recién esposa, pero aprovecho que uno de los tirantes se había deslizado por su hombro con el movimiento y dirigió hacia allí sus labios. Se apartó para mirarla a los ojos, como si quisiera comprobar que ella estaba conforme con su atrevimiento, no opuso resistencia cuando volvió a dar otro beso aún más cerca de su pecho y se apartó de nuevo para mirarla, entonces descendió con su boca hasta apresar el pezón aún sobre la tela y sintió como ella gritaba, no de dolor, sino de absoluta conmoción y entonces él se perdió, se abandonó a ese fulgor que ella despertaba en él probando su carne sin ningún tipo de impedimento, así que agarró la prenda con sus dedos y tiró de ella hasta que cedió para apresar esta vez su pecho mientras lo ungía entre sus manos y sentía como ella se arqueaba para él.

Catherine vibró al compás de una llama que acababa de encenderse en su interior y no dejaba de crecer, arrastrando por completo su pudor y dando paso a algo mucho más primitivo. ¿Era ese el placer carnal del que le había hablado su tía? No había creído que fuera posible sentirlo simplemente con su boca. Mientras su cuerpo se movía de forma instintiva buscando más de aquel contacto, sintió como Nikolai se colocaba sobre ella mientras sus labios descendían por el centro de su pecho hacia su vientre, su

propio camisón desapareció hasta que quedó completamente desnuda bajo él. Por un momento sintió de nuevo ese pudor cuando él se deleitó devorándola con la mirada y, con un movimiento veloz, se deshizo de la casaca mostrando su completa desnudez.

Jamás había visto a un hombre desnudo, pero le pareció hermoso, decididamente bello en cada músculo que se formaba por su pecho y sus hombros, en la forma que sus caderas se estrechaban en la cintura y donde la línea de vello de su pecho crecía hasta su entrepierna, allí donde su carne se erguía y de pronto sintió como sus mejillas se sonrosaban al saber perfectamente lo qué sucedería.

¡Oh, Dios!, ¡Agradecía tanto que su madrina le hubiera explicado con detalle lo que ocurriría!

Nikolai se inclinó sobre ella para acercarse de nuevo a sus labios, pero se quedó a escasa distancia, como si quisiera incitarla a que ella le respondiera, y entonces ocurrió lo que él jamás pensó que ocurriría. Ella se lanzó hacia él rodeándole con sus brazos y entrelazando su pierna en su cintura mientras su boca buscaba la suya con decisión.

Fue incapaz de reprimir más la espera, como si sintiera que su urgencia era la misma que la de ella, así que comenzó a adentrarse poco a poco, percibiendo la estrechez, abriéndose paso a través de sus muslos y acallando el dolor de su virginidad mientras moría en su garganta cuando se hundió por completo.

Catherine estaba preparada para el dolor, ya se lo habían advertido, aunque francamente había esperado que fuese mucho más intenso y duradero de lo que en realidad fue. ¿Eso era todo? Quizá estar preparada mentalmente para algo mucho peor había logrado mitigar aquel dolor. Había sido muy consciente de como él se adentraba en su cuerpo, de como la colmaba ejerciendo aquella presión en su interior y, aunque la sensación era nueva y algo incomoda, sintió desilusión al no percibir ningún tipo de placer en ello, hasta que él se movió lentamente y entonces percibió una extraña sensación en su estómago que iba creciendo conforme el movimiento de fricción aumentaba.

Podía notar como él salía y entraba de nuevo avivando esa creciente llama, recibiendo su carne al mismo tiempo que una ingente necesidad de algo desconocido la abrumaba. Nadie le habría podido describir por más que lo hubiera intentado qué era esa sensación que crecía y se expandía a través de su cuerpo hasta el punto de no importarle nada más que descubrir hasta donde era capaz de llegar, de sufrir la imperiosa necesidad ante el hecho de que él continuase moviéndose de aquel modo mientras le ofrecía un placer hasta ahora prohibido y deseaba descubrir que había tras ese culmen al que su esposo la dirigía.

No fue consciente de sus gemidos de placer, de la contracción de su cuerpo buscándolo por ansiar encontrar ese culmen al que no sabía exactamente como se llegaba, pero antes de poder descubrirlo, sintió como él gruñía escondiendo su rostro en su cuello mientras parecía contraerse y, posteriormente, se dejaba caer sobre el lecho de espalda junto a ella.

¿Por qué se había detenido?, ¿Por qué no había continuado? Y entonces supuso que él había encontrado sí lo había encontrado, que se había derramado dentro de ella como le había explicado tía Catherine que haría para poder concebir un hijo.

Se mordió el labio, cerró los ojos y emitió una sonrisa silenciosa porque, a pesar de no haber alcanzado su propio culmen, no podía negar que aquel acto le había resultado complaciente. Mucho más de lo que imaginaba. Sentía ganas de descubrir, de conocer su cuerpo, de saber como hacer de aquel placer algo inmenso, pero mientras sus preguntas se atascaban en su garganta sin surgir de sus labios, comprobó que él se movía y el peso a su lado se disipaba. Cuando abrió los ojos, él se estaba colocando de nuevo la prenda que cubría su desnudez y la observó desde su altura a los pies del lecho.

—Me habéis complacido enormemente. Buenas noches, esposa —advirtió Nikolai pasando su mirada por aquel cuerpo desnudo que lograba despertar su deseo a pesar de que acababa de derramarse dentro de ella.

—Buenas noches —respondió Catherine reconociendo aquel saludo sin saber que podría haber dicho antes de ello.

En cuanto Nikolai cerró la puerta que comunicaba su alcoba de la de su esposa, se dejó caer apoyando una mano y con la cabeza inclinada hacia el suelo. Sabía que ella sería especial desde el primer momento en que la había visto, desde el instante en que no había sido capaz de resistirse a esos ojos verdes que le inspiraban mucho más que simple deseo, pero ahora, consciente de cada curva de su cuerpo y la suavidad de su piel, sentía que la deseaba con mayor fiereza.

Catherine cubrió su cuerpo desnudo con las sábanas necesitando ocultar su desnudez a pesar de hallarse sola. ¿Era normal que su esposo se retirase a su alcoba?, ¿Regresaría o ya no volverían a consumar su matrimonio hasta la noche siguiente? Odiaba aquella sensación de no tener respuestas ni a nadie a quien realizarle aquellas preguntas. Repudiaba la idea de no poder comunicarse con su esposo y se juro a sí misma que pondría remedio a ello.

A la mañana siguiente la despertaron sus doncellas, sonriendo silenciosamente cuando vieron la mancha de sangre en las sábanas blancas. Se había lavado la sangre seca entre sus muslos, pero aún así, sentía demasiada vergüenza ante el hecho de saber que aquellas mujeres eran muy conscientes de lo que había sucedido en ese lecho la noche anterior. Afortunadamente para ella, aquel momento no duró demasiado, solo el preciso que tardaron en retirar las sábanas.

Su vestido era de un impresionante color verde jade en capas de seda con un brocado en hilos dorados por las mangas y la falda. Lo había diseñado su madre expresamente para ella y ese momento, por eso no tenía tanta influencia rusa en el recargado de votantes o florituras. Las joyas habían sido debidamente elegidas, con una tiara que había sido creada específicamente para ella y cuando vio su reflejo en uno de los espejos se contempló a sí misma comprobando que ahora era una mujer en todos los sentidos de la palabra. Quizá,

y solo quizá, incluso en su vientre podría estar gestándose al heredero del trono ruso.

—A partir de hoy deberá beber esto cada mañana, su majestad —dijo su dama de compañía Sofía ofreciéndole una bandeja de plata en la que había una copa de cristal con un líquido blanco.

—¿Por qué? —preguntó cogiendo la copa y llevándola a su nariz para aspirar el aroma.

Tenía un olor dulzón.

—La ayudará a mantener caliente el útero si ha concebido un heredero —respondió Sofía—. Es leche caliente de cabra con especias suaves, majestad.

Acto seguido realizó una reverencia antes de dar un paso atrás.

Catherine jamás había escuchado algo similar, pero acababa de darse cuenta de que era la segunda vez que se dirigía hacia ella con aquella denominación. Ahora ella era consorte del zar. Su esposa. La emperatriz del imperio ruso.

Sintió un temblor bajo sus pies ante aquella aceptación. Aquellos dos meses no le habían dado la seguridad suficiente para afrontar lo que realmente le aguardaba.

Se bebió el liquido de un solo trago, reconociendo que no tenía un sabor extraño o desagradable sino todo lo contrario.

—Deseo ver a mi familia —dijo devolviéndole la copa a Sofía.

—Su majestad les verá durante el desayuno, podrá despedirse de ellos puesto que partirán de inmediato hacia Inglaterra. Después, su majestad tendrá lugar una audiencia privada con altos cargos de la corte imperial tras el desayuno y que les harán entrega de regalos imperiales. Posteriormente, una oración privada en la capilla de palacio e inmediatamente después, será el cortejo para mostrar al pueblo la estabilidad dinástica durante su traslado al palacio de invierno. Tendrá el resto de la jornada de reposo en sus estancias personales.

—¿Nada?, ¿Solo descanso durante la tarde?

—Debe favorecer la concepción cuanto antes, su majestad. —La voz de Sofía mostró una clara señal de retraimiento como si se hubiera ruborizado al decir aquello.

Concebir. Ese era el motivo de su matrimonio. La razón por la que el zar había precipitado su enlace acortando los tiempos de cortejo. Era su única y principal función como consorte, darle un heredero. Pero… ¿Sería esa su única razón?

Ella sabía que, si fracasaba en ese cometido, flaquearía su posición en la corte rusa. No solo era una extranjera, sino que a pesar de proceder de alta cuna, no era ninguna princesa, así como su enlace tampoco conllevaba algún tipo de acuerdo político que beneficiara a Rusia.

—Por supuesto —respondió como si no le importara que la privacidad de su consumación fuera de dominio público.

En cuanto salió de su alcoba, se encontró con la figura de Nikolai aguardándola. Volvía a lucir el uniforme de gala, pero en esta ocasión la casaca era roja y el pantalón de un azul profundo, mucho más oscuro que el de sus ojos. Este le dedico un gesto de complaciencia mientras le ofrecía su brazo y Catherine colocó la mano sobre la suya.

—¿Habéis dormido bien?, ¿Os ha complacido vuestro lecho? —preguntó él e inmediatamente Sofía tradujo sus palabras.

—Si. Gracias —respondió escuetamente como si el simple hecho de que todos pudieran ser conscientes de su conversación privada le cohibiera.

¿Siempre sería así? A diferencia de ella, él no parecía molesto con este hecho.

Tuvo una emoción extraña cuando volvió a a ver a sus padres, junto a Linette y su hermano Daniel. Aquella sería la última vez que les viera antes de partir de nuevo hacia su hogar sin ella. Contuvo las lágrimas, una nostalgia sin fondo a la que no sabía poner nombre la inundaba, pero no por miedo, sino porque tal como

había anunciado su hermana mayor, se enfrentaría a un mundo desconocido sin ellos.

—¿Todo bien? —preguntó su madre consciente de a qué se refería, pero sin mencionar ningún detalle por su incomodidad.

—Muy bien, madre —advirtió con sinceridad—. Tenías razón al dejar que la tía Catherine fuese quien me instruyera —sonrió.

—Lo sé, querida. Y me parte el alma no estar aquí para todas esas preguntas que sé que tendrás durante las próximas semanas.

—Estaré bien, madre. No debéis preocuparos por mi. Sé que seré feliz.

—Lo serás, por supuesto que lo serás —dijo antes de abrazarla con fuerza—. No conozco a nadie más tenaz que tú para conseguir lo que se propone.

Catherine se permitió derramar lágrimas de silencio en cuanto vio como el carruaje en el que permanecía toda su familia se marchaba. Sentía nostalgia. Sentía tristeza, pero cuando notó la mano firme de Nikolai apretarla con fuerza también sintió que una versión de sí misma se había ido con ellos para dejar paso a Ekaterina Fiordovnova, la emperatriz de todas las Rusias.

Capítulo 13

Si le había parecido majestuoso el palacio de verano, definitivamente el de invierno demostraba todo el poder del imperio ruso en su máximo esplendor. No solo era de dimensiones gigantescas, sino que aquel enorme edificio tenía más de mil habitaciones y más de mil quinientos salones en total. Era tan grande que Catherine pensó que jamás lograría caminar sin perderse en el intento de llegar a su destino.

De la mano de Nikolai, se dirigieron con su comitiva hacia las dependencias privadas del emperador, donde ni siquiera la familia más cercana tenía acceso, solo únicamente ellos dos y los sirvientes que les atendían. En cuanto cruzaron las puertas, toda la comitiva desapareció quedándose completamente a solas con su esposo.

Había bandejas de comida, fruta y diversidad de dulces repartidos por varias mesas en uno de los salones que suponía compartiría con su esposo. También habían dispuesto vino especiado, botellas de licor y champan.

—¿Vino? —exclamó Nikolai señalando la botella y Catherine asintió reconociéndola por las veces en las que algún sirviente la había mencionado.

Se paseó por el salón inspeccionando los tapices, las alfombras y los tejidos que habían sido elegidos cuidadosamente

para la decoración de la estancia. ¿Los habría elegido su esposo o pertenecerían a una remodelación de sus antepasados?

Era extraño quedarse a solas junto a él, pero le resultaba algo incomodo aquel silencio forzado al que no sabía como poner remedio en aquel momento, quizá por esa misma razón, buscaba tener la atención en cualquier parte que no fuera el zar.

Sintió como se acercaba a ella y se colocaba a su lado ofreciéndole aquella copa de vino, notó que estaba especiado y que aquello potenciaba su sabor provocando que sintiera un calor instantáneo. Nikolai la miró a los ojos fijamente y por un momento ella pensó que la besaría de nuevo por la intensidad que podía percibir en aquella mirada. No sabía que era lo que pasaba por su mente, querría preguntárselo, pero, aunque lograra comunicarse con él sabía que sería incapaz de hacerlo porque realmente le importaba lo que él pudiera pensar de ella.

Dentro de sí misma era muy consciente de que no deseaba, ni quería, que la única motivación para haberla escogido como esposa fuera la de engendrar un heredero. Ella había soñado con un matrimonio por amor, hallar la complicidad que existía en sus padres y esa devoción mutua que se profesaban… No sería capaz de renunciar a ello, no quería y, cuando vio por primera vez a su esposo, creyó que podría encontrar todo aquello junto a él.

Nikolai la cogió de la mano que ambos tenían libre y comenzó a guiarla por varios pasillos y salitas de un tamaño más reducido hasta que llegaron a una habitación en la que un fuego tenue ardía en una de las dos chimeneas que había a ambos lados y Catherine centró toda su atención en la bañera de grandes dimensiones. Un sirviente vertió varias vasijas de agua caliente antes de realizar una reverencia y marcharse, en cuanto lo hizo, ella comprobó como Nikolai dejaba su copa de vino sobre una mesa de madera situada al lado de aquella tina y comenzó a deshacer los botones de su casaca hasta permitir que la prenda cayera al suelo sin molestarse en recogerla. Hizo lo mismo con la camisa, quedándose completamente desnudo de cintura para arriba y entonces se giró hacia ella que observaba cada músculo de su cuerpo, permitiendo que la luz de la

claridad de la tarde le permitiera hacerse una imagen muy viva de la anatomía de su esposo.

Sabía que tenía un físico atlético, probablemente por su gran actividad a caballo y esgrima. Ella había tocado su pecho la noche anterior, descubriendo el músculo firme bajo su piel, pero ahora era mucho más consciente de lo que aquello lograba provocar en ella y el inminente deseo por querer volver a tocarlo hacía que las puntas de sus dedos ardiesen de anticipación.

Nikolai comenzó a quitarse las botas sin dejar de mirar a su esposa. No iba a obligarla a darse un baño con él, de hecho, la idea le parecía pecaminosa, pero en cuanto le habían mencionado que habían preparado el baño, la idea de compartirlo con ella en lugar de tomarlo cada uno por separado se volvió una necesidad. Se desnudó completamente dejando que ella pudiera apreciar su visible virilidad y se introdujo en la bañera dejando que el agua bañara la mitad de su cuerpo mientras reposaba los brazos a ambos lados esperando una reacción por parte de ella.

—Venid.

Puede que Catherine no conociera su lengua, pero no necesitaba traducción para saber que le estaba pidiendo entrar con él en aquella bañera.

«Todo lo que ocurra en la intimidad entre tu esposo y tú estará bien» se dijo a pesar de que no fueran exactamente las palabras de su tía Catherine.

Bajo su atenta mirada fue deshaciéndose de cada una de las prendas que conformaban su vestido, las enaguas, camisolas y armazón. Le costó aún más trabajo hacerlo sola, pero cuando solo estaba a una fina camisola de su desnudez, decidió entrar con aquella prenda a pesar de saber que en cuanto la mojase, se adhiría a su cuerpo volviéndose transparente. En el momento que se colocó de pie frente a él, sintió como su esposo se inclinaba y posó sus manos a ambos lados de sus piernas, siendo él mismo quien subía la prenda por su cuerpo sin dejar de mirarla a los ojos, hasta que la

sacó por completo y, en cuanto lo hizo la tiró al suelo para inmediatamente después lanzarse a sus labios.

El cuerpo mojado de Nikolai sobre ella provocaba que su ardor incrementara conforme sus manos recorrían su espalda desnuda y sin darse cuenta, se encontró sentada a horcajadas sobre él conforme el agua les cubría mientras aquel beso cobraba una intensidad cada vez más arrolladora.

Sintió como él la apretaba contra ella, notando la presión de su entrepierna y provocando que gimiera ante la misma necesidad de anhelo que parecía tener él. Era como si la intensidad del momento se hubiera apoderado de ambos y ninguno quisiera abandonar la boca del otro, haciendo que sus lenguas bailaran en una danza sin fin en la que habían encontrado el modo de rendirse pleitesía mutuamente y con la necesidad de continuar devorándose.

Catherine se olvidó por un momento del decoro, del pudor, de su propia vergüenza o de como se suponía que debía actuar en aquel momento, así que dejó que sus dedos acariciaran la suavidad del cabello de su esposo mientras respondía con la misma fiereza a aquel beso sin una pizca de recato. Era salvaje y rudo, pero lejos de abrumarla sentía que su propio cuerpo lo exigía sin saber siquiera de donde provenía aquel sentimiento. Quizá, su modo de comunicarse mediante palabras fuera escaso, pero sentía que su propio cuerpo hablaba cuando él la tocaba de aquel modo.

Sintió como se separaba de su boca y en el momento que ella se irguió parcialmente consciente de lo abrupto que había sido aquel beso, descubrió el color de sus ojos oscurecido e inmediatamente después se lanzó a sus pechos, devorando uno con su boca mientras apresaba el otro con la mano sin ninguna suavidad. Ella gimió por el contacto, porque aquello lejos de provocarle daño lograba excitarla involuntariamente y sentía que su propio cuerpo se movía para facilitar que él continuara obrando maravillas con su boca. A diferencia de la noche anterior, mordió con suavidad, succionó y rasgó con sus dientes sus pezones provocando que ella gimiera, hasta que, la separó abruptamente de él, se alzó y después la cogió

en volandas sin preocuparle toda el agua que podían verter en el suelo.

Percibió la dureza bajo sus muslos de un pequeño aparador repleto de utensilios que podrían servir para el baño e hizo que unos cuantos cayeran al suelo ante el afán que se había apoderado de ellos por complacerse. Catherine ni siquiera se fijó en si alguno de ellos tenía valor o se había fragmentado, su único pensamiento estaba en aquel fuego interno que crecía y al que deseaba satisfacer ofreciéndole más leña. Nikolai le movió una pierna para poder situarse entre sus muslos y acto seguido sintió la presión de su carne invadiéndola, en esta ocasión era menor y a diferencia de la noche anterior, sentía como se deslizaba con una mayor facilidad provocando que su acople fuera maravilloso. Notaba como la llenaba y al mismo tiempo una sensación de hormigueo en su estómago brotaba. Ella se había aferrado a la mesa para buscar estabilidad, pero las manos de él aferraron sus nalgas y sintió como se hundía por completo en ella a la vez que un jadeo brotaba de su garganta. Por puro instinto se inclinó un poco más atrás al mismo tiempo que abría aun más sus piernas y descubrió que aquello le proporcionaba un mayor placer. Entonces, sintió como salía lentamente de ella para volver a hundirse en un ritmo lento, pausado, iniciando una vibración dentro de su cuerpo de la que ella misma siguió el compás saliendo a su encuentro sin que nadie le dijera cómo o cuando debía hacerlo.

Los movimientos se volvieron cada más raudos, Catherine sentía que algo dentro de ella iba a explotar, como si un relámpago la atravesara en cualquier momento fragmentando su ser en cientos de piezas pequeñas, y aún así, no le importaba, quería alcanzarlo, quería sentir que era aquello, pero… al igual que la noche anterior, sintió como él jadeaba cerca de su oído y su ritmo se detenía antes de alcanzarlo, mitigando aquella sensación a la cual ella se aferraba, pero que terminaba escapando de sus manos.

Su respiración era errática, la de él aún más y, a pesar de que aún seguía dentro de ella mientras la abrazaba, percibió sus cuerpos aún bañados entre sudor y agua.

Nikolai la alzó para llevarla de nuevo a la bañera, fue extraño enjabonarse sintiendo como él la observaba. En ocasiones sonreía, en otras le decía cosas que ella no comprendía, pero no volvió a tocarla, ni a besarla. Hasta esa misma noche en el lecho, donde volvió a hacerla suya para después marcharse a su alcoba dejándola otra vez, completamente sola.

Catherine sabía que sus padres dormían en la misma cama a pesar de tener cada uno su alcoba, ¿Acaso no era algo normal en un matrimonio?, ¿Por qué entonces su esposo se marchaba a su propia habitación?, ¿Quizá era una costumbre rusa?, ¿Tal vez era cosa de monarcas o emperadores?, ¿Era posible que la extrañeza estuviera en sus padres?

Dos sirvientas personales la despertaron a la mañana siguiente ofreciéndole de nuevo leche caliente especiada y preparándola en esta ocasión con un vestido dorado cuyo bordado en hilo de oro realzaba su color. Al igual que el día anterior, lucía la tiara y joyas de gran valor, iba a tener que acostumbrarse a ese peso si tendría que llevarlas cada día. Sus damas de compañía la esperaban pacientemente fuera de las estancias privadas, Sofía fue la primera en acercarse puesto que era la que se comunicaba con ella en su propia lengua.

—Espero que haya encontrado sus estancias de su agrado, su majestad —dijo formalmente—. Estas son tres de sus nuevas damas de compañía, Elena, Daria y Alejandra. Hablan francés, así que no tendrá problema en comunicarse con ellas.

—Excelente —contestó Catherine en francés dirigiéndose hacia las tres damas nuevas que sonreían mientras realizaban una reverencia—. ¿Donde está mi esposo? —preguntó de nuevo dirigiéndose a Sofía.

—El zar tiene asuntos de estado que atender. Coincidirá con su majestad durante el almuerzo y con varios miembros de la corte.

Imaginaba que en su día a día serían escasos los momentos que compartiría con su esposo, pero no imaginaba que iniciase tan

pronto, a fin de cuentas, los asuntos del zar referenciados a la política serían muy diferentes a sus obligaciones.

Su agenda consistía en desayunar con algunas esposas de altos funcionarios o damas de la corte. Posteriormente acudiría obligatoriamente a misa y estar presente en todas las liturgias importantes, procesiones y ceremonias publicas. Además de acudir a todas las audiencias, banquetes diplomáticos y ceremonias oficiales, debería encargarse de las actividades de caridad.

Sabía que podría encontrar amistades entre los miembros de la corte y las esposas de altos funcionarios, pero también estaba advertida por su madre, que la gran mayoría buscaría su aprobación para escalar posiciones dentro de la corte. Por suerte para ella, sus inicios no eran aún peor dada su condición ya que un gran porcentaje de las damas dominaba la lengua francesa.

Catherine reconoció el rostro de lady Tatiana entre las damas que se encontraban en aquel desayuno. Se fijó en su perfecta referencia y no le pasó inadvertida la mueca de desagrado que ejerció justo después. No podía culparla, ella misma había escuchado los rumores sobre su inminente compromiso con el zar, no debía resultar fácil aceptar su cambio de parecer y más aún, cuando ella misma desconocía las razones de porqué Nikolai la había elegido a ella siendo una completa desconocida en lugar de su prima.

¿Existiría algo entre ellos para que hubieran dado lugar esos rumores? No podía negar que era realmente hermosa y le resultaba insólito que el zar no la hubiera elegido en su lugar. ¿La culparía lady Tatiana por el cambio de decisión del zar cuando en realidad ella no sabía la razón? Comprobó rápidamente que muchas de aquellas damas guardaban cierto respeto hacia prima de Nikolai y, se guardó para sí misma aquel desprecio para ser ella quien iniciara una conversación que apaciguara la situación.

—¿Conoce bien el palacio de invierno, lady Tatiana? —preguntó llamando su atención.

—He pasado casi toda mi vida aquí —contestó sin que le pasara desapercibido que, a diferencia el resto, no la llamaba majestad, ni siquiera se dirigiera en un modo cortés, aunque eso era algo que decididamente no pensaba cuestionar.

—Entonces no tendrá inconveniente en pasear conmigo para mostrarme las dependencias —respondió con una sonrisa.

—Sería un placer, aunque tardaríamos más de una semana en recorrerlo y dudo que disponga de ese tiempo —adujo rechazando su proposición de un modo brillante.

—Cierto, pero nunca me ha molestado levantarme temprano —contestó pensando que de ese modo no podría negarse.

—¿Tan pronto se ha cansado el zar de su esposa? —respondió mordaz y acto seguido sonrió con burla—. Porqué será que no me extraña, debía haber comprendido mucho antes que las damas inglesas son demasiado aburridas en… el lecho —susurró para que solo ella pudiera oírla.

¿Como podía ser tan descarada? Jamás habría podido pensar que bajo aquel rostro angelical de facciones perfectas se escondiera una verdadera arpía.

Sintió como su garganta quemaba sin que de ella pudiera salir palabra alguna. Era como si una rabia contenida permaneciera bloqueada sin encontrar la liberación y, ante su estupefacción, comprobó como algunas damas sonreían entre sí sin objetar la humillación a la que acababa de someterla lady Tatiana.

No se lo iban a poner fácil, de eso la había advertido incluso el propio Aleksei y, ciertamente su hermana era la que menos lo haría porque, quisiera aceptarlo o no, ella se había convertido en el impedimento para ser la consorte del zar.

Quería gritar. Huir. Golpear y romper algo. Y entonces se recordó a sí misma que probablemente era lo que lady Tatiana pretendía, que perdiera los estribos y mostrara frente a todos lo poco cualificada que estaba para ser la consorte del zar. Lo peor de todo es que ella misma se lo había servido en bandeja de plata y ni siquiera lo había visto venir.

—No le aconsejo probar las gachas, a menos que quiera tener ardor de estómago el resto de la jornada, en cambio el pastel de limón es una de las especialidades de la cocinera —dijo una voz a su lado en un perfecto inglés y Catherine se volvió para ver el rostro de una mujer varios años mayor que ella. Era menuda, con el cabello castaño y los ojos claros, aunque su rostro era anodino, mostraba rasgos delicados—. Soy lady Anastasia, su majestad. Mi madre era inglesa, mi padre ruso. Nací y crecí en la corte de San Petersburgo y mi marido es un alto funcionario de su alteza imperial.

—Le agradezco la advertencia, lady Anastasia —contestó aún tensa.

—Lady Tatiana ha crecido en la corte, tiene demasiada influencia sobre las damas por ser pariente directa del zar. Su padre y hermano ostentan los títulos más elevados como funcionarios del zar. Es evidente tras su matrimonio, que ella ha perdido su estatus como la dama más importante de la corte y no parece llevarlo bien.

—Escuché rumores sobre un posible enlace entre mi esposo y lady Tatiana —comentó en voz baja y alzó la vista hacia la aludida.

—Rumores, majestad —respondió sirviéndose un platillo en el que había un buen trozo de pastel de limón—. Que probablemente difundió la propia lady Tatiana para ejercer esa presión al zar y la necesidad de un heredero al trono.

¿Realmente serían rumores?, ¿Existiría algo más entre su esposo y su prima? El resentimiento de la dama la llevaba a pensar que no podía ser simplemente un rumor, sino que quizá su propio esposo le habría dado algún tipo de esperanza.

—Le agradezco la sinceridad, lady Anastasia. Sé que todos me consideran una intrusa y no ven con buenos ojos este matrimonio.

Catherine vio como la dama miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie las escuchaba a pesar de hablar una lengua que ninguna comprendía.

—Es usted demasiado joven e inexperta, su majestad. Todos aquí conocen su procedencia, saben que ni siquiera había debutado en sociedad y lady Tatiana solo ha querido mostrar su debilidad,

recalcando que ella habría sido una mejor elección —corroboró volviendo a coger su plato—, pero quizá también sirva para que su máscara de frialdad caiga y todos vean la verdadera personalidad que se esconde tras ese hermoso rostro. Hay muchas damas que la secundan solo porque saben que es mejor ser su amiga que su enemiga.

Discutir que era demasiado joven e inexperta carecía de sentido. Lo era, por mucho que pudiera fastidiarle ese hecho, lo cierto es que en su educación, nadie la había preparado para tener que afrontar a serpientes enfurecidas que tratarían de verter su veneno a la mínima oportunidad. Y lady Tatiana tenía pinta de ser una de las más peligrosas, más aún si tenía presente que le había quitado lo que más quería.

—Eso no es un consuelo —advirtió Catherine sintiendo que todo su apetito se había esfumado por completo.

—En ese caso, quizá le convendría recordar que usted es la emperatriz consorte y que lady Tatiana es su súbdita, quizá deba recordárselo la próxima vez que intente humillarla, su majestad —advirtió con una sonrisa que provocó que Catherine también sonriese de soslayo.

Si. A todos los efectos ella sería la emperatriz consorte, pero se sentía aún más pequeña que cuando solo era la hija de los duques de Sylverston.

Capítulo 14

Durante las siguientes semanas a su enlace, Catherine comprobó fielmente lo que significaba ser extranjera en una corte exigente llena de apariencias y estrictos protocolos. Su jornada estaba planificada desde el mismo instante en que sus sirvientas la despertaban. Cada día tenía reuniones y actos sociales con esposas de altos funcionarios y miembros de la corte. Acudía mañana y tarde a misa, realizaba visitas de cortesía, paseaba por los jardines y el palacio como su único ejercicio diario y, sobre todo, sentía como era constantemente vigilada y al mismo tiempo excluida. Exceptuando a lady Anastasia y algunas de sus damas de compañía, percibía como el resto de mujeres hablaban en ruso para apartarla de sus conversaciones, incluso solía ser descarado cuando comentaban algo al mismo tiempo que la observaban, siendo más que evidente que la estaban criticando de algún modo. Desconocía sus costumbres y, en consecuencia, había sido objeto de burla por ello. Se había adaptado a la moda rusa, muy lejos de las opciones que ella misma habría elegido, pero a pesar de ello también parecían criticar sus vestidos.

Las advertencias previas a su matrimonio no servían de consuelo y, siendo consciente de que su limitación en el idioma era una de las razones principales para que la excluyeran, había puesto grandes esfuerzos cada día en aprenderlo durante su tiempo libre. Afortunadamente para ella, lady Anastasia parecía muy paciente cuando Catherine erraba en su pronunciación. Aún así, le llevaría

meses aprender a tener una conversación o formular frases coherentes.

—Cuando le deis un heredero al trono, vuestra situación en la corte dejará de ser precaria, su majestad. Solo debéis tener paciencia —dijo lady Anastasia mientras recorrían los jardines de palacio y la brisa del otoño comenzaba a asentarse.

Un heredero. A eso se reducía todo. No era solo quedarse embarazada, sino que en su vientre gestara un varón.

Veía a su esposo exclusivamente durante la noche, cuando sus doncellas se marchaban después de asistirla dejándola a solas en su alcoba. Ella escuchaba sus pasos antes de abrir la puerta, como si formara parte de una rutina establecida dentro de su estricta agenda. Y lo cierto es que, a pesar de que le agradaba cada vez que él la tomaba, había algo en ella que deseaba más, que requería más, que necesitaba más sin saber como pedirlo o hacérselo notar. Era como si él no se diera cuenta, o solo mostrara interés en su propia satisfacción personal.

¿Quizá era ella la que estaba mal por desear más de aquella unión carnal?

—La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes —admitió siendo consciente de que precisamente su impaciencia era una de las razones por las que sus padres querían retrasar un año más su debut en sociedad, ahora le parecía completamente irrisorio recordarlo—. Siento como si se me juzgara de un delito que no he cometido y, a pesar de ello, ya se me hubiera sentenciado sin un juicio.

A diferencia del resto de damas de la corte y esposas de altos funcionarios, lady Anastasia no era una de las favoritas por su franqueza, algo que Catherine admiraba de aquella mujer.

—¿Os sorprende? —sonrió—. Desde que falleció la emperatriz Anna, todos sabíamos que el zar no tardaría en contraer nupcias al carecer de herederos, pero nadie esperaba que su elección fuese repentina y precipitada.

—No soy yo quien tiene la respuesta. Fui la primera sorprendida —vaticinó Catherine.

Lady Anastasia comenzó a reír.

—Lo que las damas de la corte y sobre todo lady Tatiana no quieren admitir, es que el zar cayó rendido ante su belleza cuando la conoció. Aceptar que su unión es por amor y no por deber, las deja en una posición de debilidad.

¿Unión por amor?, ¿Creían que Nikolai la amaba?, ¡Si ni siquiera se conocían!, ¿Podría pensar que él sí sentía algo especial por la forma en la que la poseía cada noche? Su modo de mirarla, de tocarla, de poseerla… ¿Eso era el amor?, ¿Lo era cuando entre ellos no existía una conversación? Ni siquiera se había molestado en intentar hablarle o mantener algún encuentro desde su matrimonio con un interprete. ¿Quizá ella tenía un concepto errado y existían más formas de amar? Sentía que a su esposo, no le interesaba conocerla de otro modo que no fuera el de su cuerpo.

—¿Debilidad? —exclamó confusa.

—No sois consciente el poder que poseéis, ¿Cierto? —exclamo sonriente—. La gran mayoría de matrimonios están formados por alianzas, y el amor queda únicamente en los poemarios y obras de teatro, por eso hay hombres capaces de hacer cualquier cosa por la influencia de sus amantes, es lo más cercano al amor que logran conocer.

—Sed clara, lady Anastasia. ¿Estáis diciendo que esas damas han intentado ser amantes de mi esposo? —exclamó con estupor y detuvo su paso completamente anonadada.

—El zar solo tiene ojos para su majestad imperial —decretó Anastasia colocando su brazo entorno al suyo para proseguir el paseo—. Y ellas lo saben, por eso no solo es la mujer con mayor influencia de la corte, lady Ekaterina, sino que además, saben que el zar haría cualquier cosa por usted.

¿Su esposo haría cualquier cosa por ella? Ciertamente jamás le había hecho una petición o requerimiento porque no tenía modo alguno de hablar con él, pero… ¿Acaso no le había mostrado los

pasadizos secretos cuando aún no estaban formalmente comprometidos?, ¿No la había llevado a ver la galería de arte en cuanto mostró interés por los cuadros?

Hasta ahora no se había permitido pensar en todas esas cosas que Nikolai le había otorgado porque pensaba que simplemente le correspondían al formalizar su compromiso. Ni siquiera se permitió pensar en como él la amaba cada noche porque creyó que lo único que él deseaba era tener un heredero cuanto antes. ¿Podría tener razón lady Anastasia?, ¿Era posible que Nikolai sintiera mucho más por ella de lo que creía?

Sintió como de pronto el suelo se movía bajo sus pies y todo daba vueltas. Quizá se había excedido en su caminata con la agradable conversación de la que comenzaba a considerar su confidente y amiga, pero a pesar de estar iniciando el otoño, aún hacía bastante calor. Tuvo que aferrarse a la dama para mantener el equilibrio y rápidamente esta la sostuvo dándose cuenta de la situación.

—Creo que no me siento bien —admitió sintiendo rápidamente las manos de Sofía y Daría sosteniéndola junto a las de lady Anastasia.

—Llamad inmediatamente al médico real —dijo su amiga mientras Catherine se sentía aturdida, como si le hubieran flaqueado las piernas.

—Estoy bien. Estoy bien —insistió tratando de recomponerse —. Solo necesito un poco de agua fresca —advirtió tratando de incorporarse y volver a tomar el equilibrio de su cuerpo a pesar de que aún sentía ese leve mareo.

—Majestad, es muy posible que esté en estado de buena esperanza —decretó Sofía.

¿Podría saberse tan pronto? Su propia madre había reconocido en varias ocasiones que procedía de una estirpe de mujeres fértiles, pero no se había hecho a la idea de que pudiese ser tan inmediato.

Sus doncellas la acompañaron de regreso a su alcoba privada, interrumpiendo por completo el resto de sus obligaciones. El médico real no tardó en llegar, era un hombre de mediana edad que en edad podría parecerse a la de su propio padre. La auscultó con precisión y palpó su vientre en algunos puntos para después proseguir con algunas preguntas en referencia a sus síntomas y sangrado.

***

Nikolai aceptó el ofrecimiento de su primo cuando abrió el cofre de madera de cedro español que contenía una selección de puros procedentes de Cuba de la mayor calidad. Se acercó una astilla de cedro para prender fuego hasta que sintió como el sabor impregnaba su boca.

—Desde que has contraído nupcias, esa caja no había disminuido su contenido —mencionó Aleksei robándole la astilla para prenderse él mismo otro puro.

—No es mi problema que no tengas más amigos dentro de esta corte —contestó Nikolai dejándose caer en la silla tras su escritorio y escondiendo una sonrisa.

Su enlace había conllevado un mayor número de ceremonias y reuniones que le habían absorbido la mayor parte de su tiempo.

—Ahora en serio. Nos hemos criado juntos, te conozco desde que somos niños, jamás te he visto actuar de este modo tan impulsivo y creo que, al igual que yo, toda la corte está expectante por saber si realmente te has enamorado de tu esposa o hay algún fin oculto tras este matrimonio aparte de tener un heredero. Un gran número de damas prevé que ha sido un mero capricho y te cansarás de ella antes siquiera de concebirlo —Aleksei tomó asiento frente a su primo—. Ni siquiera os podéis comunicar, ¿Como demonios haces para… —Su voz se acalló incapaz de terminar la frase por respeto a la emperatriz.

A Nikolai no le sorprendía la reacción de su primo, Aleksei era lo más parecido a un confidente que tenía. Confiaba en él

plenamente con su vida y, sabía que a pesar de su curiosidad, sus palabras también escondían preocupación.

—¿Recuerdas cuando mencioné que me casaría con ella o con ninguna? —exclamó con tranquilidad.

—Como para olvidarlo…

—Digamos que no lamento mi decisión, al menos no por ahora. Ella es complaciente y se terminará adaptando a las costumbres rusas siendo una esposa fiel y obediente.

Aleksei abrió los labios, pero inmediatamente los cerró sin saber como replicar aquel argumento y después ladeó el rostro al imaginar lo que escondían las palabras de su primo.

—No seré yo quien discuta las razones por las que la has desposado, pero sé sincero… ¿Es solo el embrujo de su belleza lo que te ha cautivado o realmente el gran Nikolai Vladimir I se ha enamorado?

Nikolai planteó seriamente la respuesta, ¿Que le provocaba su joven esposa para sentirse de aquel modo en su presencia?, ¿Podría ser solo su belleza?, ¿El modo en que jadeaba cuando la poseía concediéndole un enorme placer?, ¿Podría ser solo el deseo cegando el resto de sus sentidos? Lo cierto es que no le importaba si era amor, pasión o lujuria. La deseaba. La quería con él. Le complacía. Eso era todo cuanto a él le importaba.

—No elegiría a una esposa por amor, eso sería una debilidad y no me puedo permitir las debilidades. La deseo. Me complace y eso es más que suficiente para lo que necesito de ella, que es perseverar el linaje de los Romanov.

Antes de que su primo pudiera rebatir su respuesta, su ayudante personal les interrumpió abruptamente sabiendo con antelación que, algo realmente importante había sucedido.

—Lamento la intromisión su alteza imperial, pero la emperatriz está siendo visitada en su alcoba privada por el médico de la corte.

—¿Le ha sucedido algo?, ¿Un accidente?, ¿Se encuentra bien? —preguntó incorporándose mientras daba varios pasos hacia su

sirviente.

—No lo sé exactamente, pero al parecer no se sintió bien durante su paseo matinal y requirieron la presencia del medico real.

Nikolai ni siquiera se despidió de Aleksei, sino que le entregó el puro a su ayudante conforme salía precipitadamente hacia sus dependencias privadas.

No se molestó en llamar, ni en esperar a que fuera anunciado, sino que en aquellos pocos minutos que se habían reducido gracias a su paso acelerado y conocimiento en detalle del palacio para utilizar el camino más corto, sintió como su pecho se encogía ante la posibilidad de que le hubiera sucedido algo grave a su esposa.

Era inútil no pensar en la frágil salud de su primera esposa Anna y en que, de algún modo pudiera revivir la misma situación, pero, debía reconocer que la agitación que sentía en aquel momento no se parecía en nada a su recuerdo del pasado y esos tres años en los que las visitas médicas se hicieron cada vez más constantes hasta su muerte.

Abrió la puerta principal de la alcoba de Catherine sin esperar ser anunciado o sin comprobar que no irrumpía al propio médico. Vio como ocho pares de ojos se volvían hacia él, incluyendo los de su esposa que yacía acostada en su lecho.

—¿Que ocurre?, ¿Ella está bien? —preguntó directamente a Ivan. Llevaba años en su familia, él mismo había atendido durante los últimos meses de vida a Anna cuando ya no se podía hacer mucho más por ella.

—Su majestad, la emperatriz está bien —contestó emitiendo una leve mueca que a él le resultó extraña—. No se ha sentido bien durante su paseo, así que me he permitido auscultarla y realizar algunas preguntas dadas las circunstancias.

—¿Qué quiere decir? —exclamó aún confuso.

—Es pronto para asegurarlo, pero es muy probable que su esposa esté esperando al heredero al trono, su majestad. Los primeros síntomas auguran que así sea, por tanto, deben considerar tomar todas las medidas de precaución posibles que aseguren el

buen estado de salud de la emperatriz, aunque aún no se pueda confirmar su estado.

Nikolai abrió los ojos sorprendido y su vista pasó de Ivan hacia su esposa, cuyo rostro mostraba un semblante de seriedad. ¿Estaría igual de sorprendida que él? Ciertamente deseaba un hijo, más que desearlo era la única razón de su precipitado matrimonio y el principal deber de su esposa, pero desde luego no había previsto que pudiera llegar con tanta rapidez, aunque no podía negar que había puesto un gran empeño en que así sucediera.

—Nadie puede saberlo —decretó informando no solo al médico, sino también a las doncellas de su esposa—. Absolutamente nadie que esté fuera de esta alcoba puede saber de las sospechas del estado de la emperatriz.

Catherine observaba a su esposo dar ordenes por la entonación de su voz, pero ni siquiera sabía que estaba diciendo, solo que no parecía demasiado feliz, al menos no como ella había imaginado que recibiría la noticia. ¿Quizá es porque era demasiado pronto para confirmarlo y no deseaba crearse ilusiones al respecto? Ella misma no era capaz de asimilar que realmente pudiera estar esperando un hijo. No cuando hacía poco más de tres meses ni siquiera sabía que viajaría a Rusia y no regresaría a su hogar.

Repentinamente se sintió cansada, demasiado para no haber pasado ni media jornada. Las cosas se estaban dando de una manera muy precipitada. No conocía a Nikolai, no podía hablar libremente con él a menos que hubiera un intermediario y ahora… ¿Iban a tener un hijo en común cuando ni siquiera tenía claro cuáles eran sus sentimientos hacia él?, ¿Qué sabía sobre su esposo aparte de ser el soberano de un país?

Sentía que algo les unía, que tenían una conexión innata, pero ¿Bastaba solo aquella atracción mutua?, ¿Sería más intensa cuando realmente tomasen el tiempo de conocerse?, ¿Podría realmente llegar a hacerlo teniendo en cuenta que pasaban todo el día separados?, ¿Y si no lograban un consenso, complementarse y compenetrarse como lo hacían sus padres?

—Convendría que la emperatriz tuviera un descanso considerable durante su jornada, nada de ejercicios excesivos, ni demasiados eventos públicos que puedan notar sus síntomas. Lo mejor es que haga suficiente reposo y tenga ciclos de sueño abundantes que favorezcan su embarazo y sobre todo, que nada altere su estado de animo.

—Si la emperatriz deja de lado sus obligaciones, comenzarán los rumores en la corte, su majestad —dijo una de las doncellas.

—No puede quedarse aquí —decretó Nikolai—. Que preparen sus cosas, partiremos mañana mismo.

—¿Hacia donde su majestad? —requirió la misma doncella.

—Nadie puede conocer el destino. Si es cierto que la emperatriz está esperando al heredero al trono, nadie excepto quien la acompañe puede saber su paradero —decretó Nikolai con escepticismo y ambas doncellas asintieron.

Acto seguido, se acercó hasta el lateral del lecho más cercano a donde reposaba su esposa y sin molestarse en que le estuvieran observando se acercó a ella y se inclinó para depositar un casto beso sobre su frente.

—No debéis temer, cuidaré de vos —susurró justo antes de bajar sus labios y rozarlos con los suyos en un fugaz beso.

Catherine le miró a los ojos mientras se apartaba de ella, viendo ese fulgor azul que la cautivaba y provocaba un resplandor de mariposas aleteando en su interior deseosas de alzar el vuelo, acto seguido siguió su silueta mientras abandonaba la habitación, no sin antes decirle en voz baja unas palabras al médico que la había asistido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Catherine a la única de las dos doncellas que hablaba francés además de ruso.

—Su majestad debe guardar reposo y evitar esfuerzos, el zar ha decretado su traslado de palacio para su descanso.

¿Eso era lo que le había mencionado en voz baja justo antes de besarla?

Ciertamente no pensaba objetar alejarse de palacio, a fin de cuentas, sentía la presión de aquellas damas juzgándola como una carga sobre sus hombros imposible de soportar. Su obligado descanso sería la oportunidad que necesitaba para aprender mucho más sobre el idioma de su esposo, aunque Nikolai hablaba húngaro, polaco y alemán, además de ruso, ninguna de esas lenguas le servía para comunicarse con el inglés, francés y un poco de italiano que ella conocía.

—¿Cuándo se realizará el traslado? —exclamó sintiendo que estaba perdiéndose demasiado al no tener una conversación directa con su propio esposo.

—Mañana —corroboró la doncella—. El zar imperial ha mencionado que él mismo cuidará de vos. Está realmente complacido con la noticia, su majestad —afirmó con una sonrisa que provocó que sintiera un pellizco de temblor en su pecho.

¿Que pasaría si realmente no estaba esperando al heredero al trono?, ¿O si en lugar de ser un niño era una niña? Sabía que su posición era inestable por las circunstancias, y que, tal como la había advertido lady Anastasia en las ultimas semanas, se ganaría el respeto de la corte cuando alumbrase al heredero al trono y afianzara la legitimidad de la corona.

Se llevó instantáneamente las manos al vientre, palpándolo con delicadeza a pesar de no sentir nada extraño, ni de sentirse de un modo diferente, pero inesperadamente se aferró a la idea de que fuera posible, de que realmente una nueva vida se estuviera gestando en su vientre y de que, a pesar de no saber siquiera si existía o no, sentía que lo amaría con todo su ser.

Capítulo 15

Siete meses después…

El palacete de Oranienbaum estaba a poco más de cinco horas en carruaje del palacio de invierno en San Petersburgo. Era una residencia modesta en comparación con el resto de palacios en los que Catherine había tenido el privilegio de hospedarse desde que llegó a Rusia. Con un número mucho más reducido de habitaciones, salones y espacios de ocio, hacía que el lugar le recordase mucho más a su hogar y le proporcionara la calidez que no había sentido en ninguno de los palacios del zar.

Estaba situada muy cerca del golfo de Finlandia y ofrecía un paraíso natural rodeado de bosques, alejado del mundo exterior, principal razón por la que su esposo la había elegido para su retiro y que, de no ser por sus lecciones intensas de ruso en su empeño por aprender el idioma y las misivas constantes de su familia y parientes, se habría desesperado ante una vida tan pasiva.

Sus damas de compañía Sofía, Daría, Elena y Alejandra eran las únicas que la habían acompañado además de dos de sus doncellas y un pequeño séquito de guardias de la corte que permanecía junto a ella. A pesar de que Nikolai la había acompañado y se hospedó durante la primera semana, sus obligaciones le hicieron abandonar el palacete y cada vez regresó con menor frecuencia, de hecho, no le había visto en los últimos

cinco meses, ni recibido noticias directas de él por más que sus damas de compañía hubieran insistido que la ausencia del zar se debía a las inclemencias del tiempo y los caminos cortados por la nieve espesa, hacía tiempo que estos se habían descongelado con la llegada de la primavera y no se había dignado en volver. Si era o no una costumbre de la corte mantener a la zarina alejada de palacio para protegerla tanto a ella como a su hijo, no le importaba. Sentía que de algún modo él la había abandonado en aquel lugar y que después de tanto tiempo sin ver a su esposo, simplemente deseaba deshacerse de ella o más bien, habría encontrado consuelo en brazos de otra mujer y su interés por volver a verla era inexistente.

¿Cómo pensar d otro modo después de aquellos cinco largos meses?

A pesar de ello, cada día se decía así misma que no importaba, ella seguía siendo a todos los efectos la emperatriz consorte y en cualquier momento podría traer al mundo al heredero de la corona.

Porque iba a ser un varón, debía serlo sin ningún atisbo de duda.

—¿Hicisteis lo que os pedí? —exclamó a Sofía en ruso.

Había exigido a todas sus damas de compañía y sirvientas que le hablasen únicamente en ese idioma, de lo contrario sabía que jamás lo aprendería en un tiempo tan reducido.

—Lo hice, majestad. Aunque no esté a favor de ello, pero he exigido la máxima discreción en este asunto.

—¿Cuándo llegarán? —preguntó Catherine acercándose a una de las flores del jardín e inmediatamente después una de sus doncellas la cortó y añadió al cesto que estaba recolectando para cambiar los jarrones de la casa.

Ni siquiera le permitían hacer una tarea tan simple por si podía clavarse una de las espinas o cortarse con las tijeras. Aquella excesiva protección iba a volverla loca, pero pensó que solo faltaban pocas semanas para darle la bienvenida a su hijo y su tortura finalizaría.

Su abultado vientre le impedía moverse con la misma agilidad, pero salvo esa excepción, se sentía saludable, sin ningún tipo de molestia o nausea como habían advertido que tendría. De hecho, su embarazo casi había pasado inadvertido salvo por los primeros mareos y el cansancio extremo que alertaron de su estado.

—Deben estar de camino, si no han tenido ningún inconveniente durante el trayecto quizá logren llegar justo antes de la cena.

—Muy bien, haz que sirvan una cena formal, quiero agasajar a mis invitadas —respondió Catherine tocando los pétalos de otra flor.

—No me parece lo más adecuado, majestad. Debe recordar cuál es su clase social y no… no… no es apropiado.

—No he pedido su opinión, Sofía. He dado una orden.

Quizá aquellos siete meses le habían servido para mucho más que aprender un idioma nuevo, sino aprender cual era su lugar. Había tenido tiempo más que suficiente de acostumbrarse a su posición y, desde luego las frecuentes cartas de lady Camelia y excepcionales visitas de lady Anastasia, la habían hecho comprender que con ingenuidad y recato no iba a llegar muy lejos.

Su embarazo le proporcionaba estabilidad. Ella iba a alumbrar al hijo el zar y, aunque no había dado lugar para otra opción que no fuese la de un varón, lo cierto es que ella iba a luchar con uñas y dientes por el futuro de su hijo y su posición en el trono aunque fuese una niña.

—Por supuesto, su majestad. Informaré de ello a la cocinera.

El carruaje de confección modesta entró en el palacete al atardecer. Había tomado las precauciones debidas para que sus ocupantes no llamaran la atención y, sobre todo, no supieran exactamente ni hacia donde se dirigían, ni a quien iban a visitar realmente.

Catherine aguardó pacientemente en su salón favorito por ser el más acogedor. Sus dos chimeneas proporcionaban abundante

confort y de hecho, había pasado la mayor parte de su tiempo durante el invierno en aquel lugar, cuando las heladas y la gruesa capa de nieve que rodeaba la casa no le permitía ni siquiera realizar un breve paseo matutino por el riesgo que podría suponer para su embarazo una caída accidental.

En el momento en que el mayordomo abrió las compuertas para permitir el paso de sus invitadas, tuvo que reconocer los rostros de sorpresa de ambas mujeres al verla. Catherine ordenó que no les molestaran hasta la hora de la cena y su propia doncella cerró la puerta permitiéndoles una mayor intimidad.

Los vestidos de ambas mujeres eran escotados, suntuosos y muy ricos en tejidos y florituras. Era evidente que ninguna de las dos parecía sorprenderse por el modo en que las observaba, como si estuvieran más que acostumbradas a ser juzgadas.

—Espero que el camino desde San Petersburgo haya sido de su agrado, pero por favor, siéntense, deben estar exhaustas. Mis doncellas les han preparado dos habitaciones en las que espero se encuentren cómodas durante los próximos días.

—Si no le importa, nos gustaría saber exactamente porqué estamos aquí. Nos dijeron que sería un trabajo fácil y que nos pagarían una bolsa de oro. La mitad antes de comenzar si no hacíamos preguntas —replicó la que parecía más perspicaz de las dos.

No eran especialmente bellas, al menos no esa belleza que desprendía lady Tatiana y que sería capaz de hacer volver la mirada a cualquier hombre, pero su exuberancia lograba que tuviera la vista fija en ellas.

—Exigí a una de mis doncellas que trajera a dos de las cortesanas más demandadas de San Petersburgo por una razón —dijo Catherine palpándose el vientre, algo que no pasó desapercibido a ninguna de sus dos invitadas—. En esta casa no hay ningún hombre al que deban satisfacer. Ni tampoco una mujer —añadió enseguida provocando la confusión de ambas—. Las he traído hasta

aquí porque quiero que me enseñen todo lo que saben para complacer a un hombre.

Llevaba las últimas semanas pensando una y otra vez en las palabras de su tía Catherine la noche antes de su boda. «No hay mayor maestro que quien dedica su vida a complacer a los hombres» así que ella sabía que si deseaba convertirse en una amante complaciente, solo lo aprendería de quien pasaba sus días haciéndolo.

Una de ellas se echó a reír mientras la otra no dejaba de mirarla y abría la boca para decir algo pero justo después la cerraba.

—Disculpe señora…

—Linette —dijo abruptamente adoptando el nombre de su hermana para que no pudieran relacionarla con el zar—. Pueden llamarme lady Linette.

—Muy bien lady Linette —aclaró la cortesana mientras su amiga trataba de dejar de reír—. Es evidente que es extranjera y que quizá no entiende muy bien las circunstancias, pero nosotras no trabajamos de ese modo.

—No le estoy preguntando como trabajan. Les estoy comprando un servicio. Serán mis invitadas durante los próximos días. Me enseñarán todo lo que saben sobre complacer a un hombre en el lecho y les pagaré mucho más dinero que si hubieran venido a satisfacer al mismísimo zar imperial.

La mujer que había estado riendo la observó con reticencia.

—A juzgar por su estado no parece que necesite gran ayuda para meter a un hombre en su lecho, mi lady —dijo atreviéndose a hablar por primera vez.

—Eso sin contar que es indudablemente hermosa y dudo que necesite ganarse la vida como cortesana…

—¿Contrataría sus servicios si necesitara ofrecer los míos? —ironizó Catherine—. La finalidad de mi interés es una cuestión completamente privada. Pueden pensar simplemente que es simple curiosidad, pero eso no modifica la razón por la que se hallan aquí.

Por un momento ambas mujeres se miraron mutuamente como si no supieran que hacer.

—Y yo que pensaba que había visto todo en esta vida… —decretó la que se había reído anteriormente.

—Supongo que ya que estamos aquí, sería una pérdida de tiempo no aprovechar su hospitalidad —concluyó la otra.

Varvara y Dasha relataron durante la cena como habían terminando siendo cortesanas. Tal como ella preveía, provenían de entornos familiares de pobreza donde su única posibilidad había sido la de vender sus cuerpos al placer carnal para hacerse un hueco en la sociedad.

Durante los siguientes doce días, Catherine solo se relacionó con aquellas dos mujeres que le mostraban con detalle y sin ningún tipo de pudor que posturas solían complacer, sorprender y satisfacer a un hombre. Si estaba cansado. Si pretendía ser muy fogoso o necesitaba pasión y dulzura.

—Los hombres no desean obediencia en la cama, mi lady. Eso ya lo obtienen de sus esposas, ellos quieren ser devorados, humillados y al mismo tiempo… ser elevados.

—¿Y como hago eso? —preguntó Catherine con impaciencia.

—La primera regla es no mostrar timidez. Jamás. Los hombres huelen el miedo como los lobos y se darán cuenta de cuando tienen el poder.

—¿Cómo controlo mi timidez?, ¿Cómo sé cuando y qué debo hacer? No sé tomar el control, guiarle hasta mi propio placer.

Dasha cogió su mano y la llevó hasta su cuello, Catherine palpó la piel de la cortesana, no era tan suave como la suya, pero aquella mujer tampoco poseía su juventud.

—Primero tienes que conocer tu propio cuerpo. Ser consciente de como sientes, como te estremeces, como eres capaz de tensarte ante el placer… Tienes que hablar con las manos. Sentir con la boca y gobernar con tu cuerpo.

Catherine procesó aquello, recordaba su timidez la primera vez que había estado con Nikolai y como después se había limitado a dejar que él la guiase. Sin imponerse. Sin provocarle. Simplemente le había permitido acceder a ella sin ningún tipo de oposición, pero sabía que había más, mucho más placer que el que había obtenido.

—Conozco el cuerpo de un hombre, pero no sé donde o cómo tocarle para provocar placer.

—La parte práctica déjamela a mi, soy mucho mejor que Dasha —replicó Varvara.

—No debes limitarte solo a su cuerpo. Debes hablarle, susurrarle, mentirle, prometerle… hacerle escuchar lo que necesita porque el lenguaje es como una segunda caricia.

Ella ni siquiera había cruzado dos palabras con su esposo… algo que muy pronto cambiaría.

—¿Mentirle? —inquirió.

—Solo mentiras piadosas… como que es el hombre con la verga más prodigiosa —soltó Varvara provocando que Catherine tiñera sus mejillas de inmediato antes de reír.

—Da igual si mientes o no, solo debe sentir que es el único para ti.

En eso no tendría problema, después de todo para ella, Nikolai había sido y sería el único.

—Muy bien —corroboró.

—Pero la lección más importante es que, mientras él crea que te domina, eres tú quien tendrá el control. Los hombres no son tan difíciles realmente, solo quieren creer que te enseñan cuando en realidad están aprendiendo de ti.

Catherine sonrió complacida y miró a ambas con decisión.

—¿Me enseñaréis como debo tocar a un hombre para darle placer?

—Querida, cuando acabemos contigo, haremos que ese hombre en el que piensas olvide su propio nombre por ti.

El ayudante personal del zar entró en el despacho de Nikolai mientras este se encontraba repasando y firmando varios documentos que requerían su atención.

—Acaba de llegar esta misiva desde Oranienbaum, su majestad imperial —dijo ofreciéndole la bandeja de plata que contenía la carta y de la que todos en palacio esperaban noticias inminentes.

Nikolai dejó la pluma y recogió la misiva rompiendo el sello real. Sus visitas a su esposa habían disminuido considerablemente debido a los caminos cubiertos de espesa nieve, sus obligaciones en palacio y las recomendaciones médicas para que su consorte tuviera un embarazo apacible, tranquilo y sin nada que alterase su ánimo.

Su requerimiento en palacio era constante, así que había decidido mantener las distancias mientras cumplía con su agenda y le mantenían informado del estado de su esposa como proceder rutinario. Desplegó el papel rigurosamente doblado y comenzó a leer las escasas líneas hasta que lo tiró sobre la mesa y se levantó con urgencia.

—¡Haz que ensillen los caballos de inmediato!, ¡Avisad a mis guardias que partiremos cuanto antes!

—Tiene una reunión con altos funcionarios dentro de dos horas. ¿Desea que informe de su… —comenzó a decir su mayordomo.

—La emperatriz está de parto, debo marchar de inmediato a su encuentro —dijo preparándose para salir de su propio despacho.

—Por supuesto, su majestad. Dispondré todo para cancelar y posponer sus compromisos.

En el mismo momento que se dispuso a salir de su despacho con la intención de cambiarse por sus vestiduras de montar con la idea de que ahorraría una hora de camino a galope medio, vio la silueta de Aleksei entrando en sus dependencias.

—Acabo de recibir noticias del frente. Los otomanos han atacado uno de los enclaves que aseguraban la ruta de comercio entre Georgia y Anatolia. Hay otros dos puntos expuestos que

podrían ser atacados de forma inminente en las próximas horas. Debes convocar inmediatamente un consejo de guerra, Nikolai. No hay opción a la mediación. —La voz de Aleksei no detonaba la animosidad habitual, sino que tenía el matiz serio que requerían las circunstancias.

Era consciente de las pérdidas que implicaba perder la ruta de comercio y de como afectaría eso a su pueblo. Ya había intentado negociar con los otomanos en otras ocasiones sin llegar a ningún acuerdo, así que esa opción era técnicamente inviable tal como le acababa de confirmar Aleksei, así como el hecho de perder territorio si no actuaban de inmediato.

—Convoca al consejo de guerra —dijo directamente a Aleksei —. Que envíen misivas a todos todos los ministros, generales y cancilleres, les quiero en menos de dos horas aquí.

—¿Quiere que envíe una misiva informando de su retraso a Oraniembaum, su majestad? —replicó su ayudante y Aleksei se mostró cauto.

—¿Sucede algo con la emperatriz?

—Quiero saber en todo momento lo que sucede, concretamente el estado de salud de mi esposa y la criatura —afirmó ofreciendo información de primera mano a su primo.

—¡Que tempismo! Aunque parece que finalmente voy a dejar de ser el primero en la línea de sucesión —sonrió con énfasis Aleksei —. Lamento que no puedas partir junto a tu esposa, sé que aguardabas este momento.

—Te recuerdo que no eres un Romanov y que jamás has estado en esa lista de sucesión —dijo abruptamente a pesar de que su primo solo hubiera tratado de minimizar la seriedad de la situación.

—Eso ha dolió —advirtió llevándose una mano al pecho—, pero reconozco que no debería bromear en estas circunstancias, sé cual es tu temor después de lo que le ocurrió a tu madre.

Si. Una de sus debilidades y principales razones por las que había decidido mantenerse alejado de su esposa además de sus

obligaciones, era la idea de que el parto pudiera complicarse. Y, aunque no se había dejado arrastrar por ese pensamiento, el hecho de que hubiera hecho llamar a los mejores médicos de San Petersburgo para que se instalasen Oraniembaum junto a su esposa ratificaba lo contrario.

—Haz lo que te he ordenado Aleksei —decretó con rotundidad, lo último que necesitaba en esos momentos era llenar su cabeza de ideas contraproducentes—. Cada segundo que pasa es tiempo perdido —atajó solemnemente y se negó en aquellos momentos a dejar que aquel pensamiento ahondase en su mente, sobre todo cuando su mujer se estaba enfrentando a un momento decisivo en la historia de su reinado.

Respiró profundamente y se dejó caer sobre la pared en una encrucijada entre la moral y el deber de la que ni él mismo siendo el zar podía liberarse.

—La zarina goza de buena salud y es joven, su majestad. No tiene nada de lo que preocuparse.

La voz de su ayudante llegaba para confortarle, el problema es que sentía una presión en su pecho incapaz de mitigar.

—Si. Ella estará bien—susurró inspirando con fuerza como si necesitara llenar sus pulmones y evocando en su memoria esos ojos verdes, esa sonrisa indudablemente hermosa y aquel rostro angelical que lo había seducido desde el primer instante en que la vio—. No me importa con quien este reunido o si tienes que irrumpir durante el consejo. Quiero ser el primero en tener noticias.

—Así será, su majestad.

Serguéi llevaba a su lado desde su coronación como ayudante, le conocía lo suficiente para ser cauto o atrevido según la determinación del momento y, si aún continuaba a su lado es porque era lo suficiente discreto para no entrometerse en sus decisiones, simplemente las acataba de un modo servicial.

—Envía una misiva a los artilleros de la fortaleza De San Pedro para que estén avisados. El pueblo anhela conocer si habrá o no un heredero.

—¿Quiere que imparta la noticia del alumbramiento por la corte, su majestad?

—No —negó—. Nadie sabrá nada hasta que yo mismo tenga noticias de mi esposa. Estaré en la capilla mientras se reúne el consejo, no quiero que nadie me moleste.

Si no podía ir hasta su esposa, al menos rezaría por ella.

Capítulo 16

Catherine sonrió mientras sentía la suavidad y calidez de la piel de su bebé en su pecho. Había sido un parto fácil, de hecho, apenas sufrió dolores fuertes hasta que tuvo que pujar para que su pequeño naciera. Según la partera, la comadrona y los médicos enviados directamente de palacio, ella debía disponer de una condición apropiada para dar a luz y eso había propiciado un parto rápido, fácil y sin apenas sangrado.

Un varón. Su hijo. El heredero al trono imperial ruso.

No sabía si sus ruegos y plegarias habían dado efecto o solo era una cuestión de fortuna, pero sin duda era el niño más precioso que había visto en su vida. El leve rastro de cabello claro pertenecía sin duda a su esposo y aquella tez tan suave, límpida y rosada, provocaba que no dejase de mirar cada perfección de sus rasgos. Aún no podía creer que fuera suyo, que esa criatura hubiera crecido en su vientre durante aquellos nueve meses hasta ser absolutamente perfecto.

—Quiero que envíen una misiva urgente a Inglaterra, a la residencia de los duques de Sylverston. Díganles que su nieto ha nacido y es es absolutamente hermoso —dijo Catherine sin apartar la vista del pequeño.

—Por supuesto que si, su majestad —sonrió Sofía.

Catherine vio que una de las doncellas entraba y le ofrecía una misiva mientras le decía algo en voz baja y que ella no pudo escuchar.

—¿Es de palacio?, ¿Donde esta el zar? Mi esposo debería llegar dentro de poco, hace más de cuatro horas que se envió la misiva urgente.

Dieron aviso cuando comenzaron las primeras señales de molestias, creyendo que habría tiempo suficiente para que el monarca llegase, pero todo fue tan precipitado que el pequeño nació enseguida.

—Ha habido un consejo de guerra, su majestad. El zar imperial no podrá venir.

¿Un consejo de guerra?, ¿Iban a entrar en guerra?, ¿Con quién?

Su corazón dio un vuelco de inmediato y se incorporó como si pretendiera levantarse, pero se dio cuenta de que le era imposible hacerlo con su hijo en brazos.

—Leed la carta ahora mismo —dijo sin alzar la voz, sino guardando una calma que en realidad no tenía.

Observó como Sofía abría el documento en el que estaban escritas apenas cuatro líneas que reiteraban lo que su dama de compañía le acababa de decir sin dar mucha más información.

—Haz que preparen el carruaje, esta noche mi hijo y yo dormiremos en el palacio de invierno —decretó Catherine.

—¡Eso es contraproducente, su majestad!, ¡No puede moverse!, ¡Debe guardar reposo absoluto! —decretó Sofía y miró al médico que continuaba en la habitación.

—Lady Sofía tiene razón. No es conveniente un traslado en estas circunstancias. Puede que haya tenido un parto fácil en el que sus fuerzas no se han visto mermadas y que no haya peligro de hemorragia, pero necesita descansar. Podrían darse otro tipo de circunstancias como infecciones difíciles de tratar.

—No estoy preguntando si puedo o no viajar. Estoy dando una orden —dijo Catherine con solemnidad, pero sin mostrar enfado —. Llevo cinco meses sin ver a mi esposo y no voy a permitir que se vaya al frente de una guerra antes de conozca a su hijo. Así que ensillen los caballos de inmediato, preparen el carruaje y lo absolutamente imprescindible para no demorar más tiempo.

Vio como sus damas de compañía parecían indecisas sobre como actuar mientras el médico guardaba silencio.

—¡He dicho de inmediato!, ¡Es una orden! —exclamó provocando que comenzaran a moverse.

—Reiteró mi inconformidad, su majestad, pero si está decidida a realizar este viaje, deberá tomar las medidas oportunas para asegurar su seguridad.

—Puede mencionarlas, pero no las tendré en cuenta si retrasarán mi llegada a palacio.

Nikolai se encontraba en medio de una discusión sobre donde enviar sus tropas cuando Seguéi irrumpió en la sala donde todos sus ministros se hallaban sentados en una mesa ovalada cuya disposición de mapas geográficos, banderas y figurines de sus tropas estaban dispuestos a conciencia.

Las voces se habían acallado mientras los pasos del ayudante personal del zar impactaban contra el frío mármol, al igual que el corazón de Nikolai se apresuraba al saber que obtendría noticias.

Rompió el sello con agilidad y comprobó como sus manos temblaban mientras acercaba el contenido escrito con rapidez a la luz de uno de los candelabros. Su tensión se evaporó cuando comprobó que no solo su esposa había dado a luz con facilidad, sino que además había alumbrado a un varón sano y fuerte, el heredero al trono ya estaba entre ellos.

Su sonrisa provocó que todas las miradas se centrasen en él.

—¿Y bien? —preguntó Aleksei.

—¡Es día de celebración!, ¡Mi esposa ha alumbrado al zarevich! —exclamó Nikolai provocando el júbilo de todos los componentes de aquella reunión tras comprobar que el linaje de los

Romanov se había asegurado y haciendo un inciso para felicitar al zar por el nuevo heredero.

Los trescientos un cañonazos que se sentían por todo San Petersburgo, se oían también en aquella sala de reuniones en la que llevaba inmerso más de cuatro horas sin haber tomado una clara decisión, quizá porque la opción más válida era desplazarse al frente con sus tropas para retomar la ruta de comercio y replegar al ejercito otomano. Sabía lo que eso significaba y, pese a su reticencia de alejarse de San Petersburgo, su deber estaba por encima de su deseo, así que dio la orden directa de reordenar sus tropas y partir en dos días hacia Georgia.

—¡Su majestad! —La voz de Serguéi irrumpió por encima del resto de ministros y altos cargos que dialogaban tras haber dado por finalizada la reunión, pero que aún permanecían en la sala—. ¡Su majestad! —insistió logrando captar la atención del zar que finalmente le escuchó.

Al verle, Nikolai enmudeció. Su rostro mostraba evidente conmoción.

—¿Que sucede? —exclamó alzando la voz por encima de las demás.

—La zarina… la zarina… ella…

—¿Que ha pasado? —insistió ahora Aleksei.

—Ella está… está… —El más absoluto terror pasó por la mente de Nikolai, quien sintió como todos sus sentidos mermaban hasta provocarle un pitido en los oídos que provocaba la disminución de su audición.

—¡Está qué, Serguéi! —gritó Aleksei.

—Está aquí… con el zarevich —continuó el ayudante del zar —. Acaba de entrar en palacio con su séquito.

¿Qué?, ¿Su esposa estaba allí cuando hacía unas cuantas horas que había dado a luz? Eso era imposible. ¡Imposible! No esperó a contradecir a Serguei sino que él mismo abandonó con premura para comprobar por si mismo si aquello era cierto, pero de serlo, estaba dispuesto a arrancarle cada miembro del cuerpo al

médico que había permitido tal hazaña. ¿Viajar en un estado tan delicado? La horca le parecía un castigo muy noble para algo así…

Entró sin llamar en sus dependencias privadas, ni siquiera sabía si de verdad debía o no buscarla, pero cuando vio a sus damas de compañía y al médico de la corte en la antesala supo que era cierto, que ella estaba allí…

—Su majestad imperial —mencionaron casi al mismo tiempo mientras realizaban una reverencia.

—¡Exijo saber quien ha ordenado el traslado de la emperatriz en su estado y más os vale que las razones sean de fundamento, o lamentaréis las consecuencias con vuestra propia vida! —gritó alzando la voz y provocando que todos aquellos rostros no alzasen su mirada—. ¡Hablad!, ¡Quiero saber quien es el responsable! —exclamó con más fuerza provocando el lamento de una de las damas de compañía.

—La única responsable de vuestra acusación, soy yo.

Nikolai se giró abruptamente buscando el lugar del que provenía aquella voz y sus ojos recorrieron el rostro de su esposa dejándole completamente enmudecido.

Catherine tuvo que aferrar a su hijo en su regazo al notar como el temblor de sus piernas regresaba a ella tras comprobar que, a pesar de todos esos meses en los que no había tenido contacto con él ni le había visto, sus sentimientos continuaban siendo igual de intensos que la primera vez que le vio. Quería mostrar seguridad, tenacidad y una entereza que flaqueaba por momentos a pesar de todo ese cúmulo de rabia contenida que llevaba en su interior por el hecho de que él la hubiera abandonado a su suerte en aquel palacete mientras continuaba con su vida.

Nikolai no estaba preparado para ver a su esposa junto a su hijo y que esta además hablara su lengua. Acunaba a su hijo en brazos como si supiese que ese era el lugar donde debía estar o que ella misma debía proteger. Un sentimiento nuevo se apoderó de él, uno al que no supo poner nombre, pero que otorgaba calidez y por

alguna razón saber que se había puesto en peligro a sí misma lo alteró.

—¡No teníais ningún motivo para poneros en peligro ante semejante acto de imprudencia! Vuestro principal cometido es protegeros a vos misma y al zarevich —advirtió fijando sus ojos en el pequeño retoño que parecía dormido o, lo suficiente tranquilo para no moverse.

Catherine intuyó que él estaba enfadado, sinceramente ni siquiera pensó que la primera reacción de su esposo fuera esa, aunque en realidad, no había pensado demasiado como sería recibida en palacio ante su imprudencia. Exponerse del modo en que lo había hecho significaba poder sufrir una hemorragia incontrolable por el movimiento del carruaje, una grave infección o un asalto en el camino que pudiera poner la vida en peligro de su hijo. Ciertamente no había pensado en nada de eso, salvo en el hecho de que no podía permitir que Nikolai partiera hacia la guerra sin conocer a su hijo o sin volver a verle.

—Conozco los riesgos a los que me exponía, Ivan me informo de ellos y aún así, les di la orden de partir. No iba permitir que mi hijo ni siquiera tuviera un nombre antes de que su padre partiera hacia hacia el frente —dijo Catherine ante el silencio que se había creado a su alrededor.

—¡Marchaos todos! —exclamó con solemnidad sin dejar de mirar a su esposa.

Su cólera no había disminuido, ni siquiera ante el hecho de ver que ambos estaban sanos y salvos, pero Catherine había sido demasiado imprudente, temeraria y había puesto en riesgo no solo su vida, sino la del futuro de su imperio.

Catherine observó como sus damas de compañía la miraban con cierta preocupación y el propio médico parecía algo reticente a marcharse, pero finalmente se quedaron a solas. Probablemente debía tener miedo, temor por las represalias de haberse expuesta ella misma y la vida del heredero al trono de ese modo imprudente,

pero lo cierto es que no sentía ni una pizca de arrepentimiento por su acción y, volviendo atrás, lo haría de igual modo.

En cuanto cerraron la puerta, esa firmeza flaqueó un momento y aprovecho para caminar y poner distancia buscando la calidez de una de las chimeneas encendidas.

—¡Sentaos! Debéis descansar. Y no es una opción, sino una orden —mencionó antes de que ella dijera algo en su defensa.

Catherine no pensaba rebatir aquella orden a pesar de no sentirse exhausta o cansada. Ivan le había hecho ir acostada durante todo el trayecto y se habían detenido cada pocos minutos para comprobar si estaba sangrando más de lo debido y, en ese caso, interrumpir por completo el trayecto.

—¿Pensabais marcharos a la guerra sin conocer a vuestro hijo? —preguntó Catherine en un tono mucho más mordaz del que deseaba.

—Pensaba partir hacia Oranienbaum en cuanto llegó la primera misiva de vuestro inminente parto, pero llegaron noticias del imperio otomano antes de que pudiera ponerme en marcha. El zarevich es mi principal responsabilidad y, después vos, pero… ¡No puedo protegeros si vos mismas os ponéis en peligro! —exclamó siendo incapaz de contenerse.

¿Acaso no era consciente de la imprudencia que había cometido? No importaba si él no llegaba a conocer a su hijo, lo único importante es que ellos vivieran para continuar su legado.

—¿Una guerra no es suficiente peligro? —exclamó ella—. Lleváis más de cinco meses sin visitar Oranienbaum como si vuestro hijo y yo no os importase, así que no me habléis de protección cuando la única razón por la que decidí partir asumiendo todas las consecuencias era precisamente por su protección. ¿Os habéis planteado en que posición dejáis a vuestro hijo y a mi cuando partáis hacia el imperio otomano? ¡Sin un nombre, sin estar reconocido por la iglesia, sin que le demuestren lealtad como el futuro emperador!

—¡Mi hijo está reconocido desde el mismo instante que se gestó en vuestro vientre!, ¡Es la ley!, ¡Lo sabríais si hubierais preguntado antes! —bramó con furia—. ¡Igual que su nombre!, ¡Decidido mucho antes de su nacimiento!, ¡Alexandr Nikolayevich Romanov, futuro emperador de todas las rusias! —inquirió dirigiendo su mirada hacia el pequeño que no parecía alterarse a pesar de su voz ruda—. Jamás volveréis a tomar una decisión imprudente y menos aún en nombre del zarevich, él pertenece a la corona y vos, a mi.

Sintió que aquel modo de dirigirse a ella la rompía por dentro, que fragmentaba aquel carácter rebelde que siempre la había constituido. No había esperado una reacción así, puede que hubiera expuesto al peligro a su hijo mucho más de lo que ella había pensado, pero su reacción solo estaba constatando un hecho: ella no tenía voz propia a su lado.

—¿Por qué me elegisteis a mí? De entre todas las damas que habrían estado dispuestas a aceptaros, ¿Por qué yo? —preguntó directamente y sin rodeos.

Tal vez no era el mejor momento para preguntar aquello, pero se había realizado a sí misma tantas veces aquella demanda, que ni siquiera había podido posponerla.

—Necesitaba una esposa —dijo con solemnidad y Catherine emitió una mueca de desagrado al comprender lo que significaba esa respuesta.

Alguien joven, ingenua e inexperta… fácil de impresionar.

«Y definitivamente ella había quedado impresionada por su magnificencia»

El zarevich se movió entre sus brazos inquieto y comenzó con una serie de quejidos hasta que irrumpió en su llanto.

—Pediré que llamen a una nodriza adecuada —advirtió conforme abandonaba aquel pequeño salón y la dejaba a solas.

Catherine se desabrochó los botones de su camisa y acercó su pequeño al pecho mientras sentía un pesar difícil de ocultar. Sus sueños. Sus ilusiones. Sus pretensiones. Sus ideas… ¿En qué mundo

idealizó que Nikolai podría enamorarse de ella? Lo único que había anhelado era lo que ella le había dado, un varón.

Sintió como sus lágrimas surcaban sus mejillas y se dejó caer sintiendo la calidez de su bebé en el pecho.

No estaba sola. No lo estaría nunca y, por mucho que él tratara de apartarla, ella era su esposa.

Era la emperatriz de Rusia, pero sobre todo era una Sylverston y no pensaba doblegarse ni siquiera por el mismísimo zar, aunque fuera su marido.

***

Era su tercer puro y Nikolai aún no conseguía mitigar aquella sensación de ira que lo abrumaba hasta hacerle perder los nervios y desear romper todos los muebles de su despacho. ¿Cómo era posible que su esposa fuera tan imprudente?, ¿De verdad no conocía los riesgos?, ¿O aún a expensas de saberlos había cometido tan derroche de insensatez?

Los golpes en la puerta irrumpieron aquel momento en el que ni siquiera su primo Aleksei que había venido a verle para saber el estado de la emperatriz había conseguido mermar su furia a pesar de insistir en que tanto la emperatriz como el zarevich estaban bien.

¿Y como hacerlo? Incluso el propio médico real había insistido en que su esposa no estaba fuera de peligro y que las próximas horas debía de vigilar atentamente cualquier sangrado o infección que pudieran presentarse.

—Su majestad. Lamento la interrupción —mencionó Serguei y Nikolai le miró con desagrado.

—No quiero saber nada que no tenga que ver con la salud de mi esposa o mi hijo.

—Por supuesto, su majestad, pero se trata precisamente de la emperatriz y el zarevich.

Se irguió en toda su altura para dirigirse hacia su ayudante que aún permanecía en la puerta.

—Hablad —decretó con firmeza.

—Un mensajero urgente ha llegado desde Oranienbaum para advertir que han atacado el palacete. Al parecer buscaban al zarevich, su majestad.

Nikolai sintió que un peso le caía sobre los hombros y le aplastaba con tanta fuerza que era incapaz de mantener su posición erguida. ¿Cómo era posible que hubieran atacado Oranienbaum? Solo su círculo más cercano conocía el paradero de su consorte y, nadie sabía la inminente llegada del heredero al trono hasta que sonaron los cañones.

¡Por todos los Dioses!, ¿Habría podido la guardia de su esposa contener ese ataque de haberse encontrado en esos momentos allí?

—¿Hay heridos?, ¿Han identificado a los atacantes? —preguntó Nikolai ante la inminencia de saber de donde procedía el ataque y la idea de que alguien de su entorno estuviera cometiendo alta traición.

¿Pero qué motivación? Sin un heredero al trono, la situación sería caótica y devastadora tras su muerte hasta volver a instaurar el orden.

—Solo un guardia cuando trató de detener a uno de los atacantes, pero está fuera de peligro, majestad. Nadie les ha reconocido, pero creen por el acento que eran de San Petersburgo. Forzaron el joyero real de la emperatriz y al no encontrar sus joyas, se llevaron gran parte de la plata.

—Haz que refuercen la seguridad del palacio y que incrementen el número de guardias en las dependencias privadas de mi esposa y, sobre todo, en la custodia del zarevich.

—En seguida, su majestad.

—¡Y convocad de inmediato al comandante de la guardia!, ¡Decidle que es urgente! —mencionó antes de que su ayudante se marchara y pensando que debería poner espías en el mercado que pudieran rastrear la plata robada.

—Por supuesto…

—Una cosa más —dijo antes de que su ayudante finalizara—. Seré yo quien le dé a mi esposa la noticia, no quiero que nadie se

adelante.

—Me encargaré de que ningún miembro de su entorno pueda comunicárselo, su majestad.

¿Quién podía beneficiarse de la muerte del zarevich?, ¿Podría ser alguna insurrección?, ¿Quizá no se tratara solo de eliminar al futuro emperador, sino también a su esposa? Pero lo indiscutible es que, quisiera reconocerlo o no, la imprudencia de Catherine podría haber salvado la vida de su hijo. ¿Podría haber sospechado algo?, ¿Sería simplemente fortuito? No iba a negar que continuaba furioso por haber actuado de ese modo, pero tal vez su esposa y su hijo habrían corrido más peligro quedándose en aquel palacete privado, que en su precipitado viaje mientras arriesgaba su salud.

Se dirigió hacia la alcoba de la emperatriz consorte y comprobó como la luz tenue de uno de los candiles iluminaba su cuerpo.

Catherine despertó abruptamente sintiendo que escuchaba el llanto de su bebé, pero tras abrir los ojos, se dio cuenta de que el silencio era notorio y que, Nikolai la observaba a los pies de su propio lecho.

—El médico real me ha informado que deberíais guardar reposo los próximos días para evitar mayores males —decretó Nikolai con serenidad.

—He sido informada por el propio Ivan —contestó escuetamente.

Conocía la opinión del médico a pesar de que ella se sintiera bien.

—Necesito saber si durante vuestra estancia en Oraniembaum sentisteis algún tipo de amenaza o si visteis que alguien os espiara mientras paseabais por el exterior.

Catherine arrugó la frente sin comprender aquella pregunta.

—No. Ningún sirviente me hizo sentir incómoda o que pudiera percibir algo similar a lo que describís. ¿Por qué?

Nikolai se acercó un poco más y se cruzó de brazos a la altura del pecho.

—Han atacado el palacete hace unas horas. Uno de los sirvientes está herido, pero se ha confirmado que buscaban al zarevich.

Catherine se llevó una mano a los labios que apenas reprimió un grito de horror.

¡Su hijo!, ¡Buscaban a su hijo! La simple idea de temer por la vida de Alexandr la horrorizó y rápidamente deslizó las sábanas que la cubrían para salir del lecho sin importarle estar en camisón.

—Mi hijo. Necesito estar con mi hijo… —Nikolai la interceptó agarrándola por los brazos para enfrentarla a él.

—He doblado la seguridad de palacio. Incrementado los guardias de vuestro séquito y de su custodia. Nadie podrá llegar hasta él. Ni hasta vos.

—¿Y los pasadizos?, ¿Habéis bloqueado todos los pasadizos?

Catherine comprobó como su esposo no respondía y su rostro se marcaba por la lividez, así que se deshizo de su agarre en un brusco movimiento y comenzó a correr hacia la estancia donde permanecía el zarevich.

En cuanto entró comprobó que él parecía quejarse y respiró al darse cuenta de que estaba bien. Lo cogió entre sus brazos arrebatándoselo a una de las doncellas y sin importar que Nikolai les estuviera observando, lo colocó en su pecho logrando que el pequeño acallara de forma instantánea su llanto.

Oyó como Nikolai procedía a ordenar bloquear todos los pasadizos que conducían hacia sus estancias privadas. Catherine alzó la vista y se encontró con aquellos ojos azules que brillaban de nuevo con un fulgor al que no sabía poner nombre.

Ese no había sido el regreso que esperaba, pero contemplar aquella mirada volvía a llenarla de esperanza.

Capítulo 17

La capilla imperial dentro del palacio de invierno de San Petersburgo se había llenado de asistentes que formaban parte de la corte imperial para ver con sus propios ojos como el zarevich era bendecido antes de que Nikolai partiera hacia la contienda en el imperio otomano. La premura con la que se realizaba la ceremonia no había permitido establecer algunos protocolos, como el hecho de esperar al tercer día de su nacimiento, aunque se había reforzado la custodia del zarevich aún más desde que se había conocido el ataque la noche anterior.

Catherine no hizo caso a los comentarios que no dejaban de realizarse sobre la extrañeza de su presencia tanto en la iglesia como en el posterior convite. La habían condicionado a no asistir y quedarse en su recámara descansando, pero se había negado en rotundo a apartarse de su hijo. Era cierto que no constituía una costumbre el que la zarina hiciera acto de presencia en el bautizo debido a su salud debilitada, algo que en ella, saltaba a la vista que lucía en plenas facultades. Le sorprendió que Nikolai no le hubiera impuesto su descanso obligado, pero su imprudente hazaña había salvado la vida de su hijo y quizá, a su modo de verlo, podía significar que su enfado había quedado parcialmente mermado.

Tanto ella como el zar, recibieron en sus respectivos asientos las felicitaciones por el nacimiento del zarevich de todos los miembros de la corte y altos funcionarios que habían asistido a la

ceremonia bautismal. Podía notar un ambiente ligeramente distinto del que había percibido la última vez que formo parte de aquel tipo de actividad en la corte, de hecho, tal como lady Anastasia le había mencionado. La unión de su matrimonio con el zar ahora era más solida y su posición como zarina se había constatado al tener un heredero varón que legitimaba la continuidad del linaje.

—Querida amiga, nunca imaginé un regreso tan triunfal como el vuestro —decretó lady Anastasia cuando finalmente pudo dirigirse directamente a ella.

Catherine había visto como se llevaban a su hijo para ser alimentado por una nodriza a pesar de su reticencia a ello. Había demasiadas cosas en las que tendría que ceder pese a sus propias ideas, tenía claro que iba a ser una lucha de poder en la que no siempre saldría vencedora, pero pensaba continuar amamantando a su hijo todo lo que pudiera a pesar de tener a todo el mundo en su contra.

—No sé si se me juzga más por imprudente y temeraria que por mi entereza y gozar de una salud gloriosa —respondió sintiendo las miradas sobre ella.

Había vuelto a ponerse un corsé después de ocho meses sin llevar uno y sentía el palpitar de sus pechos engullidos por la presión y aquel afán de desear borrar cuanto antes cualquier rastro de su embarazo.

—Vuestra imprudencia ha salvado al zarevich y eso es algo que podrá olvidar jamás, por no decir de que vuestra condición física es absolutamente sorprendente. ¿Quién diría que alumbrasteis al zarevich ayer mismo?

Apenas había conciliado el sueño esa noche y no precisamente porque su hijo se lo hubiera impedido, sino porque su mente la traicionaba y no dejaba de pensar en lo que podría haber ocurrido si realmente no se hubiera empeñado en partir de forma apresurada. ¿Habrían logrado sus guardias mermar el ataque?, ¿Estarían en ese momento celebrando un funeral en lugar de un bautizo? Sentía un palpitar acelerado en su pecho ante la idea de

que su hijo estuviera en grave peligro y no tenerlo junto a ella en aquellos instantes a pesar de que Nikolai hubiera doblado la guardia y tomado medidas de precaución extrañas, la tenía en un estado de ansiedad constante. Una presión en su pecho que hostigaba mucho más que aquel maldito corsé.

—Bastante extraño a mi parecer… —La voz de lady Tatiana irrumpió la conversación de las damas y Catherine la observó con reticencia. Evidentemente hablaba en ruso para que ella no pudiera ser partícipe de la conversación y por tanto excluirla—, ¿no os parece?

La había evitado durante el poco tiempo que permaneció en palacio tras humillarla públicamente frente a otras damas de la corte, pero sabía que volvería a intentarlo cuando regresara aprovechando su posición y distinción al ser un familiar directo del zar. Era consciente de que ser pariente de Nikolai le otorgaba aquel alarde de seguridad y estaba claro que para ella, suponía un eslabón fácil de pisotear, ¿Podría tener una relación mucho más estrecha con su esposo de lo que imaginaba?, ¿Quizá por eso los rumores advertían de una unión entre ellos? De serlo, no comprendía en que punto quedaba ella para que el zar hubiera cambiado de opinión, pero si lady Tatiana pensaba que su ausencia todos aquellos meses le había otorgado más poder, pensaba dejarle claro que no era la joven ingenua, dócil y endeble que imaginaban por su sangre inglesa.

—¿Y cuál es vuestro parecer, lady Tatiana? —preguntó cortésmente Anastasia.

—Todos hablan del inusual estado de la consorte y de su apresurado viaje a la capital con el zarevich. ¿No es extraño que justo después alguien asalte el mismo lugar donde se hallaba todos estos meses?, ¿Por qué no hacerlo con anterioridad? Quizá ella tiene más que ocultar de lo que parece a simple vista…

—Acusar a la emperatriz es alta traición —dijo Anastasia con evidente preocupación en su voz.

—¡Oh, no! —alzó esta las manos—. Por supuesto que no la estoy acusando, solo digo que tanto a mi como a una gran parte de los aquí presentes, nos resulta demasiado extraño, pero tal vez se deba a el zar se ha casado con una puerquera —afirmó antes de comenzar a reír.

Catherine se fijó en que el resto de damas no parecían secundarla con tanto ahínco como había comprobado la última vez que la humilló, solo que esta vez lo hizo de una manera mucho más directa, vejatoria y de la que resultaba evidente que deseaba verter rumores no solo sobre su posible implicación en el ataque sino además en el propio zarevich, eso era algo que no pensaba tolerar.

—Palabras dichas por alguien que no ha logrado nada por sí misma, ni siquiera un ventajoso matrimonio a pesar de su privilegiada posición, aunque con su lengua viperina empiezo a comprender las razones. Diría, lady Tatiana, que debería preocuparse más por su propia situación dado que comienza a ser una solterona y ningún caballero decente la desposaría, pero ya que insiste, le diré algo —dijo sorprendiendo a todos la fluidez con la que había dominado el ruso en tan pocos meses, posiblemente habría errado en alguna pronunciación, pero le importaba muy poco—. No importa de donde se viene, sino a donde se llega y, a diferencia de usted, parece que yo he llegado más alto. Téngalo presente la próxima vez que intente mostrar hostilidad hacia su emperatriz, porque le aseguro que no me temblará el pulso en expulsarla de la corte sin que vuelva a pisar un pie ni en este, ni en ningún otro palacio.

No iba a mencionar sus diferencias con su esposo, ni el hecho de que le hubiera recalcado que ella no tenía voz en ninguna decisión de palacio, aunque concretamente solo había hecho alusión al zarevich, ¿no?

Catherine comprobó como la furia llenaba los ojos de lady Tatiana al punto de pensar que se lanzaría contra ella a pesar de lo que eso podría significar para la propia dama. No le importaba granjearse una enemiga, al fin y al cabo, ya lo era desde el mismo instante que se había comprometido con el zar, aunque no lo

supiera. Quizá ella no era la única, sino que existían otras muchas damas en aquella corte que habían intentado ganarse el favor del zar y que continuarían intentándolo a pesar de que él ya tuviera una esposa por la posición social que podría conllevarle.

Lady Tatiana se marchó abruptamente ante la atenta mirada de todas esas damas que la acompañaban y que no sabían si seguirla o quedarse junto a la consorte, quizá porque no habían esperado el resultado final de aquella humillación infructífera por parte de la dama.

—Diría que la serpiente ha recibido su propio veneno, pero conociéndola, no lo dejará estar. Ha rechazado a dos nobles extranjeros en los últimos meses porque su deseo es continuar viviendo en palacio y es evidente que no soporta la idea de no ser la emperatriz consorte.

Evidentemente deseaba continuar cerca de Nikolai y eso le llevaba a la cuestión que se había planteado varias veces sobre la posibilidad de que entre ellos hubiera algo más que simple roce familiar. ¿Podría acudir a él después de la humillación a la que la había expuesto?, ¿Le pediría explicaciones Nikolai sobre lo sucedido o que se comportara de otro modo con su prima? No sabía que pensar… pero la belleza de lady Tatiana era indiscutible y la hacía pensar de un modo continuo en las razones por las que su marido la había desposado a ella en lugar de a su pariente más cercano cuando estaba claro que la dama se desvivía porque lo hiciera.

—Puede ser, pero al menos le ha quedado claro que no pienso amilanarme y me dejará tranquila durante todo el tiempo que Nikolai esté en el frente porque no podrá acudir a él si decido cumplir mi advertencia —contestó Catherine esperando que la misiva dirigida hacia sus padres con la noticia del nacimiento del zarevich no tardara en llegar. Sabía sin ninguna duda que su madre tomaría el primer barco rumbo a Rusia para conocer a su primer nieto y, saber que estaría rodeada de los suyos, le hacía sentir que podría enfrentarse a la corte sin necesidad del apoyo de su marido.

—¿Que has hecho con la joven llena de incertidumbres que vi antes de que partieseis? —preguntó Anastasia mirándola

directamente.

—Solo necesitaba asimilar que mi vida había cambiado, pero mi madre podría confirmar que la joven que ves ante ti, es la única versión que siempre ha existido.

—En ese caso solo puedo decir, que tanto el zar, como la corte y el pueblo ruso, tienen suerte de tenerte. Eres la zarina más bella y tenaz que ha tenido la historia de este imperio.

No era la primera vez que aludían a su belleza o que mencionaban que era la emperatriz más bella que hubiera tenido Rusia. Ella no esperaba que la recordaran o amaran por su belleza, sino por su labor hacia el pueblo, algo que deseaba con ímpetu iniciar.

Catherine no respondió a la que comenzaba a considerar su amiga y confidente dentro de la corte. Realmente no sabía si su esposo la habría elegido únicamente por esa belleza que mencionaba. ¿Podría llegar a sentir algo por ella que no fuera atracción y deber? Ya le había dado un hijo varón. Había obtenido lo que anhelaba de aquel matrimonio. ¿En que posición la dejaba a ella?, ¿La relegaría como hizo todos esos meses que estuvo alejada de palacio?, ¿Que sucedería cuando volviera del frente?, ¿Y si no volvía?

No podía, ni quería, ni pensaba permitirse pensar en la idea de no volver a verle. De no volver a besarle. De no poder tocarle y permitir que aquel incesante aleteo en su estómago volviera a surgir en su interior apremiante por explorarle, satisfacerle y comprobar por sí misma cuánto era capaz de enloquecerlo y que él pudiera ver que ella podía ser mucho más que solo la mujer que alumbrara a sus hijos.

Aprovechando su situación, Catherine se retiró antes de que acababan los festejos a sus dependencias privadas. Había esperado poder estar a solas con Nikolai, preguntar que se sabía sobre los atacantes que habían asaltado el palacete en Oranienbaum y si los habían detenido o al menos tenían pistas de su paradero, pero su ausencia continuó siendo notoria bien entrada la noche y ella no

dejaba de preguntarse si lo retenían sus obligaciones o si realmente existía otra mujer en su vida aparte de ella como llevaba pensando todos esos meses.

En algún momento de la noche se quedó dormida como si su cuerpo estuviera exhausto por todo el cúmulo de tensión contenida y el poco descanso, así que cuando despertó, lo hizo sobresaltada al ver a alguien entre las sombras, hasta que sus ojos se adaptaron a la luz del alba y se dio cuenta de que se trataba de Nikolai, que la observaba en silencio mientras aguardaba.

—¿Sucede algo? —preguntó instintivamente y notando que su voz apenas salía de su garganta debido al sueño, rápidamente se dio cuenta de que lo había dicho en inglés y lo volvió a repetir en ruso.

—Mis tropas aguardan fuera esperando a mi orden, debo partir de inmediato y encabezar el destacamento.

Catherine apartó las sábanas que la cubrían con la intención de levantarse, pero Nikolai se lo impidió acortando la distancia y llegando a su lecho.

—Cuidad del zarevich hasta mi regreso —dijo ofreciéndole el anillo real de oro macizo en el que el sello del águila con doble cabeza bifurcada podía apreciare incluso en aquella penumbra—. Protegedle con vuestra vida, pues él es el futuro de Rusia.

Dados los acontecimientos, Nikolai tenía que admitir que su esposa no era ingenua, menos aún necia y desde luego muy astuta. Puede que la hubiera catalogado de imprudente por su acción temeraria, pero gracias a su actuación tanto ella como el zarevich estaban sanos y salvos en palacio. Sabía que ella protegería a su hijo con su propia vida y, casualidad o no, su esposa era era capaz de ver más allá de lo que él mismo había imaginado.

—¿Cuándo regresaréis? —preguntó Catherine sin responder a su pregunta y sin coger aún el anillo que él le ofrecía.

—Tres semanas. Tal vez seis si la contienda se excede. No debéis preocuparos por mi—. Partía hacia la guerra, ¿Como no iba a preocuparse? Puede que ella y su hijo estuvieran en peligro inminente, pero su esposo iba a enfrentarse directamente con el

enemigo—. Es un momento decisivo para la corona. Aún no sabemos quien está detrás del ataque en Oraniembaum y, por tanto Alexandr será custodiado en todo momento. Estaréis protegida dentro y fuera de este palacio.

—Desconozco como son las mujeres en Rusia, pero en mi país, nos preocupamos por las personas que nos importan, así que no me pidáis que no me preocupe por vos, sería imposible no hacerlo —se sinceró Catherine y vio como él la miraba con fijación.

—Anoche me preguntasteis porque os elegí —dijo Nikolai aún con el anillo en la mano, así que cogió la mano de su mujer y lo deslizó por su dedo más ancho con la esperanza de que pudiera tenerlo consigo mientras él estuviera ausente en palacio—. Os dije que necesitaba una esposa, pero no os confesé que en realidad, quería más que una esposa —advirtió pasando su mano libre por la nuca para acoger su rostro y acercarlo al suyo mientras sus labios se unían.

Capítulo 18

Catherine aguardaba con cierta impaciencia el regreso del zar junto a la comitiva. Las seis semanas que Nikolai había previsto que tardaría en regresar la misma mañana que ella lo vio partir desde uno de los balcones que daban al ala norte donde aguardaba todo el destacamento que él encabezaba, se habían convertido en ocho.

Sus padres habían llegado dos semanas después de recibir la noticia del nacimiento de Alexandr, irrumpiendo la segunda temporada de Linette en la que tampoco había encontrado a un candidato idóneo que la satisficiera. Sabía que sus padres no se separarían del pequeño en cuanto lo vieran y ver como su madre se desvivía en alabanzas hacia su pequeño, llenaba la desazón que sentía cada día ante el parte de noticias procedentes del frente y en el que mencionaban que su esposo continuaba a salvo a pesar de no indicar su regreso inmediato.

Vio el destacamento de tropas entrando en los muros de palacio rodeados por los inmensos jardines, sabía que habrían realizado una comitiva por la ciudad como homenaje a la batalla victoriosa contra los otomanos, donde no solo habían recuperado la ruta de comercio, sino que además, habían sitiado nuevos territorios como prevención de alguna represalia. Así que, en cuanto sus ojos reconocieron la cabellera rubia que encabezada todo el grupo, percibió como su corazón palpitaba con fiereza. Había recordado sus

últimas palabras cada día, cada noche, cada hora… asesorándolas como si aquello le diera la firmeza necesaria para saber que él regresaría porque necesitaba conocer realmente lo que sentía por ella.

El protocolo la hacía esperar al inicio de la escalinata mientras todos los altos funcionarios, nobles y miembros de la corte aguardaban detrás de ella. En aquel momento no le pesaba la corona de zafiros engarzados, ni el hermoso collar también de zafiros o la capa azul noche ribeteada en hilos de plata que pesaba incluso más que el vestido del mismo color. Ella sabía cómo debía comportarse, aguardar a que él descendiera y se acercara hasta ella para realizar una sublime reverencia. Su comportamiento debía mostrar autoridad y paciencia, pero en el momento que él alzó la vista cuando detuvo su caballo y sus miradas conectaron, envió al diablo toda la formalidad de la ceremonia que debía proseguir y sus dedos agarraron la falda para bajar la escalinata con decisión y rapidez frente a todas las miradas que estaban puestas sobre ellos.

Percibió la sonrisa de Nikolai cuando saltó de su caballo a suelo firme y en apenas tres zancadas la alcanzó rodeando con su brazo la cintura y alzándola hasta estrecharla contra él en un abrazo firme que no mostraba ninguna delicadeza, sino más bien la necesidad de su contacto. Catherine sintió el olor a polvo y cuero curtido en una mezcla densa entre lo salado y terroso. Antes de que pudiera decir nada percibió como como él ascendía sus manos por su espalda hasta acunar su rostro.

—Desconocía que el protocolo hubiera cambiado, ¿No deberíais esperar en la escalinata junto al resto de miembros de nuestra corte? —Su voz sugería un tono de cierta diversión aunque no mostraba una sonrisa como tal.

—La paciencia nunca fue una de mis grandes virtudes según mi madre. Me advirtieron de que no habéis corrido peligro en todo este tiempo —susurró Catherine sin separarse del todo de él.

—Os advertí antes de partir que no os preocupaseis por mí.

—También me advertisteis que no estaríais fuera más de seis semanas…

—¿Deseabais que regresara junto a vos? —La voz de Nikolai era grave, como si su pregunta escondiera algo más profundo y la respuesta de ella fuese determinante.

Catherine se fijó de nuevo en ese destello azul de sus ojos que hacía que su corazón se acelerara y sus piernas flaquearan. Había algo en él a lo que ella sentía que aún no había accedido y deseaba fervientemente descubrirlo.

—Me dijisteis que deseabais más que una esposa. Y yo deseo ser mucho más que vuestra esposa —respondió y notó como él sonreía, esta vez mostrando sus dientes.

Acto seguido se separó de ella acogiendo su mano entre la suya para emprender ascenso en la escalinata frente a la formación alineada de sus súbditos que aguardaban su recibimiento.

La ceremonia de recibimiento no permitió que volvieran a estar a solas durante el resto de la jornada. De hecho, Nikolai tuvo que reunirse de forma privada con los altos funcionarios para determinar qué asuntos requerían su atención de forma inmediata. Y por suerte para ella, cenó con su familia en sus aposentos privados como llevaba haciendo todo el tiempo desde que llegaron. Tanto lady Tatiana como su madre se habían marchado poco después de la partida del zar y todos los miembros varones de su familia hacia el palacio de verano, mientras ella se quedaba en su residencia habitual aguardando a su esposo con un gran número de miembros de la corte y su propia familia. Ahora que habían regresado para darle la bienvenida, esperaba que los humos de la hermana de Aleksei se hubiera minimizado.

—Catherine, ¿Puedo hablar contigo? —preguntó Linette cuando retiraron los platos del postre y ella se había alzado con la intención de visitar a Alexandr para amamantarle hasta que se quedaba dormido como venía haciendo cada noche.

Por algún motivo, Catherine percibió que su hermana mayor parecía ligeramente nerviosa, como si aquello que deseaba hablar o

preguntarle fuera algo que realmente le preocupaba. Partirían en tres días para asistir al enlace de una de las hijastras de Susan, lady Diane, a la que lamentaba profundamente no asistir, pero ni siquiera sabía si Nikolai regresaría a tiempo y llevaban más tiempo separados por las circunstancias que juntos, así que alejarse justo cuando él acababa de regresar era algo que no se planteaba.

—Claro —mencionó rápidamente percibiendo la turbación—. Ven conmigo —advirtió mientras se alejaban de sus padres y notó que aquello la tranquilizaba—. ¿Que es lo que te preocupa?

En pocas semanas iniciaría su tercera temporada y, si no conseguía marido, las especulaciones se tornarían en su contra al prejuzgarla. Podía comprender cual sería el temor de su hermana anticipándose a sus palabras, ella misma había escuchado desde pequeña que después de una tercera temporada sin éxito, comenzarían a evitarla pensando que había algo malo en ella y no había nada peor para una mujer que los rumores… estos podrían suponer por completo su ruina.

—No es realmente una preocupación —afirmó Linette—. Más bien es… una duda —dijo mientras recorrían el pasillo en solitario que le conducía hacia sus aposentos privados.

—Una duda que no deseas que escuchen nuestros padres porque crees que se preocuparían por ti —afirmó Catherine logrando que su hermana asintiera.

—No es eso exactamente —dudó y finalmente expresó sus pensamientos—. ¿Sabías cuando viste al zar por primera vez que te enamorarías de él?, ¿O él de ti? Durante todo este tiempo pensé que aceptaste por el bien de la familia, por nuestros padres, la posición de Daniel y mía. Creí que te habías sacrificado por nuestro bienestar y no he dejado de pensar que serías muy infeliz por nuestra culpa, pero después de hoy… de ver como corrías hacia él, te abrazaba y le correspondías, pensé que quizá estaba equivocada, que tal vez es posible descubrir un sentimiento profundo a pesar de no conocer ni siquiera a la otra persona o haber cruzado palabra alguna.

Catherine se detuvo y se colocó de frente a su hermana sintiendo que no se había sincerado con sus sentimientos hacia nadie, ni siquiera con ella misma. Realmente no sabía lo que sentía por Nikolai era amor o quizá un inicio de este. Tampoco iba a confesar a su hermana que aún no se conocían, que apenas habían tenido tiempo de estar juntos o conversar y lo poco que habían podido hacerlo básicamente discutieron o él le dejó muy claro lo que esperaba de ella.

No. No podía confesar a Linette sus preocupaciones. Sus anhelos o sus propios temores, como tampoco podía decirle que llevaba meses sin que él la tocara en el lecho y que aún no sabía si volvería a hacerlo, pero sí podía darle esperanza, la misma que quizá ella albergaba.

—Padre no aceptará ninguna propuesta de matrimonio si no ve interés por tu parte. Él desea que seas feliz, Linette —dijo sintiendo que sus palabras no la sorprendían, sino que más bien era algo que ya esperaba—. Y eso es mucho más que la mayoría de mujeres podrían permitirse. Elegir. Tienes el poder de elegir al hombre que quieras, no importa si te equivocas o no, quizá el error está en creer que el caballero perfecto llegará a tu vida y estás dejando pasar la oportunidad de ser feliz —decretó con calma—. Cuando vi al zar, lo único que pensé es que era el hombre más guapo que había visto en mi vida y a día de hoy lo sigo pensando —confesó Catherine comenzando a reír—. Siempre he sido la hermana impulsiva y menos sensata de las dos. Si, acepté porque me gustaba. Acepté sin medir las consecuencias o lo que el destino me aguardaba. Acepté porque deseaba descubrir mis sentimientos. Acepté porque la simple idea de vivir aquí me parecía un reto. Y si, acepté porque no quería que mi familia pudiera sufrir las represalias de la corona, aunque habría aceptado de igual forma si esa opción no existiera. No sé si él me ama, si realmente le amo o si la atracción que ambos sentimos se acabará cuando apenas ha iniciado —concluyó sincerándose por primera vez con alguien—. Apenas he visto a Nikolai y pronto hará un año que estamos casados. No es lo que esperaba, ni lo que imaginaba. Ni siquiera se acerca a las

expectativas que había tenido en mente siendo una niña, pero si sé que deseo averiguar hasta donde puede llegar lo que hay entre nosotros. No sé si encontraré la complicidad que tienen nuestros padres. Creo que todos los hombres cometerán errores, padre también los cometió y pasará el resto de sus días turbado por ese error que provocó que una de sus hijas no llevara su apellido. Sus temores no deben ser los nuestros, Linette, es algo que comprendí cuando acepté firmemente la propuesta de Nikolai. Quizá tengamos otros… pero serán solo nuestros.

Sabía que su situación no era fácil para Linette, nunca lo había sido y, aunque su hermana siempre había parecido llevarlo bien, ahora comenzaba a pensar que solo era una apariencia para que sus padres no percibieran la realidad.

—Tienes razón. Quizá solo esté desperdiciando oportunidades excusándome en una convicción y temores que probablemente no lleguen. He podido ver como pareces considerar este lugar un hogar y eso convierte la idea de alejarme de Londres en algo más que una posibilidad.

Siempre había sabido que Linette buscaría vivir en un lugar apartado donde esos rumores por su procedencia no se convirtieran en sonrisas falsas de apariencia por conveniencia. No abandonaría Inglaterra, pero ella adoraba los largos veranos en la casa de campo muy lejos del bullicio de la ciudad.

—Sé que encontrarás tu propio camino y serás feliz, como yo espero encontrar el mío aquí.

Catherine entrelazó su brazo con el de su hermana y continuaron caminando por los pasillos que afortunadamente estaban desolados, aunque en palacio existían pocos sirvientes que conocieran su lengua materna, no quería que nadie pudiera ser oyente de aquella conversación privada.

—¿Crees que pudo casarse contigo por un simple capricho? —preguntó Linette

Lo había pensado innumerables veces, como también el hecho de que la hubiera elegido solo porque la vio como alguien

joven, ingenua y manipulable que podría darle los hijos varones que necesitaba para que continuaran el linaje de los Romanov, pero capricho o no, no pensaba ponerle nada fácil que pudiera olvidarse de ella…

—Soy su esposa, eso es algo que nunca podrá cambiar y lo quiera o no, le pienso recordar cada día —contestó con firmeza.

—Conociéndote sé que jamás permitirías que lo olvidara —corroboró Linette comenzando a reír hasta que el llanto de Alexandr hizo que apresurasen el paso.

Catherine se despidió de su hermana poco después y ordenó a todos a sus doncellas personales que la dejasen a solas para disfrutar de aquel momento junto a su pequeño en el silencio de aquella alcoba. Pasaba todo el día rodeada de personas que la observaban en silencio, sintiéndose constantemente vigilada y juzgada al mismo tiempo. Aquel era el único instante donde no se sentía como un pájaro enjaulado que deseaba desplegar sus alas y volar para chocar una y otra vez contra los mismos barrotes. Un momento de paz donde solo existía ella y su pequeño. Tras dejar a Alexandr dormido en su cuna, entró en su estancia y agradeció no encontrar a ninguna de sus doncellas, aunque eso significara desvestirse sola.

Oyó como una puerta se cerraba cuando llevó sus manos a las cintas que cerraban su vestido, intuyó que aquel silencio había llegado a su fin, probablemente una de sus doncellas habría ido a ayudarla tras haberla visto abandonar la habitación del zarevich. Esperó unas manos en su cintura para deshacer los nudos, solo que, aquellas manos firmes tiraron de ella con firmeza abrazándola desde atrás al mismo tiempo que la sensación cálida en su cuello la aturdía.

Había rememorado tantas veces el perfume de Nikolai, que sentirlo de nuevo provocó un gemido inesperado por respuesta y rápidamente se giró sobre si misma como si necesitara ver que realmente estaba allí y no era uno de sus recuerdos.

A diferencia de ella que estaba completamente vestida, llevaba un batín cerrado por el que podía apreciarse en la desnudez de su pecho. Sus ojos buscaron los suyos y se mordió el labio anticipándose al placer que el hecho de que él estuviera allí le proporcionaba.

—No sabía que vendríais —susurró ella aún con sorpresa.

Entre otras circunstancias él debía estar exhausto tras jornadas a caballo incansables en su regreso y habría entendido que necesitara descansar.

—¿Debo avisaros? —inquirió perdiendo aquel matiz jovial y mostrando un rostro mucho más serio.

«Sé atrevida. Toma la iniciativa. Déjale creer que tiene el control, pero en realidad eres tú quien le controla a él»

—De lo único que deseo que me aviséis es de los límites a los que me está permitido tocaros para daros placer.

Catherine sintió como la mirada de él se tornaba oscura y aunque ella había intuido lo que significaba, ahora realmente tenía una mayor constancia.

—¿Queréis tocarme? —Su voz era grave, rasposa y hasta podía notar que le había costado proferir aquellas dos palabras.

—Deseo tocaros y descubrir qué os complace… —jadeó anticipándose al placer que sentía que le aguardaba.

—Podéis tocar todo cuanto queráis. —Nikolai sentía que su garganta se había secado por completo y que la idea de arrancarle aquel vestido y lanzarse sobre su cuerpo perforaba sus pensamientos ante la anticipación del placer que sabía que hallaría en ello.

—¿Todo? —insistió acercándose a él sin dejar de mirarle fijamente mientras sus manos se dirigieron al cinturón que ajustaba la bata a su cuerpo.

Ante su mirada desanudó el lazo y comprobó como la seda cedía permitiendo ver que no llevaba absolutamente nada debajo. La virilidad de Nikolai captaba la atención de Catherine que, en esta

ocasión, sabía perfectamente como y qué hacer para otorgarle un placer sublime.

Jamás se había sentido tan segura de sí misma como en aquel instante al saber que, aquella mirada solo indicaba un profundo y severo deseo carnal hacia ella.

Se acercó a él con aquella decisión renovada de la que había carecido con anterioridad. Su inexperiencia, su inseguridad, la barrera del lenguaje y aquella sensación que había pesado sobre sus hombros ante la razón del porqué había decidido convertirla en su esposa se habían evaporado como la neblina al amanecer cuando el sol la disuelve.

Quería provocarle, que ardiera de placer bajo el roce de sus dedos, así que alzó sus manos y dejó que el batín de seda que lo cubría cayera al suelo para permitirle apreciar toda su desnudez. Le recordó a su primera noche, cuando ella estuvo completamente desnuda frente a él sin saber que hacer, incluso tratando de cubrir su desnudez por la vergüenza que este hecho representaba.

—Me gusta cuando me miráis así —dijo ella rompiendo el silencio que se había creado entre ambos y en el que se podía palpar sus respiraciones algo aceleradas.

—Quizá no os gustase si supierais lo que vaga por mis pensamientos —respondió rápidamente sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—Puede que no solo me gustara, sino que os invitaría a mostrármelos —susurró colocando sus manos en su pecho y deslizó la punta de sus uñas hacia el cuello donde comprobó como él ladeaba ligeramente el cuello para permitir que continuase acariciándolo de ese modo.

Cada caricia estaba destinada a ser un mensaje íntimo en un lenguaje silencioso, dibujando a través de sus dedos senderos sobre su piel como si fuera un mapa al que deseaba viajar a todas partes.

Sintió como él se lanzaba sobre su boca como si no pudiera controlarse a sí mismo y sus lenguas se encontraron con urgencia, como dos llamas que al tocarse avivan aún más el fuego que está

por consumirles. Era profundo, lleno de deseo contenido y que ahora estallaba sin ningún tipo de reserva. Catherine dejo escapar un gemido que profería de su garganta ahogado por los labios de él sin darle tregua, era como si ambos hubieran anhelado tanto aquel momento que finalmente se dejaban arrastrar por una pasión consciente y verdadera. Se aferró a su nuca, a su cabello, deseando fundirse con él y pegarse tanto a su cuerpo que notaba como su piel ardía bajo sus ropajes en una tortura lacerante por no poder sentirle plenamente.

—Arrancádmelo —jadeó apartándose bruscamente de él mientras se giraba para que deshiciera los lazos de su vestido y sintió como las habilidosas manos de Nikolai estiraban las lazadas hasta literalmente obedecer a su orden cuando comprobó como el vestido caía a sus pies y ella misma se quitaba los pantalettes quedándose únicamente con las medias y el corsé aún ajustado a su cuerpo.

Sus bocas volvieron a buscarse instintivamente como si no existiera espacio para el pudor o la distancia entre sus cuerpos. Ella bajo sus manos con cierto titubeo por su pecho, recorriendo una linea descendiente bajo su ombligo hasta tocar la carne erecta. Lo acarició con delicadeza, como quien descubre un terreno sagrado y tiene que aprender a hacerse con el tacto de lo que había observado y ensayado con anterioridad, pero que por primera vez lo tocaba de verdad.

—No tienes idea de cuánto he deseado este momento —susurró él contra su oído, mientras su lengua delineaba el contorno de su lóbulo y Catherine sentía como sus piernas temblaban por el efecto que provocaban no solo sus palabras, sino el modo en que lo había mencionado.

Ella apretó la carne de él por respuesta mientras sintió como jadeaba en su oído y comenzó a deslizarla en toda su base, sintiendo que él buscaba de nuevo su boca y gimió de nuevo antes de apresar de nuevo sus labios con intensidad.

—Demostrádmelo —susurró ella en el momento que sus labios se apartaron un leve instante—. Quiero ver cuánto me deseáis

—gimió sin retirar su mano, sino que apresó con mayor firmeza su verga para estimularle.

Nikolai la agarró con mayor firmeza mientras su boca descendía por su cuello sin ninguna delicadeza. Necesitaba apresar su sabor, su olor y el estado febril al que ella le había transportado hizo que la parte más salvaje de él cobrase vida. Sus manos viajaban por su cuerpo hasta que las aferró a sus nalgas desnudas y la alzó con maestría, provocando que ella detuviera el movimiento de su mano para agarrarse a él con firmeza, llevándola hasta el lecho y colocando una rodilla para no dejarla caer, sino avanzar junto a ella sobre su cuerpo.

Se abrió paso entre sus muslos hasta que su pulgar tocó la entrepierna sintiendo como cerraba los ojos y se arqueaba como si deseara con todo su ser que la tocara, que explorase cada minúsculo trozo de su cálida piel y en ese momento sintió su humedad palpitando contra su dedo, logrando que su deseo aumentara aún más si es que aquello era posible.

Catherine sintió como se zambullía con firmeza en su interior de una sola estocada provocando que gritara de placer y se arqueara contra él, pero a diferencia de todas esas veces que ni siquiera había sabido como actuar, aunque su instinto vagamente se lo indicara, en aquella ocasión alzó sus nalgas contra él permitiendo que su embestida fuera más profunda para acogerlo en su interior y, al mismo tiempo, los ojos de él se agrandasen por la inesperada respuesta.

Nikolai sostuvo su peso mientras salía de ella para volver a adentrarse en un movimiento firme pero suave y ella volvió a gemir descubriendo de nuevo aquella creciente oleada que iniciaba en su bajo vientre y se intensificaba expandiéndose a otras partes de su cuerpo.

—Demostradme la fuerza del zar —jadeó fuera de sí misma siendo consciente de que, a pesar de que habían yacido en aquel lecho con anterioridad, era la primera vez que ambos parecían muy conscientes del deseo del otro.

Ahora podía exigirle, pedirle lo que deseaba sin la necesidad de conformarse porque realmente quería demostrarle cuanto lo deseaba.

Nikolai jamás habría imaginado ni en sus mejores sueños que su esposa podría convertirse en aquella mujer briosa ferviente de darle placer, es como si el fulgor que siempre había visto en sus ojos ahora cobrase aún más sentido y aquel llameante fuego amenazara con abrasarle por completo. Se perdió en sí mismo y en el placer que le otorgaba cada vez que se adentraba con destreza en su cuerpo, saciando ese apetito carnal que durante meses había aguardado con fervor hasta ese preciso instante.

La deseaba con ímpetu insaciable, con la urgencia de quien ha vagado demasiado tiempo en la sed y finalmente encuentra agua. Era ese tipo de hambre antigua, salvaje, que se había enredado en su pecho desde la primera vez que la vio. Ahora cada palabra suya, cada roce o caricia, era leña sobre un fuego que ardía con fulgor y que no tenía intención de apagarse. Y mientras la veía deshacerse con cada embestida, sentía que ella era un tesoro oculto que él estaba condenado a descubrir.

—¿Así es suficiente? —gimió cuando ella abrió los ojos para mirarle directamente mientras volvía a adentrarse en ella con mayor fuerza y Catherine se mordió el labio mientras ladeaba una sonrisa.

—No —negó mientras lo incentivaba a que se volviera a hundir en ella con más fiereza.

Nikolai salió por completo y la hizo girar hasta colocarse de espaldas a él, Catherine se inclinó hacia delante y entonces sintió como volvía a hundirse en ella, pero en esta ocasión, comenzó a proponer su propio ritmo de un modo tan frenético que se olvidó del momento, del lugar e incluso de ella misma. Se irguió para dejarse caer sobre él mientras ambos mantenían el movimiento y giró su cabeza logrando que su esposo apresara sus labios con una carnalidad que se había apoderado de ambos.

Catherine sintió como los dedos de Nikolai volvieron a tocarla en su entrepierna y entonces percibió ese fuego que crecía en su

interior y brotaba hasta estar por todas partes, expandiéndose a cada extremidad de su cuerpo hasta que explotó y comenzó a contraerse a la par que se deshacía en su boca sin poder contenerse por aquel culmen de placer arrollador como jamás había pensado que sucedería. Había percibido que sería colosal, pero nunca imaginó cuanto.

Notó como Nikolai también jadeaba y los movimientos de ambos iban cediendo hasta que solo quedaba el eco de sus respiraciones sin abandonar los labios el otro, incluso en el momento que lo hicieron, no se apartaron demasiado, como si aún necesitaran aquel roce de aquella cercanía, como si fueran conscientes de que lo que acababan de vivir era mágico.

Capítulo 19

Catherine cerró los ojos cuando sintió que la puerta de su habitación se cerraba tras ver como Nikolai se marchaba al darle las buenas noches. Tuvo que apretar sus labios para reprimir su deseo de pedirle que se quedara. Lo anhelaba, deseaba sentirle a su lado mientras dormía, sentir el confort de su cuerpo junto al suyo y, de hecho, se había imaginado tantas veces como serían sus facciones relajadas que casi podía visualizarlo, pero sabía que él debía estar exhausto tras su llegada y pensó que si él mismo se había marchado es porque deseaba dormir en su propio lecho. Lejos de ella.

Quizá él la deseaba, pero no estaba dispuesto a compartir su cama.

Siempre había sido Nikolai quien acudía a su habitación, quien cruzaba aquella puerta que comunicaba ambas estancias. ¿Podría hacerlo ella?, ¿Podría cruzarla sin avisar como hizo él cada noche desde sus nupcias? Se quedó dormida con aquella idea hasta que se desveló bien entrada la madrugada y comprobó que aún era noche cerrada.

Estaba acostumbrada al fresco que ofrecía Londres, pero San Petersburgo era mucho más fría que su ciudad natal y, a pesar de que aquel era su segundo verano en aquel país, aún no se había acostumbrado al descenso de temperatura durante la noche en los meses cálidos de verano.

A diferencia de otras noches, se había quedado dormida completamente desnuda, así que el frío en su cuerpo le hizo salir del lecho para buscar una prenda con la que cubrir su cuerpo y encontró el batín de seda de su esposo en el suelo. Instintivamente se lo puso para calmar aquella sensación de frío, pero sentir su olor provocó que la calidez que la embriagara fueran los recuerdos de la noche pasada y, la idea de cruzar ella misma aquella puerta para adentrarse en la habitación de su esposo era demasiado tentadora.

Como si sus pies tuvieran vida propia, se dirigió hacia el mismo lugar por el que había visto marcharse desnudo a Nikolai y giró la manivela para descubrir un pequeño habitáculo oscuro. Era un pequeño espacio entre ambas habitaciones donde había un único sillón que probablemente había sido puesto allí para rellenar el hueco. Catherine dio tres pasos y llegó hasta la otra puerta que daba directamente al dormitorio del zar y tuvo aún más delicadeza cuando la abrió porque nunca había visto o estado en ese lugar.

Sus ojos se acostumbraron rápidamente a la oscuridad, apenas pasaba un filo de luz por las cortinas y ningún candelabro o vela permanecían encendidos. Encontró rápidamente el lecho y se acercó aferrando los bordes del batín de Nikolai para ajustar el tejido a su cuerpo.

En cuanto se acercó lo suficiente, pudo ver la silueta sobre la cama y, aunque debería haber dado marcha atrás e irse, se inclinó colocando una rodilla para acercarse aún más. En cuanto lo hizo, sintió una fuerza brutal la arrastraba hacia el lecho quedando completamente inmovilizada y la presión de sus manos le producía dolor en sus brazos.

—¡Catherine! —exclamó su voz sorprendida y notó como la liberaba a pesar de sentir el hormigueo por la presión que él había ejercido sobre ella—. ¿Que demonios hacéis aquí? —exclamó airado.

El tono que empleo para reprenderla hizo que todo aquel acopio de seguridad que había tenido para cruzar aquella puerta se viniera abajo. ¿Que había esperado?, ¿Que la recibiría con los brazos abiertos?, ¿Que se lanzaría sobre ella para volver a colmarla de placer?, ¿Que todo sería como cuando él acudía a su habitación y

ella simplemente se entregaba con fervor, pero esta vez al contrario? Estaba claro que no la deseaba allí y que existía un motivo claro por el que no deseaba dormir a su lado.

—Lo siento.. yo… creí escuchar algo, pero es evidente que me equivoqué —mintió al decir lo primero que le vino al pensamiento conforme se alejaba de él para descender del lecho y huir a su habitación—. Me iré enseguida.

Ni siquiera le dio tregua a que respondiera, simplemente recorrió el mismo camino que la había conducido hasta allí prometiéndose a sí misma no volver a cometer el mismo error por un simple impulso, así que en cuanto cerró la puerta de su propia habitación, decidió que ese era el último lugar en el que deseaba estar. Cruzó la distancia que la separaba de la puerta principal y, ajustándose la bata de seda de su esposo para tapar su desnudez, se alejó sintiendo que ese frío que penetraba por su piel era más que agradecido para mermar aquella sensación de ahogo que ahora mismo sentía traspasando su pecho.

Abrió las compuertas que daban a la terraza y que formaban parte de sus estancias privadas, dejando que el cielo estrellado y las luces de los faroles que alumbraban la ciudad llenaran sus pensamientos a pesar de no poder evitar sentir una parte de ella vacía, frágil, rota ¿Por qué había perdido toda su seguridad en aquel momento?, ¿Por qué simplemente no había podido confesarle que le necesitaba?, ¿Que le deseaba?, ¿Que quería simplemente acurrucarse a su lado como si su propio cuerpo se lo exigía?

En el fondo lo sabía. No quería recibir ese rechazo, ese modo en el que él le había reprendido por acudir a su lecho en mitad de la noche solo podía significar que no la deseaba allí bajo ningún concepto.

—Pensaba que yo era el único que sufría de insomnio en este palacio —dijo una voz en aquella solemne oscuridad y Catherine giró sobresaltada, solo que no había ninguna sombra a su alrededor, así que creyó que por un instante se estaba volviendo loca—. Disculpa, no pretendía asustarte.

Aleksei se acercó al borde de la terraza colindante en la que él se hallaba, la había visto salir apresuradamente y le resultó extraño verla allí, sobre todo, cuando a todas luces no estaba vestida de un modo apropiado, aunque precisamente no era la primera vez que la veía de ese modo, había una diferencia muy grande entre aquella bata de seda que se ajustaba completamente a sus curvas y aquel camisón infantil con el que la descubrió escondiéndose de su madre antes de que su propio primo se comprometiera con ella.

Era una beldad, eso era innegable, como el hecho de que Nikolai había enloquecido por ella y él mismo reconocía que le resultaba inevitablemente atractiva. Si. Sin duda era la dama más hermosa de la corte y la emperatriz más bella que hubiese tenido el trono imperial ruso. Tenía la sensación de que la esposa de su primo escondía mucho más de lo que aparentaba y, le había bastado ver a su hermana Tatiana fuera de sí, para saber que aquella dama no sería ni tan dócil, ni tan complaciente como Nikolai auguraba.

—No me asusto fácilmente —respondió Catherine al reconocer al primo de su esposo—, aunque no te hacía por alguien que se esconde entre las sombras para espiar la vida en palacio.

—Más bien diría la noche, pero no, me temo que no soy un gran espía, solo alguien que sufre de insomnio durante noches consecutivas.

—Imagino la razón… —contestó Catherine con ironía y Aleksei prorrumpió en risas.

—Ciertamente es una ventaja en según que situaciones.

—No quiero saberlo —decretó Catherine cruzándose de brazos y mirando en otra dirección.

—¿Puedo saber entonces la razón de su desvelo? —exclamó cambiando de argumento.

—Creí escuchar algo, pero supongo que solo sería un sueño muy real y después no conseguí dormirme —advirtió siguiendo la misma versión que le había dado a Nikolai.

—Imagino que es normal después de lo que ocurrió con el zarevich, no debería preocuparse, su majestad. Él esta estrictamente custodiado y nadie se atrevería a intentar entrar en este palacio.

Ciertamente su preocupación había ido disipando con el paso de los días tras comprobar la seguridad que circundaba a Alexandr y el hecho de que no se había producido ningún ataque, pero no saber la procedencia o que hubieran detenido a los atacantes para conocer su motivación, provocaba una continua preocupación sobre el lugar en que decidirían volver a intentarlo de nuevo.

—Supongo que es inevitable —advirtió haciéndole creer que ese era el motivo de su desvelo.

Catherine vio como Aleksei se acercaba más hasta dejarse caer sobre la balaustrada que separaba ambas terrazas, lo que provocó que estuviera apenas a tres pasos de ella y sintió como recorría su cuerpo con la mirada, consciente de que estaba casi desnuda y de lo que aquello significaba.

—Debo reconocer que ese batín le sienta mejor a usted que a mi primo —dijo perspicaz mostrando una sonrisa.

—No sé si pretende halagarme o hacer que esta conversación perdure más tiempo con alguna intención en lugar de marcharse…

—Es un hecho que usted es indescriptiblemente hermosa, con toda seguridad es la zarina más bella que el imperio ruso ha tenido el placer de tener —dijo de forma directa—. Nunca he envidiado la posición de poder de mi primo, pero reconozco que ahora mismo sí tengo cierta envidia por una de sus posesiones…

¿Estaba jugando con ella?, ¿Quizá probando su lealtad? Era el primo de su marido, aunque desde el mismo momento en que le había visto en aquel pasillo, supo que era un descarado de mucho cuidado.

Aleksei le parecía un hombre apuesto, de esos cuya belleza jovial acapara miradas entre las damas y su seducción innata las lleva a cometer errores de los que más tarde se arrepentirían. En sus ojos había la promesa escrita del placer y la diversión, algo que tiempo atrás había aceptado con gusto, pero que ahora ni siquiera le

resultaba atractivo aquel interés, tal vez porque sus pensamientos estaban en otro hombre infinitamente más apuesto y que le hacía sentir algo muy diferente a cualquier otro caballero.

—Lástima que algunas posesiones tengan muy claro a quien pertenecen y a quien no —contestó provocando que Aleksei riese con ímpetu y después girase el rostro hacia la entrada como si algo hubiera captado su atención.

Catherine se giró sobre sí misma y reconoció al instante la silueta de Nikolai, a diferencia de su apariencia habitual, lucía el cabello revuelto, vestía únicamente un pantalón de lino que se ajustaba a su cintura y dejaba todo su torso desnudo. La estudiaba de un modo frío, distante, como si estuviera enfadado con ella o con el mundo entero.

—Regresad a vuestros aposentos de inmediato. —Aunque no hubiera alzado el tono, estaba claro que era una orden a la que ella no tenía el permiso de oponerse y, por alguna razón aquella presión en su pecho se incrementó aún más de lo que de por sí había sentido cuando se marchó de su habitación.

—Buenas noches, excelencia —dijo mientras emprendía camino y sobrepasaba a Nikolai dejándoles a solas.

—Buenas noches, Ekaterina.

Nikolai esperó a que la silueta de Catherine se desdibujara en la penumbra para acortar la distancia entre él y su primo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo Aleksei? —clamó sin importarle si alguien le oía.

—¿Tomar el fresco en una noche de verano? —ironizó como si no supiera realmente a qué se refería.

Nikolai se enfureció aún más y se acercó hasta estar a un palmo del rostro de su primo.

—No quiero que te acerques a ella, ¿Queda claro? A partir de mañana te instalarás en el ala más alejada de la nuestra.

—¡Oh, vamos! Solo estábamos hablando… ¿Que es lo que temes exactamente? Porque no seré el único hombre que considere

a tu esposa indiscutiblemente bella. Tú mismo sucumbiste sin siquiera conocerla. Es una pena que no hables inglés, te has perdido una conversación fascinante, casi tanto como lo es ella.

Nikolai apretó los dientes mientras veía a Aleksei sonreír… sabía que él disfrutaba haciéndole exasperar de aquel modo, pero que no se pudiera controlar en ese aspecto era algo de lo más insólito.

—Lárgate ahora mismo.

—¡Vaya primito! Jamás te había visto tan alterado por nada. ¿Sabes una cosa? Deberías preguntarle a Ekaterina y, sobre todo, yo no dejaría que una mujer como ella abandonara el lecho en medio de la noche —advirtió dando varios pasos atrás para alejarse

—¡Dirígete a ella como lo que es! ¡Mi esposa! ¡Y, por tanto, está completamente fuera de tu alcance! —rugió antes de alejarse de él porque de lo contrario, sería capaz de saltar la balaustrada que dividía aquellas terrazas y propinarle un buen golpe a pesar de considerarle su mejor amigo.

Conocía lo suficiente a Aleksei para saber que su coquetería y dotes de seducción volvían locas a la mayoría de las damas de palacio. La simple idea de que su esposa pudiera sentirse atraída también por él, le enloquecía, asfixiaba y atormentaba hasta el punto de sentir un fuego por dentro que lo consumía.

Jamás le había importado ver a Anna conversar con otros hombres, ni siquiera se había cuestionado la posibilidad de que le fuera infiel a pesar de haber estado en numerosas ocasiones junto a Aleksei u otros caballeros de la corte. ¿Por qué en cambio sentía esa apremiante sensación de posesividad con Catherine?, ¿Quizá es porque conocía de sobra lo que otros hombres sentían por ella cuando la tenían frente a sí? Él había enloquecido al verla y sus pensamientos le consumían ante la idea de poseerla, de hacerla suya, de que le perteneciera en todos los sentidos… ¿Podría ella llegar a sentir lo mismo?, ¿Le habría aceptado solo por ostentar la corona y buscaría que otros hombres calmaran el mismo fuego que

él había visto en sus ojos? Era una mujer fogosa, entregada y aquello lejos de disgustarle, acrecentaba aún más su deseo por ella.

Catherine había encendido una de las lamparas de aceite que tenía en la habitación sin saber qué debía hacer o cómo debía actuar.

En retrospectiva no había hecho nada malo, ¿Tenía la culpa de no saber que Aleksei estaba allí? Eran las estancias privadas del emperador, donde se supone que nadie salvo su esposo y pocos miembros de la servidumbre deberían estar, pero lo cierto es que no se había marchado inmediatamente tras descubrir que no estaba sola y, en parte, era una rebeldía contra el modo en el que Nikolai se había dirigido a ella cuando la descubrió en sus aposentos.

¿Que se supone que tendría que hacer ahora?, ¿Podría Aleksei decir algo que jugase en su contra a pesar de no haber sucedido nada? Escuchó como la puerta principal de su habitación se abría y Nikolai la empujó provocando un gran estruendo en medio de ese silencio. Él mantenía la vista fija en ella, continuaba mostrando aquella seriedad que en numerosas ocasiones le caracterizaba, solo que nunca lo había visto de ese modo hacia ella.

—¡Tenéis terminantemente prohibido salir de vuestros aposentos durante la noche! —exclamó quedándose a una distancia prudencial de ella.

—¿Y puedo saber la razón? —respondió cruzándose de brazos.

No le molestaba la prohibición en sí, sino las posibles razones por las que lo hacía.

—¡Es una orden! ¡Y con eso basta para que obedezcáis! —exclamó fuera de sí y dando por hecho que estaba acostumbrado a que los demás le obedecieran sin reclamo alguno.

—¿Es una orden?, ¿En eso consistirá ser vuestra esposa?, ¿En obedeceros? —inquirió encarándose a él.

—¡Si!, ¡Maldita sea!, ¡Por supuesto que sí! —bramó exasperado y dándole la espalda como si necesitara inspirar aire

para calmarse antes de decir algo de lo que más tarde se arrepintiera.

Catherine apretó los labios en su deseo de responder que podría irse al diablo. ¿Para qué le había dicho antes de marcharse que deseaba más que una esposa?, ¿Por qué le había dado aquel aliento de esperanza cuando estaba claro que lo único que esperaba de ella era lealtad y obediencia? Ni siquiera le había preguntado cual era el motivo para estar fuera de su habitación. O porqué razón se había alejado de allí. Estaba claro que no le importaba lo que ella pudiera o no sentir, sino lo que él deseaba.

—Me ha quedado claro —dijo caminando hacia una de las esquinas de la habitación porque era el punto más alejado de Nikolai, como si poner distancia entre ellos fuera el escudo de seguridad que necesitaba en esos momentos.

—En ese caso, no quiero que volváis a acercaros a Aleksei. ¿Lo habéis entendido? —Su respiración era agitada y sentía aún aquella ira fulgiendo en su interior con la necesidad de romper algo.

—Perfectamente, su majestad —contestó Catherine sin siquiera mirarle, sino reprimiendo aquella emoción que la embriagaba y negándose a derramar una sola lagrima en su presencia.

¿Para eso había esperado anhelante el regreso de su esposo?, ¿Por ese motivo se había desvivido cada día en aprender a colmarle de placer para hacer que se fijase únicamente en ella y creer que de ese modo podría amarla? Había sido una ilusa, crédula e ingenua al pensar que existía tal posibilidad. Comenzaba a pensar que la única razón por la que el emperador la había elegido, era simplemente por su inexperiencia y la facilidad que tendría de lograr su obediencia. Ni siquiera quería conocerla o saber cuáles eran sus inquietudes, el motivo real por el que estaba fuera de su habitación o porqué precisamente había acudido a su alcoba.

Catherine escuchó como cerraba la puerta que comunicaba su habitación con la suya de otro golpe y acto seguido se sentó sobre el

lecho y acabó hundiendo el rostro sobre la almohada sintiendo la necesidad de gritar para sacar aquella opresión que la ahogaba.

Solo quería su obediencia. En todo. Estaba claro que aquello también incluía el lecho.

Capítulo 20

Aquella mañana Catherine fue a ver a su pequeño como siempre hacía cuando despertaba y le sorprendió encontrar a Nikolai con Alexandr en sus brazos.

El pequeño estaba despierto y había empezado a moverse de forma inquieta.

—Buenos días, su majestad —dijo de un modo correcto y cordial en el que dejaba claro que mantenía las distancias.

Decir que había conciliado el sueño después de lo ocurrido sería una mentira a medias, ya que, a pesar de tener los párpados cerrados, le fue imposible dejar de pensar en lo sucedido y en el modo que Nikolai se había dirigido a ella.

—Buenos días —contestó escuetamente mientras trataba de mover al pequeño para calmarlo sin que diera resultado.

—Tiene hambre, siempre se alimenta a esta hora —dijo Catherine arrebatándoselo de las manos y dirigiéndose al sillón en el que siempre se sentaba conforme se desanudaba los cordones de la camisa para ofrecerle su pecho.

—Ha crecido mucho desde que me fui —dijo Nikolai sin poder apartar la mirada de aquella imagen.

—Es un niño sano y fuerte —respondió Catherine mientras acariciaba con sus dedos la cabecita del pequeño que se había calmado enseguida al succionar del pezón.

—He sido informado de ello por Ivan, al igual que ha insistido en que dejéis de amamantarlo vos misma y deleguéis esa tarea únicamente a la nodriza. Por vuestra propia salud y bienestar de la corona.

—¿También me vais a prohibir que alimente a mi hijo? —exclamó alzando la mirada para retarle.

Ya había tenido que renunciar a darle el pecho mucho más de lo que desearía por sus obligaciones, no estaba dispuesta a ceder aún más.

—Si debo pensar por el bien de la corona, lo haré —contestó con cierta solemnidad.

—Cumplo con mis obligaciones, así que no veo en que modo pueda afectar en ello a la corona —respondió con altivez.

—Os debilita —afirmó Nikolai—. Y os impide volver a concebir otro hijo.

Catherine no supo en aquel momento que significaba aquello. ¿Realmente dar el pecho a su hijo imposibilitaba la concepción de otro heredero?

—Jamás he visto a mi madre débil y nos amamantó a mis hermanos y a mi. No he faltado ni un solo día a mis obligaciones, ni he enfermado en todo este tiempo, ¿Por qué debo creer lo que decís? —exclamó con ímpetu—. Voy a seguir alimentando a mi hijo mientras pueda os guste o no, porque a diferencia de lo que opine vuestro médico, la corte o vos, es mi sangre, mi carne y mi derecho como su madre y como emperatriz de este reino.

—Podéis llamarlo sangre, carne o derecho, pero respondéis ante mí, y, por tanto, seré yo quien tenga la última palabra en esta cuestión.

Vio como el emperador se marchaba sin decirle exactamente si le prohibía o no continuar alimentando a su hijo y, por algún motivo Catherine pensó que a pesar de haber destruido el muro que les impedía comunicarse pensando que podrían establecer una conexión, ahora existía otro muro aún más infranqueable que el anterior y al que sentía que no podía hacer frente.

***

Nikolai había tratado de concentrarse en sus quehaceres. Tras dos meses fuera de palacio, había demasiadas cuestiones que debía revisar, presupuestos que requerían su aprobación y numerosas determinaciones que objetar.

Los impuestos estatales y su recaudación suponían una de las cuestiones más importantes y su supervisión requería un control exhaustivo y preciso, así como los presupuestos que se asignarían después.

—Tiene una reunión dentro de una hora con el procurador general del sínodo para la construcción del nuevo monasterio en Peipus, su majestad.

—Avísame cuando llegue y haz que le lleven al salón de recepciones —contestó sin levantar la vista.

—Así que el procurador general puede tener una reunión con el zar y el generalísimo, no —anunció Aleksei adentrándose sin permiso y sin ser anunciado en el despacho de su primo.

—Creí dar una orden clara de que no quería ser molestado por tu persona —contestó Nikolai sin molestarse en mirar a su primo.

—¡Oh, vamos! No creí que fuese en serio lo de enviarme a la otra ala de palacio, ¡No se usa desde hace treinta años! ¡Habría preferido que me desterraras!

—Agradece que aún conserves tu cargo, porque estoy pensando revocarlo y ofrecérselo a Ivanov —contestó sin sentir una pizca de arrepentimiento por su decisión.

Escuchó el resoplido de Aleksei mientras se dejaba caer sobre uno de los sillones que él mismo apenas usaba porque siempre estaba en la butaca que había tras la mesa llena de documentos por revisar.

—Ni siquiera puede verse los pies con tremendo barrigón, ¿Esperas que ponga firmes a tus hombres en sus entrenamientos? Y todo por unos celos infundados —refunfuñó espatarrado en aquel sillón y Nikolai le observó a aquella distancia sin evitar rememorar la

imagen de su esposa prácticamente desnuda frente a su primo, que reía como si entre ellos se hubiera forjado algo más que una amistad.

La idea de que las manos de Nikolai tocaran el cuerpo de su esposa le provocaba una renovada sensación de posesividad sobre ella.

—Te conozco lo suficiente para saber que ni enviándote al ala de palacio mas lejana de la nuestra te resistirías. Por eso le he prohibido a mi esposa acercarse a ti —dijo tranquilo.

Aleksei se echó a reír como si aquello fuera algo gracioso y se levantó para dirigirse hacia la mesa de su primo, apoyando ambas manos en la madera y dejándose caer para acercarse a su mejor amigo.

—No voy a negar que anoche bebí un poco más de lo habitual, tampoco se me puede culpar cuando había tanto que celebrar —comenzó con pasividad—, pero jamás cruzaría esa línea con tu esposa Nikolai —afirmó con seriedad—. Y ella tampoco lo haría, ya puestos.

Se irguió siendo consciente de que tenía la atención de Nikolai.

—Si es un vano intento para que te devuelva a tus aposentos, no funcionará. Te quiero lejos de ella. ¿Queda claro?

Aleksei se cruzó de brazos y miró fijamente a su primo.

—Apártame cuanto quieras, pero hay cientos de caballeros ahí afuera que intentarán acercarse a ella como sea y no se detendrán. Ella es una beldad, tú mismo caíste bajo su embrujo, y cada hombre que reside dentro y fuera de estos muros, lo ha visto. ¿Por qué no te preguntas que razón tenía para abandonar sus aposentos en mitad de la noche en vez de creer que podría serte infiel con el primero que se cruce en su camino?

—¿A qué te refieres? —preguntó impaciente Nikolai sin saber si ella podría haberle contado algo que él desconocía.

—Dijiste que sería ella o ninguna, ¿no? Pues quizá deberías saber la respuesta. Es tu esposa Nikolai, puede que solo exijas que

cumpla sus obligaciones, pero ella esconde mucho más de lo que aparenta.

Nikolai permaneció pensativo más tiempo del que había imaginado cuando su ayudante personal le comunicó que el procurador había llegado antes de tiempo y que el servicio se encontraba atendiéndole mientras aguardaba su presencia.

—¿Sabe donde está mi esposa en este momento? —Le preguntó a Serguéi.

—Desconozco su agenda, su majestad, pero probablemente haya regresado de la capilla y esté reunida con algunos miembros de la corte. Su familia parte en dos días y ha preferido restar en palacio mientras tanto para pasar junto a ellos la mayor parte del tiempo.

—Hágala venir a mi despacho en cuanto le sea posible, hay algo de lo que debo tratar con urgencia.

—Debe reunirse con el comité de comercio exterior en cuanto acabe con el procurador, su majestad.

Nikolai se llevó una mano a la cabeza, cierto dolor persistía debido a la falta de sueño y sabía que su jornada sería lo suficiente larga para reconocer que ese dolor incrementaría.

—No me importa, avísame cuando ella venga.

Catherine había desayunado y pasado gran parte de la mañana junto a su familia, a excepción de la misa que se celebraba en la capilla cada mañana y de la reunión en la que se encontraba en aquellos momentos junto a sus damas y directora de su séquito sobre su próxima visita a varios orfanatos a las afueras de la ciudad.

—Enviad un carruaje mañana mismo con viandas. Que no falte harina de trigo, miel, frutas y manteca —mencionó pensando en las necesidades de aquellos pequeños—. Que incluyan jabón, ungüentos y medicinas —añadió recordando las ocasiones en las que ella misma había ayudado a su madre a realizar colectas para enviar a los más necesitados.

—Por supuesto, su majestad —apuntó la directora.

—Y juguetes… ¡Muchos juguetes! —exclamó sonriente viendo las miradas de reticencia advirtiendo sorpresa—. ¿No llevan juguetes? —inquirió sin saber si su propuesta era descabellada, pero… ¿Que niño no tenía juguetes en su infancia?

—La corona no lo considera estrictamente necesario, su majestad.

—¿La corona o el zar? —inquirió ella.

—El presupuesto destinado a los orfanatos es limitado, no puede incluir alimentos innecesarios o material inadecuado.

—¿Están diciéndome que esos niños jamás han visto un juguete? —inquirió anonadada.

—Viven de las donaciones y caridad, la corona ya hace demasiado por ellos —mencionó una de las damas.

¿Demasiado?, ¡Eran niños!, ¡El futuro del pueblo!, ¿Como es posible que se considerase su infancia tan terrible? Quizá no sabría como gestionar una corte o comportarse como emperatriz, pero ella misma había donado sus propios juguetes a orfanatos cuando era pequeña.

—No estoy de acuerdo —zanjó de forma tajante y en ese momento alguien llamó a la puerta del saloncito en el que estaban reunidas, reconociendo de inmediato el rostro del ayudante personal de Nikolai.

Tanto sus damas como ella aguardaron a que se acercara y lo hizo con prudencia, dirigiéndose expresamente hacia la emperatriz.

—Su majestad imperial desea verla —dijo en un tono afable.

Era la primera vez que el zar requería de su presencia. A pesar de que no habían pasado demasiado tiempo juntos en palacio dadas las separaciones que habían sufrido a lo largo de aquel año que llevaban casados, lo cierto es que únicamente había visto a su esposo en salones rodeados de otras personas o en su propia alcoba.

—¿Ha mencionado de que se trata? —preguntó Catherine indecisa.

¿Que motivo podría tener Nikolai para citarla? Más aún cuando habían discutido la noche anterior y su dinámica había sido la misma esa mañana. ¿Habría hablado de nuevo con el médico de la corte?, ¿Le habría insistido en que dejara de alimentar a Alexandr y no podía esperar para hacer tal prohibición?

El ayudante de su marido la hizo entrar en el despacho de Nikolai comprobando que él no estaba allí, ¿Por qué la citaba si ni siquiera él mismo se encontraba? Se detuvo a mirar en detalle cada mueble, cuadro y alfombras que habían sido dispuestas en aquel lugar espacioso, en el momento que se acercó a la mesa para ver que dentro de todos aquellos documentos existía un orden riguroso, escuchó que la puerta se abría y se cerraba, sintiendo que había sido descubierta mientras fisgoneaba las cuestiones privadas de su esposo.

—¿Por qué estabais anoche en la terraza prácticamente desnuda? —preguntó abruptamente sin rodeos, como si no tuviera tiempo para discutir ese asunto.

A Nikolai le había sido imposible concentrarse en su conversación con el procurador, de hecho, le había dejado hablar durante todo el tiempo fingiendo que tenía toda su atención cuando no dejaba de pensar en las palabras de su primo.

—No sabía que alguien podría estar allí, mucho menos Aleksei —contestó con pasividad, a fin de cuentas no tenía nada que ocultar.

—No estoy preguntándoos lo que sucedió, sino el motivo para que abandonaseis vuestra alcoba.

Catherine apartó un instante la mirada como si sintiera que él podría ser capaz de leer a través de sus ojos sus verdaderos sentimientos.

—Os dije que me había desvelado, pensé que el frescor de la noche podría servirme para conciliar el sueño —mintió de nuevo solo para no admitir una realidad lacerante; que él no la deseaba en su lecho.

—No —rectificó Nikolai acercándose—. Me dijisteis que escuchasteis un ruido y por eso mismo fui a vuestros aposentos para asegurarme de que estabais bien y no corríais ningún tipo de peligro, pero no os encontré en vuestro lecho.

—¿A donde queréis llegar con todo esto? —exclamó Catherine sin comprender el punto en cuestión.

—¿A donde quiero llegar? ¡A que lo primero que pensé cuando nos os vi en vuestros aposentos era que estabais en peligro! Y después, cuando os encontré junto a Aleksei ¡Pensé que el único motivo por el que entrasteis en mi lecho era para aseguraros de que podríais acudir furtivamente a vuestro encuentro!

—¿Acudo furtivamente a un encuentro después de despertaros? —ironizó Catherine.

—¡Estabais desnuda! —bramó furioso.

—¡Porque acudí a vuestro lecho!, ¡Porque deseaba estar a vuestro lado!, ¡Sentir vuestro calor!, ¡Y me dejasteis claro que no me deseabais allí! —gritó Catherine fuera de sí.

Nikolai cruzó la distancia que les separaban y acogió entre sus manos el rostro de su esposa.

—¿Creéis que no os deseaba en mi lecho? —jadeó y sintió como ella le miraba fijamente aún con la respiración agitada por su reacción—. La única razón por la que me alejo de vos es porque no podría controlarme estando cerca.

—¿Y quien os ha dicho que debéis controlaros? —gimió ella.

Nikolai acercó su boca a la suya para poseerla con fuerza y ella le respondió del mismo modo como si hiciera suya la misma apetencia. Sus labios se encontraron para fundirse en un deleite que iba mucho más allá de la necesidad mutua por devorarse, sino que implicaba un apetito insaciable por el otro.

Catherine se aferro a él mientras de su garganta profería un sonido agudo que era el resultado de sus gemidos acallados por la forma en la que él tenía de poseer su boca. Ese afán, esa urgencia compartida, convertía cada roce en una súplica muda despertando un incendio difícil de aniquilar entre ambos. El mundo entero podría

desmoronarse en ese instante y, convertirlo todo en cenizas, pero aquella entrega feroz era incapaz de detenerse.

Nikolai la alzó solo para apoyarla sobre la mesa de su propio despacho sin abandonar su boca, ante la necesidad de seguir explorando aquella cavidad al mismo tiempo que su lengua devoraba con destreza la de ella. Catherine aprovechó para remangarse las faldas que le impedían tenerle mucho más cerca de lo que deseaba y él aprovechó aquel gesto como invitación para colar sus manos a través de ellas hasta tocar sus medias y subir rozando con su piel sus dedos hasta la apertura que había en su prenda interior tocando de ese modo el calor de su carne en su punto más sensible.

—Mi cuerpo os pertenece… —susurró Catherine—. Hacedme vuestra sin clemencia.

Ella se deshizo en su boca ante el contacto abrazándose con más fuerza a él, mientras no dejaba de besarle hasta que los movimientos en sus dedos comenzaron a martirizarla ante la búsqueda de esa fricción con su propio cuerpo.

—Sois mía —jadeó Nikolai acercándose a su oído y mordiendo levemente el lóbulo de su oreja—. Únicamente mía.

—Sí… —gimió ella—. ¡Sí! —volvió a decir mientras estaba cada vez más cerca de experimentar lo mismo que había sentido la noche anterior.

Como si aquello no fuera aún suficiente, metió sus manos bajo la cintura del pantalón de él y rápidamente apartó las manos de ella para ayudarla con aquella tarea, en cuanto lo hizo, Catherine le empujó para que se sentara sobre la silla de su escritorio y ante su atenta mirada se colocó sobre él a horcajadas, guiándole hasta la abertura de sus calzones y sentir como la carne se abría paso entre sus pliegues acogiéndole con destreza.

Aquel torbellino interior comenzó a volverse un huracán de dimensiones gigantescas en el que sentía la necesidad de desatar toda su furia. Catherine notaba las manos de él guiándola en aquel movimiento fulgente en el que ambos parecían haberse perdido y abandonado al placer carnal.

Nikolai volvió a besarla mientras percibía el movimiento de su esposa sobre él y apretaban con fuerza sus nalgas provocando que ella gimiera en su boca. La alzó levemente para después empujarla contra él sintiendo como acogía su carne y pensando que iba a deshacerse allí mismo ante la intensidad de lo que ella le hacía sentir.

Era suya. Únicamente suya. Y saber que ella le deseaba del mismo modo solo incrementaba aquella particular sensación de posesividad que le provocaba.

Sintió como Catherine gemía en su boca presa de su propio placer y la sujetó con firmeza conforme alzaba las caderas para hundirse con mayor bravura. Jamás había perdido la compostura, razón o formalidad de aquel modo y menos aún, irrumpido sus propias obligaciones, pero desde el primer momento que la había visto, supo que la intensidad con la que deseaba a esa mujer distaba mucho de la normalidad o de cualquier otra que hubiera conocido a lo largo de su vida.

—Sois infinitamente bella —gimió mientras se deleitaba viendo como ella volvía a mover las caderas para hundirse sobre él y tuvo que contener la idea de alzarse con ella y poseerla sobre la mesa de su escritorio sin piedad, sin clemencia como ella le había pedido.

—Me halagáis con vuestras palabras —gimió Catherine acortando la distancia para volver a besarle—. Y deseo que calméis el fuego que hay dentro de mí y que arde cada vez que estoy a vuestro lado.

Nikolai sonrió en sus labios y se alzó con ella para dejarla de nuevo sobre la mesa y esta vez no tuvo piedad ninguna, la poseyó con rudeza mientras escuchaba como ella gemía y exigía con su boca que incrementase aquel ritmo hasta que ambos cedieron a la locura del placer dejándose arrastrar por ese torbellino.

La respiración agitada de Catherine mientras aún sentía el cuerpo de su esposo pegado a ella sin que sus manos se apartaran de sus nalgas, les trajo a una realidad en la que parecía que ambos

se habían dado cuenta del tiempo y lugar en el que se habían abandonado a aquel salvajismo del que los dos cayeron presos.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Nikolai aún sin apartarse de ella—. He sido demasiado… hosco. No debería haberos tomado aquí, de este modo tan…

Catherine se apartó levemente para poder ver los ojos azules de su marido.

—¿Poco convencional?, ¿Indómito? —exclamó ella acabando su frase.

—Primitivo —aclaró él apartándose de ella para colocarse bien su uniforme.

Sus lecciones con aquellas dos cortesanas fueron breves, pero sabía que los instintos carnales más profundos de un hombre que no eran complacidos por su esposa, los buscaría en su amante, en una mujer como ellas donde satisfaría esos deseos salvajes.

Y tenía muy claro que ella pensaba ser su esposa, pero también esa amante que cumpliría cada uno de esos deseos primitivos y salvajes.

Capítulo 21

Las estancias destinadas a sus padres y hermanos eran un completo bullicio mientras las doncellas de su madre recogían enseres y los guardaban meticulosamente en los baúles para que no sufrieran ningún destrozo durante el viaje en barco. Partirían al alba con las primeras luces y a pesar de que aún no se habían marchado, ya les echaba en falta, incluso más aún que la primera que se quedó a solas y aún no hablaba el ruso.

—Padre, ¿Puedo hablar un momento contigo? —preguntó Catherine aprovechando que su madre no dejaba de hacer carantoñas al último miembro de la familia como si deseara tenerlo consigo todo el tiempo posible antes de su partida.

—Por supuesto, hija. Soy todo tuyo —contestó mientras le señalaba una butaca que había a su lado.

A diferencia de su madre, su padre permanecía relajado, como si el hecho de enfrentarse a un viaje por mar durante una semana fuera algo trivial.

—Sé que es una cuestión que no me corresponde, pero… ¿Entregaste mi dote al zar? —preguntó con convicción.

—Las circunstancias de tu matrimonio fueron muy diferentes a como estamos acostumbrados, así que en la propuesta no estaba implícita tu dote, el zar tampoco la reclamó, pero la dispuse al completo en una cuenta de San Petersburgo.

Catherine sonrió.

—¿Puedo disponer de ese dinero? —preguntó con un tono agudo que dejaba entrever un plan oculto.

—Está a vuestro nombre, así que diría que si, pero… ¿Para qué necesitas ese dinero? El monarca debería cubrir todos tus gastos.

—Lo hace, padre. No es para mí, sino para caridad. Quiero poder hacer algo por mí misma para el pueblo.

Su padre pareció relajar el semblante y emitió una leve sonrisa.

—Mejor no pregunto lo que planeas hacer, pero escribiré al intendente de casa real para informarle que puedes disponer de tu propia dote según te plazca. Él te ayudará con todas las gestiones que desees hacer.

—¡Gracias, padre! —exclamó mientras saltaba de su asiento y le abrazaba sintiendo que este respondía del mismo modo.

Había estado pensando en aquello poco después de su encuentro con Nikolai y de la firme decisión sobre hacer lo que creía correcto. Incluso en la posibilidad de usar algunas de las joyas que había en el joyero imperial, pero era consciente de que nada de aquello le pertenecía realmente. Puede que le hubieran recalcado que eran sus joyas, pero siendo sincera consigo misma, no sentía que nada, ni siquiera aquellos recargados vestidos, realmente le pertenecieran. Quería una opción que no supusiera pedir dinero a la corona, ni que saliera de las arcas reales, no quería, bajo ningún concepto, que se le pudiera acusar de utilizar ese dinero para algo que la corona no permitía. Por eso pensó en su dote, en un dinero que le pertenecía por derecho y que, como intuía, Nikolai no había utilizado ni reclamado.

Se quedó junto a sus padres hasta bien entrada la noche, despidiéndose de ellos al saber que cuando se despertara, ya se habrían ido y le entregó una carta a su hermana, para que pudiera dársela en su nombre a lady Diane, augurándole toda la felicidad posible en sus nupcias.

En el momento que dejó a Alexandr en su habitación bajo la atenta mirada de dos damas que pertenecían a su custodia, se alejó para buscar descanso en su alcoba sintiendo que no podía soportar ni un minuto más aquel corsé que cada mañana estrechaban con mayor firmeza para recuperar la esbelta cintura que poseía antes de estar embarazada. Esa misma mañana su doncella le había dicho que solo le faltaba una pulgada y media y solo podía pensar en el momento que no tendría esa presión durante todo el día sintiendo que desfallecería en cualquier instante.

No esperó a que una de sus doncellas la asistiera, sino que comenzó ella misma a desanudar las lazadas del corsé aún antes de quitarse todas las prendas y cuando sintió el confort de aquella ligereza se dio cuenta de que habían instalado la bañera en su habitación y había brasas en la chimenea calentando cubos de agua.

—El zar imperial ordenó que prepararan el baño para su majestad —dijo una de las doncellas que permanecía al otro extremo colocando todo lo necesario para que pudiera darse ese baño.

—¿Mi esposo lo ordeno? —preguntó extrañada.

Había estancias destinadas únicamente a tomar el baño, ¿Por qué había pedido que llevasen la bañera a su alcoba?

—Dijo que lo necesitaría —mencionó acercándose hasta ella y ayudándola a desvestirse por completo.

El agua estaba templada, la mezcla perfecta de calor y frío para que resultara refrescante sin que fuese un gran contraste. No prestó atención mientras la doncella recogía todas sus prendas hasta que la escuchó hablar de nuevo y divisó la figura de Nikolai en el centro de su habitación.

Volvía a lucir un pantalón de lino y absolutamente nada en la parte superior, dejando a la vista aquel cuerpo fibroso como resultado del entrenamiento y la cabalgata diaria que ella sabía que realizaba cada mañana.

—Puede marcharse. Atenderé personalmente a la zarina. —La voz de Nikolai era tan ruda y grave que la doncella hizo una reverencia y salió de forma apresurada como si la hubiese reprendido por algo.

Catherine se dejó caer sobre la bañera sin dejar de observar a su esposo. No sabía si la doncella habría huido al ruborizarse por el aspecto del zar o por la insinuación y el tono de voz que sugerían sus palabras.

—¿Vais a atenderme vos mismo? —preguntó viendo como él se acercaba hasta la bañera y se arrodillaba para estar a su altura.

—¿Tenéis alguna objeción o creéis que no sabría hacerlo? —exclamó evidenciando una sonrisa.

—Quizá solo me sorprende que el gran zar imperial quiera atender en lugar de ser atendido —reveló incorporándose hacia delante para acortar la distancia que había entre ellos y acercarse lo suficiente para que sus labios fueran una tentación.

Aún recordaba el fulgor que les había consumido esa misma mañana en su despacho, donde él le había confesado que la deseaba fervientemente y, aunque no habían podido hablar detenidamente después de su encuentro, necesitaba descubrir que era lo que él sentía por ella.

—Aunque goce de privilegios, soy un siervo de mi país y de mi pueblo. Nací para servir, aunque no en el modo más figurado de la palabra —advirtió cogiendo la pastilla de jabón y untándola en el paño ya impregnado con algunos aceites esenciales.

—¿Alguna vez habéis sentido que os pesa demasiado la corona? —preguntó al percibir que se había creado una complicidad hasta ahora inexistente entre ellos.

Nikolai apartó la vista para dejar el jabón en la misma banqueta desde donde lo había cogido y pensó en que a lo largo de toda su vida, nadie le había preguntado aquello.

—Nací para ser el zar, me crié con esa certeza como lo hará mi primogénito. No existe lugar para un pensamiento que no sea el del deber y el sacrificio —contestó antes de colocar el paño en el

hombro de su esposa para tocar la suavidad de su piel con las puntas de sus dedos.

—¿También son palabras que diría el hombre que hay tras el monarca imperial? —insistió Catherine.

—No hay tal diferencia, soy ambos en una misma persona —aseguró rápidamente.

Catherine apartó la vista ante aquella drástica respuesta mientras él continuaba paseando aquel paño sobre sus hombros e iniciaba un descenso hacia su espalda. Ella se giró para facilitarle el acceso quedando completamente a espaldas de él, quizá porque no deseaba que viera su rostro cuando le diera la siguiente respuesta.

—Si no hay diferencia, ¿Significa que el único motivo por el que estáis aquí es para concebir otro hijo?, ¿Quien me desea no es el hombre, sino el zar?

Aquellas preguntas desestabilizaron por completo a Nikolai. Él jamás había tomado una decisión propia que no fuera por el bien de la corona, asumiendo que sus obligaciones se debían únicamente al bien de su pueblo. Su educación estricta le había enseñado disciplina, medir cada movimiento, palabra, gesto y decisión.

Hasta que apareció ella.

Ella y sus ojos verdes que le miraban con aquel fuego en su mirada. Ella que provocó que realizase el único gesto egoísta escudándose en la necesidad de tener un heredero. Ella que aún seguía martirizando sus pensamientos porque era incapaz de imaginarla sin desearla al mismo tiempo.

Le había confesado que quería más que una esposa y precisamente ella provocaba lo que había deseado encontrar en su consorte. El anhelo por acudir a su encuentro, por estar junto a ella, porque a pesar de desear su lealtad y obediencia, el desafío que desprendía le parecía una brisa fresca en aquellas noches templadas. Ella era el espacio de libertad dentro de aquellos muros, algo que realmente le pertenecía solo a él cuando ni siquiera él mismo se pertenecía.

—El único motivo por el que debería estar aquí es el de que concibáis otro hijo —Catherine sintió como el paño volvía a subir a su nuca y rodeaba su garganta para bajar lentamente por su escote —, pero lo cierto es que os deseo con fervor —afirmó obligándola a inclinarse hacia atrás mientras sentía sus labios rozando su oreja y apreciando la respiración agitada de Nikolai.

Catherine sonrió para sí misma mientras dejaba que sus manos continuaran recorriendo su cuerpo conforme sus labios se acercaban lentamente a los suyos.

—¿Un fervor que abrasa y que implora si se le niega el fuego o que toma lo que desea sin pedir permiso?

Nikolai abandonó el paño y descendió con sus dedos libres acariciando su piel mientras su mano se perdía bajo el agua hasta llegar al centro de su entrepierna y rozar su carne tibia sintiendo como se estremecía en un gemido que trataba de contener. Eso lo enloqueció, era como si saber que su simple roce provocaba en ella aquella reacción inmediata incrementara precisamente ese ferviente deseo que sentía hacia su esposa.

—Jamás he implorado por algo —jadeó rozando sus labios y ella gimió cuando sintió como los dedos de él se adentraban en ella con delicadeza.

Catherine pensó que aquella respuesta era propia de un monarca, alguien que jamás habría debido pedir por nada, sino que más bien eran los demás los que acostumbraban a implorar desde su perdón hasta su bendición.

—Es cierto —gimió inclinando la cabeza y rozando la comisura de sus labios—. Vos solo dais ordenes. —Su tono era de seriedad, pero al mismo tiempo cargado de sensualidad—. Como que preparen en mi alcoba el baño en lugar de tomarlo en la estancia designada para ello.

Nikolai sonrió reprimiendo las ganas de apoderarse de su boca, pero iba a esperar a que fuera ella la que se lanzara hacia sus labios. Necesitaba saber si aquella disposición complaciente en su

esposa y ese ardor que desprendía era real, quizá lo más real que podría haber tenido.

—Os deseo únicamente para mí —insistió él aumentando el movimiento de sus dedos y provocando que ella gimiera a pesar de morderse el labio—. Toda la noche. Así que es posible que deseéis más de un baño cuando sintáis que ardéis bajo mis manos…

Catherine no pudo resistir un solo instante más y se abalanzó sobre sus labios, como si la idea de pensar que él la deseaba de aquel modo hubiera sido más que suficiente para bajar cualquier tipo de defensa. Era débil. Demasiado frágil en su presencia. Y comenzaba a darse cuenta de que, aunque no le conociera, aunque a veces se mostrara hosco, distante y obstinado, continuaba sintiendo a su corazón acelerarse en su presencia, aquel palpitar en su estómago que se incrementaba cuando la tocaba y el inconfundible fuego cuando comenzaba a otorgarle ese placer que la convertía en una versión desinhibida de ella misma.

Sintió la respuesta de Nikolai súbitamente en su boca cuando adentró su lengua para entrelazarla con la suya y percibió la misma necesidad carnal que había sentido esa misma tarde en su despacho. La pasión arrolladora en el modo que tenía de poseer su boca al mismo tiempo que le otorgaba placer con sus manos lograba un palpitar en su estómago que crecía buscando la liberación.

Su cuerpo se arqueó instintivamente, atrapado entre la bañera y el pecho de él, cediendo a un impulso tan primitivo como irrefrenable. Nikolai murmuró algo contra sus labios, ininteligible, pero lleno de urgencia, como si pronunciar su nombre fuera un acto de fe. Sus dedos, firmes y conocedores, trazaron el contorno de su cintura con una devoción feroz, como si buscara memorizar cada línea, cada curva, antes de perder el control por completo mientras que con la otra mano se adentraba en ella con un ritmo devastador.

Sintió la urgencia de él cuando deslizó su cuerpo completamente empapado fuera de aquella bañera para dejarla sobre la alfombra, sintiendo el frescor de su cuerpo en contraste con la calidez que Nikolai desprendía cuando se colocó sobre ella. Se adentró con urgencia. Con necesidad. Con un ansia que podía

atisbar en sus ojos oscurecidos como si ya hubiera aprendido a comprender el momento en el que el hombre ganaba la batalla al zar.

Capítulo 22

En el momento en el que Catherine abrió los ojos aquella mañana, descubrió que todo estaba en penumbra. Palpó instintivamente el lecho hacia el lado opuesto en el que se encontraba y sintió el vacío en el lugar que había estado Nikolai antes de quedarse dormida. No había rastro de él. Era evidente que se había marchado a su alcoba en cuanto se quedó dormida, pero aquella había sido la primera vez que su esposo no se había marchado tras tomarla. No. Había permanecido en su habitación mientras bebían, se miraban en silencio y volvían a amarse hasta en cuatro ocasiones. Ni siquiera recordaba en que momento le venció el sueño, pero sí que lo hizo entre sus brazos. Unos que ahora no estaban.

Dos doncellas llegaron poco después de que tirase del llamador y una tercera apareció con una bandeja que traía varias viandas, entre ellas, la leche caliente especiada que tomaba cada mañana.

—Si su majestad se encuentra descansada, puede proseguir con su agenda como estaba programada.

Catherine dirigió su vista hacia el reloj de bronce que estaba situado sobre una de las cómodas y comprobó por sí misma que había perdido más de media mañana. ¿Por qué no la habían despertado como hacían cada mañana?

—¿Por qué nadie me ha despertado?, ¿Mi familia se ha marchado ya?, ¿Ha zarpado su barco como estaba programado?

—Su majestad imperial ordenó que no la molestáramos. Los duques de Sylverston, lady Linette y el marqués de Riverston salieron del puerto rumbo a Inglaterra tal como estaba previsto.

Que llamaran a su hermano Daniel marqués de Riverston se le hacía de lo más extraño, pero al fin y al cabo era un título de cortesía hasta que se convirtiera en lord Sylverston, duque de Sylverston a la muerte de su padre. Algo para lo que esperaba que pasara mucho tiempo.

—Muy bien —afirmó sintiendo un vacío extraño dentro de ella ante la certeza de no saber cuando podría volver a verles.

Quizá aquella fuera la temporada decisiva para Linette y anunciara muy pronto su compromiso, eso sería una razón de peso para poder visitar su tierra natal.

—El intendente Polovich ha solicitado una audiencia privada con su majestad —citó Sofía llamando su atención y recordando la conversación con su padre la tarde anterior.

—Concertad la audiencia lo antes posible —decretó mientras se sentaba frente a la bandeja que le habían servido en una de las mesitas donde acababan de retirar el cáliz de vino y las copas que ella misma había degustado con Nikolai mientras veía a Sofía realizar un movimiento de mano a otra de sus damas de compañía que abandonó súbitamente la alcoba—. ¿Mi esposo está aún en palacio? —preguntó queriendo conocer el paradero del zar.

—Su majestad imperial partió esta mañana hacia las afueras de San Petersburgo.

¿Sería esa la razón por la que se habría marchado antes de que ella despertara?, ¿Habría dormido en su alcoba? Quizá lo descubriría esa misma noche cuando volviera a verle y, la idea de que entre ellos las cosas comenzaran a funcionar de un modo cómplice, aliviaba la lejanía de su familia.

Puede que dentro de poco fuera su aniversario de boda, pero tenía la sensación de que no conocía al pueblo ruso, tampoco a su

marido y mucho menos aún aquellas costumbres tan contrarias a las que estaba habituada. Ni siquiera se sentía identificada con aquel modo de vestir tan recargado que la hacían sentir mucho mayor de la edad que tenía, como si durante todo aquel tiempo, su identidad hubiera sido mermada a causa de su falta de comunicación.

El intendente Polovich era mucho más joven de lo que había imaginado y, sorprendentemente apuesto. No es que se hubiera creado una imagen de la persona a la que tendría que dirigir sus encargos, pero por alguna razón había pensado que sería alguien de la edad de su propio padre en lugar de la de su propio esposo.

—Su majestad, si he entendido bien. ¿Desea que utilice el dinero que el duque de Sylverston dispuso como su dote para obras benéficas y, además que lo haga con discreción sin que nadie en la corte se de cuenta?

—No estoy diciendo que deba ocultarlo, simplemente no debe mencionarlo —arremetió con firmeza y los ojos grisáceos del intendente Polovich la escrutaron.

—Porque sus acciones van en contra de la corte imperial. —A pesar de sus palabras, Catherine apreció que no mostraba hostilidad sino que parecía más bien sorprendido.

—Si la corte imperial decreta que no es conveniente, no pienso rebatirlo. No estoy haciendo uso del dinero del zar, ni de sus súbditos, sino del mío propio.

Catherine apreció la sonrisa del intendente y tuvo que admitir que era realmente atractivo, aunque al igual que Aleksei, no le provocaba el mismo efecto que había logrado Nikolai con solo una mirada.

—Una zarina extranjera que se preocupa por un pueblo que no es el suyo y al que apenas conoce… no seré yo quien rebata sus decisiones, majestad. Cumpliré cada una de sus ordenes con la mayor discreción, ¿Por donde quiere comenzar?

El intendente Polovich se marchó con la única misión de enviar un carruaje lleno de juguetes a cada orfanato de San Petersburgo, pero mientras almorzaba junto a lady Anastasia y otras

damas de la corte entre las que se incluía lady Tatiana y su madre Olga, no dejaba de pensar en una frase que había mencionado el intendente.

—Estáis más callada de lo habitual —mencionó Anastasia.

—Es la ausencia de mi familia, se me pasará en unos días —dijo con una leve sonrisa—. ¿Conocéis al intendente Polovich? Parece un hombre agradable, ¿Sabéis si es de fiar? —preguntó en confianza.

Anastasia dibujó una sonrisa.

—Es muy popular entre las damas, pero aún no ha sucumbido al matrimonio por ilógico que parezca, al igual que el generalísimo, suscita la atención de la corte, puedo asegurar que ha sido amante de unas cuantas esposas de altos funcionarios y es muy discreto —susurró provocando que enrojeciera.

—¿Las esposas tienen amantes? —preguntó en una ignorancia en la que hasta ahora, ni siquiera se había planteado la posibilidad de que una mujer pudiera estar con otros hombres que no fueran su esposo a pesar de conocer que ellos sí lo hacían.

Lady Anastasia prorrumpió en carcajadas llamando la atención de unas cuantas damas que había a su alrededor.

—No todas las mujeres tienen la suerte de casarse por amor, o encontrar placer en el lecho con sus esposos, por eso lo buscan en… otra parte. Te sorprendería la cantidad de hijos ilegítimos que nacen dentro de muchos matrimonios, y ellos ni siquiera lo saben a otros sinceramente no les importa. Has dado a luz al heredero, has cumplido tu parte… ahora podrías buscar tu propio placer en… otro lugar, solo debes ser discreta y no te faltarían candidatos más que dispuestos a complacerte.

Durante un momento no supo qué responder. ¿Tener una aventura?, ¿Con otro hombre que no fuera Nikolai?, ¿Por eso él se había enfurecido de ese modo al verla cerca de Aleksei?, ¿Había pensado que ella buscaría el placer en el lecho de su primo?, ¡Oh, Dios!, ¡Por eso le había prohibido acercarse a él!

Enrojeció al imaginar los pensamientos de Nikolai sobre ella y sintió al mismo tiempo que sería incapaz de hacer algo así.

No le interesaba el intendente. Ni Aleksei. Ni ningún hombre que no fuera Nikolai. ¿Como podría otro hombre provocarle lo que suscitaba en ella su propio esposo? Imposible. Aquel palpitar, temblor de piernas y sentir que cada parte de su cuerpo le pertenecía era algo que había sucedido desde el primer instante que le vio, incluso desde antes que él hubiera fijado la mirada en ella. Y no se había sentido de ese modo con ningún otro hombre que no fuera el zar.

—No me interesa el intendente Polovich. Al menos no en ese sentido —afirmó finalmente sorprendiendo a Anastasia—, pero si me ha dicho algo que me ha hecho recapacitar. No conozco al que se supone que es mi pueblo, siempre seré una extranjera. La esposa que Nikolai eligió para darle un heredero, pero no son mis raíces, ni mi cultura, ni siento que les entiendo.

—Has cumplido con tu deber, no les debes nada. Pronto te adaptarás a sus costumbres y dejarán de verte como la esposa extranjera.

—No se trata de deber, sino de principios, de actuar por una convicción. No puedo saber qué necesita el pueblo si no conozco al propio pueblo por mi misma.

—¿Qué planeas hacer? —Su sonrisa pícara provocó que finalmente se relajara y esbozara una sonrisa.

—Algo que decididamente está fuera de lugar —admitió amplificando sus labios para que se apreciaran sus dientes.

Si. De las hermanas Sylverston ella siempre había sido la más impulsiva… y puede que eso fuera una completa desventaja en su nueva posición donde lo que más se valoraba de ella era su leal obediencia.

—Es una lástima que mi esposo se haya empecinado en regresar al campo hasta el inicio de temporada, me encantaría poder quedarme para ver que es lo que tienes pensado hacer —sonrió Anastasia cómplice.

—¿No va a contarnos que le hace tanta gracia, lady Anastasia? —preguntó Tatiana con evidente sorna y llamando la atención de todos, incluyendo la de ella que no pudo responder a su amiga.

No había vuelto a tener ningún encontronazo con la prima de su marido desde la última vez que la expuso frente a todas las damas que la circundaban. Tras dos meses sin tener que aguantar su presencia o sus miradas de desprecio, volvía a tener esa piedra clavada en su zapato tras saber que en cualquier momento buscaría venganza al tener el apoyo de los miembros masculinos de su familia respaldándola.

—Los asuntos entre lady Anastasia y yo, no deben ser de dominio público, lady Tatiana —dijo Catherine adelantándose a su amiga—, sobre todo para oídos maliciosos como los suyos.

Por alguna razón, Tatiana no parecía tomarse aquella amonestación de mala manera y eso fue demasiado extraño.

—Tal vez estos oídos maliciosos hayan escuchado ciertos… rumores —sonrió y Catherine notó como algunas de las damas reían tratando de ocultarlo. Tatiana se levantó de su asiento y comenzó a caminar en el lado frente a ella para acercarse mientras provocaba el silencio de la mayoría de comensales—. Quizá su querida amiga no le haya mencionado porqué razón el zar se ausenta cada jueves de palacio, ¿No es cierto? —exclamó con sorna y Catherine observó como Anastasia negaba con la cabeza—. Una vieja costumbre que parece no haber abandonado a pesar de que todos digan que parece haberse prendado de su esposa…

¿De que hablaba?, ¿A que se refería con ausentarse cada jueves de palacio?

—¿Y quien dice que no apruebe tal ausencia? —exclamó con una firmeza que no poseía y que contrarió por completo a Tatiana—. A fin de cuentas, sigo siendo su esposa —secundó como si eso pudiera romper con cualquier murmullo.

Tatiana volvió a sonreír con malicia.

—Solo sois su criadero particular —soltó en inglés para que la mayoría de damas no pudiera entenderla—. Os eligió para acallar al pueblo, no porque os quisiera de verdad. Y lo comprobaréis vos misma cuando esta noche no acuda a vuestro lecho. Preguntadle a vuestra gran amiga porqué no lo hará..

Se marchó antes de que pudiera decir algo y por el gesto de Anastasia supo que no le iba a gustar la respuesta.

—Tú sabes a qué se refiere…

—Ekaterina, tú eres la zarina de Rusia. Eres su esposa. No importa si…

—Qué hace mi marido los jueves, Anastasia. —No era una pregunta, sino una exigencia.

—Dicen que frecuenta una amante a las afueras de San Petersburgo, pero nadie sabe con certeza quien es.

Había sospechado que Nikolai tenía una amante desde el instante en que dejó de visitarla cuando abandonó el palacio de invierno embarazada, pero… que después de la noche que habían compartido decidiera ir a los brazos de esa mujer la repugnaba. Hacía que su estómago se revolviera queriendo vaciar todo su contenido al pensar que, después de amarla en el modo que lo había hecho pudiera desear con más fervor a otra mujer por encima de ella.

—No me importa —mintió apartando la mirada para fijarla en su plato y usando un control que no tenía para obligar a sus ojos a no derramar ni una sola lágrima.

No pensaba llorar por un hombre que a todas luces no la apreciaba. Ni pensaba instigarse por alguien que, claramente no la valoraba. No. Bajo ningún concepto iba a permitir que ese hecho le afectara, pero si que le había dejado muy claro que buscar el amor en los brazos de su marido era un delirio absurdo.

¿Ese era el verdadero motivo por el que se casó con una extranjera?, ¿Quizá Tatiana le habría obligado a desentenderse de esa amante?, ¿Tal vez su prima no habría sido tan permisiva? Alguien joven, ignorante, inexperto como ella no se impondría a su

affair con otra mujer… podría tener ambas cosas; la mujer que realmente amaba y deseaba y el espejismo que mostrar al pueblo, una consorte obediente que llenara la corte de herederos.

«Pues si esa era la verdadera intención de Nikolai Vladimir I, iba a mostrarle cuan obediente, inexperta e ingenua era»

Catherine continuó el resto de la jornada según su agenda establecida, pero sentía una rabia crecer dentro de sí con cada hora que pasaba y sin noticias de que Nikolai hubiera regresado al palacio real. Tras la cena fue como cada noche a las estancias de Alexandr, permaneció junto a él mucho más tiempo del habitual hasta que se quedó profundamente dormido y le dejó a cargo de las nodrizas y damas de custodia. Dejó que sus doncellas la desvistieran, le colocaran el camisón de dormir y se introdujo en el lecho con aquella sensación de irritación quemando su garganta.

No quería creer que fuera cierto. Rogó porque aquella puerta que comunicaba ambas estancias se abriera, él se adentrase en su alcoba y aquellos rumores formaran parte de un pasado muy lejano que no tenía nada que ver con su presente.

No fue así.

Incluso ella misma cruzó ambas puertas para percatarse por sí misma de su ausencia. No había regresado. Pensó en las pocas semanas que había pasado tras la boda de las cuales no recordaba que se hubiera ausentado. ¿Era su empeño de forjar un heredero la causa para dejar de visitar a su amante? Luego la había transferido rápidamente a Oranienbaum como si la sospecha de estar embarazada fuera la excusa perfecta para alejarla. Y, recordaba que incluso las pocas semanas que la acompañó en el palacete, solía ausentarse con frecuencia hasta que simplemente dejó de ir. Todo el palacio sabía el verdadero motivo menos ella, aunque lo hubiera sospechado durante todo ese tiempo. Y ahora que había regresado del frente, que era el primer jueves que pasaba en San Petersburgo, parecía no querer faltar a su puntual cita.

¿Por qué decirle que deseaba mucho más que una esposa cuando era una vil mentira?, ¿Por qué no confesarle que solo

necesitaba a alguien para perpetuar el linaje de los Romanov y de ese modo no alimentar su esperanza? Había visto fantasmas donde claramente no estaban, ella no tendría el matrimonio que idealizó, ni la complicidad que ansiaba en su marido.

Le importó muy poco dejar la puerta de la alcoba de Nikolai abierta y cerró la suya propia de un sonoro portazo. Necesitaba aire fresco con el que llenar sus pulmones y, haciendo caso omiso a su advertencia sobre no abandonar su alcoba en la noche, salió para dirigirse a la misma terraza donde encontró a Aleksei, suponiendo que un segundo encuentro con el primo de su marido era inviable y eso le provocó aún más rabia.

Así que su marido podía tener una amante de la que todos parecían saber su existencia, en cambio ella, tenía un encuentro fortuito con su pariente más cercano y le prohibía volver a dirigirle la palabra solo por unas sospechas sin fundamento. ¿Por qué debía importarle si claramente él estaba más interesado en otra mujer? Centró su vista al frente. En los grandes jardines que se abrían hasta la frontera donde el muro circundaba la entrada principal de palacio, posando su vista más allá, en los faroles que alumbraban las calles, las pequeñas fogatas que permanecían encendidas en una ciudad que dormía… aunque ella estuviera despierta.

Dolía. Esa presión en su pecho no era síntoma de rabia, enfado o furia, era un dolor más profundo y, reconocerlo lo hacía aún más doloroso. Puede que apenas conociera a Nikolai, que hubieran pasado muy poco tiempo juntos, pero le había bastado una sola noche y amarla en el modo que lo hizo para saber que se había enamorado de él y que, a pesar de decirse a sí misma que no le importaba el hecho de que ahora estuviera en los brazos de otra mujer, lo único cierto es que le dolía tanto, que sentía el propio ardor en su corazón quemándose por dentro.

Capítulo 23

El carruaje trotaba por las calles de San Petersburgo para dirigirse hacia el orfanato que tenía programado visitar aquella mañana. En su comitiva viajaba lady Olga, la tía de Nikolai y que hasta ahora se había hecho cargo de aquellas obligaciones al ser el miembro más directo del zar. Al menos agradecía que lady Tatiana no la acompañara, ya era bastante difícil soportar la idea de que Nikolai había pasado la noche fuera para que ella pudiera vanagloriarse de ello aun más. No era la primera vez que visitaba un orfanato, ciertamente había acompañado a su madre en varias ocasiones y no esperaba encontrar una gran diferencia, pero cuando se apeó del carruaje para ver a la comitiva que les recibía, alzó la vista hacia aquellos muros desgastados comprobando que distaba mucho de los recuerdos que ella albergaba.

Aquellas criaturas vestían harapos descosidos. Las paredes estaban llenas de humedades. El olor dentro de las estancias donde se apilaban pequeños catres era casi repugnante y, si hacía tanto fresco cuando apenas estaban dejando atrás los días más calurosos, no quería ni imaginar el frío que pasarían aquellos niños durante pleno invierno. De hecho, dormían apilados para darse calor mutuamente ante la escasez de abrigo. La ausencia de medicinas era abrumadora, casi tanto como la poca comida de la que disponían de no ser por los carruajes que habían enviado. ¿Estaría visitando uno de los orfanatos en peor estado de la ciudad?, ¿Como era

posible que la corona permitiera que aquellos niños crecieran en ese estado tan lamentable?

—Le agradecemos su visita, majestad. Y le damos las gracias por su caridad. Es muy benevolente por su parte pensar en estos pobres niños que no lo merecen —mencionó una de las pocas mujeres que había entre los presentes y que se había presentado como la directora del orfanato tras aquella visita escueta en la que tuvo tiempo más que suficiente para hacerse una idea generalizada de la situación.

Por un momento Catherine creyó que habría escuchado mal, que quizá el modo en el que hablaba la mujer le hizo creer que sus palabras eran erradas, así que obvio aquel cruel comentario que muy probablemente no había tenido lugar y comenzó a preguntar por la situación general del orfanato y el estado de aquellos niños que, a todas luces, vivían en la mayor de las pobrezas.

—¿Que sucede con estos niños cuando abandonan el orfanato? —preguntó tras ver a una niña de no más de tres años que arrastraba un cubo de agua mientras otras dos cepillaban el suelo.

—Tratamos de hacerles ser útiles desde muy temprana edad con las exigencias precisas que requiere la corte imperial —contestó como si se sintiera orgullosa de ese hecho—, aún así, la mayoría termina vendiendo sus servicios en la calle o dedicándose al pillaje, no se puede hacer nada contra la sangre.

—Lógico dada su procedencia, demasiado hacemos por estas criaturas indeseables —mencionó lady Olga a pesar de llevar un pañuelo en la cara como evidencia de su aversión al olor existente.

—¿A qué se refiere? —preguntó Catherine confundida dirigiéndose hacia la directora y obviando a lady Olga.

—Estos niños han nacido del pecado. Son bastardos, o hijos de fulanas que jamás fueron deseados y que, abandonaron a su suerte tras llegar a este mundo. Les enseñamos disciplina, obediencia y adoctrinamiento religioso como indica la corona, pero no se puede hacer nada contra el diablo que resurge en la sangre de

estas ratas de hospicio —respondió aquella mujer bajo la atenta mirada de lady Olga que parecía secundar cada palabra.

—¿He escuchado ratas de hospicio? —exclamó Catherine en inglés para dirigirse hacia Sofía y esta asintió, dando por hecho que no era una cuestión de su lenguaje, sino que estaba frente a una mujer horripilante.

—Estos niños son hijos de Rusia y, por tanto, son deseados por su majestad —dijo Catherine con firmeza provocando un gesto de contrariedad en la mujer y sin molestarse en mirar a lady Olga.

¿De verdad Nikolai permitía esa clase de aberración a la parte más vulnerable de su pueblo?, ¿Sabría realmente el estado en el que se encontraban? Si era lady Olga quien estaba a cargo, debía informarle en detalle de la situación y, aún así, parecía no objetar las condiciones.

Aquello la enfureció aún más si cabe. ¿Que clase de hombre permitía que su pueblo sufriera de ese modo?

Catherine se dirigió hacia una de las niñas que parecía más mayor y percibió como ésta la miraba con recelo, como si temiera que descargaran sobre ella una furia contenida.

—¿Como os llamáis? —preguntó con dulzura.

—Anna, su majestad —indicó la joven sin siquiera saber como se hacía una reverencia.

—¿Quien de todas las personas que trabajan en este hospicio, os trata con algo de bondad? —preguntó en el mismo tono de suavidad—. No tengáis miedo en responder, os doy mi palabra de que no os sucederá nada.

—La señora Pavlish, ella se encarga de los más pequeños y nos cura las heridas con remedios caseros, su majestad.

—Muy bien —sonrió—. ¿Me puedes indicar quien es la señora Pavlish? —exclamó Catherine con una sonrisa y mostrando un trato cercano hacia la pequeña.

—Debe estar curándole las heridas a Viktor, en la celda de castigo —susurró la niña y Catherine sintió que su sangre se helaba.

—¿Puedes guiarme hasta esa celda de castigo? —Catherine le ofreció la mano y la niña agrandó los ojos mientras depositaba su mano mucho más pequeña y sucia sobre la de ella enjoyada.

—¡No es prudente que toquéis a ninguna de estas criaturas, majestad! —exclamó lady Olga.

—Correré ese riesgo por mi propia cuenta, lady Olga —decretó mientras se dejaba guiar por la pequeña fuera del edificio.

Era una realidad demasiado abrumadora comparar el lujo del palacio real, las mesas llenas de abundantes viandas y suculentos manjares, sus propios vestidos o joyas con la simplicidad de aquel lugar en el que ni siquiera había camas decentes o mantas con las que cobijarse.

La celda de castigo era una pequeña cabaña de madera mohosa de la que colgaban cadenas de la pared. Cuando Catherine comprobó al niño de aproximadamente trece o catorce años encadenado con la espalda ensangrentada y claras señales de que aquella no había sido la primera vez que lo habían azotado, sintió que desfallecía.

Eso no era un castigo, era aplicar un trato inhumano.

—¡Soltadle ahora mismo! —exclamó en un grito de lamento.

—Le han descubierto robando en las cocinas, ¡Es el castigo a los ladronzuelos como él! —replicó la directora.

—¡Obedeced ahora mismo o me aseguraré de que la que esté encadenada en esa pared sea usted! —rugió Catherine con una furia que podría quemar hasta el invierno más helado.

Observó como los soldados que la acompañaban deslizaban las cadenas al muchacho que se dejaba caer sobre la mujer que le atendía.

—¡El robo está castigado por ley! —bramó lady Olga—. Y cuanto antes lo aprendan, más posibilidades tendrán de redimirse y pensárselo dos veces antes de volver a intentar otro hurto. ¡Si se les concede la más mínima benevolencia, se convertirán en una plaga!

Catherine no podía creer lo que oía con sus propios ojos. ¿Ella aprobaba aquella clase de castigo?, ¿A un niño?, ¿Un muchacho que tendría casi la edad de su hermano Daniel?

—Usted no tiene ninguna autoridad aquí. ¡Cállese! —exclamó sintiendo que su límite había llegado a su fin—. ¿Culpa a este muchacho de robar?, ¿Acaso ha visto en las condiciones en las que vive? Le propongo vivir aquí un solo día en las mismas condiciones que estos niños y después podrá decretar si son justificables o no sus acciones —argumentó con maestría—. Los carruajes con comida y medicinas debieron llegar ayer, aseguraos que sea atendido y en cuanto a usted —advirtió dirigiéndose hacia la directora—. Estos niños ya nacieron sin nada y no necesitan a alguien que les recuerde que jamás lograrán ser alguien, sino a una persona que luche por ellos. Haga sus maletas y márchese de aquí, la señora Pavlish se encargará desde ahora de atenderles.

Si aquella mujer esperaba que lady Olga abogara por ella, no lo hizo, por lo que escuchó una maldición antes de darse la vuelta y marcharse hacia el pabellón principal que constituía el orfanato.

—Su majestad, es usted benevolente… —dijo la señora Pavlish.

Parecía joven a pesar de las manchas de su rostro y el vestido salpicado de sangre y barro.

—No es benevolencia, señora. Me educaron para ser alguien con principios y no mirar hacia otro lado cuando alguien necesita ayuda. El honor no conoce lenguas, ni costumbres, habita en la conciencia de cada persona y nos indica donde está el mal y donde inicia el bien —recitó Catherine—. Quiero que elabore una lista de todo lo que cree que necesitan estos niños para sentir este lugar como su hogar.

—Por supuesto, majestad…

—¿Donde van cuando cumplen la mayoría de edad? —exclamó mirando a su alrededor y comprobando que había muy pocos que fueran tan grandes como el muchacho que habían castigado.

—Nadie se interesa por ellos, ni los quiere porque creen que perderán dinero si les enseñan un oficio, así que no tienen más remedio que echarse a las calles y vivir del vicio al no concederles ninguna oportunidad, su majestad.

—Usted hágales sentirse en un hogar que del resto me encargaré personalmente —advirtió mientras abrían las puertas para permitir la entrada de un carromato.

En ese momento pensó que habría sido más útil invertir el dinero de aquellos juguetes en mantas, camas o medicinas, pero cuando aquel patio se inundó de sonrisas, risas y verdadera felicidad, pensó que solo era una cuestión de días el que esos niños tuvieran sus necesidades básicas cubiertas. Ella misma iba a encargarse personalmente de que nadie volviera a llamarles ratas de hospicio.

—El zar sabrá de esto —reguñó lady Olga mientras volvían en el carruaje de regreso a palacio—. Y no le gustará en absoluto —afirmó con el mentón bien alto dando a entender que iba a enfrentarse a una represalia por parte de su esposo.

Bien. La esperaba… y, de hecho, tenía más de una cosa que decirle.

—¿Por qué hemos venido expresamente a este orfanato? —preguntó directamente a Sofía en inglés sin estar segura de si, al igual que su hija, lady Olga lo hablaba.

—Es uno de los pocos que está bajo la tutela exclusiva de la corona y el único que hasta ahora no ha reportado ningún caso de Tifus, su majestad. Hay un brote en la ciudad.

—¿Por qué no me ha informado nadie de ello? —exclamó sorprendida.

—Su exposición es contraproducente, más aún teniendo contacto directo con el zarevich, su majestad. Además, el zar no se hallaba en palacio y la epidemia ha permanecido controlada en los bajos fondos sin expandirse hacia otras zonas más pudientes de la ciudad.

Ella había escuchado hablar de aquella enfermedad, de esas fiebres altas que asolaban a todo aquel que la contraía hasta arrancarle la vida, sobre todo a los niños. Por un momento pensó en su pequeño y en la idea de que pudiera contraer dicha enfermedad, de los privilegios que poseía en comparación con las criaturas que había en el orfanato y que acababa de dejar atrás.

—Quiero saber cual es el balance real de la enfermedad. Contabilizad cuantas personas hay enfermas, donde están localizadas y cuantos decesos se han producido. Haced que concentren a todos en los mismos hospitales, eso evitará la propagación continuada.

No entendía de enfermedades, ni de curas o medicinas, pero si sabía, al menos en la teoría, como afrontar una epidemia.

Esa misma tarde, Catherine se citó con el intendente Polovich para que se encargara de proporcionar al orfanato todo lo que la señora Pavlish pidiera, comenzando por camas mullidas y mantas gruesas, además de ropajes y botas de piel para el frío invierno.

—¿Quien se encarga de contratar al personal que trabaja en palacio? —preguntó cuando había concluido su conversación.

—El mayordomo general. ¿Tiene alguna necesidad que cubrir, majestad? —inquirió el intendente y Catherine percibió que se acercaba a ella más de lo habitual.

—Aún no, pero la tendré —respondió complaciente.

—En ese caso, quedo a su servicio para cualquier cosa que necesite, aunque no entre en mis competencias. —El modo en que mencionó aquello le hizo recordar la conversación que había mantenido con Anastasia.

—¿Haría eso por mí o por la zarina? —preguntó con un matiz sugerente a la vez que evidenciaba una sonrisa.

Quizá no pensaba tener una aventura con el intendente Polovich pero sí quería comprobar hasta que punto él sí podría estar interesado en tenerla. Saber que Nikolai había buscado a otra mujer le hacía desear lo mismo, salvo que, a diferencia de él, ella no quería

estar con otro hombre. Ni quería ni sentía que podría desearle con la misma intensidad que anhelaba a su marido.

—Por ambas, por supuesto —sonrió aún más complaciente dando un paso más hacia ella.

En ese momento escuchó que la puerta del salón en el que se encontraba se habría abruptamente y entre los guardias que mantenían la entrada abierta, percibió la figura de Nikolai con su uniforme azul oscuro caminar decidido hacia ella.

—Su majestad —mencionó el intendente Polovich mientras se inclinaba en una reverencia y ella observaba el rostro implacable de Nikolai que no dejaba de mirarla.

No lamentaba la interrupción, ni el hecho de que ella estuviera completamente a solas con el intendente a pesar de que fuera contraproducente, tampoco sabía que motivo tenía Nikolai para haber entrado de ese modo, pero fuera cual fuera su molestia, ella estaba aún más enfadada.

—Su audiencia con mi esposa ha terminado, intendente Polovich, puede marcharse.

—Hacedle saber al mayordomo mayor que deseo reunirme con él y que se trata de un asunto urgente.

—Por supuesto, majestad.

En cuanto el intendente Polovich atravesó la doble puerta, observó como estas se cerraron para dejarles a solas.

—No volveréis a reuniros a solas con el intendente —aclaró con brusquedad.

—Parece que no os ha sentado muy bien el aire fresco a las afueras de San Petersburgo —contestó Catherine alejándose de su marido y dandole la espalda—, ¿No lo habéis encontrado placentero, quizá? —exclamó con ironía.

—Mi tía me ha informado de vuestro comportamiento irascible en el orfanato y de vuestros métodos insurrectos. —¿Métodos insurrectos? Catherine se volvió en ese momento contra él—. La

disciplina forma parte de la educación rusa y cuanto antes lo aceptéis, mejor.

—No —negó Catherine desde lo más profundo de su corazón —. No voy a aceptar semejante aberración.

—¡Vuestra obligación es obedecer mis ordenes! —dictaminó alzando la voz—. La disciplina es el único modo de tener el control. Si les ofrecéis benevolencia y tolerancia, se sublevarán, no tendréis súbditos sino grupos rebeldes que os traicionarán a la primera oportunidad.

—¿Habláis como si tuvierais experiencia en mostrar esa tolerancia o benevolencia? —exclamó Catherine cruzándose de brazos y observó como él arrugaba la frente—. No —negó—. Juzgáis a vuestro propio pueblo sin siquiera conocer de verdad su carácter. Tratáis a vuestros caballos mejor que a esos pobres niños que nacieron bajo el yugo del abandono. Así que no esperéis obediencia por mi parte porque no la tendréis. No pienso quedarme impasible viendo como esas pobres criaturas mueren, se desangran porque no pueden soportar el sollozo del hambre y deciden robar un hoza de pan. No. No voy a mirar hacia otro lado cuando cada día llenáis la barriga a toda vuestra corte, le mostráis vuestras riquezas, os vanagloriáis de bailes con hasta veintisiete degustaciones distintas, pero a dos pasos de aquí, dejáis morir a criaturas indefensas que no tienen nada que llevarse a la boca. Si esa es la esposa que queréis, os equivocasteis al elegirme.

Nikolai la observaba con fijación, viendo como su voz no temblaba con cada palabra, sino que se realzaba en cada decisión.

—Puedo apartaros de vuestras obligaciones si no obedecéis —replicó con una mayor suavidad en su voz.

—Hacedlo y mostrareis que sois un tirano sin compasión. Que no respetáis a vuestro pueblo y mucho menos a mí.

Nikolai cruzó la distancia que le separaba de su esposa hasta colocarse frente a ella y rodeó con su mano la cintura para estrecharla, obligándola a alzar su rostro frente a él. Ese no era el tipo de encuentro que había deseado tras pasar la noche alejado de

ella. Habría deseado amarla de nuevo en lugar de tener aquella discusión en la que solo le estaba mostrando una insolencia inaudita y que, al mismo tiempo, era incapaz de aplacar.

—Puedo ser un tirano y carecer de compasión, sí —se reafirmó—. No me importará si sé que será para obtener un bien mayor.

—¿Donde está ese bien mayor en esos niños si jamás conocen la compasión ni les proporcionáis las herramientas para que puedan tener un futuro digno? No tuvieron la suerte de nacer en un entorno privilegiado como el vuestro o el mío, ¿Les condenáis por no tener otra elección?

—Un reino no puede constituirse sobre el barro. La mayoría de esas personas no eligen su posición por falta de hambre sino porque rechazan el orden. Aquellos que viven del robo, de vender sus cuerpos o del crimen, no lo hacen por falta de oportunidades, sino porque desprecian el deber, carecen de honor, no quieren ser sometidos sino que desean devorar el tejido que compone la estructura y valores del pueblo. ¿Crees que cambiarían o se redimirían con oro, tierra o educación? Mi imperio no es un asilo para aquellos que han renunciado a sí mismos, ayudar sin medida a aquellos que no tienen o muestran voluntad de cambio es sembrar el caos en nombre de la misericordia —dijo de un modo solemne—. Aún así son necesarios. Su existencia enseña a los demás lo que ocurre cuando no se cumple la ley, cuando se desdeña el honor, cuando se vive sin más propósito que el placer o la rapiña. Una ciudad necesita muros de contención, pero también sombras para que la luz tenga un modo de salir.

—Si tan seguro estáis, ¿Por qué no dejáis que me equivoque?, ¿Que yo misma compruebe que tenéis razón? Seré la primera en arrodillarme ante vos para pedir clemencia, pero si no me permitís ni siquiera un simple intento, careceréis de mi respeto, de mi obediencia o lealtad y os quedareis únicamente con mi desprecio, al igual que lo hará vuestro pueblo.

Catherine sintió como Nikolai cambiaba la expresión y la miraba de un modo diferente, como si estuviera teniendo muy

presente aquella declaración.

—Mi tía me informará de cada uno de vuestros pasos —decretó firmemente—. No os expondréis. No os involucraréis. Y, sobre todo, No tomaréis decisiones que afecten a la corona en mi nombre.

No iba a replicar que no soportaba a lady Olga, menos aún a su querida prima Tatiana, prefería soportar mil veces la lengua mordaz de aquella dama si eso le permitía actuar según sus principios.

—No tomaré ninguna decisión en vuestro nombre, tenéis mi palabra —aseguró mordiéndose la lengua.

—Tomadlo como una indulgencia, pero si en algún momento soy informado de que no cumplís con vuestra parte, no me importará obtener vuestro desprecio si a cambio tengo vuestra seguridad.

—Recordaré entonces vuestra indulgencia —advirtió Catherine sin mover un solo músculo de su cuerpo.

Aún estaba molesta. Enfadada. Rabiosa. Y sentía una irascibilidad apoderarse de todos sus sentidos al recordar que él, el mismo hombre que tenía frente a sí y que la había amado sin precedentes la noche anterior, el mismo por el que sentía aquella fuerza innata que le impulsaba a desearle, la engañaba. Había pasado la noche anterior en los brazos de otra mujer, una a la que seguramente sí amaba.

No podía amarle. No podía haberse enamorado perdidamente de él… pero a pesar de aquella rabia en su interior, era incapaz de sentir el mismo nerviosismo en su estómago, esa sensación que solo Nikolai lograba surtir en ella.

—Recordadlo esta noche, cuando os visite en vuestro lecho —mencionó Nikolai mirándola fijamente.

Aunque a Catherine le hubiera gustado encontrar las palabras adecuadas para rechazar aquella proposición, sentía como su garganta quemaba y, al mismo tiempo, no dejaba de pensar si quería visitarla porque realmente la deseaba como le había

confesado la noche anterior, ¿Por qué se había ido a buscar a esa otra mujer?, ¿Por que no era ella suficiente para él?

—¿No esta su majestad cansado de su viaje a las afueras de San Petersburgo? —preguntó apartando la mirada—. No mencionasteis qué pasaríais la noche fuera.

—No os debo ninguna explicación de mi deber como monarca, aunque eso implique alejarme de palacio.

Catherine se cruzó de brazos para evitar soltar un improperio o peor aún, hacerse daño a sí misma apretando los puños mientras clavaba sus uñas en la piel.

—Por supuesto, su majestad. Me siento repentinamente indispuesta, así que si me disculpáis prefiero retirarme a mis aposentos —advirtió rebasando su figura para salir del salón sin siquiera despedirse o volver la vista hacia atrás.

Nikolai permaneció durante varios minutos en silencio, inerte y por primera vez alguien no había pedido su permiso para marcharse.

Capítulo 24

Catherine inspiró aire de una de las terrazas que quedaban fuera de las estancias privadas del zar, puede que también de ella, pero en aquel momento no sentía ni un solo lugar de ese maldito palacio su hogar. Por más que lo hubiera intentado, que se hubiera querido hacer a la idea de ello, sentía que cuando daba un paso que la acercaba decididamente a Nikolai, sucedía algo que la hacía retroceder otros tres.

¿En qué punto se suponía que estaba ahora? Si. Podía haber conseguido que cediera para hacer lo que deseaba bajo la estricta vigilancia de lady Olga que le daría parte de cada uno de sus movimientos al mismo que él podía hacer lo que le viniera en gana sin que ella pudiera entrometerse en sus asuntos.

«O más bien en su relación con esa supuesta amante a la que visitaba cada jueves»

—¡Al diablo él y toda su familia! —refunfuñó mientras sentía que no podía llenar de aire su pecho por culpa de ese maldito corsé.

—¿Escapando de su escolta? —Catherine se giró rápidamente y descubrió la sonrisa pícara de Aleksei.

Instantáneamente sintió que se relajaba, como si su presencia no le supusiera ningún temor a pesar de que la última vez que le vio, su esposo le advirtiera no volver a dirigirle la palabra. En

esos momentos la tentación de desobedecerle era muy superior a la de seguir sus órdenes.

—Es la segunda vez que me encontráis a solas, excelencia. Si mi esposo no me hubiera prohibido dirigiros la palabra, sospecharía que os ha ordenado vigilarme —decretó cruzándose de brazos.

Aleksei sonrió en respuesta mientras se acercó un par de pasos hacia ella.

—Y según veo, no tenéis intención de seguir las indicaciones de mi querido primo —dijo sin dejar de mirarla fijamente.

—Nikolai es mi esposo y tendrá mi lealtad, pero mi obediencia no es una imposición, sino una elección consciente nacida de mi propia voluntad y para obtenerla debe ganársela.

—¿Sois consciente de que estáis hablando del zar imperial? —increpó Aleksei sin perder la sonrisa.

—Podría haceros la misma pregunta, ya que estáis aquí a pesar de advertiros que me prohibió dirigiros la palabra.

Aleksei la observó con una mayor fijación y Catherine no sabía exactamente porque la observaba de ese modo, como si intentara descifrar algo en ella.

—Sois la única persona por la que mi primo ha roto sus propias imposiciones y exigencias. La única mujer por la que ha tomado decisiones imprudentes sin una causa aparente y empiezo a entender porqué…

Catherine frunció el entrecejo sin siquiera darse cuenta de que lo hacía, simplemente no entendía cuales eran las conclusiones de Aleksei, sobre todo, porque ninguna de esas dos declaraciones que acababa de hacer las creía realmente.

—Apenas conozco a Nikolai, pero no tengo un solo atisbo de duda de que jamás tomaría una decisión imprudente por mí y mucho menos aún… —Catherine alzó la vista para ver como una de sus damas de compañía corría en su dirección.

—Su majestad, es el zarevich —dijo con evidente falta de aliento—. No se encuentra bien y el medico dice que…

Catherine no se quedó a escuchar, agarró sus faldas y corrió en dirección a las estancias privadas del zar donde residía la alcoba de Alexandr.

La habitación del pequeño estaba llena de demasiadas personas, incluso el aire se sentía más cargado de lo habitual. Había tres damas de su custodia, dos nodrizas, el médico, cuatro guardias y lady Olivia.

—¿Qué ocurre? —exclamó acercándose hasta una de las damas que trataba de consolar al pequeño que se lo ofreció con verdadero terror en el rostro.

—El zarevich es incapaz de retener nada en su estómago desde esta mañana, su majestad —advirtió la dama compungida.

Catherine apoyó al pequeño contra su rostro acercando sus labios a la mejilla y ofreciéndole palabras de consuelo que para ella misma no tenía.

—No tiene fiebre —decretó sintiendo un leve alivio en ese instante.

Desde que había escuchado la palabra Tifus, solo podía pensar en lo afortunado que era su pequeño por no vivir en los lugares donde esa enfermedad crecía y expandía rápidamente arrebatando la vida de cientos de niños tan pequeños como el suyo.

—Es pronto para conocer una causa clara, su majestad. La manzanilla tampoco ha funcionado. He solicitado que traigan a una nodriza más joven, pero si no mejora durante la noche, habrá que recurrir a las sangrías para purificar su sangre.

Catherine sintió pavor al escuchar aquella simple mención. Su hijo era demasiado pequeño, indefenso, frágil…. El calor dentro de aquella habitación se hizo aún más presente ante la idea de que algo realmente grave pudiera pasarle a Alexandr. Él era lo único real que tenía en ese lugar, por quien merecía la pena luchar.

—Que salgan todos ahora mismo —decretó sin alzar la voz, pero solo las dos nodrizas parecieron escucharla y el resto permaneció en su lugar—. ¡Salid ahora! —bramó con ímpetu y

prosiguieron a abandonar la alcoba las damas de custodia y los soldados.

—¡Vos y vuestro empeño de amamantar al zarevich lo ha vuelto débil!, ¡Esto es culpa vuestra!, ¡Decídselo! —exclamó lady Olga increpando al médico.

—He ordenado que salieran todos, lady Olga. Eso la incluye también a usted —dijo sin alzar la voz. No iba a causar un mayor malestar en su pequeño que parecía menos inquieto entre sus brazos, pero, sin la intervención del médico, la tía de Nikolai se vio forzada a abandonar la habitación, no sin antes advertir que informaría personalmente al zar sobre su comportamiento.

En aquel momento el último de sus pensamientos era que Nikolai pudiera molestarse con ella, su única prioridad era el zarevich.

—Es probable que lady Olga tenga razón, su majestad… —advirtió en un tono mucho más suave.

—Si lady Olga tiene razón, seré la primera en dejar de amamantar al zarevich, pero hasta entonces seré la única que alimente a mi hijo. Quiero que ordenéis a las dos nodrizas de Alexandr amamantar a otros niños y, si ninguno de esos pequeños enferma y mi hijo continua en el mismo estado, aceptaré lo que consideréis conveniente para salvar su vida.

Observó como Ivan asentía antes de dejarla a solas y pidió que trajeran sus cosas para pasar la noche en la alcoba de Alexandr.

El temor la embargaba como una marea fría, que sube sin avisar y lo cubre todo provocando el abismo. ¿Y si erraba?, ¿Y si realmente la culpable era ella?, ¿Y si tenían razón?, ¿Y si solo empeoraba la salud de su propio hijo? En aquellos momentos la inseguridad la abrumaba y, a pesar de que se afianzara en las palabras de su madre para seguir su propio instinto, estas no suponían ningún consuelo.

Nikolai conversaba con su tío sobre algunas acciones revolucionarias de las que habían dado pie a sospechas de sociedades secretas con pensamientos progresistas.

—Quiero a escoltas camuflados en todas las tabernas de San Petersburgo. Necesito saber qué es lo que se habla en ese tipo de logias y si esos rumores son ciertos.

—Por supuesto, me encargaré personalmente de ello.

Los pasos acelerados indicaban que alguien se acercaba al salón en el que se hallaban y, dado que eran las estancias privadas de la familia del zar, intuía que debía tratarse de su tía, Tatiana o el propio Aleksei a pesar de estar instalado al otro lado de palacio.

—¡Estaréis satisfecho! —exclamó su tía Olga antes siquiera de cruzar el salón—. ¡Lo habéis conseguido!, ¡Esa extranjera asesinará al zarevich con su obcecación e ineptitud!, ¡Esto no habría pasado si hubierais elegido a una esposa adecuada, Nikolai!, ¡Cuanta más libertad le deis, peores serán las consecuencias!

—¿Se puede saber de qué estáis hablando, esposa? —preguntó Mijaíl confuso.

—El zarevich está en una situación delicada de salud y todo por ese empeño de la esposa del zar en amamantarle ella misma. No solo hace oídos sordos de los consejos del propio médico real, sino que le ha impuesto su propio criterio y decisión. ¡Si el heredero al trono muere, será únicamente por su necedad!

—La zarina es mi responsabilidad, así que seré yo quien responda por sus actos —decretó antes de salir con paso decidido y dirigirse directamente hacia la habitación del zarevich.

Encontró a Catherine amamantando al pequeño y a juzgar por el modo en que lo hacía, no encontró nada extraño en el niño, sino que permanecía tranquilo mientras ella no dejaba de acariciarlo.

—¿Qué demonios hacéis? —inquirió al ver que ella permanecía sola, salvo por los guardias que custodiaban en la puerta.

—Lo que haría cualquier madre en mi lugar, alimentar a mi hijo —contestó con firmeza a la par que alzaba la vista hacia su esposo, cuya figura demostraba una particular forma de intimidar.

—Os ordeno inmediatamente que dejéis de hacerlo —advirtió sin alzar la voz—. Es la vida del zarevich la que está en juego. El futuro del imperio ruso. Aunque sea vuestro hijo, él no os pertenece a vos, sino a la corona.

Catherine no se dejó amedrentar por aquellas palabras, sino que reforzó aún más su convicción.

—Esta noche Alexandr es mi hijo y tendréis que arrancarme la vida para separarme de él. Mañana al alba, volverá a ser el zarevich y acataré cualquier decisión que el médico de la corte decida dar asumiendo mis propias consecuencias. Hasta entonces, se decretará mi voluntad.

Para Nikolai aquel acto de rebeldía no solo suponía algo totalmente fuera de lugar, sino que jamás había visto a alguien plantarle cara de ese modo, rebatir su propia orden y, además, hacerlo con una entereza digna de un adversario.

¿Donde estaba la joven inocente e ingenua que él creía? En el fondo, siempre había visto el fuego en su mirada, ese ardor que no solo le había mostrado en el lecho, sino que parecía también mostrarlo ahora.

—¿Que os hace pensar que no actuaría en contra de vuestra voluntad si es por el bien de Alexandr? —increpó con dureza sin advertir que lo haría.

—He gestado en mi vientre a este niño durante nueve meses. Ha formado parte de mí. Ha estado dentro de mí. Así que nadie de esta corte, ni siquiera vos, podéis amarlo más de lo que lo hago yo. Puede que todos quieran cargarse de razones, puede que sea la extranjera necia que todos anhelan, pero tengo algo que ninguno poseéis; instinto maternal. Yo soy su madre y yo decidiré lo que es mejor para él.

Nikolai se acercó hasta ella sintiendo una parte de él rugir, pero otra mucho más poderosa, admiraba aquel alarde de tenacidad

y, no podía olvidar que su imprudencia ya había salvado en una ocasión la vida del zarevich.

—Tenéis hasta el alba —mencionó en una tono mucho más suave y cercano—. Y por nuestro bien espero que no os equivoquéis.

Puede que sintiera pánico por la situación, pero esa forma de referirse a Alexandr como nuestro y no solo suyo, había sido el remanso de tranquilidad que necesitaba. No la había amenazado con represalias, sino que él mismo se había incluido en aquellas consecuencias nefastas si su propio instinto fallaba.

Puede que ser la Sylverston impulsiva, obcecada e imprudente no fuesen las cualidades idóneas para una zarina, pero no iba a renunciar a sí misma y mucho menos, por alguien de su sangre.

Aquella noche Catherine no se movió de aquella habitación, tampoco del mismo sillón donde alimentaba a su hijo, pero… pasada la media noche, el zarevich no volvió a desechar la leche que ingería, sino que aumentó la succión como si tuviera que recuperar el alimento perdido y dejó de estar intranquilo para dormir profundamente poco antes de que el sol emergiera. Fue en ese instante cuando Catherine sintió que podía abandonarse al sueño, que sus propias fuerzas la abandonaban para caer también ella en la oscuridad apacible que la envolvía.

Nikolai se alzó al alba si es que podía considerar dormir el hecho de haber estado dando vueltas sin cesar en su lecho. Había dado indicaciones precisas de despertarle si la salud del zarevich empeoraba, pero no recibió ningún aviso durante toda la noche y, cuando se adentró en la alcoba de su hijo, observó a Catherine profundamente dormida al igual que lo hacía el pequeño en su regazo.

La belleza de aquella imagen era devastadora y se quedó completamente hipnotizado como el mismo instante en que la vio por primera vez en aquel enorme salón del palacio de verano. Sus mejillas sonrosadas, el verdor de su mirada, siempre hubo algo en

ella que lo paralizó como si algo dentro de él supiera que ella era lo que buscaba.

—Su majestad, ¿Podemos hablar en privado? —La voz de Ivan hizo que apartara la vista de su bella esposa y le mirase contrariado.

—¿Que ocurre? —exclamó ahora preocupado.

—Es un asunto delicado, su majestad. Preferiría hablarlo en un lugar donde nadie pudiera escucharnos.

Su despacho era el lugar más seguro de palacio, así que cuando su ayudante cerró la puerta dejándole a solas con el médico, Nikolai se preparó para recibir una noticia demoledora.

—Anoche seguí las indicaciones de su esposa, su majestad. Consideré que el estado del zarevich no era lo suficientemente grave para hacerlo y temí las represalias si no obedecía sus órdenes si la salud del futuro zar empeoraba.

—¿Tan grave es? —exclamó sin que la voz le temblara a pesar de sentir una sensación completamente nueva a la que no sabía poner nombre.

—El zarevich está fuera de peligro, su majestad —afirmó rápidamente—. Lamento si mis palabras le han llevado a una confusión, pero pasada la media noche su salud mejoró. Su esposa tenía razón, no es su leche la que afectaba al zarevich, sino las de las nodrizas.

—¿Qué? —exclamó alzando la voz.

—La emperatriz me ordenó que otros niños fueran amamantados por las nodrizas del zarevich, acabo de recibir una carta en la que indicaba que esas criaturas habían comenzado a sufrir el mismo estado que padecía el zarevich.

Nikolai se llevó una mano a la boca con si necesitara procesar aquella información sin gritar. Habían pasado poco más de dos meses desde el asalto a Oraniembaum probablemente para causar su muerte nada más nacer y, ahora, ¿Era una casualidad pensar que se tratara de un error?

—Hay que tratar este asunto con discreción. Si de verdad han intentado envenenar al zarevich se trata de alguien que se oculta dentro de palacio. Hablad con el mayordomo general para que interrogue a las nodrizas.

—Le diré que ponga extrema vigilancia en la alimentación de la zarina y la nueva nodriza, su majestad.

Nikolai asintió y en cuanto Ivan se marchó apoyó los brazos sobre la mesa de su despacho dejando caer su peso sobre ellos. ¡Maldita sea!, ¿Quien querría hacer daño al zarevich?, ¿Quien lo suficiente cercano a él para atreverse a semejante ardid?

Se dejó caer sobre la silla y pensó en la forma que su esposa se había enfrentado a él como una leona defendiendo a su cachorro. Importándole muy poco que él fuera el zar del imperio ruso o el mismísimo todopoderoso. ¡Dios!, ¿De verdad podía haber tenido tanta suerte con esa mujer? Puede que fuera una imprudente, temeraria y necia en muchos sentidos… pero era la segunda vez que salvaba la vida de su hijo.

Capítulo 25

Catherine salió de la bañera con el agua aún templada y sintió como la seda de aquella fina bata bordada con rosas rojas se adhería a su cuerpo. Había sido una noche larga y una jornada aún más intensa, pero saber que Alexandr estaba fuera de peligro y que la causa estaba en las antiguas nodrizas le quitaba un peso de encima y añadía una preocupación aún mayor. ¿Había alguien dentro de palacio que quería hacer daño a su hijo?, ¿Por qué?, ¿Quién se beneficiaba de que el zar no tuviera herederos si no había ningún Romanov en la línea de sucesión directa?

Se dirigió desde el baño directamente hacia sus aposentos y cuando entró en ellos no esperaba encontrar a su esposo aguardándola. Por norma general cuando Nikolai la visitaba lo hacía mucho más tarde y siempre era ella la que lo esperaba, en cambio, parecía esperarla desde hacía un buen tiempo.

—Nadie me advirtió de vuestra presencia en mi alcoba, su majestad —dijo con evidente sorpresa.

—¿Queríais ser informada? —preguntó—. Creí que tenía la libertad completa de visitar a mi esposa en su alcoba cuando lo deseara —afirmó haciendo referencia a la vez que le preguntó si debía avisarla de cuando visitarla.

—Habría tratado de no demorar su espera, majestad. —Habló distante y apartó su mirada.

Nikolai se acercó con paso decidido hasta que rodeó con una mano su cuello obligándola a mirarle.

—Habría ido a buscaros si hubierais tardado más —gimió mirándola con ese ardor en sus ojos que ella había aprendido a reconocer.

La deseaba. Podía anticiparse al placer que emanaba de su voz, su mirada y aquella forma de tocarla. No podían ser imaginaciones suyas. No podía fingirlo. Él la deseaba realmente, aunque no lo suficiente para abandonar a esa otra mujer a la que visitaba cada jueves.

Las palabras eran incapaces de salir de su garganta, como si realizar las preguntas para las que necesitaba una respuesta murieran antes de ser pronunciadas porque en el fondo, sabía que no deseaba escuchar de sus propios labios aquella certeza. ¿Debía mirar hacia otro lado?, ¿Aceptar que siempre existieran otras mujeres aparte de ella?, ¿Que podría haber una mujer en cuestión a la que sí amaba, pero por su posición no podía esposarla?

—Es posible que me traigan a Alexandr para que lo alimente durante la noche —advirtió como si aquello fuera una excusa para alejarle.

—Me parece bien —afirmó Nikolai rozándole con el pulgar los labios y forzándola a entreabrirlos.

Catherine cerró los ojos incapaz de resistirse a su contacto. Era débil en su presencia, tanto que podía sentir como su cuerpo se reblandecía ante su contacto como si percibiera que él era el dueño de su respuesta. Ni siquiera la idea de que no la amara era más fuerte que aquel deseo que emanaba hacia él. Le quería. No podía existir otro modo de poner nombre a ese sentimiento inexplicable que él provocaba en ella cuando estaba en su presencia.

Sintió sus labios sobre los suyos y el candor que emanaban cuando se apoderó de su boca. Era suave, dulce, infinitamente delicado a diferencia de las últimas veces que habían intimado. Notó como la bata de seda se deslizaba sobre su cuerpo dejándola completamente desnuda para él y acto seguido la alzó en brazos

para dirigirse hacia el lecho sin dejar de observarla. Su cuerpo envolvió el suyo en el calor de su carne y cuando volvió a atrapar su boca percibió como se adentraba en ella con la misma suavidad, como si de algún modo él pudiera saber que era lo que necesitaba. Gimió en sus labios rindiéndose a aquel placer que la colmaba sin poder evitarlo y como si su cuerpo tomara el control de si mismo, entrelazó sus brazos alrededor de su cuello a la par que sus piernas se enredaban a la cintura de Nikolai para ejercer un contacto más certero.

Los movimientos en principio suaves, fueron cobrando firmeza y fulgor conforme crecían sus gemidos al sentir como aquel calor la embriagaba y, sin siquiera pensarlo demasiado, ejerció presión en sus muslos hasta darse la vuelta y dejar a Nikolai de espaldas sobre el lecho. La observó con sorpresa y acto seguido agarró su cintura en cuanto ella se movió sobre él con un movimiento certero. Las palabras de las dos cortesanas que la habían instruido resonaban en su mente mientras sus caderas se balanceaban y escuchaba los gemidos de Nikolai al mismo tiempo que se abandonaba a la búsqueda de su propio placer.

Sintió como el intenso calor crecía, apoderándose de ella, alimentándose de su frenesí para envolver sus movimientos en una mayor intensidad, acercándola a ese momento, breve como un parpadeo, pero vasto como la eternidad, su alma abandonaba su cuerpo sin pedir permiso. No podía describirlo como gozo, delirio o enajenación, pero su cuerpo dejaba de pertenecerle por completo, rindiéndose tembloroso como las hojas al viento cuando el otoño las reclama. La sangre bullía en su interior haciéndola sentir más viva que nunca y aullando por el placer que obtenía conforme su cuerpo mitigaba aquel movimiento al haber encontrado aquella satisfacción plena.

Se dejó caer sobre el pecho de Nikolai sin siquiera pensar en ello, sino que su cuerpo era incapaz de apartarse del suyo y, fue consciente de su respiración agitada al percibir los dedos de él acariciando su espalda desnuda.

Se alzó para observar su rostro, parecía relajado, con aquellos indiscutibles ojos azules que envolvían de calor su pecho cuando la observaba de ese modo.

¿Por qué su cuerpo encajaba a la perfección con la respuesta de él y, en cambio, se sentía tan distante?, ¿Por qué no le permitía conocerle realmente?, ¿Por qué era tan comedido cuando hablaba con él hasta el punto de no permitirle avanzar en cada pequeño paso?

—¿Volveréis a alejarme de palacio si concibo otro hijo? —preguntó mirando fijamente a sus ojos para comprobar por sí misma si atisbaba un ápice de duda en ellos.

—Es lo indicado —contestó con calma.

—¿Y si os pidiera que no lo hicierais?, ¿Que deseo quedarme a vuestro lado?

—La vida en palacio no sería adecuada en ese estado, por no hablar de vuestra seguridad.

Catherine se apartó de Nikolai y se bajó de la cama buscando la bata de seda que él había dejado caer.

—El zar siempre vela por lo que es mejor para la corona —recriminó mientras cubría su cuerpo desnudo y se alejaba del lecho hacia la mesita donde le habían dejado algunas viandas, vino especiado y té caliente.

Probablemente ya se habría enfriado bastante así que se sirvió una taza, quizá lograra calmarla.

—Dirijo un imperio y mi deber es velar por la seguridad de todos mis súbditos, incluida mi esposa —advirtió y Catherine escuchó que al igual que ella, se había apartado de la cama y parecía dirigirse en su dirección.

—¿Es así como será siempre? —exclamó girándose hacia él para darse cuenta de que estaba más cerca de lo que imaginaba—. ¿Os limitaréis a darme ordenes de forma continua sin siquiera escuchar mi opinión al respecto?, ¿Tendré que acatar vuestra decisión, aunque no esté conforme?, ¿Soy vuestra esposa o vuestra

súbdita? Y no me respondáis que soy ambas porque os juro que si lo hacéis no volveré a dirigiros la palabra.

Catherine se llevó la taza de té a los labios para dar un gran sorbo y en cuanto lo hizo su mirada cambió repentinamente dirigiéndose hacia la bandeja buscando la tetera desde la que lo había servido.

En ese momento llamaron a la puerta y Nikolai pidió que entrasen. Vio a dos damas y a la nueva nodriza que llevaba al pequeño en brazos.

—¿Habéis tomado té o vino especiado? —preguntó sin rodeos a la joven.

—No, su majestad. Ninguna de las dos bebidas me agrada —respondió con titubeo.

—Este té no es el que tomo siempre, tiene un sabor diferente, una hierba que no logro descifrar.

—¿Estáis segura? —exclamó Nikolai.

—Tomó el té desde que tengo seis años tres veces al día. Estoy muy segura de lo que digo —rebatió a la par que Nikolai le quitaba la taza que tenía en la mano, la olía y después la probó él mismo antes de dejarla en la bandeja.

—Pedidle al boticario y al médico que vengan ahora mismo —dijo dirigiéndose a los soldados que permanecían en la puerta—. Solo tomaréis agua a partir de ahora hasta que este asunto se aclare —indicó dirigiéndose a la nodriza y después se volvió hacia Catherine para acoger su rostro y llevar sus labios a la frente, besándola de un modo íntimo sin importarle que tanto las damas como la nodriza junto a su hijo le vieran—. Sois mi esposa, Ekaterina —susurró en voz baja—, me pertenecéis solo a mí.

Catherine le observaba como si el hecho de que hubiera respondido que era su esposa indicaba que significaba mucho más para ella de lo que pensaba. Le pertenecía, había hecho ese inciso para recalcarle que ella era suya.

—¿Y vos majestad?, ¿A quien pertenecéis? —preguntó sin poder evitarlo, sin poder hacer alusión a esos rumores más que

confirmados.

Nikolai se acercó suavemente hasta su oído como si tratara de acariciarlo.

—Si perteneciera a una sola persona, seríais vos.

Por un momento su rostro estaba tan cerca del suyo que pensó que volvería a besarla, en cambio se irguió en toda su altura al escuchar el llanto de Alexandr y Catherine le ordenó a la nodriza alimentarlo ella misma hasta que averiguaran que llevaba ese té.

Nikolai se bajó del carruaje para adentrarse en aquella casa a las afueras de la ciudad que para bien o para mal conocía como su propio palacio. Años atrás, solía frecuentarla con mayor asiduidad, pero su necesidad había ido disminuyendo con el tiempo y en los últimos días, parecía necesitarlo más que nunca.

—Bienvenido su majestad —oyó la voz de la señora Bismark que se encargaba de poner orden en aquel burdel.

—¿Dónde está? —preguntó sin rodeos.

—En su salón privado, como siempre… —sonrió esta que, a pesar de sus años, aún guardaba cierto atisbo de belleza.

Mientras caminaba sentía las miradas de todas las cortesanas que trabajaban en el burdel posarse sobre él, aquello no era nada nuevo, de hecho, había usado sus servicios en más de una ocasión, pero ninguna de ellas era la razón principal por la que visitaba ese lugar.

El salón privado era mucho más pequeño que el principal, en él se hallaban cuatro hombres jugando una partida de cartas y rodeados por un grupo de mujeres mucho mayor que iban y venían paseándose frente a ellos u ofreciéndoles alcohol.

—Debe ser algo realmente importante para que no pudiera esperar al próximo jueves —dijo uno de los hombres sin apartar la mirada de sus cartas.

—Haz que salgan todos —mencionó Nikolai y finalmente el aludido le miró y arrugó la frente extrañado.

—Salid —proclamó tirando las cartas al centro de la mesa y obteniendo por respuesta algunas quejas—. Lilith, anota todo lo que beban a mi cuenta —añadió dirigiéndose hacia una de las chicas mientras Nikolai observaba como se vaciaba la habitación y la misma mujer a la que se había dirigido cerraba la puerta dejándoles a solas —. Iba ganando esa partida, así que pienso saldarme la deuda. ¿Por qué estás aquí?, ¿Tan grave es?

Su amistad con Grigori Polov trascendía desde su infancia en la que sus padres habían sido buenos amigos y que, tras la muerte de este, Grigori había buscado su propio camino alejándose de la

corte después de que su progenitor dilapidase su fortuna en el juego y traicionase a la corona por dinero. Le habían retirado el título, las posesiones ligadas a este y había perdido todas sus amistades. Era irónico pensar que el mismo método que arruinó a su padre, lo había convertido a él en un hombre rico. A pesar de las circunstancias, su amistad había prevalecido en el tiempo y, en cierta medida, a alguien como Nikolai los contactos turbios de Grigori podían serle útiles.

—Quien orquestó el asalto a Oranienbaum está en palacio —dijo Nikolai sin vacilación—. Han tratado de envenenar al zarevich a través de las nodrizas y hace unas horas habrían hecho lo mismo con mi esposa si ella no llega a darse cuenta.

—¿Han muerto las nodrizas? —preguntó sin sorprenderse—. ¿La zarina corre peligro?

—No. Evidentemente han utilizado un método para no dejar rastro alguno.

Nikolai observó a Grigori servir él mismo dos copas vacías de una de las tantas bandejas esparcidas por la habitación y le ofreció una.

—Voy a hacerte una pregunta y si no estás seguro, será mejor que no respondas. ¿Descartas que no haya podido ser tu propia esposa?

Aquella pregunta dejó absorto por completo a Nikolai. ¿Podría Catherine estar detrás de aquello? No. ¡Era imposible! Aquella forma de defender a Alexandr e imponerse frente a él no podría ser fingida, pero si lo pensaba detenidamente… ¿No estaba demasiado segura de sí misma? Él había probado ese té y podría parecer más fuerte de lo normal pero no habría sido capaz de percibir aquella hierba como en cambio lo había hecho ella con un simple sorbo. Y luego estaba ese modo en el que se había empecinado en alimentar a su hijo a pesar de las contraindicaciones de todos. ¿Podría haber orquestado todo aquello solo para llamar la atención y salirse con la suya? Su propia opinión se había modificado al respecto, de hecho,

había agradecido al cielo por la tenacidad y astucia de Catherine para actuar rápidamente y salvar la vida del zarevich.

—Lo suponía —dijo Grigori—. Algunas mujeres venderían su alma al diablo por poder. Quizá, tu joven y bella esposa quiera ser una mártir frente a la corte, ¡La salvadora del zarevich! No solo una, sino dos veces según parece. ¿En que lugar la deja? Reconozco que sus métodos parecen funcionar… su nombre ya emerge desde todas partes por su acción en el orfanato de esos pobres diablos abandonados. Ha hecho que lleven enseres y juguetes a todos los huérfanos de San Petersburgo y, sé de buena tinta que por la corte ya resurgen algunas voces de que tiene más ímpetu y decisión que el propio zar. Su presencia en el bautizo del zarevich lo dejó muy claro. Una entereza bastante impropia de una consorte, ¿No crees?

Nikolai bebió el contenido del vaso sin pensar siquiera que tipo de licor era, no le importaba, en su mente bullía otra clase de preocupación y más bien necesitaba digerir aquellas palabras de su confidente en lugar de la bebida que quemaba su garganta.

—Eso no explicaría el asalto a Oranienbaum —recurrió como si necesitara aferrarse a cualquier excusa que expiara a su esposa.

¿A quien quería engañar? No la conocía. Tampoco se había tomado la molestia de hacerlo, simplemente había creído que ella se amoldaría a sus costumbres y sería una esposa fiel, obediente y leal. Desde su regreso al frente había comprobado que nada de eso parecía casar con la mujer que él había esperado que fuera.

Escuchó como Grigori carraspeaba y se levantaba para en esta ocasión coger la botella de licor y acercarse a Nikolai. Sirvió con cautela su copa ahora vacía y volvió a rellenar la suya propia.

—Me temo querido amigo, que mientras tu esposa permanecía recluida durante su embarazo, recibió una visita de procedencia… cuestionable —afirmó Grigori mientras le relataba que a sus oídos había llegado que durante una semana hospedó a dos cortesanas y pasó bastante tiempo a solas sin ninguna dama de compañía junto a ellas.

En el momento que Nikolai entró de nuevo en su carruaje, su dolor de cabeza no era por consecuencia del alcohol que había ingerido, sino más bien de la certeza sobre la culpabilidad de su esposa. ¿Cómo era posible que él mismo no se hubiera dado cuenta de ello?, ¿Quién era realmente Catherine?

No le importó que fueran altas horas de la mañana y que todo el mundo permaneciera dormido, en cuanto entró en palacio pidió que despertaran al mayordomo mayor y acudiera de inmediato a su despacho. Aquel era un asunto urgente y de máxima prioridad.

—Su majestad. —El mayordomo mayor de palacio tenía la cautela suficiente para no alzar la vista hasta que el propio Nikolai le respondiera.

Había sido una noche agitada, sobre todo desde que se había encontrado aquella hierba poco habitual en el té que habían servido a su esposa.

—¿Qué sabéis sobre la hierba encontrada en el té? —exclamó Nikolai con las manos entrelazadas a su espalda mientras permanecía en movimiento y en su cabeza no dejaba de alimentar aún más aquel resentimiento hacia la culpabilidad de su esposa.

—La responsable de cocina dice que ese tipo de hierba ni siquiera está entre las especias de reserva. No entiende como ha podido llegar hasta el té de la consorte porque siempre lo prueban antes de que salga de cocina por seguridad, su majestad. La sirvienta que lo llevó hasta su alcoba afirma que cuando recogió la bandeja, no se detuvo en ningún momento hasta dejarlo sobre la mesa.

—Está diciendo que quien quiera que echase la hierba al té, ¿Lo hizo en la alcoba de la zarina?

—Esa sería la única explicación posible, pero nadie entró a esa habitación salvo la zarina y su majestad.

Aquello encajaba aún más con la idea de Grigori y que, a pesar de haberse negado a creer, las circunstancias le llevaban a valorar esa opción por encima de cualquier otra. Nadie se beneficiaría con la muerte del zarevich, en tal caso, le habrían

atacado también a él. Aquella certeza solo incriminaba aún más a su esposa. ¿Era posible que el zarevich jamás hubiera estado en peligro real?, ¿Que solo fuera un ardid para darse protagonismo?

No podía creerlo. No quería creerlo.

—Negad por completo el acceso a las estancias personales de mi esposa y el zarevich a la sirvienta —dictó Nikolai—. Quiero que vigiléis sus pasos —añadió como medida de precaución, simplemente porque no podía admitir abiertamente sus sospechas hacia su esposa—. Y contratar a otra nodriza más, mi esposa dejará de alimentar por sí misma al zarevich a partir de ahora. Ninguna de ellas se alimentará fuera de las cocinas y se le prohibirá terminantemente salir de palacio

—Por supuesto, su majestad.

—Avisad al general de la guardia que acuda a mi despacho y también al duque de Curlandia, necesito hablar con ellos ahora.

Vio como el mayordomo asentía antes de proceder a salir de su despacho y Nikolai se llevó el dedo pulgar e indice a los ojos para frotarlos con desesperación.

Su tía le había advertido de esto. Todos le habían mencionado que aquel acto impulsivo podría traer consecuencias, pero la belleza de Catherine lo había cautivado hasta saltar por encima de todas ellas. Ella y ese fuego en sus ojos se habían adentrado tanto en él que había hecho caso omiso de todo lo demás, incluso cuando la enfrentaba, acababa viendo un temperamento que lejos de abrumarle lo cautivaba aún más. ¿Cuan equivocado podía llegar a estar respecto a esa mujer?, ¿Qué es lo que realmente pretendía con sus actos?, ¿Podía ser su pasión en el lecho igualmente fingida? Él mismo había comprobado aquella fogosidad en el lecho tras su regreso y, no dejaba de pensar si precisamente sus artimañas aprendidas a manos de esas dos cortesanas que había acobijado en su hogar durante una semana, eran propicias para conseguir favores en la cama de otros hombres…

Dio instrucciones precisas al general de la guardia para vigilar cada paso de su esposa dentro y fuera de palacio, especificando al

detalle donde, con quien y qué lugar se hallaba cada minuto del día. No especificó los motivos, tampoco era necesario hacerlo, pero si su error había sido no prestar atención a su esposa, iba a rectificarlo y, lo quisiera ella o no, obedecería y acataría sus ordenes, aunque tuviera que doblegar su carácter.

—¿Te has vuelto loco?, ¡Ni siquiera ha amanecido! —bramó Aleksei mientras veía como se marchaba el general de la guardia de palacio.

—Siéntate —citó Nikolai cruzándose de brazos y Aleksei se tiró en uno de los sillones con cautela al ver que su primo estaba mucho más serio de lo habitual.

—¿Has averiguado quien está detrás de los ataques al zarevich? —exclamó recomponiendo la compostura.

—No, pero tengo una sospecha —aclaró preparándose para lo que iba a decir—. Quiero que seduzcas a mi esposa.

El rostro de Aleksei pasó de la expectación a la confusión en un instante.

—¿Hace unos días me enviaste al otro lado de palacio por conversar con ella y ahora me pides que la meta en mi cama? —exclamó confuso.

—Bajo ningún concepto vas a meterla en tu cama —bramó sin alzar la voz, sino con ese aire de autoridad que hacía temer hasta el más fiel de sus súbditos.

—¿Qué está pasando Nikolai? Somos primos, somos amigos, prácticamente somos hermanos, ¿Qué ocurre?

—Precisamente porque confío en ti, eres el único al que puedo pedírselo. Necesito saber quien es lady Catherine Sylverston realmente y, si puedo fiarme o confiar en su lealtad.

—¿Y saber si está dispuesta a meterse en mi cama te daría esa confianza? —exclamó sin comprender a qué punto deseaba llegar.

—Me dará argumentos válidos para limitar su posición —afirmó con contundencia.

Aleksei mostró una sonrisa socarrona no pudiendo creer lo que escuchaba, así que se se incorporó para acercarse a Nikolai y no tener que alzar de ese modo su voz.

—Quieres enjaular a un león, Nikolai…

—No voy a enjaularlo, voy a domarlo —rebatió abruptamente.

—Desconozco tus motivos, pero si es lo que realmente quieres, lo haré, solo espero que no te arrepientas de esto.

Nikolai hizo oídos sordos a la advertencia de Aleksei antes de marcharse. Necesitaba saber realmente con sus propios ojos con qué clase de mujer se había casado y, a todas luces, Aleksei era la mejor opción para comprobarlo. Se sentó detrás de su despacho dejándose caer, admitiendo que aquel dolor de cabeza era tan intenso al punto de ser insoportable, casi lo mismo que el hecho de admitir que, si realmente tenía razón como imaginaba y su esposa caía en la trampa que él mismo había lanzado, no sabía si podría soportarlo.

Capítulo 26

Catherine se había levantado como cada mañana, visitó a Alexandr para comprobar que estaba bien y, a pesar de notar sus pechos llenos, se prohibió alimentarle por precaución durante un día más. Tomó el desayuno junto a algunas damas de la corte, debía reconocer que las atenciones hacia ella empezaban a ser mucho más cordiales que al principio y comenzaba a forjar amistad con más damas aparte de lady Anastasia, aunque aún no tuviera demasiada confianza. Su amiga tenía razón, era cuestión de tiempo hacerse su propio hueco en la corte a pesar de lady Tatiana y su circulo más íntimo con el que apenas tenía relación.

Prefería obviar prima de su esposo, ella era la menor de sus preocupaciones, más aún teniendo en cuenta que esa misma mañana lady Anastasia le habló de posibles rumores sobre su compromiso un conde que casi triplicaba su edad. Si dichos rumores eran ciertos, sentía más compasión que odio hacia la dama en cuestión.

Tras la rigurosa misa de cada mañana, Catherine se vio envuelta junto a sus damas de compañía en la selección de tejidos para la confección de sus nuevos vestidos de otoño e invierno. Había terciopelos de todo tipo de colores, sedas brocadas, encajes y un número ilimitado de tonalidades de satén.

—Este encaje es perfecto para este terciopelo —dijo la modista mientras Catherine acariciaba el tejido de un terciopelo

verde casi idéntico al color de sus ojos.

—No quiero encaje en ninguno de mis vestidos —afirmó sin mirarla—. No es que no me gusten los vestidos que he tenido hasta ahora, es que… no son mi estilo, ni me representan —añadió como si sintiera que necesitaba explicarse.

—Sois la emperatriz, majestad. Siempre se ha esperado opulencia y exuberancia en vuestra forma de vestir, pero cada zarina ha marcado su propio estilo, podéis hacerlo como deseéis —contestó la mujer y Catherine sonrió.

—¿Podéis mostrarme vuestros diseños? —preguntó conociendo en profundidad el mundo en el que había crecido mientras veía a su madre diseñar hasta altas horas de la madrugada o como cobraban vida los dibujos que había creado en papel.

—Por supuesto. Podéis elegir los que queráis —dijo entregándole una carpeta y, tal como Catherine había previsto, todos eran demasiado elaborados, tan recargados de encajes, volantes y capas de tejido que lo harían muy pesados.

No quería parecer un pastel por el simple hecho de ser la emperatriz y tener que aparentar tal cosa.

—¿Puedo quedármelos unos días? Enviaré a Sofía con algunas modificaciones en los próximos días. Por el momento quiero todas las tonalidades de verde y azul de terciopelo, las sedas que tienen brocados en oro y todos los tonos oscuros del satén. No quiero ningún color claro.

—Buena elección —sonrió la mujer, aunque Catherine no sabía si lo hacía por simple compromiso.

Hacia demasiados meses que no tocaba un lápiz para esbozar un boceto, pero imaginaba que no habría perdido del todo la práctica, así que haría buen uso de su conocimiento trasmitido por su madre para buscar su propio estilo dentro de aquella rígida corte.

Esa misma tarde, visitó el orfanato para asegurarse de que ya habían llevado camas, mantas e incluso un par de jornaleros que arreglarían el tejado para solucionar las humedades. La compañía de lady Olga no era agradable, pero se limitó a obviar a la tía de su

marido a pesar de criticar cada decisión o el simple hecho de haber gastado dinero de la corona en esas minucias que aquellos niños no agradecerían.

—Por suerte para usted, no he empleado ni un solo rublo de la corona en estos niños —sonrió forzadamente Catherine mientras lady Olga la miraba con descomedimiento como si no creyera en sus palabras—, podéis confirmar con el intendente Polovich que la corona no ha invertido dinero en estos niños más allá del presupuesto estipulado, así que os agradecería que dejarais de meteros en mis asuntos.

—¿Y qué dinero tenéis vos si no es de la corona real? —bramó con ímpetu.

—Eso es algo que no os atañe, lady Olga, sino que es asunto mío.

—Nada es asunto vuestro. Sois la consorte de mi sobrino, así que carecéis de secretos y de voluntad propia. Os debéis a él y a la corona, cuanto antes lo aceptéis mejor. Esto que estáis haciendo, solo traerá problemas a mi querido Nikolai y si estoy precisamente aquí es porque él desconfía de vos tanto como yo. Sabía desde el principio que traeríais problemas y no me equivocaba, casarse con una extranjera no iba a salir bien, no ocurrió con Anna, menos aún iba a ocurrir con una jovenzuela descarada.

¿Jovenzuela descarada? Catherine tuvo que apretar con fuerza la falda de su vestido para no poner a aquella mujer en su lugar, pero el propio Nikolai la había advertido de que lady Olga le informaría de cada uno de sus pasos precisamente porque deseaba vigilarla de cerca y, acababa de comprobar que esa insoportable mujer iba a convertir su vida en un infierno. Aún así que le dijera abruptamente que su propio esposo no confiaba en ella, resultaba mucho más doloso en boca de aquella horrible dama.

Se dirigió directamente a la alcoba de Alexandr en cuanto entró en palacio, pero para su sorpresa, el zarevich había sido debidamente cambiado de habitación sin que nadie la informara. El mayordomo mayor no solo le dijo de que había sido trasladado en su

ausencia, sino que además, tenía expresamente prohibido visitarle fuera de un horario estipulado en su propia agenda. Sus visitas quedaban limitadas a la mañana y la noche bajo estricta vigilancia y tenía terminantemente prohibido alimentarle a partir de ahora por orden del zar imperial para la seguridad del zarevich.

No entendía nada. ¿No iba a poder ver a su propio hijo cuando quisiera?, ¿Que clase de locura era esa? Caminó con premura hasta las dependencias donde estaba situado el despacho de Nikolai.

—Deseo hablar con el zar de inmediato —dijo Catherine a su ayudante personal que la interceptó en la antecámara del despacho de Nikolai.

—Lo lamento, su majestad, pero el zar está reunido y no puede atenderla en este momento.

—¿Y cuando podrá hacerlo? —inquirió tratando de respirar con calma y no dejar que aquel mal humor provocado por la exasperación de lady Olga obnubilara su juicio.

—Estará ocupado toda la jornada, me temo. Lo verá esta noche, su majestad.

¿Esa noche?, ¿Ni siquiera podía ver a su propio esposo un momento en todo el día y en consecuencia tampoco a su hijo?

—¿Esta diciéndome que no puedo verlo cuando acabe su reunión? —bramó sin importarle alzar la voz—. ¡Soy su esposa!, ¡Exijo verlo ahora! —insistió.

—Tengo ordenes precisas de no dejar entrar a nadie, ni siquiera a su esposa, su majestad.

—Tiene ordenes precisas… —repitió Catherine—. ¿Le ha ordenado expresamente que no me deje entrar a mí? —exclamó arrugando la frente.

—Lo lamento, su majestad —volvió a decir sin ser conciso, por lo que Catherine sobreentendió que sí le había prohibido específicamente dejarla entrar.

Quería gritar. Quería romper algo. Quería escapar de allí tras sentir como por más que intentaba respirar era incapaz de sentirse llena, sino que su pecho se constreñía cada vez más hasta asfixiarla. ¿Por qué?, ¿Por qué le hacía aquello?, ¿Por qué cada vez que sentía que se acercaba a él, que tenía realmente la oportunidad de lograr una afinidad con Nikolai, él la sacaba abruptamente de su vida?

—¿Estáis bien? —oyó la voz que provenía de alguna parte mientras trataba en vano de hacer hueco en la presión que ejercía aquel maldito corsé contra sus hinchados pechos.

—Sacadme de aquí —susurró en un hilo de voz al vislumbrar la silueta de Aleksei tras ella—. Por favor, sacadme de aquí —insistió.

Ni siquiera quiso saber a donde la llevaba, pero sí que la aferró y acompañó a los jardines más reservados de palacio, donde ni siquiera el aire fresco del exterior aliviaba aquella sensación de angustia que sentía.

—¿Necesitáis que llame a un médico? —preguntó Aleksei realmente preocupado y ella negó con la cabeza sin siquiera pronunciar palabra.

Sintió como se sentaba a su lado en silencio y aguardaba sin decir nada más. Apenas conocía al primo de su marido y, lo poco que había hablado con él le había hecho sospechar que era uno de esos caballeros que eludía las responsabilidades más allá de lo estrictamente necesario, como si él y el protocolo no se llevaran del todo bien. A la vista estaba que era la segunda vez que se acercaba a ella a pesar de la prohibición de su marido de dirigirle la palabra.

No había derramado ni una sola lágrima, aunque sintiera unas irrefrenables ganas de comenzar a hacerlo, pero ella misma había reprimido ese sentimiento ante el hecho de sentir que hacerlo, significaba admitir que jamás tendría la vida que había idealizado siempre, que su matrimonio era un completo fracaso y que Nikolai jamás iba a amarla como ella deseaba ser querida.

¿Por qué la incitaba a la esperanza para luego devolverla a una realidad devastadora?, ¿Por qué la hacía creer que sentía algo

por ella si después actuaba haciéndole ver que no era así?

—Al menos podríais decidme si os encontráis mejor, de lo contrario reusaré vuestra negación y haré llamar a Ivan —dijo con cierta preocupación.

Catherine cerró los ojos y respiró profundamente, sinceramente le importaba muy poco la opinión que Aleksei tuviera de ella. Fortuna o no, había encontrado a ese hombre en las situaciones más embarazosas posibles, por lo que aquello le ha hecho no guardar siquiera la compostura frente a él.

—¿Podríais decirme de qué murió la primera esposa de Nikolai? —preguntó abruptamente y Aleksei se quedó confuso, pero a pesar de que observaba a la esposa de su primo, esta mantenía la mirada al frente.

—Anna siempre tuvo problemas de salud, incluso antes de su matrimonio. Tras la coronación su situación empeoró hasta lo inevitable. ¿Tiene algo que ver la muerte de Anna con vuestro estado?

—¿Nikolai la quiso?, ¿Fue un matrimonio por amor? —preguntó sin responder a su pregunta.

Aleksei guardó silencio durante un momento, como si no supiera exactamente si responder o no a aquellas preguntas tan directas.

—Fue un matrimonio concertado cuando apenas eran niños, no creo ser la persona más indicada para dictaminar si llegaron a enamorarse o no, pero si sé que no tuvieron demasiada relación entre ellos debido a la salud desfavorable de la primera esposa de Nikolai.

¿Es posible que Nikolai estuviera acostumbrado a tener una esposa ausente y por eso actuaba del mismo modo hacia ella?, ¿Quizá no sabía lo que era tener una esposa a su lado que le apoyara en cada decisión que tomaba? No. Le había dejado muy claro que no deseaba que se entrometiera en sus asuntos y, de hecho, que tampoco se sobrepasara en los que repercutían únicamente a ella.

—No parece que sea muy distinto de su segundo matrimonio —advirtió con cierto matiz de enfado y Aleksei se aclaró la garganta.

—Os eligió por algo, con Anna nunca tuvo poder de elección. Quizá debáis simplemente averiguar el motivo.

Catherine dirigió su vista hacia Aleksei. Desde un inicio había sentido que podía hablar con franqueza frente a él, muy al contrario que con Nikolai, donde sentía que debía ser comedida, medir sus palabras y, aún así, ese instinto interior la había llevado al hombre con el que estaba casada y no al atractivo primo que tenía frente a sí.

—Quizá comprenda el motivo, pero no me satisface —advirtió con firmeza y Aleksei dibujo una débil sonrisa—. Empiezo a pensar que todo era mejor cuando ni siquiera podíamos comunicarnos.

Aleksei comenzó a reír a pesar de que Catherine ni siquiera emitió una sonrisa.

—Puede que seáis joven, pero desde luego no sois ingenua, lo supe desde el primer día en que os vi.

Catherine sonrió y acto seguido se incorporó.

—Habría preferido ser ingenua, tal vez la realidad fuera menos dolorosa —confesó divisando a sus damas de compañía acercándose hasta ella y supo que su tiempo de soledad había llegado a su fin—. Gracias por la compañía, excelencia. Me temo que mis damas ya me han encontrado y no volveré a perderme con tanta facilidad —dijo para que pudieran escucharla.

—Siempre disfruto de su compañía y espero volver a encontrarla pronto, si me lo permite.

—Quizá no necesite mi permiso, sino el de mi esposo —sonrió forzadamente antes de alejarse de él sintiendo que aquel respiro la había ayudado no solo a reconfortarse, sino a comprender que tenía únicamente dos opciones y ninguna de las dos le agradaba. Podía desobedecer las ordenes de Nikolai, contradecirle y discutir hasta aniquilar por completo cualquier tipo de relación posible entre ellos

o, ser la esposa que él deseaba que fuera y mirar hacia otro lado sin mostrar ni una sola queja.

Pensó en sus primeros días en palacio, aquellos en los que ni siquiera mantenía conversación con Nikolai y actuaba según se esperaba de ella. ¿Y qué obtuvo? Rechazo. Simplemente la envió a ese palacete lejos de San Petersburgo sin molestarse en visitarla durante meses. No. No pensaba convertirse en una sombra apartada, menos aún cuando eso significaba renunciar a Alexandr. Si iba a renunciar a tener una familia como siempre había deseado, al menos lo haría defendiendo sus propios ideales y no, los auto impuestos sin justificación alguna por su marido.

—Llévenme a los nuevos aposentos del zarevich —dijo a sus damas de compañía que comenzaron a mirarse entre sí.

—¿No prefiere descansar primero, su majestad?, ¿Tal vez tomar un baño y cambiarse antes de la cena? —increpó Daria bajo la mirada furibunda de Sofía.

—No. Lo haré después de ver a mi hijo.

—El zar ha decretado horarios de visita, su majestad. Quizá sea conveniente que….

—Si el zar tiene algún problema con que vea a mi hijo cuando me plazca, me lo dirá el mismo, hasta entonces, no aceptaré ninguna prohibición de nadie que no sea él. Es una orden, obedeced.

Sabía que iba a desatar el infierno, pero llegados a ese punto, no le importaba arder.

Capítulo 27

Aquella noche Catherine alegó que no tenía apetito y rehusó hacer acto de presencia en la cena, una cena a la que sabía que acudiría su esposo. Apagó todas las velas, cerró todas las cortinas para obtener la mayor oscuridad posible y se aseguró de colocar uno de los sillones en la puerta que comunicaba con la estancia de su marido antes de meterse en la cama y fingir que dormía. Ni siquiera sabía si Nikolai la visitaría como hacía cada noche, más aún teniendo presente que había desobedecido el horario establecido para ella de visita y del que estaba plenamente segura de que le habrían informado.

Por más que intentara conciliar el sueño, le parecía imposible, era como si la anticipación a la discusión que sabía que tendría le impidiera dormir y, cuando estuvo a punto de levantarse y salir a tomar el aire a pesar de que tuviera terminantemente prohibido abandonar su alcoba, escuchó como intentaba abrir la puerta sin éxito.

Una. Dos. Tres y hasta en seis ocasiones hasta que regresó el silencio. ¿Tal vez Nikolai habría entendido lo que significaba aquello?, ¿Que le negaba su derecho a consumar el matrimonio? Realmente el único motivo por el que había colocado aquel mueble era para hacerlo enfurecer casi tanto como lo estaba ella.

Oyó como se abría la puerta principal y los pasos del que presumía serían Nikolai acercándose a pesar de la oscuridad. Notó la

luz cerca de su rostro y posteriormente una mano cálida en su frente. Le fue imposible no abrir los ojos para vislumbrar a través de la claridad del candil el rostro de su marido que la observaba con escepticismo.

—¡Levantaos! —bramó apartándose de ella y dejando el candil sobre la mesita de noche que había a su lado.

Al igual que noches anteriores, Nikolai vestía únicamente con un pantalón de lino lo suficiente amplio para resultar cómodo y que rozaba el suelo. Iba descalzo, como si no se hubiera molestado en calzarse antes de salir de su alcoba porque solo pretendía visitar el lecho de su esposa sin contar con que encontraría trabada la puerta.

Mientras Catherine se incorporaba observó como el propio Nikolai apartaba el sillón con el que ella había bloqueado la entrada sin molestarse en alzarlo, sino que lo empujó hasta despejar la puerta.

—Habéis desobedecido una orden directa y, habéis intentado negarme el acceso a vos que legítimamente aceptasteis al casaros conmigo. —A pesar de la seriedad en su voz, parecía que sus palabras no eran una acusación, sino más bien hechos que no aprobaba y que tenían la única función de infórmala.

—No he desobedecido ninguna orden directa, no de vos —reprobó Catherine sin acercarse a él, sino manteniendo las distancias —. Y tampoco os he negado ningún acceso, de hecho, estáis aquí —añadió con condescendencia.

Le daba igual que percibiera su enfado, llegados a ese punto no le importaban las consecuencias.

—¿Y como llamáis a eso? —inquirió señalando el sillón.

—Aparecéis cuando queréis, sin avisar, sin llamar, sin pedir permiso. En cambio, cuando yo deseo hablar con vos, me negáis vuestra presencia, es más, habéis decretado que no tengo ningún derecho ni prioridad para poder dirigirme a vos cuando lo desee. Así que habéis recibido el mismo trato que recibí esta misma tarde por vuestra parte.

Nikolai se quedó durante un momento en silencio, tratando de asimilar aquellas palabras y, reconociendo que, su esposa era tan inteligente como imprudente. Puede que llevara todo el día maldiciendo su impulso por desposarla sin siquiera conocerla, pero, ¡Demonios! Le daba igual arder en el infierno porque a pesar de ello y de sus sospechas, seguía deseándola hasta perder su propia cordura.

—Vuestro principal cometido, es servirme —advirtió mirándola fijamente y dando un paso hacia ella—. Estáis a mi plena disponibilidad cuando quiera, desee o me apetezca.

Catherine tuvo que apretar la mandíbula para comprender lo que significaban esas palabras. Si. La deseaba, pero no del modo que a ella le habría gustado.

—¿En que me diferencia eso de vuestras amantes? —exclamó dolida, ¿Reconoceréis a los hijos que os dé?, ¿Para qué?, ¿Para que después me prohibáis verlos como habéis tratado de hacer? No. No voy a ser el juguete personal de el zar imperial por puro capricho.

—Veo que comenzáis a mostraros tal como sois y precisamente por ello se os ha prohibido ver al zarevich cuando queráis, para su propia protección. No tengo ninguna amante, pero si la tuviera no sería asunto vuestro si os trato o no con la misma deferencia.

Catherine emitió una risa irónica de incredulidad.

—Toda la corte sabe que tenéis una amante, ¿De verdad pensáis que no iban a decírmelo? Vuestra querida prima Tatiana fue la primera en humillarme públicamente frente a todas las damas de la corte al regodearse de que a pesar de casaros conmigo aún acudíais a vuestra puntual cita cada jueves. —Se cruzó de brazos y lo miró con verdadero desprecio—. ¿Me castigáis sin ver a mi propio hijo solo para que os obedezca ciegamente?, ¿Creéis que ese es el modo justo de someterme a vuestra voluntad?

—Tatiana jamás haría algo así. Está claro que mentís…

Catherine tuvo que apartar la vista de Nikolai para no romper a llorar de la propia frustración que sentía, pero al fin y al cabo, se

trataba de su prima, de una pariente con la que había crecido y convivido durante años.

—Tal vez deberíais haber elegido a lady Tatiana como vuestra esposa si confiáis más en ella que en mi, pero ya que no os fiáis de mi palabra, molestaros en preguntad al resto de damas antes de sentenciarme a vuestro juicio.

—Me habéis dado motivos más que suficientes para que no confíe en vos, esposa —advirtió Nikolai recalcando el apelativo—. ¿O creéis que no me informarían de vuestras huéspedes en Oranienbaum?

Catherine frunció el ceño sin saber a qué se refería hasta que fue consciente de que la única visita que había recibido en su retiro era la de las dos cortesanas que había invitado. ¿Lo habían informado? De ser así, ¿Por qué se lo reprochaba ahora y no con anterioridad?

—¿No confiáis en mi porque recibí la visita de dos cortesanas?, ¿Ni siquiera os preguntáis que motivos tendría para hacerlo?

—¡Empiezo a comprender muy bien cuales eran vuestros motivos! —bramó acercándose a ella—. ¿O también vais a negar que estáis detrás de esos supuestos ataques al zarevich?

En ese momento Catherine sintió que su sangre se helaba, que su propio corazón dejaba de latir. ¿Como podía creer que ella haría daño a su pequeño?, ¿Que clase de persona pensaba que era?

—El hecho de que penséis por un solo instante que sería capaz de hacer daño en lo más mínimo a mi propio hijo, me hace conocer perfectamente que carezco de alguna estima para vos —afirmó sintiendo que su voz se rompía y que, a pesar de no querer hacerlo, iba a desmoronarse frente a él.

—¿Y para qué iba a reunirse la consorte del zar con dos miembros de la clase social más baja sino es para conspirar en mi contra?

Catherine cerró los ojos y sintió que dijera lo que dijera, actuaría en su contra. ¿De verdad iba a creer que su única

motivación había sido precisamente él?, ¿Que la única razón había sido la de dar lo mejor de sí misma para complacerle?, ¿Que solo deseaba que él la amara y convertirse en la única mujer que deseara? Jamás creyó que actuando en su propio beneficio pudiera volverse contra ella.

—No creéis en mi palabra, lo habéis demostrado antes diciendo que mentía, así que carece de sentido que trate de defenderme. Ya me habéis juzgado y sentenciado sin siquiera conocer los hechos, los motivos o las razones. No voy a tratar de justificarme solo para que os carguéis de más razón al acusarme. ¿Creéis que soy culpable del ataque de Oraniembaum?, ¿Que orquesté algo así cuando no podía siquiera saber si sobreviviría al parto o lo haría nuestro hijo?, ¿Que añadí esas hierbas para enfermarle e incluso a mi misma para no poder alimentarle después de tener que enfrentarme a vos para hacerlo? —Catherine no pudo evitar emitir un gemido de absoluta conmoción—. Apartadme si así lo creéis, pero si Alexandr sufre lo más mínimo por haber encontrado en mí al culpable, no tendré piedad cuando os haga plenamente responsable.

Aunque Nikolai no esperase que ella confesara, aquello provocó que realmente dudara si era responsable o no de lo sucedido. Nadie se beneficiaba con la muerte del zarevich, lo que indicaba que quizá jamás estuvo en peligro. ¿Quien sino ella podría estar detrás de ello? Acababa de confesar que sí había hospedado a esas dos cortesanas y, además, se había negado a darle los motivos… aquello solo incrementaba su culpabilidad, o quizá, era lo que él necesitaba pensar para justificar sus acciones.

—La seguridad de Alexandr es mi prioridad y tended presente que estará bien custodiado. Podréis verlo dos veces al día y nunca permaneceréis completamente a solas junto a él. No es una advertencia, sino una orden y si no la cumplís se os privará de dichas visitas también —afirmó Nikolai con rigidez—. Cumpliréis con vuestros deberes, a partir de ahora os acompañará el duque de Curlandia cuando salgáis de palacio, él me informará directamente

de todos vuestros pasos y se asegurará de que estáis a la altura del cargo que os corresponde.

¿Le prohibía acercarse a Aleksei y ahora la constreñía a estar a su lado?, ¿Que clase de incoherencia era esa? No iba a quejarse, al menos no tendría que soportar a lady Olga y sus constantes comentarios sobre su incapacidad para ser zarina.

Catherine guardó silencio, si esperaba que rebatiese sus ordenes, no pensaba hacerlo. Desconocía como Nikolai había llegado a la conclusión de que ella podía estar detrás de lo que había sucedido con Alexandr, pero el hecho de que ni siquiera hubiera dudado un ápice de su inocencia o le hubiera dado la posibilidad de explicarle la situación, le dejaba muy claro que no era importante para él, que los pequeños fragmentos a los que se había agarrado para sostenerse creyendo que podría corresponder sus sentimientos, eran en realidad, vanas ilusiones que acababan de desmoronarse frente a ella.

—Y no volveréis a negarme el acceso que comunica ambas habitaciones. Os recuerdo que vuestro principal cometido es proporcionar al imperio herederos.

Catherine tragó saliva y le miró con desdén.

—Ya os he proporcionado un heredero —contestó caminando decidida hacia él—. Así que no debo compartir mi lecho con vos cada noche porque vuestro linaje está asegurado. Si me prohibís ver a mi propio hijo fuera de vuestros horarios establecidos, vos también tendréis un horario.

—No estáis en posición de exigir —respondió sintiendo que sus ojos se dirigían hacia sus labios.

—Intentadlo y tendréis que forzarme para que os conceda otro hijo —dijo con determinación.

Nikolai no podía imaginar que aquella mujer entregada a él pudiera luchar en su contra al tratar de poseerla, le resultaba impensable.

—Cinco noches a la semana —dijo abruptamente.

¿Cinco noches con ella, una con su amante y otra para su descanso? Ni hablar.

—Tres —inquirió ella dando un paso hacia él—. Martes, jueves y sábado, a menos que su majestad los jueves tenga otros planes mucho más interesantes que compartir el lecho con su esposa, en ese caso, serán solo dos.

Nikolai la miró con escepticismo y se preguntó quién podría haberla informado sobre el lugar que frecuentaba cada jueves. ¿Podría haber sido realmente Tatiana?, ¿Acaso su prima podría saberlo? No era algo que hubiera mencionado, pero tampoco se había ocultado porque hasta ahora no le habían importado los rumores sobre su visita al prostíbulo de Grigori. ¿Por eso le acusaba de tener una amante?, ¿Creía que cada jueves iba a visitarla? Conocía a su prima, sabía que no se expondría de ese modo y menos aún atacando a su propia esposa…

—Me esperaréis despierta y bien dispuesta. Serán tres días, pero no quiero lamentos ni quejas por vuestra parte.

¿Iba a renunciar a su cita de cada jueves por ella?

—No recibiréis ningún lamento o queja si yo tampoco los recibo por vuestra parte —afirmó avanzando hacia él y alzando lo suficiente el mentón para retarle.

Nikolai la observó con el deseo escrito en su mirada y se detuvo en sus labios, para descender hacia su cuerpo y vislumbrar su silueta a través del camisón que llevaba. No era tan atrevido o lleno de transparencias como otros que había llevado en diferentes ocasiones, pero él podía anticiparse a lo que escondía bajo la tela, sus manos la habían recorrido con delicadeza y salvajismo, la había poseído en numerosas ocasiones y aún la seguía deseando como el primer día. A pesar de sus diferencias. A pesar de sus sospechas. A pesar de su reticencia. Era la única mujer que realmente deseaba.

—Podéis marcharos. Es domingo —dijo apartándose de él para darle la espalda como si poner distancia entre ellos le hiciera recordar que, a pesar de sus sentimientos, de saber que una parte

de ella seguía amándole y deseándole, no sería jamás correspondida.

En un minúsculo resquicio de su ser, aún guardó la esperanza de que él acortaría la distancia, la abrazaría, le diría que confiaba en ella, que creía en su palabra y le pediría perdón por acusarla injustamente. Una parte de sí misma anhelo con tanta fuerza ese hecho que, cuando sintió como la puerta de su alcoba se cerraba, derramó lágrimas en silencio mientras se abrazaba a sí misma sintiéndose completamente sola.

Había renunciado a su familia. A sus amigos. A su propia lengua, religión y costumbres. Y ahora debía renunciar a la esperanza de encontrar el amor, de ser amada por su marido y el derecho de ver a su propio hijo. ¿Que más iba a quitarle?, ¿A que más debía renunciar para que él la considerase suficiente? ¿A sus principios?, ¿A su dignidad y orgullo?

Quería arrancarlo de su pecho, al menos aquel dolor no sería tan intenso, ni la decepción tan abrumadora. Tal vez había pocas heridas que dolieran tanto como descubrir que la persona a la que amaba no era realmente como pensaba. La había llenado de esperanza, de ilusión y ella había creído realmente que podría amarla, que aquel deseo que sentía hacia ella se convertiría en algo más, en que sus palabras al confesar que deseaba más que una esposa eran ciertas. Quizá su error fue creer que alguien con la rectitud de Nikolai podría abrirse a ella, que podría sentir algo que no fuera deber. Estaba claro que, para él, primero estaba la obediencia y no quedaba ningún espacio para un sentimiento más profundo que el del sometimiento.

Nikolai cerró la puerta de la alcoba que comunicaba con la de su esposa con suavidad y sintió como su pulso temblaba mientras aún mantenía la mano en el tirador. Había creído que sería más fácil, que quizá podría ver un atisbo de culpabilidad cuando la enfrentara, pero a pesar de reafirmarse en sus dudas, había una parte de él que rehusaba y que, tal vez era por los sentimientos que desde un principio ella le había provocado simplemente por su apariencia.

¿Se estaba equivocando al juzgarla o realmente había errado cuando decidió desposarla sin conocerla o tener referencias? Aquellas dudas intensificaron su dolor de cabeza por la falta de sueño, pero aun así, era incapaz de pensar si el resultado de sus acciones sería aún peor. ¿Que ocurriría si se confirmaban sus sospechas?, ¿Recluiría a su esposa de por vida en algún palacete o convento?, ¿Harían vidas completamente separadas como sucedió con Anne? La había elegido porque la deseaba, porque buscaba a una mujer que lo completara y creía firmemente que Catherine podría ser esa mujer.

El fuego en sus ojos, su valentía, su innata belleza y elocuencia, su entrega, su fervor… ¿Acaso era toda una vana ilusión? Quizá se había cegado por su hermoso rostro sin ver más allá y descubrir su verdadero carácter, pero no podía culparla de persuadirle, ni de seducirle, al menos no con una clara intención. Él era el único culpable de que fuera su esposa y, por tanto, el único a asumir las consecuencias de tal hecho.

Su mirada aún lo desarmaba, como si detrás de cada palabra que decía hubiera una verdad más profunda esperando ser revelada. ¿Y si realmente se había equivocado con ella?, ¿Y si solo era un abismo de algo más oscuro… o mucho más sincero?

Iba a encontrar respuestas, aunque temiera cual podrían ser el resultado de estas.

Capítulo 28

Aleksei viajaba en el mismo carruaje que ella mientras sentía que la observaba disimuladamente entre dos de sus damas de compañía. El silencio era incomodo, casi tanto como el hecho de que el duque de Curlandia y generalísimo de las tropas del zar, fuera ahora su informador partícula por capricho del zar.

Había pasado los últimos dos días encerrada en sus aposentos privados, tratando de rediseñar los modelos que la modista le había dado durante el tiempo que no había pasado con Alexandr o en la capilla de palacio. Necesitaba pensar en su situación, en lo que iba a ser su vida a partir de ahora y, sobre todo, en su hijo, el futuro zar y en lo que podía repercutir para él sus acciones.

—Espero que no os sintáis denigrado por vuestra nueva función, excelencia —aclaró Catherine con ironía.

—Vuestra compañía y la de vuestras damas es mucho más placentera que la de mis tropas, así que es un placer acompañarla, majestad —contestó rápidamente.

Desde luego, el zar desconocía que ella salía ganando con el cambio si tenía en cuenta que lady Olga jamás pronunció una palabra complaciente en su presencia.

—Espero que digáis lo mismo cuando terminemos de visitar todos los hospicios —advirtió con una débil sonrisa.

—Creía que había brotes de Tifus en la gran mayoría —replicó confuso.

—Los hay. De hecho, la situación es mucho peor de lo que se imaginaba —afirmó—. ¿Acaso tiene miedo? —exclamó dirigiendo su mirada hacia él que parecía más absorto que confuso.

—No le parece, ¿Imprudente? —preguntó reacio.

—Imprudente sería abandonar a esas pobres criaturas a su suerte, que básicamente es lo que han hecho hasta ahora como si sus muertes supusieran un beneficio —dijo con ímpetu—, pero puede quedarse en el carruaje si lo desea y limitarse a decirle a mi esposo que he cumplido con mis funciones. —Volvió a sonreír forzadamente como si estuviera actuando en un papel de una obra de teatro y detestaba profundamente a su personaje.

—No debéis fingir conmigo. Soy el primero que no está de acuerdo con sus decisiones —afirmó Aleksei con sinceridad.

—Y, sin embargo, estáis aquí —sentenció apartando de nuevo la vista hacia la ventanilla del carruaje.

Era el hermano de lady Tatiana, el hijo de lady Olga, no debía, ni podía confiar plenamente en él. De algún modo, debía sufrir la influencia de ambas damas y, estaba segura de que Nikolai le habría informado debidamente sobre sus acusaciones para condicionarle a vigilarla.

—Al igual que vos, me ciño a las órdenes del zar.

Si. Estaba claro que no había tenido poder de decisión cuando lo había convertido en su chaperon, pero hacía solo unos días que su esposo le prohibió acercarse o hablar con Aleksei, ¿Y ahora la obligaba a permanecer a su lado? No existía coherencia en aquel acto a menos que hubiera una doble intención. Desconocía si su actitud amable era para lograr sonsacarle una información inexistente respecto a las sospechas de Nikolai sobre ella o si, por el contrario, realmente Aleksei era un peón más que proseguía los dictámenes del zar.

Catherine se olvidó de su compañía para centrar toda su atención en los niños del hospicio. Había pedido informes sobre la

expansión del brote de enfermedad y resultaban mucho más aterradores de lo que había esperado. ¿Por qué Nikolai no hacía nada al respecto? Puede que afectara a la clase social más baja, pero comenzaba a expandirse hacia los barrios de clase media y, si no se controlaba a tiempo, terminaría por devorar toda la ciudad.

Las medicinas no eran suficientes, como también lo era la escasez de personal e higiene. Los niños sanos terminaban atendiendo a los enfermos y contraían la enfermedad. Los cadáveres se amontonaban esperando una debida sepultura y Catherine se dio cuenta muy pronto de que la situación era devastadora.

—¡No podéis acercaros, majestad! —exclamó Sofía.

—Estos niños morirán sino reciben ayuda —contestó Catherine—. Así que no permitiré que en sus últimos momentos se sientan solos y abandonados —declaró con firmeza—. Traed sabanas limpias, ropajes, paños y jabón del carruaje que hemos enviado. Dividiremos a los que están peor, de los que apenas han iniciado la enfermedad o parecen haberla superado. Hay que ventilar este lugar y que permanezca fresco. Haced que los soldados traigan agua limpia, no me iré de aquí hasta que todos y cada uno de estos niños tengan palabras de consuelo.

Aleksei observaba atentamente la agilidad con la que Catherine se movía y tuvo que reconocer que a pesar del número ilimitado de damas que él conocía, ni una sola de ellas actuaría en el modo que lo estaba haciendo la esposa de su primo. No sabía si definir aquel acto como valentía, inconsciencia o imprudencia, pero quisiera o no reconocerlo, había más honor en aquella dama que en el más fiel de sus soldados.

—¿Qué necesitáis que haga? —preguntó directamente.

—Si queréis ayudar, hay demasiados cuerpos que enterrar, excelencia —dijo Catherine con seriedad y Aleksei asintió mientras se alejaba de aquella sala junto a algunos de sus soldados.

Las únicas dos personas que atendían a centenares de niños parecían extremamente agotadas y también sufrían los primeros indicios del brote, aun así, ayudaron a Catherine a cambiar las

sabanas de los camastros y refrescar los cuerpos de cada niño para vestirle con ropa seca. La mayoría de ellos sufrían temblores por la fiebre alta, así que les dio una infusión especial para disminuirla.

—Haced que quemen las sábanas y los ropajes —advirtió Catherine y escuchó unos gritos que provenían del exterior.

Parecía el lamento de una mujer que gritaba y pedía ayuda, así que camino decidida hasta descubrir que dos soldados parecían prohibir el paso de la mujer al interior del edificio.

—¿Qué sucede? —preguntó Catherine.

—Está enferma, su majestad. Le hemos dicho que debe acudir al hospital —dijo uno de ellos.

La mujer volvió a emitir un grito de dolor y entonces Catherine se dio cuenta de que estaba embarazada.

—¡Oh, Dios mío!, ¡Está de parto! —gritó Catherine corriendo hacia la mujer que respiraba con dificultad—. Pedidle al duque de Curlandia que busque de inmediato una partera o un médico. ¡Ahora! —bramó sujetando a la mujer que apenas podía mantenerse en pie para que pudiera caminar hacia el interior de la casa.

—Empecé a tener fuertes dolores y no sabía a donde ir. El hospital está muy lejos de aquí, la partera no quiere atender a mujeres enfermas y mi marido no está en casa…

—Tranquila, no estáis sola, todo saldrá bien —contestó rápidamente Catherine—. ¿Cómo os llamáis?

—Alejandra —afirmó volviendo a dar un grito de profundo dolor.

—Muy bien Alejandra, no hace mucho que yo pasé por lo mismo que vais a pasar vos, ¿Es vuestro primer hijo? —preguntó para distraer a la mujer mientras la conducía hacia una de las camas vacías que ya disponía de sábanas limpias.

—Si —afirmó la mujer con temor—. Estará bien, ¿verdad? ¿La enfermedad no le habrá afectado?

Catherine no sabía en que modo el Tifus podía o no afectar a la criatura que llevaba dentro, así que se limitó a quitarle el vestido

para dejarla en camisa interior y pudo ver todas las manchas que había repartidas por su cuerpo debido a la enfermedad.

—No puedo responder a esa pregunta, pero sí es así, haré todo cuanto esté en mi mano porque vos y vuestro hijo seáis bien atendidos.

La mujer volvió a dar un grito de dolor y las dos mujeres que atendían el hospicio se acercaron.

—¿Alguna ha asistido algún parto? —preguntó Catherine sintiendo que ambas mujeres negaban con la cabeza y entonces miró a sus damas comprobando que hacían el mismo gesto—. No puede ser tan difícil, hervid algunos paños, traed agua caliente y lienzos secos —dijo recordando lo que su propio médico había pedido cuando ella tuvo a Alexandr.

—No podéis atender un parto, majestad. ¡Es impropio de la zarina! Y más aún de una mujer de clase baja…

—¿Sois la esposa del zar? —exclamó Alejandra conmocionada.

—Estoy cansada de que me digan lo que debo o no debo hacer —contestó a Sofía—. Soy la zarina y, por tanto, decidiré por mi misma lo que es impropio o no de mi cargo. En estos momentos esta mujer necesita ayuda y, a menos que aparezca un médico o una partera por esa puerta, no voy a quedarme de brazos cruzados viendo como se desangra y pierde a esa criatura que espera traer al mundo —añadió cogiendo aire para proseguir—, su posición o lugar de nacimiento no la hace menos digna que vos o yo. En este momento no existen clases sociales, ni marginaciones, es una mujer que necesita de nuestra ayuda y me pregunto qué pensaríais vos si estuvierais en su lugar y nadie quisiera atenderos. ¿Os parecería correcto? Me educaron para respetar y ser respetada, para ayudar a quien lo necesitara, para anteponer mis principios por encima de mi título.

Sofía bajó la vista, parecía abrumada por la intensidad de sus palabras. El silencio se instaló en aquella amplia estancia, hasta que

aquella mujer volvió a emitir un grito de dolor y Catherine recordó que debía actuar con premura.

—No es así como se hacen las cosas en palacio. No es lo habitual… —murmuró cuando vio que Catherine se colocaba frente a la mujer que jadeaba.

—¿Y os parece que lo habitual sea la excusa para la inacción? —replicó—. ¿Justifica las muertes? La costumbres no salvan vidas, la compasión, por el contrario, sí.

Las sabanas estaban bañadas de sangre, no tenía ni la menor idea de como debía atender un parto, pero ella misma había dado a luz recientemente, así que conocía lo básico.

—Vuestra dama de compañía tiene razón, majestad. No debería estar aquí. No debería permanecer a mi lado —dijo entre sollozos Alejandra.

—Me enseñaron que la verdadera nobleza no reside en la cuna, sino en las acciones que uno escoge cuando nadie más se atreve. No voy a dejarla sola, así que cuando vuelva ese dolor intenso; empuje.

La mujer asintió y Alejandra pujó, lo hizo en tantas ocasiones que el sudor recorría su cuerpo por el esfuerzo y Catherine comenzaba a desesperarse. Había demasiada sangre, Aleksei no había regresado aún y temía que fuese demasiado tarde cuando lo hiciera, por algún motivo que ella desconocía, aquel bebé no lograba salir. Con cada pujo parecía que lo hacía, pero volvía a entrar, como si algo se lo impidiera.

—¿Por qué no sale? —gimió Alejandra.

—Es probable que tenga vueltas de cordón en el cuello, majestad —susurró una de las mujeres del hospicio—. Eso explicaría porqué no logra salir, sucedió con uno de mis hermanos.

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó Catherine.

—No se puede hacer nada. Son niños que no quieren vivir —contestó con aprensión y ella se sintió horrorizada.

—No… ¡No! —gritó Alejandra desesperada—. ¡Mi niño no puede morir!

¿Cómo un niño no iba a querer vivir?, ¿Qué clase de atrocidad era esa? ¿Cómo una madre iba a tener que pasar por ese dolor y sufrimiento como si no tuviera elección? Ella no comprendía los sinos del señor, ni tampoco el peso que cargaba sobre los hombros de cada uno de sus servidores, pero no podía concebir que una criatura decidiese morir antes de conocer el mundo.

En ese momento Alejandra volvió a dar un grito de dolor y vio como la cabeza de la criatura trataba de salir, sin pensarlo, metió sus dedos rozando el cuello y notó el cordón que lo envolvía, al tiempo que se adentraba de nuevo como había hecho en cada ocasión, solo que esta vez, deslizó sus dedos entre el cuello del bebé y el cordón que lo rodeaba. Sin esperar a que nadie le dijera que hacer o como proceder, deslizó lo que rodeaba el cuello del pequeño por encima de su cabeza y pudiendo ver ella misma que la mujer tenía razón, que aquello era lo que debía impedir al bebé salir al exterior.

—¡Empuje Alejandra!, ¡Empuje con todas sus fuerzas! —gritó y sintió el sollozo por respuesta, pero lo hizo, empujó y ella vio como ahora aquella criatura salía sin ningún impedimento.

—¡Dios mío!, ¡Es un milagro! —gritó la misma mujer que le había dicho que no se podía hacer nada por el niño.

En el momento que la criatura comenzó a llorar sintió que su pecho se llenaba de alivio, pero también de una felicidad inmensa, sin darse cuenta de que ella misma sonreía ante lo que significaba el milagro de la vida. Después de dos días consumida en la tristeza y el lamento, aquello era un reclamo de emociones totalmente contrarias que daban paz a su desconsuelo.

Tal vez había encontrado su lugar en aquel país y estaba muy lejos de la corte, de los lujos y de la posición con las que siempre había soñado.

—Es un niño precioso —afirmó justo antes de que Aleksei finalmente apareciera con un médico y Catherine se arrancara parte de sus enaguas para envolver al niño y entregárselo a su madre.

—Jamás podré olvidar lo que ha hecho por mí y más aún que haya salvado la vida de mi pequeño… es usted un ángel.

Catherine se limitó a sonreír con lágrimas de felicidad en los ojos y durante su regreso a palacio, solo podía pensar que, en aquellos momentos, su carga pesaba menos.

—Debo reconocer que el primer día ha sido bastante intenso, majestad. ¿Es lo habitual? —preguntó Aleksei sonriente y ella no pudo evitar sonreír de igual modo, quizá era solo por el momento y las circunstancias.

—Lo espero —afirmó con contundencia—. ¿Informará a su majestad hoy mismo de mis acciones inapropiadas?

Aleksei la miró fijamente y después amplió su sonrisa.

—Creo que no necesito informar a mi primo, sus propias acciones ya correrán por todo San Petersburgo y a juzgar los hechos, debo decir que no tardarán en llegar hasta él.

Por alguna razón aquello parecía divertirle y, a diferencia de su madre, el duque de Curlandia se congratulaba de su carácter atrevido e imprudente, en realidad, lo había hecho desde el primer momento en que lo había conocido, cuando permanecía escondida tras aquellas cortinas para escapar de los gritos de su madre.

—Se lo agradezco —afirmó Catherine.

—No debéis agradecerme nada, Ekaterina —dijo llamándola por su nombre. No era la primera vez que lo hacía, pero sí en presencia de sus damas.

—Sois la única persona que no ha tratado de juzgarme dentro de ese palacio.

—Quizá sea porque soy el único que os entiende.

Capítulo 29

La realidad regresó a ella cuando, sumida en el agua caliente de aquella bañera supo que en unos instantes debería enfrentarse a su marido. Era martes, el primer día después de aquella especie de acuerdo que habían acordado la última vez que lo había visto. ¿Le habría pedido a Aleksei que le informara?, ¿Habría cumplido este su palabra de no revelar nada? Ciertamente poco importaba, sabía que Nikolai se enteraría de que no solo había atendido a niños de Tifus, sino que, además, había ayudado a una mujer con la enfermedad a traer su hijo al mundo.

Envolvió su cuerpo desnudo en un batín de seda y ajustó el cinturón mientras una de sus doncellas peinaba delicadamente su cabello.

—No lo trencéis, dejad que se seque así —advirtió siendo la primera vez que Nikolai la vería con el cabello cayendo en cascada por sus hombros.

Su cabello llegaba hasta la cintura y lo suficiente espeso para tapar sus pechos, al menos tendría algo con lo que cubrir su desnudez cuando estuviera frente a su marido en unos instantes.

Aún tenía el cabello húmedo cuando entró en su alcoba, mentiría si no diría que su corazón se aceleraba ante la certeza de saber que le aguardaba tras aquellas puertas, pero a diferencia de

otras veces, su anticipación estaba mermada por aquellos sentimientos de animadversión que le había provocado.

Nikolai estaba sentado en una de las butacas mientras bebía de una botella de vino que alguna doncella habría dejado y en cuanto entró, escuchó como la puerta se cerraba a su espalda por parte de las doncellas que la habían acompañado hasta allí.

Sintió como él la miraba con descaro, sin ningún tipo de reparo, sino con una fijación propia y, como si aquello la molestara, se deshizo de la cinta que anudaba su bata dejando que cayera al suelo y se dirigió directamente hacia el lecho sin decir nada. Justo antes de meterse bajo las sábanas apagó todas las velas del candelabro que había en una de las cómodas, al igual que la que había en su mesita de noche dejando la cama en penumbra.

Nikolai terminó de beber la copa y cuando dirigió su vista hacia su esposa la vio bajo las sabanas, así que se desnudó para entrar desde el otro lado del lecho y comprobó que ella no se movía, sino que simplemente aguardaba.

Se acercó a ella hasta que su cuerpo tocó el suyo y la calidez de su piel encendió sus sentidos, así que se colocó sobre ella sosteniendo su peso en sus brazos y notó que ella rehusaba tocarle como siempre, incluso mantenía la mirada en otra dirección en lugar de mirarle a él.

Catherine se abrió de de piernas para acogerle mientras aferraba sus manos a las sábanas simplemente porque no deseaba tocarle, no quería dejar que aquel fuego que la consumía cuando él la tocaba se apoderase de ella. Sintió como Nikolai rozaba su mejilla con la nariz y escuchó su respiración cerca de la oreja, eso hizo que girase aún más su rostro como si necesitara evitar el contacto de sus labios cerca de los suyos, pero cuando sintió que se adentraba en ella, cerró con fuerza los ojos como si aquello la hiciera evitar sentirle, pero su cuerpo era mucho más consciente que su propia mente y reaccionaba como si conociera al dueño de aquella pasión que se encendía cuando él la poseía.

Nikolai colocó una de sus manos en las nalgas de Catherine para impulsarse con mayor bravura y con la otra presionó su mejilla para obligarla a girar su rostro y en el momento que besó sus labios se detuvo al comprobar la rigidez de estos.

—Preferiría que no me besarais —dijo Catherine como si le faltase voz para hacerlo.

Nikolai se apartó de ella y la hizo girarse hasta colocarse de espaldas a él, en ese momento él volvió a adentrarse dentro de ella y tuvo que morder ser los labios para no emitir un gemido de placer. Aquel modo de poseerla era rudo, distante y frío principalmente porque ella así lo había elegido, pero a pesar de ello, en su propio cuerpo le invadía un fuego que amenazaba con quemarla al alcanzar la plenitud y, gracias al cielo, Nikolai pareció hacerlo antes que ella o no habría podido soportar mucho más sin pronunciar un solo gemido de placer.

En el momento que sintió que él dejaba de moverse, ella se apartó de él para acurrucarse de espaldas al otro lado de la cama, no había pensado en aquel momento y ahora que permanecía desnuda, prefería tener algo con lo que cubrirse. Tal como esperaba, vio la silueta de Nikolai perderse tras la puerta que comunicaba a su alcoba sin decir nada y, en cuanto lo hizo, ella se cubrió con las sábanas sin molestarse en buscar uno de sus camisones de dormir.

Agradeció el trabajo en el hospicio y la tensión que había mantenido hasta que Alejandra consiguió dar a luz para que su cuerpo estuviera realmente agotado y sintiera como el sueño la vencía. Despertó con la luz de buena mañana cuando sus damas de compañía corrían las cortinas para iluminar la habitación.

La puerta de su alcoba se abrió y vio como una doncella entraba con un enorme ramillete de flores en un jarrón. Lo dejó sobre una de las mesitas y antes de poder preguntar, otra doncella entraba con otro ramillete de flores silvestres.

—Han llegado esta mañana para usted, majestad —dijo Daría sonriente.

—¿Quién las envía? —preguntó acercándose al primer jarrón lleno de hortensias y, la rareza de aquellas flores le llevaba a pensar que debía haber sido alguien de palacio.

¿Podría haberlas enviado Nikolai?

—Esas pertenecen al duque de Curlandia, majestad —advirtió Daría—. En cambio el resto… vienen del pueblo.

Su habitación se llenó de distintos tipos de flores y no lograba comprender la razón.

—¿Por qué? —preguntó como si su dama de compañía tuviera la respuesta.

—Toda la ciudad sabe lo que hizo ayer, majestad. Este es su modo de agradecérselo.

Catherine sonrió mientras inspiraba el aroma de las hortensias, diciéndose a sí misma que quizá si habría alguien en aquel imperio que la quería.

Nikolai se acostó irascible ante el cambio de actitud palpable en el lecho por parte de su esposa y se había levantado aún peor porque no quería admitir que no lo soportaba. No después de haber conocido lo que era la pasión junto a ella. Por más que lo deseara, no podía exigirle una mayor entrega y, su irritación iba en aumento si pensaba que quizá hasta ahora, dicha entrega era únicamente fingida.

No hizo falta reunirse con Aleksei para que los rumores sobre la imprudencia de su esposa llegaran a él y aquello fue lo que necesitó para hacer colapsar su ira.

Entró en la alcoba de su primo y dio un sonoro portazo provocando que este saltara del lecho sin saber exactamente qué ocurría.

—¡Mi esposa se expone a contraer una enfermedad y no haces nada para evitarlo! —gritó a pleno pulmón.

—Es una enfermedad, se puede contraer en cualquier parte y con lo obstinada que es esa mujer dudo que el Tifus se atreviera a tocarla —contestó sin darle demasiada importancia y se pasó las manos por la cara.

—¡Te haré responsable si le sucede algo, Aleksei! —bramó cabreado.

—Me destituyes de mis funciones para que la vigile y la seduzca, no me voy a poner a darle ordenes a diestro y siniestro como tú para que me deteste como está sucediendo contigo. Es más, la estás lanzando literalmente a mis brazos como si quisieras cargarte de argumentos para sentir que tienes razón. He visto más valentía y determinación en esa mujer con un solo día que en todas las damas de la corte en lo que tengo de vida.

—¿Te ha dicho que me detesta? —exclamó ofuscado.

—No —negó mientras se alzaba del lecho—. Pero le has prohibido ver a su hijo y dejado muy claro tus sospechas sobre ella, no puedes esperar que te reciba con los brazos abiertos después de eso.

Que Aleksei tuviera razón no mitigaba aquella sensación extraña que sentía en su interior. La deseaba, la anhelaba, quería a la mujer apasionada que había conocido desde el primer momento. Y, al mismo tiempo, sentía que quizá esa misma mujer era solo una máscara de lo que él había creído ver en ella.

—¿Viste algo sospechoso?, ¿Alguien con quien hablase o se mostrara cercana?

—Solo atendió a niños enfermos y a esa pobre mujer que habría perdido a su hijo de no ser por tu esposa. Así que no. No vi nada sospechoso y aunque no te interese mi opinión, creo que te estás equivocando en juzgarla erróneamente.

—Seré yo quien determine si la juzgo o no erróneamente, por el momento tengo razones para mis sospechas, unas que ella misma no ha negado. Y, a partir de ahora, no quiero que se acerque a ninguna persona enferma.

—Si tanto te preocupa su bienestar, ¿Por qué no la acompañas tú mismo y ves como es realmente tu esposa? Cualquiera diría que te preocupa que enferme y muera, ¿Acaso es así?, ¿Te importaría realmente su muerte? Ya tienes a tu ansiado heredero al trono. Si tanto te preocupa haber errado en tu decisión de casarte con Ekaterina, quizá te conviene que a ella misma no le preocupe su bienestar por encima de tus súbditos.

La idea de que su esposa pudiera enfermar y morir causó una sensación nueva dentro de sí mismo. Un sentimiento de terror profundo y agonizante. Puede que nadie de su entorno hubiera muerto de Tifus, pero bien era cierto que ninguno había estado en estrecho contacto con personas enfermas.

—No vuelvas a decir algo así, ni siquiera en ese tono de sarcasmo como si creyeras que ella no me importara o quieras hacerme culpable. Es mi esposa. La madre de mi hijo y mi consorte. Eso es más que suficiente para que no desee su muerte. —Se guardó para sí mismo que ella era mucho más que aquello, que significaba algo a lo que él mismo era incapaz de poner nombre

porque ni siquiera él sabía qué era lo que sentía hacia ella y el modo en que enloquecía cuando estaba a su lado.

No alzó la voz, pero el aire pareció tensarse a su alrededor. Caminó hasta la ventana sin mirar a su primo, las manos entrelazadas detrás de la espalda, los hombros rígidos. Afuera, el cielo gris parecía hundirse sobre los jardines del palacio, y el primer aliento de otoño comenzaba a marchitar las hojas aún verdes.

—Muy bien. Si quieres seguir adelante con esto, es cosa tuya. No seré yo quien te lo impida, pero si me has involucrado para obtener respuestas, lo haré a mi manera o serás tú quien se convierta en su custodio.

Nikolai apretó la mandíbula con fuerza. Se fiaba de Aleksei, le confiaría su vida, pero también sabía su éxito entre las damas de la corte o las propias doncellas. Sería muy fácil que su esposa se entregase a él y, aunque era lo que esperaba de ella como si eso confirmarse todo lo que sospechaba que era, había una parte que deseaba con firmeza que no fuera así, que de algún modo, aquella entrega y forma apasionada de estar junto a él no hubiera sido fingida, sino realmente deseada. ¿Sería su esposa capaz de entregarse a otro hombre del mismo modo que lo hizo a él?

—¿Le has dicho a alguien donde acudo cada jueves? —replicó recordando la conversación con Catherine.

—¿Y qué motivo tendría para hacer publico que aún mantienes relación con Grigori Polov en tu beneficio? —objetó mientras comenzaba a vestirse.

—Alguien ha hecho creer a mi esposa que tengo una amante a la que visito cada jueves…

—Tatiana… —suspiró hastiado—. Ha sido su forma particular de vengarse por su inminente compromiso con ese vejestorio. Te culpa de haber presionado a nuestro padre para concertar su matrimonio.

¿Catherine no le había mentido en ello?, ¿Había sido realmente su prima quien le había expuesto esa información públicamente? Le había dicho que mentía, que no la creía y ahora

mismo estaba comprobando que sí le había dicho claramente la verdad. ¿En qué más podría estar equivocado? Desde luego había admitido la visita de esas dos cortesanas aunque no quisiera confesar el motivo.

—Lo lamento por Tatiana, pero quizá lo mejor para ella sería abandonar esta corte y buscar en otro lugar a su futuro esposo. Hablaré hoy mismo con vuestro padre.

Aleksei no mencionó nada, quizá porque en el fondo sabía que también sería lo mejor para su hermana. Ella había creído fervientemente que se casaría con Nikolai desde que Anna enfermó, su fijación la había llevado prácticamente a obsesionarse y, aunque él mismo había creído que quizá sería un matrimonio ventajoso para ambos para fortalecer la corona, ahora que empezaba a conocer a Ekaterina, quizá ella era lo que Rusia necesitaba y no lo que esperaban de ella.

—Gánate la confianza de mi esposa, descubre que es lo que oculta —dijo en voz grave—. Y, bajo ningún concepto olvides que ella me pertenece. Es y será únicamente mía.

No iba a confesar a Aleksei cuánto le había afectado que Catherine se mostrase fría y distante la noche anterior. Menos aún, iba a decirle que le había pedido que no la besara y que, aún así, él la había poseído con firmeza, vehemencia y un rigor por la pasión que a pesar de todo ella le provocaba. Estaba decidido a descubrir si era la dama ambiciosa y conspiradora que le había mostrado Grigori Polov, pero también, necesitaba saber si la mujer apasionada que había conocido desde el primer día era real, o también formaba parte de esa máscara indudablemente hermosa.

Capítulo 30

Los siguientes dos días transcurrieron en calma, si por calma se podía llamar no haber tenido ningún enfrentamiento con Nikolai a pesar de haber coincidido durante la cena. Se limitó a ignorarle, como si su conversación con Aleksei fuera de lo más divertida e, incluso sonrió en exceso a pesar de no sentirse en absoluto relajada en su presencia.

Quisiera o no aceptarlo, cada vez que Nikolai estaba cerca su cuerpo reaccionaba y no precisamente en el sentido que ella preferiría que lo hiciera dadas las circunstancias, sino que su piel era más que consciente de la falta de su contacto y no tenía ningún reparo en recordárselo.

Tal como había hecho las dos noches anteriores, se dio un largo baño después de haber pasado todo el día con los niños del hospicio y visitar dos hospitales para conocer en primera instancia la situación. Eso le había hecho demorarse aún más cuando escribió una carta al intendente para que se reuniera con ella a primera hora de la mañana sin falta. Necesitaba que se enviaran enseres, medicinas y camas suficientes para acoger a todos los enfermos en los hospitales, dado que comenzaban a estar desbordados ante la falta de recursos y personal.

—Han llegado los primeros vestidos de su nuevo guardarropa, majestad —dijo Audelina, la doncella que le atendía cada noche—.

Llegarán el resto en los próximos días, aunque la modista aguarda indicaciones para sus vestidos de noche durante la temporada.

Catherine pensó en que la temporada anterior había estado muy lejos de palacio debido a su embarazo. No había visto ningún baile, ningún evento, ni una sola fiesta en su honor y menos aún, había podido ver a las debutantes. Ella misma se había perdido su propio debut en sociedad y, cuando habría podido disfrutar de aquello que tanto anhelaba, Nikolai la apartó de la corte por su propio bienestar. No tenía ningún guardarropa apropiado para esos eventos y dado el empeño que tenía de concebir otro hijo, comenzaba a pensar que tenía la idea de volver a apartarla otra temporada más. ¿Tal vez era ese su propósito?, ¿Podría esconder algo más que una amante en San Petersburgo?

Ni siquiera sabía si estaría allí cuando iniciase la temporada o si, por el contrario, aquellas noches que debía compartir con su marido darían su fruto y volvería a engendrar otro hijo muy pronto.

Él mismo le había dicho que la apartaría, que volvería a enviarla lejos de allí por su seguridad… ¿Tanto anhelaba alejarla de él? Ni siquiera parecía haberse molestado cuando se mostró distante en el lecho, cuando en lugar de amarle como deseaba, evitó tocarle e incluso le advirtió que no deseaba que la besara para no sucumbir a la tentación.

No la amaba. No la amaría. Y saberlo dolía por mucho que intentara fingir lo contrario.

—Los probaré mañana, ahora estoy realmente cansada —afirmó con una débil sonrisa y sintió como la doncella peinaba delicadamente su cabello.

Llevaba tres días cerca de personas enfermas, no sabía si era muy pronto para saber si ella también había contraído la enfermedad, pero no se apreciaban las manchas rojas de los enfermos en su cuerpo.

—El zar ha preguntado por su esposa. La está esperando en su alcoba —dijo otra doncella dirigiéndose hacia Audelina como si tuviera la culpa de su tardanza.

Por alguna razón Catherine había creído que él no acudiría a su lecho. Que, siendo jueves, faltaría a su cita acordada para visitar a su amante a pesar de aquel acuerdo en el que compartiría tres noches su lecho.

—Podéis decirle al zar que si tiene tanta urgencia, venga él mismo aquí —contestó Catherine por la doncella y, a pesar de la turbación que encontró en los ojos de esta, vio como asentía y salió del baño con premura.

Nikolai hizo acto de presencia poco después, no lo supo porque le viese, sino por el nerviosismo de Audelina en sus dedos, que pidió rápidamente excusas mientras dejaba el cepillo sobre uno de los banquillos de madera para salir y dejarles completamente a solas.

—Es jueves —escuchó la voz Nikolai cerca de ella, como si aquellas dos palabras significaran una razón suficiente para exigirle algo.

—Podéis entrar, tomad lo que queráis de mí y marcharos —respondió con firmeza.

Esperó escuchar el sonido de su ropa mientras se desvestía o el agua cediendo por su peso, pero en lugar de eso notó el roce de sus labios en su cuello y como poco después la obligaba a mirarle. Había luz más que suficiente para verle, para apreciar su belleza y admitir que seguía siendo el hombre más guapo que había conocido, el único al que había amado y probablemente amaría, el único por el que su corazón seguía acelerándose a pesar de la decepción y de desear odiarle.

—¿Por qué rehusáis mirarme? —preguntó sin dejar de observar sus ojos, como si quisiera ver la verdad en ellos.

—¿Acaso me creeríais? —increpó Catherine—. Me dejasteis claro que no confiáis ni en mi palabra, ni en mí. Carece de sentido que os responda.

—Probad —insistió sin dejar que ella apartara su rostro para dejar de mirarle.

—Cada vez que sois dulce conmigo me hacéis creer que significo algo para vos, que realmente me elegisteis como esposa por una razón y después, me increpáis con vuestra severidad —respondió con firmeza—. ¿Para qué queréis que os confiese algo que después usareis contra mí? Puede que esta noche decidáis creerme porque os conviene y mañana, diréis que mentí solo porque las circunstancias os han llevado a creer que es así. No. No os daré más motivos para que me apartéis de mi propio hijo. Ya he perdido demasiado, no perderé lo único que me retiene aquí.

Sus palabras implicaban dolor y le apartó la mano que retenía su rostro para evitar que la viera derramar lagrimas, pero Nikolai vio perfectamente aquel resentimiento y como algo dentro de él se rompía al ver por primera vez a aquella mujer derrumbarse frente a él.

—Dadme razones para que confíe en vos. Contadme que es lo que ocultáis y os perdonaré.

Catherine emitió una sonrisa nerviosa de absoluta conmoción. Estaba claro que para él la única responsable detrás de lo que le había sucedido a Alexandr era ella y no pensaba buscar en otra parte. Quizá, su improvisada visita en su retiro por parte de aquellas dos cortesanas había propiciado que pensara de ese modo y su carácter rebelde tampoco había ayudado a contribuir en su favor, pero que la culpara de intentar ejercer daño a su propio hijo le dolía aun más que el hecho de perder su confianza.

—Habéis venido por una razón, majestad. Tomad mi cuerpo o marchaos. No obtendréis nada más de mí.

Catherine sabía que si se marchaba en aquel instante, no sería para dormir en su alcoba, sino que sin duda alguna, se marcharía en busca de esa amante a la que visitaba cada jueves, ¿Habría modificado su habitual visita?, ¿Quizá la aplazó a uno de los días no acordados? Le sorprendía que no se hubiera quejado casi tanto como el hecho de estar allí, pero, ante su asombro sintió como hundía sus manos dentro del agua y la alzaba sin importarle que ella empapara su cuerpo, incluso tuvo que aferrarse a él por la sorpresa de aquel movimiento inesperado.

La dejó sobre una mesa pequeña al ser el único mueble de apoyo en aquella pequeña habitación y apartó suavemente el candelabro para darle espacio. Catherine recordó el día después de su boda en el que se habían tomado un baño juntos y después el la había poseído allí mismo con un ímpetu insaciable. Pensó en lo diferente que eran las cosas entre ellos, en que a pesar de que en aquel momento no se entendían, irónicamente existía mucha más comunicación que ahora y, cuando pensó que él volvería a hundirse en ella sin contemplación tendiendo que ocultar su propio placer ante él, vio como el zar imperial se arrodillaba frente a ella sin dejar de mirarla hasta acercar su boca a su entrepierna y provocar un estremecimiento que hizo temblar todo su cuerpo.

No sabía si era la expectación o el hecho de que él estuviera arrodillado frente a ella lo que le provocaba aquella conmoción, pero cuando volvió a hacerlo apretó con fuerza sus labios y, aún así, un gemido escapó de su garganta.

Logró ver la satisfacción en su rostro a pesar de mostrar siempre aquella máscara de seriedad, y luego sintió sus manos en las caderas antes de hundir por completo su lengua y hacerla contraerse hacia él.

Trató de resistirse, de morder su lengua ante el placer que él lograba causar en ella, pero Nikolai no le dio tregua, a su lengua se añadieron sus dedos que con maestría le arrancaban gemidos acallados y cuando aquellas oleadas de placer la embargaron hasta límites desconocidos, fue incapaz de soportarlo. Se abandonó al calor que ardía bajo su piel contrayéndose ante ese clímax exquisito sin importarle que él lo supiera, sin expiar su propia culpa por no querer permitir darle el placer de saber que enardecía con su contacto.

Su cuerpo aun temblaba cuando sintió la seda cubriendo su piel. No era su propio camisón, sino el de él, que se lo había quitado para envolverla.

—He obtenido lo único que quería de vos esta noche —dijo antes de volver a cogerla en brazos y caminar hasta su alcoba.

Nikolai la dejó sobre su lecho y, para el propio asombro de Catherine, se marchó sin tocarla, sin obtener su propio placer o poseerla.

¿Por qué?, ¿Qué era lo único que deseaba de ella si solo le había dado placer? No lo entendía. Ni lo comprendía. Ni siquiera sabía porque ahora le interesaban los motivos por lo que rehusaba mirarle o se había mostrado cercano en lugar de distante, pero ¿No había sido siempre así? Probablemente no tardaría en aparecer la versión distante que le prohibiría volver a pisar un pie en un orfanato, hospicio u hospital de por vida.

¿Y porqué deseaba saber la razón de rehusarse a mirarle?, ¿Que interés podía tener él en obtener su propio placer? Pensar en esa versión dulce de Nikolai volvía a hacerla sentir mariposas en su estómago, a recordarle que ese era el hombre del que se había enamorado y, se maldijo a sí misma por volver a caer en aquella trampa mental en la que siempre había estado, manteniendo esperanzas que después se desvanecían o creyendo que ella significaba mucho más para él de lo que en realidad parecía.

Se levantó del lecho agitada, con esas preguntas a las que nunca encontraba respuesta y se dio cuenta de que tenía puesta la bata de seda de Nikolai con su olor impregnado y que ahora traspasaba a su cuerpo. Aquel aroma que la enloquecía y que tantas veces había deseado que permaneciera a su lado envolviéndola con su cuerpo para sentirse protegida, a salvo, en casa.

Porque no quería sentir esa soledad, sino la calidez de sus brazos.

A la mañana siguiente Nikolai encontró a su prima Tatiana junto a su tía Olga tomando el desayuno como era habitual y no pudo evitar recordar las palabras de Catherine al decirle que la había humillado públicamente exponiendo que tenía una amante. Su primer instinto había sido no creerla, no concebía que Tatiana pudiera hacer algo similar, no encajaba con la dama prudente que siempre sabía mantener la compostura.

—Buenos días —dijo con seriedad a lo que ambas respondieron rápidamente con un amago de sonrisa.

—Querido, he sido informada de que vuestra esposa, está gastando una verdadera fortuna en esa pobre gente que, a pesar de todo morirá por la enfermedad. ¿No deberíais limitar su exceso antes de que sea demasiado tarde?

—Los presupuestos están fijados, tía. Si ella intentara sobrepasarlos, yo mismo sería informado —contestó sin añadir que, en tal caso, desconocía de donde salía ese dinero al que su tía se refería.

—He visto últimamente que se reúne en demasiadas ocasiones con el intendente Polovich, tal vez le haya persuadido para destinar dinero a su causa de otros fondos sin que vuestra majestad lo advierta… vuestra esposa puede ser muy persuasiva cuando le conviene, no es el único hombre con el que se reúne a solas, no hay más que ver a Aleksei, parece encantado con ella —intervino Tatiana sin alzar la vista.

Aquel comentario desagradó en demasía a Nikolai, sobre todo cuando él mismo había condicionado a su primo para seducir a su esposa y comprobar cuáles eran los límites de ésta, pero lo que Tatiana insinuaba iba mucho más allá. ¿Acaso le estaba diciendo una posible infidelidad de su esposa con el intendente? Los había visto reunidos a solas en una ocasión y, a pesar de que no parecían estar cerca el uno del otro, el simple hecho de que no hubiera nadie más dentro de aquella sala lo había enloquecido.

—Si ese es el caso, lo averiguaré hoy mismo —concluyó Nikolai viendo la sonrisa de Tatiana—. Mi esposa afirma que la

humillasteis públicamente diciéndole donde acudo cada jueves, ¿Es eso cierto, Tatiana? —increpó a su prima que tiró rápidamente el cuchillo con el que untaba su panecillo y mostró un rostro de absoluto estupor.

—¡Jamás me atrevería a hacer tal cosa!, ¡Que humillación!, ¿Por qué ha inventado algo así contra mi? Podéis preguntar a cualquiera de las damas de la corte —insistió alterada—. A menos, claro, que la lealtad hacia vuestra esposa sea superior a la mía, a pesar de conocerme desde hace tantos años.

Su lamento hizo que su madre se aproximara a ella como si quisiera consolarla y Nikolai observó a su prima con verdadero interés. Parecía realmente conmocionada, alterada y, sabía por Aleksei que mentía. De hecho, si la hubiera enfrentado únicamente con la versión de Catherine no habría tenido dudas en pensar que su esposa mentía, en cambio ahora, sabía que era la propia Tatiana quien lo hacía.

—Puedes dejar de fingir —afirmó Nikolai con convicción—. Aleksei me lo ha confirmado y también los motivos por lo que lo has hecho.

Esta vez fue Olga quien emitió un sonido agudo de conmoción.

—Querido sobrino. Tatiana ha estado sometida a mucha presión en los últimos meses y bien sabes que ella imaginaba que las circunstancias serían de otro modo. No es fácil para ella después de asumir que la elegiríais como esposa, aceptar a una extranjera y, más aún, su inaceptable comportamiento. Quizá erró en el momento y lugar, pero estoy segura de que solo lo hizo para defenderse y calmar su soberbia. Yo misma he comprobado como es vuestra esposa y estoy segura de que incluso Aleksei está influido por esa mujer y le ha llevado a admitir algo fuera de contexto, sino como se explica que acuse de este modo a su propia hermana…

—Vuestros argumentos no os redimen de culpa. Jamás acepté un matrimonio con vuestra hija tía, pero asumo que parte de su situación sea mi culpa y por ello seré benévolo. Hoy mismo hablaré

con vuestro marido para que Tatiana se marche a otra corte y sea libre de elegir esposo.

—¡Madre, no! —gimió Tatiana con los ojos vidriosos—. ¡No quiero irme!, ¡No quiero alejarme de aquí!, ¡Todos mis amigos están aquí!, ¡Mi vida entera está en esta corte!, ¡En esta ciudad!, ¡No me puedes hacer eso, Nikolai!

—Tenéis dos meses para decidir abandonar esta corte o contraer nupcias, pero en cualquier caso, no viviréis en palacio. Es una orden del zar y no hay más que hablar —alegó sintiendo que tal vez su dureza conllevara el sufrimiento de su prima, pero a largo plazo, sería lo mejor para todos.

Si Tatiana le amaba como le había confesado cuando anunció su compromiso con Catherine, era mejor apartarla de su camino y del de su esposa, tanto por el bienestar de ella, como en el suyo propio al resultarle incómoda su presencia. Él no correspondía a sus sentimientos y tenía muy claro que jamás lo haría, no en el modo que su prima deseaba. Había sido paciente, pero sería más conveniente para todos que se marchara como había pensado en un primer momento.

Los sollozos de Tatiana hicieron que se fuera de allí para dejarlas a solas y, a pesar de que la situación no le agradaba, sin duda sabía que en el futuro ella se lo agradecería cuando encontrara la felicidad en otro lugar.

Acudió directamente a su despacho donde le aguardaba su ayudante.

—Quiero ver al intendente Polovich. Haz que venga a mi despacho.

—¿Ahora? Debe reunirse con el consejo para la reforma de impuestos, majestad.

—Que inicien sin mí, llegaré en cuanto termine de aclarar un asunto prioritario con el intendente —comunicó avanzando hacia su mesa aparentemente ordenada por su ayudante y tomando asiento para iniciar su jornada.

Vio como su ayudante asentía y salía de su despacho dejándole a solas. La tinta había sido repuesta, la pluma descansaba sobre una almohadilla lista para ser usada, los documentos para repasar y firmar se aplicaban a su izquierda. Aquella atesoraba ser una jornada habitual y en cambio, él solo tenía pensamientos para recordar una y otra vez el estremecimiento de su esposa al extasiarse de placer.

Había deseado tomarla, hacerla suya, sentir el estado febril al que ella le transportaba y, aún así, no lo había hecho porque había sido la primera vez que la había visto flaquear, romperse frente a él y aquello no podía soportarlo.

Ni siquiera había puesto una mano sobre la pluma cuando escuchó los golpes en la puerta y su ayudante abrió la puerta para dejar pasar al intendente Polovich.

Era joven, apuesto, no tenía duda alguna en que su esposa podría encontrarle atractivo como lo habrían hecho un número considerable de damas de la corte.

—Majestad —dijo mientras hacía una reverencia.

—Tomad asiento —decretó Nikolai sin levantarse del suyo.

A diferencia de otras personas, no parecía inquieto, ni mostraba preocupación o nerviosismo, sino que su actitud era formal, relajada y demasiado seguro de sí mismo. Habría preferido que su esposa no tratara con alguien así, sabía que ese temperamento lograría embaucar a cualquier dama, sobre todo si carecía de experiencia.

—Sé que habéis mantenido trato directo con mi esposa, intendente y, en consecuencia, exijo que me informéis sobre los asuntos que os han llevado a reuniros con la zarina.

Polovich se aclaró la garganta y se dejó caer sobre su asiento mientras miraba fijamente a Nikolai.

—Cubro las necesidades de la emperatriz y gestiono sus finanzas, majestad.

—La corona ya cubre las necesidades de mi esposa, intendente. Así que sea más preciso.

—Por supuesto, me refiero a las necesidades que la corona no quiere, ni desea cubrir. El presupuesto para beneficiencia es realmente limitado si me permite el atrevimiento, tanto, que apenas llega para comida y medicinas de tan solo un par de orfanatos.

Nikolai arrugó la frente extrañado. Es cierto que jamás se había ocupado de aquellos asuntos y en consecuencia, le habían informado de que aquellos presupuestos ajustados eran los mismos que implementaba su difunto padre, simplemente se había limitado a firmar y, desde que ascendió al trono había sido su tía Olga la que se ocupaba de gestionar que ese dinero llegase a su destino.

—No tengo constancia de ello… —aseguró.

—Su esposa sí, majestad. Y cuando trató de intervenir se encontró con que la corona no deseaba dar más dinero. Por eso decidió actuar en cuenta propia.

—¿De donde ha estado sacando mi esposa el dinero si no pertenece a la corona?

—Su dote. Por supuesto. El duque de Sylverston le dio los permisos necesarios para hacer uso de ella y como su majestad no la ha reclamado, la está donando al pueblo.

¿Estaba utilizando su dote en matrimonio para regalársela a su pueblo? ¿En lugar de gastarla para sí misma o reservarla en su propio beneficio?, ¿Por qué? No había reclamado la dote de Catherine, ni siquiera había pensado en ella hasta que el intendente Polovich la había mencionado a pesar de que el duque ofreciera una cifra cuantiosa. No le había interesado el dinero que su esposa aportaba al matrimonio, de hecho, había olvidado que dicha cantidad estaba a su disposición en el banco y que podría usarla cuando quisiera. Al parecer su esposa estaba dando buen uso de ella y, a pesar de que debería estar enfadado por no haberle pedido permiso, consideraba que aquel dinero no pertenecía a la corona rusa y, por tanto, Catherine era libre de usarlo como quisiera.

Esa versión podía encajar con la idea que había sugerido Grigori. Una mártir, una salvadora del pueblo a la que venerarían con gran convicción, pero… ¿Encajaba eso con su exposición? Había

asistido un parto, ¡De una mujer enferma! Y dios sabe que cosas le había estado ocultando Aleksei mientras tanto…

—Quiero un documento detallado con todas las cantidades, importes y destinos en los que haya invertido la dote de mi esposa. También quiero conocer el estado de dichas cuentas y, que me informe en primer lugar antes que a ella.

—¿Debo suponer que no se opone a que siga gastando ese dinero? —exclamó extrañado el intendente.

—No —negó—. Puede disponer de él y gastarlo como quiera, ya que proviene de su familia, pero no quiero que ella sea consciente de que estoy informado debidamente. Quiero que siga creyendo que soy ajeno a dicha información.

—Tiene mi discreción, majestad —asintió levantándose de su asiento—. Mañana mismo le haré llegar los documentos, tengo un registro preciso con todos los balances.

Nikolai pasó el resto de la jornada entre reuniones y audiencias como era habitual, ni siquiera había salido a cabalgar para despejarse y cuando pensaba hacerlo al atardecer, recibió una misiva especial. Supo por el sello que se trataba de Grigori y, cuando lo rompió para leer el contenido, devoró con urgencia el texto escrito.

—Decidle a mi guardia que se prepare, saldré después de la cena —advirtió a su ayuda de cámara.

—¿Irá solo, majestad?

—Si —constató y volvió a releer el mensaje.

Grigori había encontrado a las dos cortesanas que se hospedaron en Oraniembaun y, esa misma noche, descubriría realmente si detrás de aquel ataque estaba su esposa o si realmente ella era inocente.

Capítulo 31

No era uno de los prostíbulos más glamurosos de San Petersburgo, pero sí lo suficiente afamado para que hombres, sobre todo de clase media/baja lo frecuentaran.

—He reservado a las dos cortesanas toda la noche, no sabía hasta donde se prolongaría tu interrogatorio, por lo que decidí no escatimar en tiempo —dijo Grigori mientras entraban en el burdel y el olor a perfume barato, mezclado con sudor y alcohol era mucho más evidente que al que estaba acostumbrado.

Se dirigieron hacia el piso superior y atravesaron varios salones atestados de hombres que jugaban a cartas, gritaban borrachos o manoseaban a las mujeres que reían mientras lo hacían a la par que les quitaban billetes de las manos. Desde la última sala, había otra escalera y llegaron hasta una habitación privada mucho más pequeña que las anteriores y completamente vacía.

Vio a las dos mujeres sentadas. Sus vestidos claramente tenían varios usos y se podía atisbar que no destacaban por su belleza, sino más bien por sus atributos físicos a juzgar por aquellos suntuosos escotes.

—Varvara y Dasha —dijo Grigori presentando a ambas damas que sonrieron sin disimulo y se levantaron para apresurarse en tocar rápidamente su cuerpo.

—No habíais mencionado que vuestro amigo fuera tan apuesto —dijo una de ellas.

A Nikolai no le interesaba aprenderse sus nombres, si la que había hablado era la tal Várvara o si por el contrario se trataba de la que le observaba con mirada depredadora.

No eran mujeres atractivas, ni mucho menos poseían atributos que le tentaran, quizá después de haber probado el verdadero placer, era incapaz de conformarse con aquella mediocridad.

—No me interesan sus servicios —afirmó siendo tajante—. Sino la información que puedan darme.

—Vaya… directo al grano —corroboró la misma mujer—. Por el precio que ha pagado vuestro amigo, también podríamos divertirnos, ¿No creéis?

—Quizá cambie de opinión cuando le contéis lo que me habéis revelado a mí —afirmó Grigori mientras se sentaba relajado en uno de los sillones cuyo tapiz se había desgastado tanto con el tiempo que ya había perdido sus verdaderos colores.

—Muy bien —inició la mujer apartándose para volver al sillón —. Intuyo que, si está aquí, se trata de su esposa o su amante… pregunte lo que desee saber.

—¿Quien las contrató? —exclamó directamente.

—Una de sus damas de compañía, a través de un sirviente. Nos dijeron que nos ofrecerían una bolsa de oro antes del trabajo y otra al finalizar —respondió la que hasta ahora había permanecido callada.

—¿Qué quería esa mujer para contratar a dos cortesanas? —inquirió Nikolai mirándolas fijamente.

—Estoy sedienta... Podría servirnos un poco de vino, ¿Por favor? —comentó la más habladora mientras se bajaba aún más el escote y podía apreciarse parte de sus pezones.

—Yo me encargo —afirmó Grigori alzándose para acercarse a la puerta y ordenar que llevasen una botella del mejor vino que tuviera la casa.

—La dama a la que visitamos, quería aprender a seducir hombres. No solo quería que le dijéramos cómo, sino también qué decir, qué hacer y como comportarse para enloquecer a cualquier hombre.

—¿A cualquiera? —insistió Nikolai.

—Si —afirmó mirando hacia la puerta como si esperase que el vino llegase de forma inmediata—. No lo dijo abiertamente, pero nos quedó muy claro que pensaba tener innumerables amantes.

Nikolai apretó la mandíbula al mismo tiempo que apartaba la vista como si no quisiera que apreciasen su malestar y agarró los antebrazos de aquel sillón como si quisiera romperlo bajo sus manos.

Él mismo había notado el cambio de su esposa en el lecho a su regreso. Más atrevida. Más audaz. Más vivaz. Y mucho más experta, ahora podía entender las razones y los motivos de aquella forma de pedirle que la poseyera sin reservas. Había aprendido de dos maestras en la materia.

—¿Habló de algún nombre?, ¿Mencionó quien podría ser alguno de sus amantes? —preguntó airado.

—No, aunque eso no parecía importarle, más bien quería asegurarse de poder manipularles —insistió la que parecía más callada, pero daba la información más precisa.

—¿Os pidió algo más? —exclamó atormentado.

Ambas mujeres se miraron y la más callada de las dos asintió.

—Nos habló de su temor a que la criatura que esperase fuera una niña y que eso disgustaría a su esposo, así que nos preguntó si podríamos conocer a alguien que pudiera fingir un secuestro falso tras dar a luz. Nos mostró las joyas que llevaba consigo y otra bolsa de oro que ofrecería como pago si lo llevábamos a cabo. Nadie debía salir herido, deberíamos secuestrarla a ella y al bebé para liberarlas poco después, así podría decir a todos que había logrado escapar y regresar a San Petersburgo como una mujer admirada por su círculo. Fue obvio que se trataba de una mujer con ambición y ansiosa por

poder, tenía muy claro cómo iba a conseguir que todos se rindieran a ella.

Grigori llegó con el vino que repartió a las dos cortesanas y a pesar de que en aquel momento el alcohol podía ser más que una tentación, su estomago era incapaz de ingerir nada.

—¿Supisteis algo de ella después?, ¿Hay cartas que prueben lo que decís?

Ambas damas se miraron como si no supieran que decir, pero la más callada de las dos se adelantó.

—Acordamos todo antes de partir, de ese modo sería más seguro para todos. El mismo sirviente que nos encontró nos daría la señal para indicarnos que la dama estaba de parto.

Había escuchado suficiente, de hecho, había oído más de lo que deseaba saber y podía llegar a soportar.

—He tenido suficiente —afirmó poniéndose en pie con la intención de marcharse.

—¿Está seguro de que no desea quedarse? Puede elegir a cualquiera de las dos, incluso a las dos. No nos importará compartirle…

Nikolai ni siquiera se quedó a contestar, sino que emprendió camino hacia el carruaje que le aguardaba en el exterior y con la plena intención de regresar directamente a palacio para aclarar en su mente aquella información.

Había sido su esposa, con aquel rostro angelical que lo había hecho rendirse a sus pies desde el primer día la que no solo orquestó un fingido secuestro sino que, no contenta con ello, había envenenado a su propio hijo y, además, tenido la desfachatez de enfrentarse a él para negarlo.

La rabia lo consumía y, más aún, al conocer sus reales pretensiones. ¿A cuántos hombres pensaba seducir y manipularles?, ¿Los suficientes que le aseguraran el poder en el trono?, ¿Quizá no estaba conforme con ser solo la consorte y pretendía arrebatarle la corona? No podía dejarse embaucar por su dulzura, por la forma de entregarse, por el modo de gemir bajo su cuerpo porque, a todas

luces, había sido una farsa desde el mismo momento en que aquel ilusionista la hizo presentarse ante él.

—Nikolai… —La voz de Aleksei era claramente de sorpresa, no había esperado verle en su alcoba y menos aún, a esas horas de la noche.

—¿Donde estabas? —inquirió—. ¿Con ella? —insistió sin dejarle responder.

—No estaba con tu esposa, aunque no sé si eso te desagrada o agrada viendo tu aspecto.

—Has pasado el tiempo suficiente con ella para que se fie de ti, sabe que puedes ser su confidente sin decírmelo, así que concierta un encuentro a solas con ella. Mañana. Y asegúrate de decirle que tengo asuntos que me retendrán fuera de palacio.

—¿Quieres que vaya a un encuentro a solas con ella?, ¿Que haré si realmente acude? —inquirió Aleksei—. ¿O qué harás tú si ella va?

—Seré yo quien la espere, así que lo que suceda después, no te concierne.

Tendría muchas cosas que responder cuando acudiera a ese encuentro, pero sobre todo la prueba irrefutable que necesitaba para saber que no podía, ni debía confiar en esa mujer.

Catherine entregó la correspondencia que había escrito a su madre, hermana y tías, esperaba recibir pronto la misiva donde su madre indicaba que habían regresado y volvían a estar instalados en la ciudad, pero imaginó que con la ceremonia de lady Diane, una de las hijastras de su tía Susan y el próximo inicio de temporada, su madre no tendría mucho más tiempo libre para escribirle. En cambio, lo esperaba ansiadamente por parte de Linette, sobre todo porque tenía grandes esperanzas en que su hermana se comprometiera esa temporada y, esperaba fervientemente poder estar presente en esa ceremonia.

—Ha llegado esto para usted, majestad —mencionó Sofía ofreciéndole una carta en una bandeja de plata.

Su improvisado despacho en aquel saloncito donde había encontrado una mesa perfecta para escribir sus cartas resultaba agradable, sobre todo porque no dejaban de llegar flores frescas que según las doncellas enviaba el pueblo y, aunque las hortensias de su habitación habían comenzado a marchitarse, aun no quería deshacerse de ellas.

—¿Es de mi familia? —exclamó sonriente mientras la recogía de sobre y vio que más bien parecía una nota sellada, no las cartas gruesas que solía enviar su progenitora.

—Me temo que no, majestad, tampoco está sellada, debe venir de alguien de palacio.

No tenía sello, parecía que habían usado un blasón plano, así que lo rompió y comprobó la cuidada letra.

"Me habéis acostumbrado a vuestros días llenos de intensidad y ahora encuentro el interior de palacio hastiado y soporífero. Por favor, apiadaos de mi y deleitadme con vuestra compañía. Vuestro más fiel súbdito. El duque de Curlandia"

Catherine sonrió mientras doblaba la nota y le pedía a Sofía que invitase al duque de Curlandia a tomar el té junto a ellas. Ni siquiera se molestó en escribir una nota, sino que envío a su dama de compañía mayor para transmitir directamente el mensaje.

—No puedo aseguraros que mi compañía carezca de hastío y sopor, excelencia. Me temo que dentro de estos muros mis limitaciones son mucho menos admirables —dijo Catherine en cuanto Aleksei hizo acto de presencia poco después de enviar aquella nota.

Aparte de lady Anastasia, el primo del zar había sido la única persona que desde el primer instante nota parecía haberla juzgado, sino que se había mostrado realmente amable y desde que su amiga se había marchado al campo, el primo de su marido se había convertido en una compañía más que agradable.

—Tendría suficiente solo con apreciar vuestra belleza, majestad, pero intuyo que vuestra conversación es infinitamente más agradable de lo que sería con mi primo.

Catherine emitió una mueca.

—Le vi partir esta mañana, supongo que no gozaremos de su compañía hasta la noche.

—Diría más bien hasta mañana, sus asuntos le llevan fuera de San Petersburgo, insistí en acompañarle, pero al parecer, no deseaba compañía.

Catherine recordó que era sábado y que, él debería visitarla en su alcoba. ¿Sería tan urgente ese asunto para no haberlo podido posponer?

—¿Se trata de algo grave? —inquirió con preocupación.

—No lo sabremos hasta su regreso, supongo.

Hablaron durante todo el tiempo sobre trivialidades y Catherine notó como Aleksei rozaba su mano en cuanto tenía la oportunidad de hacerlo, así como su pierna había rozado su vestido más de una vez cuando se había inclinado a coger su taza de té. No era ajena al modo en que él la miraba, había sabido deducir el deseo escrito en los ojos de Nikolai y ahora, no sabía si eran imaginaciones suyas o también creía verlo en los de su primo. ¿Quizá se equivocaba?, ¿Tal vez era la falta de lo que no había encontrado en su matrimonio lo que le llevaba a tener esos pensamientos?

—Esta noche no habrá luna —dijo Aleksei sin mirarla—, será sin duda una noche maravillosa para ver las estrellas, ¿Le gusta admirar el cielo, majestad? —exclamó al mismo tiempo que alzaba la vista.

—Solía hacerlo durante el verano cuando acudíamos a nuestra casa de campo, ahora me da la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde entonces…

—Quizá desee hacerlo esta noche, no estaría sola… en su lecho —se atrevió a decir con cierta pausa y Catherine no supo si estaba confundiendo aquello con una invitación o si le aconsejaba ver las estrellas como distracción a su soledad.

—Nunca estoy sola —sonrió con ironía.

—El mejor sitio para poder verlas es el ala sur —dijo Aleksei acercándose a ella— y, casualmente hay un pasadizo que conecta directamente desde la alcoba de vuestro marido —advirtió rozando su mano con clara intención.

Catherine contuvo la respiración. Aquello no eran imaginaciones suyas. No se trataba de un simple juego o leve flirteo, sino de una evidente invitación a algo más.

—Agradezco el consejo —contestó apartando con delicadeza su mano.

—Quizá descubráis que este lugar tiene mucho más que ofreceros —insistió rozando su pierna con la suya—, placeres que aún no podríais concebir —insistió y aquel roce se hizo más persistente cuando se inclinó para coger una de las galletitas—. Estaría encantado de mostrároslos si me lo permitís.

Catherine miró a Sofía que parecía estar a punto de reír y ella tuvo que mirar hacia otro lado para no hacer lo mismo como si repentinamente aquella vergüenza hubiera pasado a ser algo divertido.

—¿Qué sabéis sobre el placer, duque? —preguntó llevándose su taza de té a los labios.

—Diría que lo sé todo, majestad.

—¿Os consideráis un maestro, pues? —advirtió con vehemencia.

—Podríais considerarlo así, sí —sonrió con confianza.

—Lo tendré en cuenta, entonces.

—¿Vendrá esta noche? —insistió Aleksei como si necesitara una respuesta.

—Tendrá esperar para averiguarlo —afirmó Catherine poniéndose en pie y dando por finalizada aquella conversación.

Si no estuviera enamorada de Nikolai y su corazón le perteneciera por completo a pesar de como la había tratado, no habría dudado en acudir a esa cita solo por su deseo de hacerle daño del mismo modo en que él se lo había hecho a ella.

—¿Acudiréis, majestad? —inquirió Daría mostrando un rostro de completa admiración hacia el duque.

—No, pero una de vosotras lo hará —sonrió mientras observaba a Sofía, Daría y Alejandra… ¿Alguna se ofrece voluntaria para estar a solas con el duque? —Tanto Sofía como Alejandra miraron a Daría.

—¿Qué? No podéis negar que es demasiado apuesto…

Daría sería perfecta entonces.

Capítulo 32

Nikolai la vio salir desde el interior del pasadizo y dirigirse hacia la doble puerta que daba a la terraza del ala sur. Allí estaba, indiscutiblemente había acudido a su cita sin dudarlo. El ímpetu y la rabia que sentía en su interior por la confesión de aquellas dos cortesanas, sumado al hecho de ver que su esposa tenía toda la intención de serle infiel, le hizo acortar la distancia y apresarla del brazo para encararla, solo que en el momento que lo hizo, descubrió que aquella mujer no era su esposa, sino una de sus damas.

—¿Donde está la emperatriz? —exclamó Nikolai furioso y confuso al mismo a tiempo.

¿Acaso ella podría haber descubierto el engaño?, ¿Intuir que pensaba ponerle una trampa? Era imposible, nadie salvo Aleksei lo sabía y su primo le había advertido que había dejado muy claras sus intenciones sobre aquel encuentro.

—En su alcoba, majestad. Me envió para entregar esto a su excelencia —dijo mostrando una nota que él arrancó de su mano al igual que con la vela que llevaba para dirigirse a uno de los aparadores y leerla.

"En mi corazón solo hay espacio para un único error, del que no quiero, ni deseo salvarme. Aún así no es mi deseo que contempléis la belleza en soledad y os envío a una de mis damas para que sin duda reconoceréis como una grata compañía"

Nikolai releyó tres veces la primera frase, tratando de entenderla, tratando de comprender qué era ese error y llegando a la maldita conclusión de que solo podría referirse a él.

—Mañana le diréis a vuestra emperatriz que no encontrasteis al duque. Nunca he estado aquí. Nunca me habéis visto. Y nunca he leído esta nota —advirtió devolviéndosela y entregándole la vela.

—Si, majestad —contestó la joven dama.

Nikolai regresó a su despacho donde aguardaba Aleksei a la espera de noticias, en el momento en que atravesó la puerta, notó como su primo saltó del sillón.

—¿Ha ido? —preguntó expectante.

—No —negó aún incrédulo.

Quizá había estado tan convencido en que lo haría, que aún no podía similar el hecho de que no fuera ella la mujer a la que había encontrado en su lugar.

—No sé si alegrarme por ti o sentirme herido por mi orgullo varonil —se jactó—. A pesar de todo lo que le has hecho, aún te guarda fidelidad.

—No se si llamarlo fidelidad. Envió a una de sus damas con una nota. Alega que en su corazón no solo hay espacio para un único error, uno del que no desea salvarse.

—¿Que más necesitas para saber que ella es inocente de tus acusaciones? —exclamó Aleksei—. Está claro que tiene sentimientos por ti y que, a pesar de todo, sigue amándote.

Desearía creerlo fervientemente, sobre todo porque él mismo era consciente de que se había enamorado indudablemente de esa mujer y ahora solo creía que era un simple espejismo.

—¡Maldita sea Aleksei!, ¡He hablado con testigos que confirman que ella orquestó el ataque de Oraniembaun!, ¡Quería fingir un secuestro!, ¡Envenenó a nuestro hijo! Quizá no pensaba provocar daños mayores, pero está claro que su ambición tiene un propósito mucho mayor de lo que parece… el pueblo. Quiere que el

pueblo la venere como si fuera una salvadora, ¿Sabes lo que sucedería si estuviera de parte de un partido revolucionario?

—¿Por qué iba una mujer así arriesgarse a morir tratando directamente con enfermos? Debes estar equivocado. Tiene que haber una explicación…

—¿Cuál? —rugió—. ¡Porque llevó veintiséis horas sin dormir buscando esa explicación! Y no existe. Por más que quisiera que la hubiera, he terminado aceptando que no es así y cuanto antes lo acepte, antes podré tomar las medidas necesarias.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó alarmado.

—Proteger el imperio, sea cual sea el precio.

Catherine se despertó por los ruidos que había en su habitación y, en cuanto se incorporó, vio que había varios baúles y que dos doncellas, además de sus damas de compañía, no dejaban de meter cosas en ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Catherine frotándose los ojos sin comprender la situación.

¿Viajaban?, ¿Se iban a alguna parte? Dado que Nikolai había regresado tarde del frente no se habían trasladado al palacio de verano, pero tal vez su esposo había decidido cambiar de opinión hasta que iniciara oficialmente la temporada a finales de noviembre.

—El zar ha ordenado que preparemos todas sus pertenencias, majestad.

Catherine se levantó y vio que la mayoría de sus vestidos ya estaban doblados y bien acomodados en los baúles, así que decidió ponerse uno de los nuevos que aún no había estrenado. Sencillo. Sobrio. Refinado y elegante. Su madre habría estado orgullosa de ella misma por su elección, aunque no eran apropiados para bailes y fiestas de gala, si lo eran para la vida diaria de una emperatriz.

—¿Ha dicho donde iremos? —preguntó sin demasiada preocupación.

—No, majestad. Aún no.

Aquello era extraño, pero había aprendido a no indagar cuando se trataba de ordenes de Nikolai, así que decidió ir directamente a la alcoba de Alexandr y de paso, comprobar si también habían preparado sus cosas.

Fuera de su habitación, comprobó que nadie parecía moverse como si realmente fueran a trasladarse de palacio, aquello la extrañó, pero aún más el hecho de que ninguna de las doncellas pareciera pretender hacer el equipaje del zarevich.

—Imaginé que os encontraría aquí, esposa —dijo Nikolai cuando aún tenía a su hijo entre sus brazos y nadie sabía darle explicaciones sobre lo que estaba sucediendo.

—Es fácil averiguarlo, me disteis horarios establecidos para poder ver a mi hijo —contestó con severidad.

—Eso cambiará a partir de ahora —dijo con firmeza—. Lamento haberos dado tan tarde vuestro regalo por concederme un heredero, pero he puesto solución a ello. Os he regalado un palacete a las afueras de San Petersburgo. Lo suficiente lejos para tener vuestra comodidad y lo bastante cerca para que podáis visitar a vuestro hijo una vez al mes.

—¿Vais a desterrarme de palacio? —preguntó sin perder los nervios, quizá porque tener a Alexandr en brazos le provocaba ese efecto.

—Voy a hacer que recapacitéis sobre vuestro error y, cuando os arrepintáis realmente de ello, os permitiré volver. No os preocupéis, os visitaré con la suficiente frecuencia para asegurar que me proporcionáis descendencia que afiance el trono —afirmó a pesar del nudo en la garganta que le suponía admitir este hecho.

—Mi error —jadeó Catherine a punto de romperse ante la idea de no ver a su hijo durante días.

—Entregad al zarevich —dijo Nikolai antes de que aquella flaqueza que mostraba le hiciera cambiar de parecer y volviera a sucumbir bajo su efecto.

No quería tener la imagen de su hijo llorando desconsoladamente antes de salir de allí, ni de enfrentarse a Nikolai

sabiendo que, al igual que el resto de ocasiones no serviría de nada. Como había intuido la ultima noche que pasaron juntos, después de mostrarse dulce, vendría el dolor y esta vez ni siquiera tenía armas o lengua afilada con la que luchar.

Vio como Alexei se quedaba tranquilo entre los brazos de la nodriza y ella miró por última vez a Nikolai, esta vez no le importaba que viera sus lágrimas, no le importaba que la viera rota, quizá era lo que esperaba, verse vencedor de aquella batalla en la que jamás había creído en su palabra.

Salió en silencio, escoltada por sus damas y doncellas hasta que prácticamente la obligaron a subir al carruaje que la llevaría a su nueva casa. ¿Dirían que tenía Tifus?, ¿Que estaba enferma?, ¿Que necesitaba descansar y no le importaba alejarse de su hijo? Realmente no importaba, probablemente todos aceptarían su ausencia tal y como la aceptaron cuando él la alejó apenas un mes después de su matrimonio. Quizá todo aquello era una excusa para regresar con su amante, para estar con una mujer a la que sí deseaba y amaba.

—Antes de que lo piense, volverá a ver al zarevich, majestad —indicó Sofía sabiendo cual era su mayor debilidad.

Catherine no contestó, simplemente cerró los ojos y derramó todas las lágrimas que no había logrado vaciar desde que había llegado a ese palacio.

Creyó encontrar felicidad. Anheló encontrar amor. Y lo único que había encontrado era su propia devastación.

Abrió los ojos cuando escuchó el primer grito y apenas tuvo tiempo de reacción antes de que alguien le pusiera un paño en la boca y el olor fuerte que emitía aquel lienzo hizo que todo se volviera borroso antes de que la negrura la abrigara.

—¡Majestad!, ¡Majestad! —Sergei corría por el largo salón hasta llegar a la mesa en la que Nikolai estaba reunido con su consejo.

Observó como su ayudante personal apenas tenía respiración para proseguir cuando se dejó caer sobre la mesa que él mis presidía.

—La zarina. Han asaltado el carruaje de la zarina y se la han llevado.

Nikolai no supo reaccionar. Ni siquiera fue capaz de pronunciar palabra o decir algo en voz alta porque no podía concebir que Catherine estuviera realmente en peligro.

Aleksei fue el primero en arrastrar su silla y alzarse.

—¿Cuándo ha sido? —exclamó.

—Acaba de llegar el mensaje, ha debido de pasar hace una hora, quizá dos, los cuatro soldados que la acompañaban estaban heridos, una de sus damas tuvo que caminar hasta el pueblo más cercano para pedir ayuda.

—No puede tratarse de un asalto común. A menos que la hayan reconocido… —dijo un miembro del consejo.

—Que preparen una milicia y los caballos, partiremos inmediatamente —dijo Nikolai sintiendo que sus piernas temblaban al tratar de incorporarse.

—Ella estará bien —dijo Aleksei acercándose a él—. La encontraremos…

¿La encontrarían? Si no fuera porque estaba seguro de que Catherine no había tenido tiempo para orquestar ella misma ese asalto, incluso habría considerado sus dudas y determinado que quizá su desaparición era por voluntad propia, pero era imposible que ella tuviera algo que ver y, eso solo afirmaba la ineludible cuestión de que quien la había secuestrado no tendría ninguna buena intención.

¿Y si él mismo la había puesto en peligro?, ¿Y si desterrarla de palacio había hecho que no pudiera volver a verla jamás?

¡Maldita sea!, ¡Había esperado que ella se derrumbara!, ¡Que confesara!, ¡Que le pidiera perdón!, ¡Que se redimiera de sus actos! Y sin embargo solo la había visto llorar en silencio provocando que un nudo en su estómago se instalase dentro de él hasta ahogarle y comprimir su pecho.

Cabalgó tan rápido como le permitió su semental, hasta que, al ver el carruaje, la rueda resquebrajada y las damas de compañía de su esposa temblar de miedo supo que aquello era real. Que quien quiera que se había llevado a su esposa, lo había hecho consciente de que se hallaba dentro del carruaje. Ni siquiera habían robado sus joyas o el equipaje, únicamente se la habían llevado a ella.

—¿Habéis enviado a la emperatriz del imperio ruso solo con cuatro soldados? —exclamó Aleksei nervioso.

—Había más escolta en el palacete, no pensé que fuera necesario…

—¡Maldita sea Nikolai!, ¿Tan poco te importa tu propia esposa que no has pensado en su propia seguridad?

—¡Si no me importara no la habría enviado lejos de palacio! ¡Esto no la exime de su infracción! Pero admito que soy el único culpable de esta situación y lo que suceda será únicamente mi responsabilidad.

—Solo espero que la encontremos con vida… —susurró Aleksei y Nikolai pronunció una mueca de terror.

A pesar de todas las pruebas en contra de su esposa, no había pensado ni por un instante, alejarse realmente de ella. Ese palacete estaba lo suficientemente cerca para visitarla con frecuencia semanalmente, y esperaba que, con el tiempo, pudiera redimirse de sus actos y arrepentirse de ello. No le importaba tener que vigilarla. Medir cada uno de sus pasos y ser informado en todo momento de ello, seguía deseándola fervientemente, como si su cuerpo y su razón no se coordinaran. Anhelaba a su esposa igual que el primer día y era evidente que esos trucos de seducción que había aprendido a manos de las dos cortesanas funcionaban, porque

no podía apartarla de sus pensamientos, ni del hueco que se había hecho en su pecho.

—Eran al menos una decena de jinetes, majestad. Su rastro se pierde al este, hacia las montañas, podrían estar en cualquier lugar —informó su guardia mayor y Nikolai emitió una maldición.

—No me importa cuantos guardias necesitéis para inspeccionar cada tramo de esa montaña, pero quiero a mi esposa de regreso —afirmó con contundencia.

—Me llevaré a toda la guardia real, majestad.

Los rumores sobre el secuestro de la zarina corrieron por todo San Petersburgo desatando todo tipo de intrigas y confabulaciones sobre quien podría haberse llevado a la emperatriz.

Nikolai estaba en el campo de tiro de los jardines de palacio como si el sonido de los disparos fuera lo único que aliviaba aquella espera impaciente de noticias. Estar dentro de aquellos muros le asfixiaba, el descanso no era una opción y había aplazado sus reuniones hasta nuevo aviso. Estaría pateando esa montaña él mismo, sino fuera porque su deber le obligaba a mantener la seguridad del zarevich y de sí mismo por encima de su propio deseo.

Su única esperanza y la razón por la que no había enviado al diablo al consejo, residía en que pidieran un rescate por ella y, sabía que esa nota llegaría directamente a palacio y a su nombre.

—Es bueno saber que aún quedan sirvientes fieles dentro de la corte —dijo la voz de Grigori acercándose a él.

—Creí haberte escuchado decir que no volverías a mezclarte con la nobleza rusa después de que te apartaran —afirmó Nikolai sin prestarle atención.

—Al igual que medio San Petersburgo he escuchado los rumores y supuse que la situación requería que saltara mi propia norma por la amistad que nos une. He puesto a mis hombres a indagar en este asunto, aunque no me lo hayas pedido. ¿Tienes alguna sospecha?, ¿Es probable que haya sido instigado por la propia emperatriz?

—No. Es imposible. Ella misma no sabía que sería trasladada, desconocía por completo la ruta y jamás habría abandonado a sus damas —afirmó Nikolai dejando la pistola a uno de sus sirvientes que le recibió con el baúl donde guardaba el arma—. Espero recibir pronto noticias de un rescate. Es la única razón por la que podrían haberla secuestrado.

—Quizá sea pronto para asumir ciertas cosas, querido amigo —dijo con cautela

—¿A qué os referís?, ¿Sabéis algo más que desconozco?

—No. Por supuesto que no —negó rotundamente—, pero ha estado relacionándose con personas de dudosa reputación en esos hospitales y hospicios… y por lo que cuentan es una dama demasiado hermosa. Es posible que haya establecido contacto con algún grupo rebelde o que… —dejó en el aire lo que pensaba.

Nikolai no había tenido en cuenta que alguien sin escrúpulos, ni sentido del honor, hubiera podido encapricharse de su esposa hasta el punto de secuestrarla con un único fin. El mismo había vivido en carnes propias el furor interior que ella despertaba, ¿Como no admitir que también lo haría en el resto de hombres de cualquier clase social?

—Te recompensaré generosamente si me proporcionas información valiosa —dijo sintiendo que su voz temblaba.

—Sabes que lo haría por nuestra amistad y no por el dinero, Nikolai. Serás el primero en tener noticias si averiguo algo al respecto.

—Te lo agradezco —admitió sabiendo que no era alguien que solía dar las gracias por absolutamente nada y notó la extrañeza en el rostro de su amigo.

Grigori asintió y se alejó dejándolo solo de nuevo. Pidió a los sirvientes que le circundaban que le dejaran a solas, no podía hacer frente ante las imágenes de su esposa sufriendo, siendo maltratada o peor aún, forzada.

Era su culpa. Si ella sufría era única y enteramente culpa suya. Catherine podría ser culpable de muchas cosas, pero

continuaba siendo su esposa y él debía haberla protegido a toda costa en lugar de desterrarla a ese palacete sin apenas escolta.

Capítulo 33

Catherine abrió los ojos aturdida, como si cada parte de su cuerpo estuviera dormido y no respondiera con facilidad. No reconoció el lugar, las paredes eran de madera y el olor agradable, como a pan recién horneado, eso le recordaba a su infancia y las veces que se había escabullido a la cocina en busca de robar algún bollo de canela.

Se movió lentamente y percibió que estaba acomodada en una cama de madera y su colchón no era tan blando como al que estaba acostumbrada, probablemente lo habían rellenado con paja.

—Bienvenida, majestad —dijo una voz de mujer a su espalda y Catherine se giró para ver que en un balancín de la esquina de la habitación se hallaba alguien que ella conocía.

—¿Alejandra? —exclamó reconociendo a la mujer que había asistido para alumbrar a su hijo y que tenía al bebé que ella había salvado alimentándose en su pecho.

¿Que lugar era ese?, ¿Y porqué estaba Alejandra allí?

Las imágenes se agolparon en su cabeza y recordó que Nikolai había dado la orden de trasladarla de palacio, sintió de nuevo la decepción en su pecho, el dolor de dejar a su hijo en manos de la nodriza y como el carruaje se alejaba hasta que los gritos le hicieron abrir los ojos y sentir como alguien le inducía al sueño.

—Le dije a mi esposo que ver un rostro conocido la haría estar tranquila cuando despertara. He estado a su lado desde que la trajo —afirmó Alejandra sin moverse de su asiento.

—No lo entiendo. ¿Que hago aquí? —insistió Catherine tratando de incorporarse.

—Permanezca tumbada, por favor —dijo haciendo amago de levantarse—. Los efectos del láudano tardan en irse, podría marearse y caerse, majestad.

Catherine obedeció, no sabía si por temor a que fuera cierto o porque estaba siendo cauta estando en un lugar desconocido a pesar de que aquella mujer se mostrara amable.

—¿Estoy secuestrada? —inquirió Catherine inspeccionando la modesta estancia.

—Podría decirse que sí, pero en realidad es solo por su propia seguridad. Debe confiar en mí, majestad. Jamás le haríamos daño, usted salvó a mi hijo y también me salvó a mí. Eso es algo que nunca olvidaré.

¿Por su propia seguridad?, ¿Era posible que Nikolai hubiera ordenado su ejecución?, ¿Que la excusa de desterrarla al palacete solo fuera una tapadera para un fin aún peor?

—Confío en vos, Alejandra. Aunque necesito saber porqué creéis que estoy en peligro.

Catherine vio como la mujer se apartaba al pequeño del pecho y después se cubría para dejar a la criatura en una pequeña cesta acomodada. Se acercó hasta ella y se sentó a su lado en la pequeña cama.

—Hace unos meses, un hombre poderoso de San Petersburgo ordenó a mi marido que entrase en un palacete de Oraniembaun, matase a la mujer que acababa de dar a luz y le llevase a la criatura. Mi esposo no es un hombre de hacer preguntas, necesitábamos ese dinero, así que entró en ese lugar como estaba acordado, pero descubrió que esa mujer y su bebé ya se habían marchado —afirmó Alejandra—. Solo pudo saber después que se trataba de la emperatriz y el zarevich. Cuando me atendió en el hospicio y salvó la

vida de mi pequeño además de la mía, quise decírselo, pero el miedo a las represalias hacia mi marido me paralizó, hasta que ayer mismo me dijo que el mismo hombre que le ordenó asesinarla, le había ordenado secuestrar y matar a una dama que partiría de palacio a primera hora de la mañana, a cambio de una enorme recompensa. Le indicó el punto exacto donde hacerlo y mi esposo supo que volvía a tratarse de usted. Lo rechazó, se negaba a asesinar a la misma mujer que había salvado la vida de su hijo y su esposa a pesar de que necesitáramos ese dinero, pero le convencí para que aceptara. Sabía que si no lo hacía mi esposo, lo haría otro hombre y entonces, no podríamos ayudarla.

No podía tratarse de Nikolai si el mismo hombre estaba detrás del asalto a Oraniembaun, menos aún si pretendía hacer daño a su pequeño. ¿Quien podía beneficiarse de que el zar no tuviera esposa o herederos?

—¿Conocéis su nombre?, ¿Sabéis quien ordenó mi muerte? —preguntó agarrando las manos de Alejandra con firmeza.

—Le llaman Igor, aunque ese no es su verdadero nombre. Es dueño de media ciudad y tiene hombres por todas partes que vigilan y trabajan para él, como mi marido.

—¿Por qué quería ese hombre mi muerte? —exclamó Catherine sin comprenderlo.

—No lo sé, majestad, pero espero que tenga a alguien en palacio en quien confíe plenamente y la conozca lo suficiente para descifrar su mensaje en clave. No puede dirigir su misiva al zar, Igor lo sabría. Él siempre sabe todo.

Siempre había tenido sospechas sobre alguien dentro de palacio cercano al zar, ¿Había alguien en quien confiaba plenamente?, ¿Alguien que velaría por su seguridad y que actuaría con prudencia? Realmente solo conocía a una persona que pudiera hacerlo, la única que no le había tratado con hostilidad desde el primer instante y que tenía los recursos necesarios para actuar en consecuencia.

Solo esperaba no equivocarse en su juicio.

“Una vez os dije que hay posesiones con un único dueño, tal vez me equivocaba. Dicen que esta noche la luna ha decidido esconderse… y con su ausencia, ha dejado el cielo desnudo para los que saben mirar. Es la noche perfecta para contemplar lo eterno y para entregarse sin medida.

He descubierto un lugar que eclipsa al vuestro, un rincón donde incluso las estrellas parecen acercarse a escuchar si estáis atento.

Venid a medianoche. Id solo. Sin que nadie os vea.

Estaré esperándoos en el punto más alto de la ciudad. Sé que lo encontraréis… y cuando lo hagáis, vuestra recompensa será más dulce de lo que imagináis”

—Entregádsela al duque de Curlandia —dijo entregándole la carta ya sellada con un blasón plano para no ser identificada al esposo de Alejandra.

No estaba firmada. No sabía si Alkesei podrá descifrar realmente que era ella o si su lista de amantes era tan amplia que ni se daría cuenta, pero él era la única persona aparte de Nikolai, con poder suficiente para desentrañar aquel complot en su contra y al que quizá su vida le importara.

Quien quiera que fuese el tal Igor, tenía poder suficiente no solo para haber convencido a su marido de culparla sobre crímenes no cometidos, sino que estaba segura de que dentro de palacio, había personas bajo su control. ¿Podría estar Nikolai en peligro?, ¿Tal vez él sería el siguiente después de ella y su hijo? Quizá ese tal Igor tenía un plan para hacerse con el poder una vez que cayera el último de los Romanov, incluso podía tenerlo ya trazado antes de que llegase ella y alumbrara al zarevich que continuaría con el linaje intacto.

—Nadie conoce este lugar, majestad. Pase lo que pase, aquí estaréis a salvo —decretó mientras ella y Alejandra veían como se subía al caballo y se marchaba.

Desconocía que sucedería si aquel plan salía mal, si por algún motivo ese tal Igor descubría que uno de sus hombres le había

traicionado y su hijo corría más peligro del que pensaba. Solo tenía una oportunidad y ni siquiera podía actuar, debía permanecer allí cruzada de brazos.

Tenía miedo, pero no por sí misma o lo que pudiera sucederle. Tenía miedo por su hijo y, a pesar de todo y de haber deseado odiarle con su alma, también tenía miedo por Nikolai.

Aleksei entró sin llamar en la habitación de su primo, pero a pesar de que le habían indicado que estaba allí, no había rastro alguno de él, hasta que se percató de que la puerta que debía comunicar con la alcoba de al lado estaba abierta. Encontró a Nikolai sentado en el sillón con la mirada perdida en el lecho perfectamente liso como si nadie hubiera dormido allí en años.

—Me dijeron que estabas durmiendo —dijo al verle con el uniforme intacto.

—Son las dependencias personales del zar, ni siquiera tú tienes permiso para entrar —contestó sin apartar la vista del lecho.

No estaba seguro si volvería a verla, ni siquiera estaba seguro si en caso de hacerlo, cuando regresara, en qué condiciones lo haría. Realmente no estaba seguro de nada y en su vida no había tenido más miedo que en ese momento. Estaba acostumbrado a tener el control, a que nadie se sublevara frente a él, a que todos obedecieran sus ordenes.

Ni siquiera se había sentido tan vacío cuando murió su primera esposa.

—Acaban de entregarme esta nota —dijo acercándose a él y ofreciéndosela para que pudiera leerla él mismo—. Es de ella. No tengo duda alguna.

Nikolai leyó el contenido y arrugó la frente.

—¿Esto significa que ella está bien?, ¿Que su secuestro es solo una pantomima?

—No lo sé, pero hay un único modo de descubrirlo.

—Iré solo —decretó Nikolai arrugando aquella nota y guardándola en su propio bolsillo a buen recaudo—. Si esto es lo que busca, tendrá que decírmelo de frente.

—Avisaré a tus guardias y pondré en alerta toda la fortaleza de la catedral —advirtió Aleksei refiriéndose al punto más alto de la ciudad en que le había citado a media noche.

—No harás tal cosa —insistió Nikolai—. Sea cuáles sean los motivos, ha indicado claramente que debías acudir solo. Puede que

no aparezca si aprecia un movimiento extraño, no voy a correr ningún riesgo.

—¡Podría ser una trampa!, ¡Podrían haberla obligado a escribir eso! —gritó Aleksei.

—No está firmada. Ni sellada. La escribió en clave para que solo tú pudieras reconocer que era ella. Dame tu vestimenta y usaré tu propia montura, con suerte creerá realmente que soy tú cuando llegue.

Era pasada la media noche cuando subió la escalera de caracol que rodeaba el torreón de la catedral De San Pedro hasta acceder al campanario. Desde allí podía verse todo San Petersburgo al ser el punto más alto de la ciudad y, tal como anunciaba la nota, la noche era aún más cerrada por la falta de la luna, con un cielo despejado que permitía apreciar las estrellas en todo su esplendor.

La buscó con mirada ávida, esperando encontrar su rostro, con el anhelo de zarandearla y besarla al mismo tiempo al saber que estaba bien, pero… en su lugar encontró una figura negra que no correspondía en absoluto con la de su esposa.

—Deteneos si apreciáis en algo vuestra vida —afirmó aquella sombra y Nikolai vio el cañón de un arma apuntándole—. Reconozco un rostro cuando lo veo y vos, no sois el duque.

—Vos tampoco sois la emperatriz —dijo con voz firme al saber que ella no estaba allí, pero tampoco comprendía los motivos por los que podía haber citado a su primo.

—La emperatriz está en un lugar donde nadie puede encontrarla —aseguró moviéndose hacia él.

—¿Queréis un rescate?, ¿Cuál es vuestro precio por liberarla? —preguntó siendo cauto.

—¿Quien sois y qué poder tener para interpelar en nombre del duque? —insistió aquella sombra.

Nikolai se acercó lo suficiente hasta levantar su dedo y enseñar el sello real.

—Vuestra emperatriz es mi esposa —dijo con severidad.

Aquella sombra dio un paso hacia él y pudo apreciar el rostro de un hombre al que jamás había visto, aún llevaba el arma en la mano, pero dejó de apuntarle directamente.

—Debo mi lealtad a la emperatriz de Rusia. No estoy aquí para exigir ningún rescate, sino porque la vida de la zarina corre serio peligro.

—Hablad —dijo Nikolai—. Habéis dicho que ella estaba a salvo en un lugar seguro, ¿Escapó ella misma?, ¿Os ha hecho venir hasta aquí para decirme que corre peligro?

—Recibí la orden de asesinar a la emperatriz y al zarevich hace unos meses, pero cuando mis hombres y yo llegamos, ella ya no estaba —afirmó aquel hombre.

—¿Os ha dicho ella que deis esa información?, ¿Cree que este es el modo correcto de expiar su culpa?

Nikolai vio como aquel hombre se mostraba extraño.

—¿Culpa? —increpó como si no le comprendiera.

—Sé que ella orquestó ese ficticio secuestro en Oraniembaun —objetó Nikolai.

—¿Cree que ella ordenó su propia muerte y la del zarevich? Porqué iba a… —se quedó callado y se alejó dandole la espalda—. Igor…

Nikolai aprovechó para sacar su propia arma y apuntarle en cuanto se dio la vuelta.

—¡Decidme donde está mi esposa! —exclamó con fulgor.

—Si os revelo donde está, mi familia será asesinada y la emperatriz continuará en peligro. El único modo para que os revele el paradero de su majestad, es ver a Igor caer.

—¿Quién es Igor? —objetó sin dejar de apuntarle.

—El hombre que ordenó la muerte de la emperatriz y el zarevich en Oraniembaun, el mismo que dio la orden de su secuestro y asesinato ayer.

No conocía a ningún Igor, ni siquiera le sonaba ese nombre para relacionarlo con la corte imperial o con el beneficio que podría

obtener si Catherine y su hijo morían. ¿Podría haber sido contratado por alguien? Nada de aquello encajaba con las pruebas que él tenía sobre la implicación de su esposa.

—Habéis afirmado que asaltasteis Oraniembaun, podría haceros arrestar solo por vuestra confesión. ¿Que motivos os llevarían a guardar tal lealtad a la emperatriz y asumir los delitos que confesáis? —interpuso Nikolai mirándole fijamente.

—Debo la vida de mi esposa y mi hijo únicamente a la emperatriz. Ella los salvó cuando nadie más quiso ayudarla. Se enfrentó a todos por mi esposa y trajo al mundo con sus manos a mi hijo. Mi honor y mi lealtad le pertenecen, y entregaría mi vida si es necesario así como expuso ella la suya para cuidar a mi esposa cuando estaba enferma.

Nikolai bajó el arma al sentir como esas palabras ahondaban en él.

—Llevadme hasta ese tal Igor y si decís la verdad, os perdonaré la vida —terció guardándose el arma y preguntándose si realmente podía ser cierto.

¿Que probabilidad existía de que precisamente la mujer que Catherine había ayudado fuera la esposa de aquel hombre al que habían ordenado asesinarla?

—Si quiere detener a Igor, tendrá que seguir mis órdenes. Debo reunirme con él al alba, debe darme la recompensa e indicarme instrucciones precisas sobre qué hacer con el cuerpo de la emperatriz. Le convendría llevar a sus hombres y bajo ningún concepto debe verse un destacamento en la ciudad, Igor tiene vista y oído por todas partes. Le conviene trasladar al zarevich en extrema custodia, sus contactos también llegan a palacio.

—Si ese fuera el caso, ¿Por qué nunca he escuchado hablar de ese tal Igor? —afirmó aún incrédulo.

—Porque la nobleza le conocía como su excelencia, lord Grigori Polov, hijo de un conde acaudalado que perdió su fortuna en el juego y traicionó a la corona.

No… No. No. No. No podía ser cierto. Grigori no podía estar detrás de aquello. ¡Confiaba en él!, ¡Le dio una oportunidad cuando nadie más lo hizo!, ¡Creyó en su palabra a pesar de que todos le considerasen un traidor!

¿Cómo había podido creerle ciegamente cuando le hizo ver que Catherine era culpable? Y esas dos cortesanas… ¡Dios!, ¡No!

—¡Llevadme ahora a ese sitio donde os ha citado! —exclamó con furia.

Tenía la idea de enviar a un soldado al palacio de invierno para hacer llamar a Aleksei, pero se encontró con este a la salida de la catedral, aguardando con un pequeño séquito y, al ver la mirada oscura de su primo, se preocupó.

—Por tu rostro está claro que ella no estaba aquí, pero ya era algo que suponía. ¿Que ocurre, Nikolai?

—Ocurre que soy un necio. Un imbécil. Y que, si este hombre dice la verdad, no habrá vida suficiente para expiar mi culpa —dijo con la ira reflejada en sus ojos—. Hay un lugar al que debo ir, me reuniré con en el lugar indicado antes del alba. Seguid las indicaciones que os de él, ahora mismo la vida de la emperatriz depende únicamente de que este hombre siga vivo. Confío en ti, primo.

—¿Estás seguro de que deseas ir solo? —inquirió Aleksei.

—Muy seguro. Es el único modo de averiguar la información que necesito.

No esperó a que Aleksei respondiera, sino que montó en el caballo de su primo y espoleó los flancos para hacer que el semental galopara lo más rápido posible. Dejó las riendas a uno de los mozos al mismo tiempo que le lanzaba una moneda de oro para que cuidara del caballo y se adentró en aquel edificio destartalado en el que había estado dos noches atrás. El olor era el mismo y el tipo de clientela distaba mucho de parecerse a los pocos burdeles que él había frecuentado. Una de las cortesanas se abalanzó sobre él en cuanto se adentró en el salón principal.

—Parecéis muy solo esta noche, tesoro. ¿Buscáis compañía? —sugirió la mujer restregando sus pechos contra él.

—Busco a dos mujeres que trabajan aquí, Dasha y Várvara —mencionó decidido y la mujer emitió una mueca de desagrado sin apartarse.

—Yo puedo ser cualquiera de las dos si tu quieres…

Nikolai apresó su brazo con firmeza y la apartó de ella.

—Quiero información. Si no vas a ofrecérmela, pagaré a otra que me la dé —dijo enseñándole una moneda de oro.

La mujer se la arrancó y le miro con expresión de hastío, como si su rechazo fuera una clara ofensa.

—En este burdel no trabaja ninguna Várvara o Dasha, señor. Así que pierde su tiempo… —Nikolai sintió el sudor frío en su nuca, como si su peor pesadilla se estuviera haciendo realidad y se tuvo que llevar la mano al mentón para no gritar o liarse a golpes allí mismo con todo o hacia todos—, pero por otra moneda puedo decirle en qué burdel encontrará a Várvara y Dasha.

Nikolai no supo si era solo una forma de sonsacarle una moneda más, pero por algún motivo se la ofreció a cambio de aquella información y se dirigió a uno de los burdeles de mejor reputación de la ciudad. Estaba seguro de que solo le habría enviado allí para perder el tiempo, pero cuando preguntó al hombre que regentaba la entrada, le afirmó que en aquel burdel trabajaban dos mujeres que respondían a esos nombres y, cuando requirió su presencia, ninguna de las dos se parecía físicamente a las que le había indicado Grigori. ¿Habría podido darle los nombres reales de las cortesanas con las que estuvo su mujer solo para hacer más creíble la historia?

—¿Es nuevo en la ciudad? Un rostro como el suyo no se olvida fácilmente —aseguró la más hermosa de las dos.

—Y, desde luego, no es muy frecuente por este tipo de lugares —corroboró la otra.

—No tengo tiempo, así que iré al grano —aseguró sacando del bolsillo interior de su chaqueta un fajo de billetes—. ¿Requirió de

vuestros servicios una dama de buena cuna hace unos meses? —exclamó sin mirarlas directamente, sino que dejo su vista en el fajo de billetes que había sobre la mesa.

—Eso dependerá de si la dama sufriría o no consecuencias por nuestra confesión —advirtió una de ellas.

—No —afirmó Nikolai cerrando los ojos—, pero tal vez su vida dependa de la verdad.

—¿Está en peligro? No volvimos a saber nada más de ella, pero es la dama más noble y leal que hayamos conocido. Ella no es como el resto de esa nobleza soberbia que mira a los demás como despojos. Ella es valiente, decidida. Nos trató como si fuéramos sus iguales a pesar de nuestra condición, nos valoró por lo que somos, incluso nos sentó a su mesa y nos agasajó como a sus invitadas.

—¿Por qué?, ¿Qué quería de dos cortesanas?

—Estaba enamorada de un hombre y por lo que pudimos interpretar era su marido. Ella creía que él tenía una amante y que por eso la había alejado de la ciudad con la excusa de estar embarazada. Lo sabía porque no iba a visitarla. Ella estaba decidida a conquistarle, deseaba aprender a seducir a ese hombre, enloquecerle y convertirse en la única mujer para él. Pocas mujeres harían lo que ella hizo por su marido…

Nikolai arrastró la silla y se levantó abruptamente. Su corazón latía de forma acelerada, sentía el zumbido en sus oídos, mitigando el sonido de las risas, la música de la orquesta o aquellas dos mujeres tratando de decirle algo.

Catherine le quería. Le amaba. La había culpado de conspirar contra la corona y contra él causando daño a su propio hijo cuando en realidad su único pecado había sido el de quererle lo suficiente para desear complacerle.

Iba a matar a Grigori Polov con sus propias manos, pero primero tenía que saber por qué. Qué ganaba el hombre al que había considerado confidente y amigo con la muerte de su esposa y su hijo.

Capítulo 34

Tanto sus guardias como él mismo permanecían escondidos en las ruinas de aquel edificio abandonado a las afueras de la ciudad. Se habían llevado los caballos para no dejar sospechas y, a pesar de que debería estar nervioso por lo que acontecería, lo único que sentía por dentro era un odio visceral que podría arrasar con su imperio al completo.

Escuchó los cascos de los caballos acercándose en aquel silencio. La claridad del alba no era suficiente para apreciarles a distancia, pero supo que no se trataba solo de un jinete, sino de al menos cinco los que se acercaban.

Su guardia estaba apostada a la espera de su señal para que intervinieran y Gabor, el hombre que tenía en algún lugar seguro a su esposa, esperaba en el centro de lo que en su día debió ser un gran salón junto a dos de sus hombres.

—¡Gabor! —oyó claramente la voz de Grigori y apretó los puños—. ¿Sabes? No tenía demasiada fe después del primer intento fallido, pero esa zorra no podía contar con tanta suerte una segunda vez. —Se jactó provocando que algunos hombres riesen—. Dime, ¿Tú y tus hombres os habéis divertido tal como te prometí que podíais hacer? Estoy seguro de que ninguno de vosotros ha montado a una moza con tanto brío y a la vez hermosa, ¿Eh? —exclamó riéndose y Nikolai apretó los puños con tanta fuerza que sintió la

mano de Aleksei en el pecho como si advirtiera que sería incapaz de controlarse.

La muerte le sabía a poco para lo que deseaba hacerle a Grigori.

—Por supuesto, señor —corroboró Gabor—. Gritó como una ramera mientras mis hombres la cabalgaban. —Su respuesta provocó el júbilo de Grigori que aplaudió y se congratuló con los cuatro hombres que le acompañaban.

—Aquí tenéis vuestro oro. Tal y como os prometí. Suficiente para que podáis marcharos a Prusia con vuestra esposa e hijo.

—Gracias señor. ¿Que queréis que haga con su cuerpo? —exclamó disciplinado como si la vida de la mujer que debería haber asesinado no le importara.

—Tiradlo cerca del burdel de Francos, pensarán que era una de sus fulanas hasta que alguien la reconozca. Yo me ocuparé del resto y de dejar las pruebas necesarias para que encaje la versión de traidora —afirmó y en aquel preciso instante Nikolai alzó la mano y todo el edificio quedó rodeado por sus soldados sin posibilidad de escapar.

En el momento que su mirada conectó con la de Grigori, sintió el temor en sus ojos, pero inmediatamente después, su gesto cambio a uno frío y calculador que jamás le había visto hasta ahora.

—Querido amigo… —advirtió abriendo los brazos—. ¿Qué es todo esto? No pensarás por un momento que tiene algo que ver con tu esposa… ¿Gabor? —exclamó con una risa nerviosa.

—¡Detenedles! —gritó Nikolai viendo como todos los hombres incluido Grigori eran reducidos y esposados con grilletes.

—¡Nos conocemos desde que éramos niños, Nikolai!, ¿Vas a creer en la palabra de un asesino antes que en la mía?

—La única razón por la que aún sigues vivo es porque vas a decir que motivo querría una escoria como tú deshacerse de mi esposa y de mi hijo —dijo acercándose hasta él—. Jugaste muy bien tus cartas, pero no contaste con que ella era una digna adversaria.

Has perdido y me encargaré personalmente de que ruegues cada día por el fin de tu tortura hasta que confieses.

—Perder es un significado muy ambiguo y la partida no ha acabado —dijo evidenciando una sonrisa.

En ese momento le dio un puñetazo con tanta fuerza que sintió como sus nudillos ardían y la sangre se esparcía por sus labios. Grigori giró el rostro y escupió al menos un par de piezas dentales sin poder limpiarse él mismo la sangre que se derramaba de su boca.

—He ordenado el cierre de todos tus locales y demoleré piedra a piedra cada una de tus posesiones hasta que no quede nada a tu nombre en San Petersburgo —escupió Nikolai—. Morirás siendo un don nadie, como tu padre. Un traidor. Una lacra. —aclaró.

—¿Crees que solo se trataba de poder? Puede que gobiernes el imperio, pero yo gobierno al pueblo —se jactó y empezó a reír como si sufriera un delirio mental.

—¿El mismo pueblo que te ha traicionado? —exclamó Nikolai y volvió a darle otro puñetazo, esta vez en el estómago, provocando que se doblara y gimiera de dolor—. No lo creo. ¡Llevároslo! —gritó a los soldados—. ¡Y aseguraos de encadenadle en la celda de mayor seguridad!

—Me encargaré personalmente de escoltarle hasta la fortaleza —intervino Aleksei—. Ve a por Ekaterina y llévala de regreso a casa.

Nikolai golpeó el hombro de su primo y miró hacia Gabor, que asintió mientras ambos salían de aquel edificio abandonado y subían a la montura.

Podría haber rastreado la montaña palmo a palmo y jamás habría dado con el paradero de su esposa. La pequeña casa de madera residía aislada cerca del río, podría haber pasado por la casa de un leñador al juzgar por la cantidad de leña acumulada, el pequeño jardín y el huerto. Quizá esa era precisamente la función para pasar desapercibida y, a juzgar por el humo que salía de la chimenea, sabía que alguien estaba dentro.

En cuanto se apeó del caballo una mujer salió a recibirles con un bebé en brazos. Dedujo rápidamente que sería la esposa y el hijo de Gabor, lo corroboró cuando esta sonrió y él aceleró el paso para abrazarla con suavidad sin aplastar a la criatura.

Nikolai caminó despacio, como si la anticipación a ese momento que había anhelado ahora la temiera con vehemencia. Puso un pie en el escalón de madera roído cuando vio como la hoja de aquella puerta se abría y de ella emergía la mujer más bella que él había visto. No lucía joyas, ni un vestido hermoso, ni un peinado arreglado. Y aún así, era absolutamente bella.

Su esposa. Únicamente suya.

Catherine se quedó quieta, como si sus pasos fueran incapaces de avanzar al ver que él estaba realmente allí. Sus ojos se quedaron hipnotizados por los suyos, quizá muy consciente de que por sus pensamientos había pasado la idea de que jamás volvería a verlos.

Nikolai dio dos zancadas y la apresó entre sus brazos al mismo tiempo que sus labios se unían a los suyos sin importarle nada más que no fuera aquel momento.

Sentir la calidez de sus labios mermó parcialmente la ira que sentía en su interior, como si ella fuera el remanso de paz que necesitaba, como si saber que estaba sana y salva mitigara su sensación de culpa. Se apartó despacio de ella, buscando el verdor de sus ojos, deseando ver el brillo del que se había enamorado, pero no estaba.

Le había fallado. Y esa certeza pesaba más que cualquier castigo.

Se había ganado a pulso que ella le odiara. Le detestara y despreciara el resto de sus días.

—¿Estáis bien? —inquirió sin dejar de rodear con sus manos su cintura.

—¿Ahora os interesa mi bienestar? Estas buenas personas me han tratado como su invitada y me han hecho sentir en casa por

primera vez desde que llegué a vuestro imperio Han salvado mi vida y la del zarevich, aunque la mía os importe menos.

Se merecía esa respuesta y no pensaba reprenderla por ello.

—Estas personas serán recompensadas, no tengáis duda de ello, pero si no me importarais no estaría aquí ahora, Ekaterina —dijo con suavidad.

—Recuerdo perfectamente vuestras últimas palabras, majestad.

—Cometí un grave error al no confiar en vos. Al no creeros… no volverá a suceder, tenéis mi palabra.

Catherine le observó y comprobó la expresión de su rostro en un claro reflejo de dolor. Había deseado demasiadas veces que le mostrara sus sentimientos, que le demostrara afecto, que ella le importaba y significaba algo para él.

Eran demasiadas decepciones para soportar una más simplemente porque había salido de su engaño.

—He confiado en su palabra demasiadas veces, majestad —dijo Catherine sin perder la compostura—. Y la última vez que nos vimos, prometí no volver a hacerlo —añadió—. Me habéis privado de absolutamente todo —gimió con verdadero dolor—. Renuncié a mi familia por vos. A mis amigos. A mi país. A mi religión. A mi lengua. Y aún así llegué a creer que podríais amarme… me quitasteis la libertad, me privasteis de lo que más amaba en esta vida que era mi hijo. Me culpasteis de crímenes imperdonables. Me hicisteis creer que mis convicciones y principios eran errados. Y aún así, seguí creyendo en vos. Ni siquiera me habéis pedido perdón por vuestras acusaciones. Ni siquiera estáis aquí por mí, sino porque estas personas lograron apiadarse de mí en lugar de mi propio esposo.

No le quedaban lágrimas para derramar, ya se había vaciado cuando él la desterró de palacio hasta que se arrepintiera y confesara unos crímenes que no había cometido. No iba a derramar ni una sola gota más.

Ya no existía espacio para el dolor, ni tampoco para el perdón.

Nikolai sabía que su esposa hablaba desde el rencor y, que hubiera guardado la esperanza de que él la amara solo fustigaba aún más su culpa por haberla tratado erróneamente desde el principio. Su desconfianza le había llevado hasta allí. Sus celos habían provocado su tormento.

No la merecía. No se merecía una esposa como Catherine y lo sabía. Egoístamente lo había sabido desde el primer instante en que la vio y se obcecó de su belleza y del fuego que despertaban sus hermosos ojos. Creyó realmente que le correspondía y dejó que otras personas redimieran esa esperanza por sus inseguridades en lugar de ver realmente a quien tenía a su lado.

No se esforzó en conocerla. No le dedicó tiempo alguno. Se había limitado a poseerla sin pensar que ella era mucho más que la madre de sus hijos. Y aún así, se había hecho un hueco en su imperio, había conquistado el corazón de sus súbditos, pero no por ser su esposa o la emperatriz de su reino, sino por su matiz humano y piadoso.

—Confié en las personas que no debía y asumo mi error, así como el rencor que podáis sentir hacia mí en estos momentos. Soy culpable y merezco vuestra repulsa. Quizá no me creáis, no tenéis razón para hacerlo, pero siempre habéis sido lo más importante para mí desde el instante en que os conocí. Mi prioridad es poneros a salvo en palacio y esclarecer este asunto para saber porqué querrían hacerme daño a través de ti. Es el único modo de protegeros.

No era la primera vez que él confesaba que sí le importaba y, después había demostrado todo lo contrario. Puede que sus palabras cayeran en saco roto cuando descubriera quien le había traicionado y sus motivos. Quizá expiara sus culpas, pero jamás le había mostrado compasión o amor en todo el tiempo que llevaban casados, únicamente había conocido de Nikolai el deseo que en él despertaba y en demasiadas ocasiones se había convencido de que aquel instinto carnal era propio en cualquier hombre, por lo que tampoco significaba nada.

Se apartó de Nikolai para acercarse a Alejandra. Aquella mujer había sido infinitamente amable con ella y, aunque sabía que

partirían a Prusia para ponerse a salvo, le entristecía no volver a verla.

—Siempre tendréis un lugar aquí si decidís regresar. No olvidaré vuestra hospitalidad y lealtad —mencionó con dulzura mientras acariciaba la cabeza del pequeño y se inclinaba para besar su frente—. Me gustaría saber de él y que algún día conociera a Alexandr.

—Le hablaré de vos, majestad. Y de que os debe la vida. Será un honor regresar en unos años para serviros —sonrió y Catherine la abrazó con ternura.

Nikolai observó atento aquella escena y la facilidad con la que su esposa parecía tratar a aquellas personas a pesar de no ser de su misma clase. Había sido precisamente esa gentileza la que por un favorable azar había salvado su vida, si no hubiese actuado de corazón para salvar a esa mujer y su hijo, el desenlace de aquella historia sería muy distinto y Grigori Polov habría continuado su maquiavélico plan siendo Alexandr el siguiente de su lista.

Catherine no solo se había salvado a sí misma, sino también a su hijo. Y no una vez, sino tres, mientras que él que había jurado protegerla, solo le falló de la peor manera.

No volvería a hacerlo. Aceptaría su desprecio, incluso podría lidiar con su odio, pero se juró a sí mismo que jamás volvería a dudar de su esposa. Aunque todo estuviera en su contra. Aunque tuviera las pruebas que la incriminaran. Jamás volvería a dudar de la emperatriz de Rusia.

Nikolai la subió a su caballo y montó tras ella mientras la envolvía en su capa y sentía como su cuerpo se caldeaba con su contacto.

—¿Donde están vuestros guardias? —preguntó Catherine buscando alrededor sin encontrar a nadie.

—He venido solo —afirmó Nikolai sujetando las riendas del caballo y espoleó los flancos para hacer que el animal comenzase el galope.

Catherine tuvo que agarrarse con firmeza a los antebrazos de su marido para evitar caer.

—No dejaré que caigáis, os sostendré con firmeza todo el camino.

—¿Por qué habéis venido solo?, ¿Y por qué vos? Envié la misiva vuestro primo.

—Sois mi esposa. Sois mi responsabilidad. Sois y seréis la única mujer de mi vida. No haré a nadie más responsable de mis actos. Casi morís por mi ineficiencia y es algo que no me perdonaré jamás, no dejaré que nadie más se interponga entre nosotros, desde ahora seréis mi deber, mi devoción y mi redención. No dejaré que el miedo o la duda me cieguen de nuevo. Me entregaré por completo a vos. Sin reservas o excusas. Y juro por lo que aún me queda de alma, que jamás volveré a permitir que estéis en peligro.

Catherine sintió como la abrazaba con mayor ímpetu mientras el trote del caballo hacía que se pegase a él una y otra vez mientras su terso pecho chocaba contra ella.

Mentiría si diría que no deseaba creer fielmente aquellas palabras. La cercanía de Nikolai tenía siempre ese efecto en ella, como si tuviera el poder de tocar unos hilos invisibles que se movían dentro de su cuerpo para desearle con ese fervor que escapaba a su sentido.

Había visitado a hombres enfermos, incluso frecuentado a caballeros apuestos como Aleksei o el intendente, pero ninguno lograba hacer que su corazón latiera como lo hacía Nikolai a pesar de tener todas las razones posibles para odiarle. Quizá por esa misma razón había decidido no responder a aquella confesión ignorándole.

No debía mostrar ninguna debilidad. No cuando él no la había mostrado a pesar de declararle su inocencia y ver como se rompía frente a él.

Era tarde. Demasiado tarde para confiar aunque solo fuera una vez más en él. Todas y cada una de las veces en las que lo

había hecho, él había golpeado su corazón con más fuerza hasta destrozarlo por completo.

Capítulo 35

Las puertas de palacio se abrieron para ellos en cuanto reconocieron a Nikolai y, a pesar de que habían guardado silencio la mayor parte del trayecto, sintió como él la sostenía con firmeza para hacerla bajar del caballo.

—¿Por qué me traéis aquí, majestad? Me dijisteis que mi lugar ya no era el palacio de invierno, sino el palacete que me habíais regalado por alumbrar a vuestro heredero —dijo alzando la vista para contemplar el lugar que le había traído más desgracias que felicidad.

—No debí haberos hecho partir, este es vuestro hogar. Vuestro lugar está a mi lado. Permaneceréis aquí.

—¿Es otra de vuestras órdenes? —inquirió volviéndose hacia él.

—No. No es una orden —afirmó fallándole la voz—, pero es el lugar más seguro para vos en este momento.

—El único motivo por el que me quedaré en este lugar es por Alexandr. —Y pensaba enviar al diablo sus horarios limitados para visitarle.

Nikolai asintió y vio como el servicio se acercaba para atenderles.

—Debo marcharme, pero volveré pronto —aseguró Nikolai sintiendo la necesidad de tocarla, pero consciente de que ella

deseaba mantener las distancias.

—Nunca me habéis dado explicaciones de vuestros menesteres, ni siquiera cuando os lo he pedido, así que no lo hagáis ahora solo porque os sentís culpable.

Nikolai se acercó a ella y acogió con su mano su nuca tratando de acercarla a él. Catherine pensó que iba a volver a besarla con fiereza, pero simplemente se acercó lo suficiente hasta sentir el roce de su respiración en sus labios.

—Podéis castigarme si os hace sentir mejor, pero no disminuirá lo que siento hacia vos. Regresaré con respuestas y me aseguraré de que todas y cada una de las personas que quisieron separarme de vos, deseen no haberlo hecho.

Se alejó antes de que sus labios rozaran los suyos y Catherine se apartó de él como si temiera que cambiara de opinión y volviera a besarla. No temía lo que sentía, sino la reacción involuntaria de su cuerpo cuando él la tocaba.

Encontró a lady Olga en la habitación del zarevich reprobando una acción de la nodriza que no dejaba de excusarse como si tuviera realmente miedo de la mujer.

—¡Majestad! —gritó la nodriza al verla antes de que lady Olga se girase y mostrase un gesto de conmoción impropio.

Su rostro lívido indicaba que no había esperado encontrarse con ella, sino más bien con Nikolai.

—No quiero que os acerquéis a mi hijo, lady Olga —dijo sin importarle las consecuencias de su orden y pronunciando su nombre para que no hubiera ninguna duda.

Llegados a ese punto, no pensaba continuar guardando las formas. Ya había sobrepasado el límite de la prudencia, el decoro y lo que esperaban de la consorte del zar. Ahora iba a ser ella les gustase o no.

—Dijeron que os habían secuestrado. Ya veo que solo era otro de vuestro ardid pretencioso—. Solo sigo ordenes de su majestad imperial, no de su consorte con ínfulas de soberana.

—He soportado vuestras críticas y vuestros juicios desde el instante mismo en que puse un pie en este palacio. No os debo nada. Ni reverencias, ni justificaciones, ni la pleitesía que exigís pero que no merecéis.

—¡Soy una Romanov, zorra ingrata! —gritó y alzó la mano para abofetearla, pero Catherine la detuvo antes de su mano impactara en su mejilla sin soltarla, sino implicando la fuerza necesaria para que no pudiera deshacerse de su agarre.

—Desde el primer día vuestra hija y vos me habéis humillado, tratado como si fuese alguien inferior a pesar de ser la hija de un duque con un linaje intacto, como si no bastase o fuera suficiente para el zar. Me habéis dirigido palabras envenenadas disfrazadas de cortesía y cada gesto ha estado teñido de desprecio. —Catherine la encaró a pesar de que la ira refulgiera en sus ojos—. Así que escuchadme bien; vuestra hija jamás será emperatriz y tanto ella como vos, os iréis de aquí. No permitiré víboras que se alimenten de mis silencios o de la paciencia que pensasteis sería una debilidad. Soy y seguiré siendo la emperatriz de Rusia aunque eso os carcoma por dentro y no aceptaré que nadie me diga, ni siquiera vos, como debo hacerlo.

Catherine la soltó y vio el odio en su rostro. Supo cuando se marchó que no había sido tan fácil acabar con aquella mujer y que usaría sus argumentos y poder para enfrentarla a Nikolai y hacer que este la reprendiera por su comportamiento.

En parte lo esperaba. Aguardaba impaciente que volviera a enfrentarse a ella, por que ahora prefería luchar contra esa versión de él, antes soportar la cara dulce que le ofrecía palabras llenas de ilusiones que jamás se cumplían.

—¿Que ha dicho? —preguntó Nikolai en cuanto vio a Aleksei alejarse de la celda reforzada en la que habían encerrado a Grigori.

—Nada hasta ahora —afirmó Aleksei—. Se ha desmayado dos veces, pero sigue sin confesar cuales son sus motivaciones o quienes son sus cómplices dentro de palacio.

—¿Y los hombres con los que iba?, ¿Saben algo?

—Nada. Aseguran que Grigori era muy cauto en lo que hacía, pero creen que se veía con una mujer de palacio.

—¿Una de las doncellas?, ¿Quizá la misma que sirvió el té? —La pregunta era más para sí mismo que para su primo.

—Sería lo más obvio. Tal vez logremos que hable durante la noche, cuando su mente no pueda soportar el dolor y busque alivio.

—No me importa lo que tengas que hacer para lograr que hable, pero quiero los nombres de todos los culpables —afirmó Nikolai echando un último vistazo al que consideró amigo y confidente durante años.

No entendía que le podía haber llevado a Grigori Polov a traicionarle de ese modo. Le había mentido, engañado e incluso manipulado para que él mismo considerase que su esposa era culpable de todo. ¿Pensaba que una vez eliminase a Catherine de su vida él no trataría de vengar su muerte?, ¿Quizá creía que sentiría alivio al deshacerse de su esposa por considerarla inadecuada? Ni siquiera cuando creyó que Catherine podía estar detrás de todo por ambición había considerado la posibilidad de alejarla de él de forma permanente.

Había cometido muchos errores con su esposa, demasiados para que ella pudiera perdonarle y eso hacía que se odiara más aún así mismo por dejarse embaucar y no dudar ni siquiera un momento de la veracidad en las palabras de Catherine. Vio el defecto en cada uno de sus actos, cuando la realidad había sido muy distinta y, ahora que la venda había caído de sus ojos, comprendía que desde el primer momento, ella se entregó a él sin reservas.

—Pasaré aquí toda la noche para asegurarme de que así sea —afirmó Aleksei—. ¿Cómo está Ekaterina? —preguntó con cautela.

—Me odia —aseguró Nikolai—. Y no la culpo de ello, yo también me odio a mi mismo por no haber confiado en su inocencia cuando la acusé de crímenes imperdonables.

—No puedes culparte por haber confiado en un hombre al que considerabas como un fiel amigo. Yo también habría caído en ese error —advirtió Aleksei viendo el dolor en el semblante de su primo.

—Me lo advertiste. Me dijiste que ella era distinta, que era impensable que mis acusaciones fueran ciertas y, aunque una parte de mi deseaba que fuera así, elegí culparla porque no podía comprender su gentileza y creer que se entregara de ese modo a mí sin una finalidad concreta, porque no quería aceptar que ella significaba todo lo que deseaba. Tal vez esa sea mi condena, que la única mujer que he llegado a amar me deteste, me odie, me desprecie y me aborrezca. Y aún así, no dejaré de amarla.

—Puede que ahora esté resentida, pero ella te ha amado desde el primer momento. Cuando ella te mira, su rostro resplandece.

—¿Ahora te has vuelto un poeta? —increpó Nikolai.

—Es el único modo de explicar que no se haya rendido a mis encantos —advirtió y provocó casi una sonrisa en Nikolai, pero saber que su esposa había sido fiel a sus votos matrimoniales a pesar de todo lo que le había hecho, no aliviaba la sensación de haberle fallado.

—Necesito que confiese —volvió a insistir Nikolai para centrarse en Grigori—. Es el único modo en el que podré protegerla. Y sobre todo de saber porqué atacarla a ella en lugar de a mi si su ambición era el poder de la corona.

—Lo hará —aseguró Aleksei—. Tarde o temprano cederá y descubriremos cuales eran sus pretensiones.

Nikolai sació su rabia golpeando al de por sí magullado Grigori sin lograr que confesara ni una palabra. Su mal humor fue aún más evidente cuando regresó a palacio sin respuestas. No solo necesitaba la verdad para proteger a Ekaterina, debía pensar en ella

como la emperatriz y no solo como la joven inglesa a la que había desposado, sino que también necesitaba aquella verdad para expiar su culpa.

—¡Nikolai!, ¡Gracias a Dios!, ¿Donde está Aleksei?, ¿No ha regresado a palacio? Vuestra esposa no solo no ha querido dar respuestas, sino que se ha mostrado insolente y soberbia. ¡Debéis ponerla en su lugar!, ¡Es impropio de una emperatriz tal comportamiento!

—Os prohibo que os dirijáis a mi esposa en esos términos, tía. Ekaterina es la emperatriz de Rusia y, os guste o no, acataréis sus órdenes.

La conmoción en el rostro de lady Olga no se hizo esperar.

—¿La defendéis?, ¿Después de todo lo que ha hecho? —increpó dolida.

—Para defenderla tendría que ser culpable y en todo caso, lo soy yo por haberla juzgado cuando era inocente —dijo con determinación—. El ataque a Oraniembaun lo orquestó Grigori Polov, es cuestión de tiempo que confiese quienes son sus cómplices.

—¿Grigori?, ¿Habéis detenido a Grigori? —La voz de Tatiana evidenciaba conmoción.

Aunque su relación se hubiera interrumpido hace años, Grigori había pasado demasiado tiempo en palacio para haber conocido a Tatiana y Aleksei.

—¿Que os hace pensar que su cómplice no es vuestra esposa? —intervino rápidamente lady Olga—. ¿O que es otro engaño de ella?

—¡Si vuelvo a oír de vuestra parte una recriminación hacia mi esposa, os acusaré de traición! ¡Ella es vuestra zarina y acataréis sus órdenes como su súbdita! —exclamó furioso—. Y si no estáis de acuerdo, sois libre de marcharos, no pienso reteneros.

Nikolai no pensaba quedarse a perder más tiempo escuchando las quejas de su tía, ahora comprendía que la mayor parte de ellas no era por el bienestar de la corona, sino por la insatisfacción de haber elegido a su esposa por encima de Tatiana.

—¿Que le sucederá a Grigori? —preguntó su prima antes de marcharse y Nikolai detuvo el paso sin molestarse en mirarla.

—Será condenado a muerte —sentenció mientras continuaba avanzando con el único destino de encontrar el lugar en el que se hallaba su esposa.

Estaba seguro de que no sería una conversación fácil y más aún cuando era consciente de que los cómplices de Grigori podían estar en cualquier parte de palacio. ¿Podría tener un plan trazado en caso de ser descubierto?, ¿Era posible que, a pesar de los guardias y la extrema precaución, su esposa e hijo siguieran en grave peligro?

Sentía esa presión en su pecho ante el miedo. Un miedo real a perder lo único que amaba.

Encontró a Catherine en su alcoba y no le sorprendió que se hubiera llevado a Alexandr allí y que la nodriza descansara en el salón contiguo.

—No me apartaré de él hasta saber que no corre peligro —advirtió Catherine antes de que Nikolai pudiera dar la orden de que se lo llevaran.

—Sé que el lugar más seguro para nuestro hijo es a vuestro lado —contestó Nikolai dirigiéndose hacia ella con la cercanía que debería haber tenido mucho tiempo atrás.

Faltaban pocos días para su aniversario y sentía que estaba muy lejos de conocerla. Ahora se culpaba de no haberle permitido acercarse, de que las pocas veces que él había estado a punto de abrirse a ella, la había fallado estrepitosamente.

—¿Diréis lo mismo mañana? Desde que os conozco os habéis mostrado volátil en vuestras afirmaciones —aseguró Catherine—. Así que no esperéis que os crea ahora.

—Lo he sido y lo lamento, pero no probaré mis palabras con argumentos, sino con hechos. —Nikolai se acercó hasta ella ante la necesidad de tocarla, de olerla, de asegurarse que era real y estaba allí junto a él después de su temor por no volver a verla—. Supe desde el instante en que os vi, que serías la única mujer que deseaba y que llegaría a amar. No necesité palabras para saberlo,

me bastó ver vuestra mirada y el fuego en vuestros ojos para comprender que erais todo lo que siempre había anhelado. Solo os pido una oportunidad. Una. Para demostraros todo lo que no he sido capaz de hacer hasta ahora. Para haceros ver que sois lo único que me importa.

Había esperado tantas veces oír aquello, que ahora parecía música para sus oídos, solo que era demasiado tarde para confiar, para creerle, para realmente pensar que esas palabras eran ciertas y no fruto de la culpa y el remordimiento.

—Os he creído demasiadas veces, majestad. En cada ocasión que me he enfrentado a vos y me habéis dado un pequeño rayo de esperanza, para recibir el indulgente dolor de la decepción —confesó Catherine—. No volveré a hacerlo. Cumpliré con mi deber como vuestra consorte tal como habríais querido que lo hiciera desde el principio. En la distancia, apartada de vos y sin entrometerme en vuestros asuntos. Seré la sombra a la que deseabais relegarme, lejos del dolor que volveríais a causarme.

Si en aquel momento le hubieran clavado una daga en el pecho, probablemente dolería menos que aquellas palabras dictadas desde el rencor.

—Sé porqué requeristeis los servicios de esas cortesanas. Sé que creíais que la razón por la que no acudía a vos era otra mujer. Habéis sido la única todo este tiempo, Ekaterina. Y lo seguiréis siendo porque sois la única a la que amo y amaré el resto de mi vida. Vuestro rechazo significa dolor, pero duele aún más saber que lo construí yo mismo, piedra a piedra al dejar que mis miedos hablaran más alto que vuestra inocencia. No voy a justificarme culpando a otros de ello. Podría haber elegido confiar en vos ciegamente y, sin embargo, os condené injustamente. Merezco vuestro castigo. Merezco vuestro rechazo aunque anhele y me aferre a lo contrario. Me afiancé a mis dudas como si fueran un escudo para no sentir el dolor de creer que me había equivocado y fueron esas dudas las que terminaron haciéndoos daño. Os fallé de la forma más grave, cuando me pedíais algo tan simple como creer en vos. Confundí vuestra rebeldía y falta de obediencia como un rechazo

hacia mí, como si realmente no os importara, cuando ha sido precisamente esa gentileza y valentía la que os ha salvado la vida.

Se acercó lo suficiente para acariciar sus labios, para sentir de nuevo como su corazón palpitaba al responderle con fiereza, pero Catherine se apartó antes de que pudiera siquiera rozarlos y caminó hacia otra parte de la alcoba alejándose de él.

—Os amé —afirmó sin pudor—. Probablemente me enamoré desde el primer instante en que os vi y me entregué a vos sin reservas, confiando ciegamente en que podríais llegar a amarme, en que podría tener la complicidad que siempre había visto en mis padres, asegurándome a mí misma que solo era cuestión de tiempo que os dierais cuenta —gimió con dolor—. No me amáis. No me habéis amado ni un solo día de vuestra vida, porque si lo hubierais hecho, no me habríais destrozado por dentro, no habríais dicho que os importaba, que queríais más que una esposa o que significaba algo para vos y después no dudar ni por un instante sobre mi inocencia. Vos no me amáis, majestad, porque si me hubierais amado un solo momento de vuestra vida, no habríais dudado de mí.

—¿Que necesitáis para demostraros que os equivocáis?, ¿Que debo hacer para que volváis a confiar en mí y probad que mis palabras son sinceras?

—No lo aceptaríais, majestad —contestó rápidamente Catherine.

—Intentadlo —aseguró Nikolai sintiendo que sería capaz de iniciar una guerra en el mundo entero solo para que volviera a creer en él.

—Deseo regresar a Londres, junto a mi hijo. Sin límite de tiempo.

Nikolai vio la determinación en sus ojos. La certeza de que sus palabras podían significar semanas, meses o incluso años. Quería alejarse de él y podía comprenderlo.

—Si ese es el único modo que tengo para demostraros que realmente os amo, sois libre de partir junto a nuestro hijo. Confío en vos. Confío en que lo mantendréis a salvo y daríais vuestra vida por

protegerlo. Y, si alguna vez lográis perdonarme, yo os estaré esperando.

Catherine no lograba entender que fuera tan fácil, ¿Quizá esperaba que lo perdonara y nunca partiera?, ¿Realmente era posible que la dejara ir junto al heredero del imperio ruso sin la certeza de regresar? No era posible. No era propio del hombre que ella había conocido. Estaba segura de que, a la mañana siguiente, tal propuesta se desvanecería y tendría la prohibición de alejarse de allí.

—¿Como sé que no cambiareis de opinión? —increpó decidida.

—Tenéis mi palabra.

Capítulo 36

La fortaleza permanecía en calma cuando llegó poco después del alba, pero a juzgar por la expresión de Aleksei, no hizo falta preguntar para saber que Grigori no había soltado ningún nombre, así como tampoco había confesado el verdadero motivo para urdid aquel macabro plan.

Se había hostigado gran parte de la noche en lo poco que había dormitado para presuponer que debía estar aliado con esos grupos rebeldes que se conformaban en la ciudad. Probablemente él mismo era el instigador de ellos, pero… ¿Por que entonces no acabar con su vida mucho antes de casarse con Catherine?, ¿Por qué esperar a que ella tuviera un hijo para atacar Oraniembaun? Había demasiadas preguntas que no daban respuesta a los hechos si el único motivo era el político. Eso le había hecho estar seguro de que Grigori tenía una implicación mucho más personal en aquello, de lo contrario, no habría querido hacer sufrir a Catherine prometiéndole a Gabor y sus hombres aprovecharse de ella antes de asesinarla.

Creía que su amistad con Grigori era lo suficiente fuerte para confiar en él. Quizá no tanto como Aleksei, por supuesto, pero aparte de su primo, él habría sido el único hombre en quien realmente confiaría y le había mostrado su apoyo cuando su padre traicionó a la corona. Hasta ahora había querido pensar que era recíproco pero la verdad había caído por su propio peso y ahora se preguntaba que más mentiras habría podido contarle a lo largo de

todos esos años. ¿Era posible que durante años hubiera gestado una venganza solo por verse apartado de la corte? Su propia reputación había quedado expuesta sin que él pudiera hacer nada. No podía resarcir los títulos nobiliarios de un traidor, ni siquiera siendo el mismísimo zar. Así que tampoco consideraba que aquella fuera realmente la causa, no cuando estaba claro que buscaba vengarse de él a través de las personas que amaba.

—¿Que puede esconder para que intente protegerlo de ese modo? —exclamó Nikolai expresando en voz alta sus pensamientos.

—¿Un golpe al imperio? —sugirió Aleksei.

—Para eso no necesitaría ordenar la muerte de Ekaterina o de Alexandr —contestó Nikolai con voz fría—. Eso sin contar con que podría volver a contraer nupcias… ¿Quien se beneficiaría si ellos mueren?

—Quizá sea un modo de debilitarte, de mostrarte frágil para poder atacarte y destruir la monarquía de los Romanov. Está claro que Grigori tiene demasiadas influencias en los barrios bajos, contaría con el apoyo de toda la clase baja y podría tener de su lado a varios grupos revolucionarios solo para destituirte del poder.

Es posible que Aleksei tuviera razón, que después de todo él transfondo de todo aquello si fuera una ambición política para derrocar la monarquía que ahora con una esposa y un heredero se había reforzado.

Los gritos fuera de la celda hicieron que tanto Aleksei como Nikolai se apresurasen a salir colocando sus manos en la funda de sus armas dispuestos a luchar si se trataba de alguna revuelta para liberar a Grigori.

—¡Dejadme pasar ahora mismo! —insistió aquella voz aguda propia de una mujer y ambos apreciaron el rostro de facciones hermosas que trataba de abrirse paso entre los soldados.

—Majestad, no hemos podido detenerla…

—¿Que haces aquí, Tatiana? —preguntó Aleksei.

—¿Dónde está? —preguntó con un hilo de voz—. ¡Necesito verle!, ¡Decidme que aún sigue vivo!

—¿Ver a quien? En este lugar solo hay hombres que serán condenados por sus crímenes y desde luego no es lugar para una dama —prosiguió Nikolai.

—¡No me iré de aquí sin verle! —insistió—. ¡Quiero ver a Grigori!

Tanto Aleksei como Nikolai se miraron. Grigori no frecuentaba la corte y desde luego, Tatiana estaba muy lejos de acercarse a la clase social en la que movía el aclamado Igor. No entendían aquella reacción impropia.

No le matéis —jadeó—. Os lo suplico… no le matéis —sollozó provocando que aquella confusión en sus rostros se incrementara.

—Vuestra súplica no basta para exculparle de los crímenes cometidos. Ha ordenado la muerte de vuestra emperatriz y morirá en consecuencia.

Nikolai vio como los labios de Tatiana comenzaban a temblar y sus ojos se empañaron de lágrimas que no podía controlar.

—Él solo es culpable de amarme lo suficiente para cometer tales crímenes —sollozó y Nikolai sintió que su mundo se venía abajo.

¿Su prima?, ¿Su esposa casi muere por el despecho de otra mujer?

—¡Como habéis podido! —gritó agarrando con brutalidad su brazo y haciéndola gritar.

Aleksei permanecía impertérrito, como si no pudiera discernir el hecho de que su hermana pudiera estar implicada de algún modo en aquello. Tatiana siempre había mostrado su afán de convertirse en la consorte, pero jamás había imaginado que estaría dispuesta a matar tanto a la esposa como al hijo del zar para ocupar su puesto.

—¡Os confesaré todo si me prometéis que no le mataréis! —gritó Tatiana.

—¡No! —se oyó de fondo la voz de Grigori—. ¡No lo hagáis!, ¡No la creáis!, ¡Fui yo!, ¡Nunca perdoné lo que el zar le hizo a mi padre y decidí acabar con su linaje!, ¡Soy el único culpable!,

¡Pretendía derrocar la monarquía acabando con el último Romanov! —siguió gritando.

—¡Hablad ahora o le clavaré la espada en el pecho y os obligaré a mirar mientras lo hago! —rugió Nikolai apretando de nuevo el brazo de su prima.

—¡Fue madre! —gritó y miró a Aleksei como si buscara ayuda en él—. ¡Me prometió que, si me convertía en la consorte del zar, me dejaría estar con Grigori! —insistió y luego rompió en llanto—. Solo debía tener un hijo varón. Un verdadero Romanov que ascendiera al trono y después ella me haría libre. Os mataría haciendo creer que fue un accidente y compensaría a Grigori permitiendo que se casara conmigo para ser el regente del zarevich.

Aleksei profirió un juramento mientras que Nikolai soltó el brazo de su prima como si el simple contacto le quemara.

Su tía. Su propia tía había orquestado aquello y además pretendía asesinarle cuando al fin obtuviera lo que deseaba.

—¿En qué mundo creéis que madre os permitiría casaros con el hijo de un traidor a la corona? Desde este momento no sois mi hermana —afirmó Aleksei.

—¡Yo no quería esto! —gritó—. ¡Fue madre la que me obligó!, ¡Yo no tengo las elecciones que siempre has tenido tú!, ¿Creéis que podía escapar de ella?, ¿Que tenía alguna opción?

—¡Podrías haber acudido a mí! —gritó Aleksei—. ¡Haber huido si tanto decís que le amáis para no importaros la muerte de una mujer y un niño inocentes! ¡Pero anhelas el poder tanto como madre y no pudiste resistirte a la idea de tenerlo todo a pesar de que otros pudieran sufrir por ello!

Tatiana sollozó aún más arrodillada en el suelo, como si su lamento justificara sus pecados, pero ninguno de los dos hombres que la habían considerado una hermana se compadecieron de ella.

—¡Lo habría tenido si ella no hubiera aparecido! —gritó.

—Habrías elegido que madre asesinara a nuestro primo solo por tu egoísta felicidad. Eso sigue haciéndote cómplice de sus intrigas —insistió Aleksei.

—Ya da igual… ella está decidida a eliminar a la emperatriz y al zarevich antes que dejar que esa extranjera se salga con la suya.

Aleksei y Nikolai se miraron antes de salir corriendo y dar la orden a los dos soldados apostillados en la puerta de no permitir a Tatiana salir de la fortaleza.

El camino de regreso a palacio no era largo, pero a Nikolai se le hizo eterno hasta que saltó del caballo y subió las escaleras recorriendo sin aliento los pasillos hasta las estancias personales del zar.

Los soldados que debían estar en la puerta yacían sin vida en el suelo y, cuando entró con ímpetu, se encontró la alcoba completamente vacía, sin rastro alguno de su esposa o de su hijo.

El miedo se volvió en un lacerante dolor que atenazaba con destruirle y desmoronarse allí mismo, hasta que vio la puerta que se dirigía hacia su alcoba abierta y cuando la cruzó temiendo encontrarse una escena desgarradora, vio que al igual que la de su esposa, también estaba vacía. El tapiz que ocultaba la trampilla al pasadizo había sido movido con brusquedad y Nikolai entró en la oscuridad sin más luz que la que podía filtrarse por algunas rendijas. No se fijó en si Aleksei le seguía, en aquel momento su único instinto estaba concentrado en salvar la vida de su esposa.

La traición de su propia familia y aquel denigrante engaño podrían arrancarle lo único que amaba.

Cuando salió al otro lado, buscó ávidamente cualquier rastro de su esposa y solo tuvo que escuchar el sonido de las voces para ver que Catherine se hallaba en la terraza, sosteniendo con firmeza a su hijo mientras su tía la amenaza con una daga a poca distancia.

—¡Saltad! —escuchó decía Olga con nerviosismo, como si tuviera prisa en que lo hiciera.

Catherine no temblaba, ni sollozaba, sino que mostraba una entereza digna de la emperatriz que era.

—No pienso hacerlo. Si queréis acabar conmigo, tendréis que hacerlo vos misma.

—¡Soltad el arma, madre! —gritó Aleksei mientras Nikolai recorría con lentitud el borde de aquella terraza para llegar hasta Catherine.

Sus miradas se entrelazaron por un momento, sintió el temor de ella y lo hizo propio. Aún estaba viva, aún podía compensarla por sus errores.

—¡Ella es la culpable de que tu hermana no sea la emperatriz!, ¡Tenía grandes planes para vosotros!

—Tatiana ha confesado vuestros crímenes. Aunque hubierais matado a Catherine, nunca me habría casado con ella. Errasteis al creer que podríais manipularme y pagaréis por ello.

—¡No pagaré por nada! —bramó fuera de sí—. Moriréis ambos, al fin y al cabo tú debías morir después de todo para que Aleksei se convirtiera en el regente de mi nieto —agregó mirando a Nikolai.

—Podéis elegir pasar el resto de vuestros días recluida en una celda si deponéis el cuchillo ahora o enfrentaros a la decapitación si persistís en vuestra demencia.

En lugar de responder, Olga se lanzó contra Catherine y el bebé, pero Nikolai la interceptó antes de que pudiera llegar a ella, apartándola con toda su fuerza, pero sin poder evitar que la hoja de la daga se clavara en su hombro. Ni siquiera sintió el dolor y la sangre que emanaba de él, solo le importaba salvar sus vidas, aunque fuese a costa de la suya propia, La ira en los ojos de su tía provocaba que su fuerza fuera mayor y la debilidad de su brazo al tener la daba clavada, hacía que fuese incapaz de retenerla como debía.

Aleksei logró controlar la fuerza de su madre para apartarle de Nikolai y en el momento en que lo hizo, sintió como esta le arrancaba el arma de su funda y apuntaba a Catherine con la intención de disparar. Ella se dio la vuelta para proteger a Alexandr mientras se encogía con todas sus fuerzas y antes de que pudiera apretar el gatillo del arma, el emperador de Rusia se arrancó la daga del hombro y la lanzó con la maestría propia de años de

entrenamiento, provocando que se incrustara en la garganta de la que llegó a considerar una segunda madre mientras esta se debilitaba tratando de sofocar sus últimas palabras en brazos de su hijo y viendo el dolor de éste en sus ojos.

Catherine permaneció durante unos instantes impávida, esperando el sonido de aquella arma que no llegó y cuando se dio la vuelta observó la escena sin saber qué decir o como actuar. Vio la daga en el cuello de lady Olga, la misma que Nikolai había tenido incrustada en su hombro. De no ser por él ella o su hijo habrían muerto. Quizá ambos. No lamentaba la muerte de aquella mujer, pero se compadecía del dolor que debía tener en esos momentos Aleksei ante la decepción.

Miró a Nikolai y vio la sangre acumulándose en su hombro, corrió hasta él agachándose a su altura y percibiendo su respiración agitada.

—Hay que taponar la herida. Estáis perdiendo demasiada sangre —dijo con los nervios a flor de piel.

Puede que le hubiera dicho que no podría volver a amarle, que deseaba marcharse de allí sin saber si algún día regresaría, pero lo único cierto es que su corazón aún latía con fuerza cuando él estaba cerca y de que no podía, ni sería capaz de imaginar un mundo donde Nikolai Vladimir Romanov no existiera.

—Ahora sois libre —jadeó Nikolai sintiendo con más fuerza el dolor de la herida—. Mantendré mi palabra para dejaros partir ocurra lo que ocurra —insistió sin dejar de mirarla.

—¡Un médico!, ¡Por favor llamad a un médico! —gritó como si algún sirviente pudiera estar cerca y avisara a Ivan para que llegase cuanto antes.

Aleksei se alzó dejando el cuerpo de su madre sin vida sobre aquel suelo frío y, como si sus pies tuvieran vida propia, corrió fuera de aquella terraza. Tendría tiempo para llorar la muerte de su progenitora aunque hubiera traicionado a la corona y a la familia, ahora debía salvar la vida del zar, pero ante todo, del que

consideraba un hermano para él, como si hacerlo pudiera expiar la culpa de aquella traición.

—Merecíais la felicidad —dijo Nikolai—. Debería haberos hecho feliz y deciros que os amaba mucho antes —insistió.

—No habléis como si vuestra vida se estuviera acabando. ¡Os prohíbo terminantemente que muráis! —exclamó con firmeza y eso provocó un leve lamento en el pequeño y una sonrisa en los labios de Nikolai.

—Mi muerte os daría la libertad que deseáis.

—Entonces elijo no ser libre —insistió.

—Sois demasiado gentil, ahora me doy cuenta. Habéis arriesgado vuestra vida por personas que no conocíais, no podría haber escogido una mejor madre para Alexandr. Sé que le convertiréis el zar más honorable que haya existido en el imperio ruso.

—Os mentí —advirtió Catherine con lágrimas en los ojos—. Os mentí diciendo que había dejado de amaros. Que no podría perdonaros. No puedo evitar amaros. Nunca he podido. Desde el primer momento en que os vi supe que sería vuestra, que os pertenecía. No puedo vivir en un mundo en el que no estéis. No quiero mirar el pasado y lamentar que nunca tuvimos una oportunidad real.

Nikolai colocó la mano del brazo que no tenía dolorido en el rostro de Catherine, sintiendo como aquellos ojos verdes brillaban con intensidad. La apresó con delicadeza y la obligó a inclinarse sobre él hasta que sus labios saborearon los suyos y notó como respondía a aquel beso, envolviendo su cuerpo en la calidez que necesitaba para el frío que comenzaba a hacer temblar sus extremidades.

Las voces llegaron con rapidez y varios soldados rodearon el cuerpo de Nikolai para trasladarle a su alcoba donde sería atendido con urgencia.

—Cuidadla —dijo Nikolai viendo como Aleksei se acercaba a él —. Si no sobrevivo, hacedla feliz como fui incapaz de hacerlo yo —

añadió sintiendo que sus ojos pesaban y que era incapaz de mantenerlos abiertos.

Capítulo 37

Durante dos semanas completas, la fiebre acosó a Nikolai sin ceder. Ni los paños fríos, baños tibios o infusiones de de corté a de sauce habían funcionado. Tampoco lo hicieron las flores de saúco para provocar la sudoración o la tintura de quina. Era como si Nikolai se hubiera abandonado a la muerte sin tratar de luchar para resistir a que le llevara.

—No hay nada más que se pueda hacer, majestad —insistió el boticario junto al médico—. Solo podemos esperar y rezar para que pase la fiebre.

El palacio de invierno se había sumido en un silencio magistral. Desde las ventanas que daban al jardín delantero, se podía ver la cantidad de personas que se habían acercado con velas para implorar por la vida del emperador. Tatiana había sido recluida en un convento por orden de su propio padre y Grigori aguardaba sentencia en la celda de mayor seguridad de la fortaleza, quizá el peor castigo para ambos sería el de no volver a verse.

El funeral de lady Olga fue breve, solo acudieron su marido e hijo y no fue enterrada en la catedral de San Pedro junto al resto de los Romanov, sino en un pequeño pabellón aislado en una iglesia a las afueras de la ciudad. Su condena sería morir olvidada y repudiada por su familia.

Catherine asintió mientras sintió que Ivan avanzaba hacia ella.

—Debería descansar, sus damas de compañía me han transmitido la preocupación por su salud. Apenas come, duerme y pasa aquí la mayor parte del tiempo —dijo en voz baja—. En su estado no es conveniente.

No había vuelvo a sangrar desde que tuvo a Alexandr y no podía estar segura de si esperaba realmente a su segundo hijo.

—Ahora la prioridad es el zar, ya descansaré cuando él se recupere —dijo Catherine.

Era incapaz de pensar que podía gestar vida en su vientre y al mismo tiempo enfrentarse a la muerte de su esposo.

Desde que había perdido el conocimiento no había vuelto a despertarse, solo se escucharon balbuceos debido a la fiebre que remitía y volvía de forma constante. Ella sabía que no era una buena señal, que tantos días solo indicaban que la posibilidad de recuperarse era mucho menor que la de morir.

Vio como Ivan no respondía, simplemente asintió a pesar de que podía descifrar en su rostro que no consideraran esperanza alguna para Nikolai. Solo ella se aferraba con firmeza a la idea de que él sobreviviría, de que no podía abandonarla de ese modo, de que debía luchar para tener la oportunidad que se merecían.

—Tal vez sea mejor que os preparéis para lo peor, majestad —dijo lady Anastasia acercándose a su lado mientras acariciaba su brazo en señal de consuelo.

Había regresado del campo en cuanto la noticia de su secuestro y la gravedad del zar llegó hasta ella, desde entonces no se había separado de su lado, al igual que Aleksei, como si temieran que en cualquier momento ella pudiera romperse y caer.

—No quiero prepararme. No lo aceptaré. Él no puede morir, no cuando siento que nuestra historia aún no ha sido contada, que no tuvimos la oportunidad que realmente merecíamos. No cuando aún no he podido decirle que le perdonaba…

—Estoy segura de que su majestad era muy consciente de que le habíais perdonado. Habladle, decid todo lo que sintáis antes de que sea demasiado tarde y vuestro corazón no pueda sanar. No os guardéis nada para vos, majestad… de algún modo quizá él os esté escuchando.

Aquella noche desechó dormir en uno de los sillones y no le importó acurrucarse junto a él en el lecho, estaba caliente, ardía y paseó el paño fresco por su torso desnudo recordando las veces en las que le había tocado mientras la poseía, en que deseaba que volviera hacerlo, en su fuerza y el modo de entregarse a ella sin reservas.

—Prometí que no derramaría más lágrimas por ti —susurró mientras sentía que de sus ojos escapaban de forma silenciosa consiguiendo nublar su visión—. Me juré que no volverías a causarme dolor, pero lo harás si mueres, Nikolai. No soy tan valiente como creía. Pensé que podría alejarme de ti. Marcharme. Creía que de ese modo curaría mis heridas y me equivoqué. —Torció su gesto para poder ver su rostro a pesar de estar dormido. Su respiración era lenta, casi inerte, como si estuviera perdiendo las fuerzas y su cuerpo hubiera disminuido su latido para poder soportar más tiempo vivo, pero que se apagaba como una vela a punto de consumirse—. No me dejes. Te prohibo terminantemente que me abandones. A mí. A nuestro hijo. Y probablemente al que está por venir —admitió por primera vez no queriendo reconocer las primera señales.

Catherine se acercó hasta posar sus labios sobre los suyos, pero no sintió el calor que siempre provenían de estos, sino la sequedad debido a la deshidratación de su cuerpo. Se abrazó a él con fuerza, abandonándose a esas lágrimas que terminaban en su piel, haciendo su calor del suyo y negándose a aceptar que él se marchara.

Una caricia suave la despertó. No supo qué era, incluso tardó un momento en adaptar sus ojos a la claridad del alba y descubrir que se había quedado dormida acurrucada junto a Nikolai. Volvió a sentir ese cosquilleo y se dio cuenta de que eran sus dedos en la cintura, rozando la fina tela de su camisola. Se incorporó

rápidamente y oyó un quejido de dolor, entonces se llevó las manos a la boca ahogando su grito y vio como él abría sus ojos azules para contemplarla.

Rápidamente colocó su mano en la frente. No había rastro de fiebre. Tocó su pecho y sintió que no estaba tan caliente.

—Estáis vivo —susurró como si no pudiera creerlo.

—Si no fuera por el dolor que siento en todo el cuerpo, creería que he ido al cielo —susurró Nikolai sintiendo la sequedad en su garganta.

—¡Debéis tener sed! —exclamó Catherine moviéndose rápidamente para verter un poco de agua y regresó hasta él colocándose en su regazo para inclinarle el rostro y que pudiera beber.

—¿Por qué no os habéis marchado? —preguntó sintiéndose realmente cansado.

—¿A dónde debía ir? —preguntó Catherine extrañada.

—Os prometí dejaros marchar a Londres. Debíais partir…

—Me disteis vuestra palabra, es cierto —afirmó Catherine—, pero tal vez ya no desee irme —aseguró sin dejar de mirarle fijamente.

—Debéis ir —constató Nikolai y cerró los ojos para esforzarse en tragar saliva sintiendo como si tuviera cientos de agujas clavándose en su garganta—. Es el único modo para que me perdonéis.

—Decidí perdonaros cuando me di cuenta de que podía perderos y no sería capaz de vivir en vuestra ausencia —se sinceró Catherine acercándose a él—. No serviría de nada marcharme lejos si mi corazón está aquí.

—No deseo que me perdonéis desde el miedo. Quiero que lo hagáis porque sea una elección libre y si, realmente lo sentís así, siempre habrá un lugar para vos a mi lado.

En aquel momento entró Ivan, como hacía cada mañana al alba y se detuvo al contemplar que el zar no solo estaba despierto y

lúcido, sino que también hablaba.

Durante los siguientes días Nikolai fue mejorando su salud a pesar de la debilidad y, en apenas una semana había regresado a sus funciones a pesar de que aún no había salido de palacio. No volvieron a hablar de la supuesta partida de Catherine a Londres, ni tampoco durmió a su lado, ella sabía que él aun estaba debilitado y cada vez que se hallaban a solas, sentía como su prudencia era más fuerte que el fulgor y deseo que emanaban de sus ojos.

Se habían acabado las ordenes, las exigencias y por primera vez se encontraba con plena libertad de hacer o decidir lo que quisiera.

—Vuestro ayudante personal me ha indicado que queríais verme —dijo Catherine entrando en su despacho sin poder evitar recordar la primera vez que estuvo allí y como él la poseyó rudamente sobre aquella mesa.

Aunque hubieran pasado semanas de aquel encuentro y aún podía sentir su cuerpo contrayéndose por el placer que había percibido.

—Vuestro barco zarpará mañana hacia Inglaterra —dijo Nikolai sin rodeos.

Catherine le miró con sorpresa. Había creído que al no hablar sobre ello él habría cambiado de opinión, aun más cuando insistió en su deseo de no partir.

—¿Mañana? —increpó sintiendo que aquel poco margen de reacción era convenido.

—El frío comenzara a llegar pronto desde el norte y traerá tormentas. Es un riesgo innecesario atrasarlo, tendríais que viajar por tierra y triplicaría el tiempo para llegar, además de ser más peligroso y encontrando un mar agitado al llegar a Francia. Es oportuno que salgáis ahora y, si lo deseáis, regreséis en primavera.

—¿Queréis realmente que me vaya? —insistió Catherine sin discutir lo que quería ella.

—Mi deseo no cuenta, sino mi palabra. Os prometí que partiríais y no os fallaré de nuevo.

Catherine observó como apartó la mirada y ella se acercó hasta la mesa colocando las manos sobre esta.

—¿Qué sucederá si no deseo regresar? —inquirió decidida a retarle.

—Entenderé que no soy digno de vuestro perdón y conviviré con ello.

¿Renunciaría a ella y al zarevich?, ¿Era honor o era realmente amor lo que reflejaban aquellas palabras?

—¿Tengo elección? —agregó en última instancia.

Nikolai se levantó y ella tuvo que incorporarse para poder seguir mirándole debido a su gran altura.

—Si. Por supuesto —contestó mirándola—, pero solo si partís y regresáis, sabré realmente que me concedéis una segunda oportunidad para enmendar mis errores.

La idea de regresar a casa y ver a su familia era realmente tentadora y, tres semanas atrás se habría subido a ese barco sin mirar atrás y sin siquiera pensar en la posibilidad de rechazar la propuesta. Ahora en cambio, sentía un nudo en su pecho ante la idea de partir, como si hubiera comprendido que el que fue su hogar durante diecisiete años había dejado de serlo y que, su lugar estaba allí, al lado del hombre que tenía frente a ella.

—Partiré mañana —afirmó decidida y, tal como esperaba, vio que la expresión de Nikolai se comedía en un gesto de pesadumbre.

—Os asignaré una escolta de treinta hombres que os acompañarán hasta Inglaterra y se asegurarán de manteneros a salvo junto al zarevich—. Podéis utilizar los recursos de la corona tanto como os plazca y alquilar un palacete en la ciudad si os hace sentir más cómoda en lugar de usar la residencia de vuestros padres.

—Os lo agradezco —continuó Catherine mordiéndose el labio, un gesto que él pareció notar rápidamente.

—Dispondréis de cantidad ilimitada para carruajes, vestidos, joyas, personal y lo que consideréis necesario.

—Mi padre es un duque acaudalado, pero os agradezco que no tenga que pedirle dinero para asuntos propios.

—Es mi deber manteneros y proporcionaros todo lo que necesitéis.

—Podríais haber utilizado mi dote para ello, y en cambio nunca os interesó. El duque de Curlandia me dijo que supisteis que uso le estaba dando y aún así, no me lo habéis reprochado.

—No me casé por vuestra dote. Os elegí antes de saber qué beneficios podía compensarme nuestro matrimonio. Solo os quise a vos y eso es algo que a día de hoy no ha cambiado. Ese dinero es vuestro, podéis usarlo como os plazca, no cuestionaré vuestras razones.

—Sí. Queríais más que una esposa —afirmó Catherine.

—No —negó rotundamente—. No quería más que una esposa. Os quería a vos como mi esposa. Serías vos o no sería ninguna. Lo supe en cuanto os ví, pero jamás tuve el valor para decíroslo.

—¿Y por qué sí lo tenéis ahora? —preguntó decidida.

—Porque una vez sentí que os perdí y lamenté no habéroslo confesado. No haberos dicho nunca que os amaba fervientemente. Quizá he comprendido tarde que amar es esto… dejar ir, aunque duela, confiar en la otra persona con fe ciega y seguir sosteniendo su nombre en el alma, aunque el destino trate de borrarlo.

Los golpes en la puerta les alertaron de que el zar tenía visita. Su agenda continuaba aunque quisiera dilatar el tiempo lo suficiente para ser eterno y no permitir que ella se marchara en aquel barco al alba.

No. No quería verla partir, pero aquel era el único modo para que ella realmente le perdonara y prefería no centrarse en la posibilidad de que tal vez nunca regresara.

Era joven, absolutamente bella, pero su entereza, valentía y vigor, habían hecho que el propio pueblo ruso se rindiera ante ella, tal como lo había hecho él cuando aún no la conocía.

—Adiós, Nikolai.

—Adiós, Ekaterina.

El silencio cedió ante ellos mientras sus miradas conectaban como si ninguno quisiera apartar la vista del otro. No existía calor o frío, ni el peso del pasado o del futuro, ni la certeza de aquello que parecía imposible. Solo estaban sus ojos, anclados a los de ella y una respiración contenida por parte de ambos como si quisieran decirse mucho más, pero supieran que no era el momento exacto.

Catherine no dijo nada más, sabía que no era el momento, pero atisbó a descifrar que la mirada de él era una confesión sin palabras, un pacto de una promesa eterna y ese roce invisible ardía más que cualquier contacto.

Se marchó con un propósito, uno que solo ella conocía y que muy pronto Nikolai también descubriría.

Capítulo 38

El carruaje partió poco antes del alba desde el palacio de invierno rumbo al puerto de San Petersburgo y Catherine, veía como la luz rojiza del amanecer transformaba la noche en día poco a poco, con lentitud, pero acaparando cada ápice de sombra que discurría por las calles empedradas en las que el ruido de las ruedas de madera rompía el apacible silencio.

Dejó que el frescor de la mañana despertara su rostro somnoliento y sonrió a la nodriza que la acompañaba y mantenía a su hijo agarrado al pecho mientras lo alimentaba. Se llevó una mano al vientre y supo que sus propios senos volverían a llenarse de leche pronto y aunque siempre necesitaría ayuda debido a sus deberes como consorte, en esta ocasión no permitiría que le prohibieran alimentar a su propio hijo. Puede que estuviera mal visto y que fuera una contraindicación, pero deseaba sentir esa conexión, algo que sería únicamente suyo.

Divisó las aguas del mar báltico oscuras y profundas antes de ver el imponente barco real que pensaba llevarla de regreso a su tierra natal. Habían llevado sus pertenencias y las del zarevich la noche anterior y, cuando bajó del carruaje, vio al intendente Polovich dando órdenes a la tripulación del barco.

—He modificado el contenido de sus baúles como me ha indicado, majestad —sonrió el intendente—. A pesar del poco tiempo, ha sido posible reunir todo lo que pidió.

—Sé que siempre puedo contar con su ayuda para hacer de lo imposible posible, intendente.

Vio como Polovich realizaba una reverencia.

—Me encargaré de entregar personalmente todos los baúles y su misiva, a la duquesa de Sylverston.

—Mi madre convertirá esas pieles y tejidos en soberbia y elegancia, deseo ansiosa su regreso, faltan poco más de dos meses y no pretendo pasar desapercibida en mi primera temporada social, tengo un público al que agasajar.

—Estaré de regreso antes del baile de inauguración en el palacio real, se lo aseguro —advirtió el intendente Polovich mientras se inclinaba y depositaba un beso en el dorso de la mano antes de despedirse y subir al barco.

Vio como quitaban los amarres y se alejaba del puerto al mismo tiempo que su carruaje emprendía su propia ruta en dirección contraria al palacio de invierno. Sonrió para sí misma, sintiendo una calidez extrema en su pecho y con la misma convicción que semanas atrás no había creído que volvería.

Tal vez, si no hubieran sucedido todos aquellos acontecimientos y si no hubiera sentido el dolor, la decepción y la desilusión, no podría apreciar realmente lo que significaba amar y ser correspondida. Nikolai había decidido renunciar a ella a pesar de amarla solo para poder perdonarle desde el corazón. Prefería su libertad y felicidad aunque eso conllevara perderla y no podía concebir una muestra de amor mayor que esa.

Cuando llegó a su destino, comprobó que el palacete que su marido le había regalado por alumbrar al zarevich y al que pensaba relegarla justo antes de que la secuestraran, era mucho más grande de lo que imaginaba. Era tres veces más grande que la casa en la que se había criado y un poco más pequeña que la finca campestre de los duques de Sylverston. Los jardines bien cuidados rodeaban toda la casa, incluía un estanque, un invernadero y una pequeña capilla.

—Regresad al palacio de invierno como estaba previsto —indicó a Sofía—, y entregad esta nota al duque de Curlandia, él sabrá que hacer —sonrió mientras se adentraba en aquel lugar con la intención de inspeccionarlo.

Nikolai había visto partir el carruaje de su esposa desde una de las terrazas orientadas a la entrada principal. Estaba seguro de que, si se hubiera acercado lo suficiente para despedirse, no habría sido capaz de dejarla partir.

Se había ido. Y al hacerlo había dejado un vacío demasiado profundo en su pecho. Puede que ese fuera el modo de redimirse por errar desde el principio, por no mostrarle sus sentimientos, por desear que fuera alguien que solo se ciñera a sus costumbres o lo que se podía esperar de su consorte. Sin embargo había conseguido mucho más a través de desafíos y desobediencias, aunque lo impensable para él era tener la certeza de que haber confiado en las personas que creía que jamás lo traicionarían le había echo ponerla peligro y probablemente perderla. Si hubiera creído en su palabra e inocencia, habría descubierto el ardid mucho antes de exponer a su propia familia.

—Serguéi me ha dicho que has anulado todos tus compromisos y te has tomado el día libre. Creo que el concepto de día libre no existía por tu parte hasta hoy. Ni siquiera el día posterior a tu boda lo dedicaste a ti mismo.

—Si has venido para comprobar que sigo vivo, lo estoy. Si pretendes cerciorarte de que esté bien, no lo estoy, probablemente no lo esté hasta que ella decida regresar, sea cuando sea ese momento.

—¿Y por qué no decides partir tú mismo tras ella?

—Porque debe ser ella la que decida regresar, si lo hago, probablemente no volvería porque lo desea, sino porque creerá que es su deber.

—Bien visto —argumentó Aleksei—. Además, aún estás resentido por los efectos de la fiebre, no sería oportuno que

emprendieras un viaje tan largo —dijo como si hubiera dado por finalizada la conversación.

—Pensé que acompañarías a tu padre a Prusia ahora que ha decidido partir de forma definitiva.

La traición de su esposa e hija, había hecho que su tío decidiera regresar a su país natal para no enfrentarse a la acusación pública y a lo que significaba aquella culpa de no haberlo impedido. Aleksei por su parte, había renunciado momentáneamente a su cargo hasta que la situación se aclarara, pero permanecía al lado de Nikolai como servidor fiel a la corona y amigo íntimo.

—Hay algunos asuntos que debo tratar antes de partir y, mi padre no deseaba esperar. No esta siendo fácil para él asumir la traición de mi madre y hermana.

—¿Y para ti? —inquirió Nikolai.

—Sabes que nunca he tenido una estrecha relación con madre, pero ellas eligieron un camino que no corresponde con mi lealtad y principios. Es difícil aceptarlo, pero entiendo que no habría podido hacer nada por cambiarles de parecer. Tienen el final que ellas buscaron y habría lamentado mucho más que hubieran podido llevar a cabo su plan… —dijo con pesar—. Es irónico pensar que de no ser por la aparición de lady Catherine Sylverston, se podrían haber salido con la suya. Tu esposa te salvó la vida mucho antes de que decidieras casarte con ella.

Nikolai sonrió con debilidad, pensar en ella traía consigo el recuerdo de su partida y el consecuente dolor que dejaba.

—Lo irónico es pensar que alguna vez pude creer que fuera culpable de algo.

—No te castigues a ti mismo. Sí. Erraste, pero también has sabido reconocer tu error aunque fuera demasiado tarde y casi mueres por ello. Tal vez sea el momento de que tú encuentres la felicidad que te has prohibido, ella lo merece —dijo levantándose con la intención de ir—. Por cierto, Tatiana confesó antes de partir hacia el convento que madre había preparado algo en el palacete que le regalaste a Ekaterina por si el secuestro iba mal.

—¿Y me lo dices ahora?, ¿Y si le hubiera sucedido algo si decide ir?, ¡Ella estaba decidida a abandonar el palacio de invierno para vivir ahí! —exclamó Nikolai alzándose con rapidez para salir de allí sin esperar respuesta.

Aleksei sonrió mientras se quedó solo en el despacho y tamborileó los dedos sobre la mesa. Algún día esperaba encontrar una mujer tan decidida como la esposa de su primo y pensaba comenzar a buscarla en Inglaterra, tal vez esa tierra tuviera más que ofrecerle de lo que había encontrado en San Petersburgo.

Nikolai entró tan rápido en el palacete, que no se dio cuenta de la cantidad de soldados y sirvientes que lo habitaba para estar vacío y cuando llegó a las habitaciones y buscó la que debía ser dispuesta para su esposa, la abrió con vehemencia deteniéndose en seco al comprobar que ella estaba allí, sentada y con un libro en las manos.

—No… no es posible —afirmó sin moverse—. Os vi partir de palacio, yo mismo ordené que cargaran vuestras cosas en el barco.

—He descubierto querido esposo, que se me da muy bien desobedeceros —contestó cerrando el libro y poniéndose en pie—. Y también se me da muy bien contradecir vuestras ordenes a mi favor —sonrió acercándose a él—. Admito mi culpabilidad, quizá deseéis castigarme por ello.

—¿Por qué no os habéis marchado? —inquirió—. Queríais libertad, era lo que más ansiabais y lo único por lo que podríais perdonarme.

—No rechazo la idea de regresar al que fue mi hogar tantos años y volver a estar entre mi familia y amigos, pero no es mi deseo si vos no venís conmigo—. Catherine colocó sus manos en el pecho de Nikolai y este observó que aquel tacto era real, que ella estaba allí y no era producto de un sueño—. Quería libertad y me la disteis, dejarme elegir significa mucho más para mi que el hecho de haberme subido a ese barco. No quiero irme, he comprendido que mi hogar no es Inglaterra y tampoco Rusia. Mi hogar es donde estes tú, donde esté nuestra familia.

Nikolai no lo soportó y acortó la distancia para apresar sus labios con intensidad descubriendo que su respuesta era tan intensa como la suya. No había ido a despedirse aquella mañana precisamente para evitar aquello, pero no podía estar apartado de su lado un instante más.

Sus lenguas se encontraron y, en ese segundo todo lo demás se rompió. No había tiempo, ni paredes, ni aire… solo el calor urgente de dos cuerpos que habían esperado demasiado para desearse. Fue un golpe sin cautela, como si buscaran la salvación y el castigo en el otro al mismo tiempo.

Nikolai la sujetó con una fuerza casi desesperada, como si temiera que pudiera desvanecerse entre sus manos, Catherine se aferró a su chaqueta, sintiendo bajo sus dedos el latido de su corazón tan acelerado como el suyo propio.

Sus bocas se volvieron profundas, hambrientas, intensas y con el sabor amargo del tiempo perdido y la dulzura de lo encontrado.

—Os deseo —gimió Catherine en su boca—. Siempre habéis provocado un fuego que inicia dentro de mi cuando os tengo cerca.

—No sois la única que lo siente, desde el primer momento en que os vi super que seríais la única mujer a la que desearía.

Catherine sonrió antes de que él volviera a apresar su boca y con movimientos torpes fue deshaciéndose de los botones de su chaqueta, como si la urgencia en que la poseyera fuera tan apremiante como el fulgor con el que él poseía sus labios.

Nikolai avanzó junto a ella hacia la cama hasta que tropezó y ambos cayeron sobre el lecho sin dejar de besarse. En el momento que él se alzó para verla comprobó la necesidad en su mirada al igual que la suya propia, como si no necesitaran de las palabras para demostrar aquella pasión y deseo. Metió sus dedos en el corsé y este cedió ante el movimiento para bajarlo, exponiendo sus senos y sin dejar de mirarla llevó su boca hasta uno de ellos provocando que ella gimiera y se contrajera hacia él.

—Poseedme —gimió Catherine retorciéndose bajo él que volvió a apresar su pezón conforme sus manos se introducían bajo la falda para rozar sus muslos y encontraba la abertura en su ropa interior.

Catherine no pudo resistirse más y le empujó provocando que él cayera sobre el lecho y ella se colocara sobre él.

La observó alzando las manos y comprobando por sí mismo que el ímpetu de su esposa iba mucho más allá que en sus convicciones, también llegaba al lecho y a su propio placer.

Catherine desabrochó los botones del pantalón del uniforme y comprobó que la virilidad de Nikolai estaba erecta, lista para concederle el placer que ella esperaba. Se alzó sobre él y la guió con sus manos hasta sentir como se abría paso en su interior e inició a sentir los espasmos de aquella sensación única.

Nikolai se alzó volver a apresar su boca mientras colocaba sus manos en las nalgas y comenzaba a acompañarla en aquel movimiento a pesar de no necesitar ayuda. Se acompasaron mutuamente mientras se unían de todos los modos posibles entre jadeos convirtiendo cada embestida más fuerte y cada beso más intenso.

Catherine sintió como el fuego la consumía y aquel ardor se incrementaba hasta expandirse y acaparar cada uno de sus pensamientos. Sus movimientos surgían con voluntad propia, guiados por una necesidad que no podía, ni quería contener. La calidez de la boca de Nikolai vertía un efecto embriagador, un hechizo que avivaba cada parte de su ser y exponía todos sus sentidos a una tensión deliciosa.

El roce de sus manos y el modo en que la miraba como si el resto del mundo hubiera dejado de existir era un llamado urgente a lo inevitable, así que estalló cuando sintió como alcanzaba aquel clímax que se rompía en su interior haciéndola viajar a todos los lugares posibles.

El latido en sus oídos se mezclaba con el de él que jadeaba y se hundía con mayor veracidad en su interior hasta derramarse

dentro de ella y desplomarse sobre el lecho mientras la llevaba consigo.

El aire entre ellos era denso, cargado de una complicidad hasta ahora inexistente y que Catherine anheló desde un primer momento. Sus inicios habían estado llenos de silencio, y ahora, que podían expresar todo cuanto necesitaba, se daba cuenta de que estaba cómoda en aquel mutismo cargado de tranquilidad.

Ella fue la primera en apartarse hasta contemplar sus ojos azules y darse cuenta de que sonreía, mostraba sus dientes como en pocas ocasiones le había dejado hacerlo.

—Desde que te conocí apenas te he visto sonreír —advirtió Catherine tutelándole por primera vez.

—Eso es porque solo he encontrado la felicidad a tu lado entre tanto deber —confirmó pasando sus dedos por la mejilla para acariciarla y apartar los mechones de cabello que se habían desprendido de su peinado.

—¿Aún vas a decir que no hay diferencia entre el zar y el hombre? —sugirió Catherine rozando con su mentón el pecho.

—El zar te admira, el hombre te ama, pero ambos te desean con una voluntad férrea —decretó sin dejar de mirarla.

—Espero que el zar me siga admirando cuando descubra que lo he hecho prisionero —afirmó notando como él arrugaba la frente y después comenzaba a reír a carcajadas.

—¿Me has secuestrado? —exclamó cuando logró contener su risa.

—Los soldados tienen la orden de no permitir que salgáis de este palacete hasta que yo lo decida. Has estado dos semanas indispuesto y el imperio no se ha venido abajo, no sucederá nada por un par de semanas más. Además, muchos nobles de la corte aún no han regresado a sus casas y tenemos la excusa perfecta después de lo sucedido para ausentarnos.

—¿Y quieres pasar todo el tiempo aquí?, ¿Encerrados?

—¿Su majestad me propone un plan mejor?

—¿Que tal le parecería a la consorte viajar por todo el imperio para conocer sus tierras y a sus súbditos?

Catherine se abalanzó sobre sus labios y él aprovechó para rodar y volver a colocarse sobre ella. Sus respiraciones se entrelazaron en un ritmo febril y pudo sentir como sus manos la anclaban a la realidad del momento, a esas esperanzas que siempre había aguardado haciéndose ahora realidad.

El mundo desaparecía cuando miraba a Nikolai, todo se reducía a ese fuego que ardía dentro de ella siendo él, el único causante. Era brutal y sagrado al mismo tiempo. Ni siquiera podía pensar como había podido imaginar que podría marcharse y creer que erradicaría el amor que sentía hacia él.

—Me parece que es la mejor propuesta que he recibido en mucho tiempo, aunque tengo dos condiciones —afirmó mordiéndose el labio.

—Sean cuáles sean, acepto —contestó él con la intención de darle un beso pero ella colocó un dedo en sus labios para impedírselo.

—¿Sin escucharlas primero?, ¿Y si te pidiera que me entregaras la corona para comandar tu ejército y ascender al poder convirtiéndote en mi consorte?

—Estoy seguro de que gobernarías mejor que yo, dado que has logrado que el pueblo te adore en unas pocas semanas, no quiero ni pensar lo que conseguirás en unos cuantos años.

Catherine sonrió.

—Me escucharás de todos modos —afirmó con contundencia —. No me separarás nunca más de ti —dijo mirándole a los ojos.

—No habría imperio ni frontera capaz de separarme de tu lado. Te amo, Catherine. Con cada fibra de mi ser, te amo más allá del tiempo o del destino. Y aunque no merezca tu perdón, soy egoísta al admitir que te deseo tanto, que mi pecho se llena de calidez al saber que has decidido quedarte en lugar de partir.

Catherine sintió que su pecho ardía, esta vez no de impotencia, rabia o dolor, sino de una felicidad que hasta ahora no

conocía.

—Bien. Porque no pienso perderme la próxima temporada social en San Petersburgo.

—No te obligaré a partir de nuevo si no es tu deseo, ¿Por qué motivo deberías perderla si no estarás en Inglaterra?

Catherine sonrió aún mas y colocó sus brazos alrededor del cuello de Nikolai.

—Porque la próxima primavera Alexandr dejará de ser nuestro único hijo.

Nikolai tardó un momento en comprender el significado real de aquella declaración y se apartó rápidamente como si pudiera ver el hijo que ella gestaba en su vientre.

—¿Estas segura?, ¡Ivan no me ha informado!

—Nadie podía estar seguro con el nacimiento de Alexandr tan cerca, pero conozco los síntomas, estoy completamente segura de que es así.

Él se abalanzó sobre ella para besarla, pero esta vez con dulzura, con una ternura propia de alguien que ama profundamente a esa persona y Catherine respondió con temblor, con una certeza palpitando en su pecho digna de su amor.

—Me haces el hombre más dichoso de todo el imperio —dijo sin dejar de mirarla.

—Te amo, Nikolai. En esta vida y en todas las que vengan, seré tuya —confesó provocando que él volviera a arrancarle otro beso con la misma ternura.

—Soy tuyo. Ahora y siempre. Aunque ruegue tu perdón cada día y viva sabiendo que no lo merezco, te demostraré hasta el último de mi aliento que sois y seréis la única mujer a la que he amado y amaré. Serás la dama más hermosa de esta temporada y todas las venideras, no tengo duda y desde luego no seré yo quien impida que los demás contemplen la belleza de mi esposa, sin duda, la emperatriz más bella que ha tenido jamás el imperio ruso.

Catherine sonrió y se acercó para rozar sus labios.

—Aún hay una segunda condición, majestad… y esta quizá te guste menos.

—Nikolai —contestó él con suavidad—. No eres mi súbdita, sino mi esposa y no quiero ser el zar para ti, sino la persona en quien puedas confiar plenamente a partir de ahora, como deseo serlo también para ti.

Catherine sonrió con dulzura.

—Nikolai —afirmó esta—. Mi segunda condición es que no quiero órdenes, ni limitaciones, ni normas o reglas absurdas porque hasta ahora se haya hecho así. Quiero tener mi propio lugar a tu lado, apoyarte, ser un frente unido, pero buscar mi espacio. No importa si me equivoco o si debo cometer mis propios errores para aprender. Lo aceptaré, como aceptaré tus consejos, pero quiero tener la libertad de poder hacerlo. Tengo muchas ideas y proyectos que llevar a cabo y que sé que sin tu ayuda no serán posibles, pero no deseo que los prejuicios marquen el rumbo de nuestro reinado.

Ya había ideado como lograría enseñar oficios a todos los niños del orfanato y de varios hospicios, incluso había dado indicaciones al mayordomo mayor de acoger a los que alcanzaran la mayoría de edad para darles cobijo, alimentos y cubrir las necesidades que se requirieran en palacio. Tal vez no lograra salvar a todos y muchos regresaran a sus orígenes, pero con que alguno de ellos siguiera en el buen camino, sería una recompensa más que suficiente.

—He cometido el error de no confiar en ti hasta ahora, así que no encuentro una mejor forma de que vuelvas a creer en mí que esta. Eres libre de tus decisiones, no necesito que me rindas cuentas o que estes sujeta a mi aprobación. No volveré a dudar de tus convicciones y mucho menos, de tus propósitos, ahora sé que tu bondad es demasiado grande y el pueblo ha podido verlo incluso antes que yo. Ni normas. Ni reglas. Ni órdenes o limitaciones. Ni fuera, ni dentro de nuestra alcoba —afirmó rozando su nariz con la suya y deseando volver a apresar sus labios.

—Eso me recuerda a que podría añadir una tercera condición… —sugirió Catherine mordiéndose el labio—. Una que incluya explorar los límites del placer, sobre todo cuando no he podido poner en practica todos esos trucos que me enseñaron esas dos cortesanas… —admitió comenzando a reír.

—¿Es seguro mientras estés embarazada? El único motivo por el que me alejé de Oraniembaun era por no ponerte en peligro a ti o al bebé.

—Créeme esposo mío, es muy seguro —afirmó volviendo a besarle con pasión y él respondió en la misma forma.

—En ese caso, te dejaré explorar los límites del placer todo lo que desees, querida esposa.

—Siempre supe que me enamoraría de ti en cuanto te vi —afirmó Catherine separándose un instante de sus labios.

—Creo que yo me enamoré de ti en cuanto esos ojos verdes me miraron. Supe que cambiarías por completo mi vida, por eso debías ser tú o no lo sería ninguna. Ni siquiera le di opciones a tu padre para poder rechazarme —sonrió volviendo a besarla.

—¿Y si hubiera dicho que no? —gimió Catherine acariciándole el cabello.

—Te habría perseguido por los confines del mundo, hasta convencerte de que te haría la mujer más feliz si estabas a mi lado. No lo hice, lo sé, pero pienso enmendar mi error a partir de ahora. Te doy mi palabra.

—Puedes comenzar por llevarme a todos esos lugares maravillosos y por volver a hacerme tuya en este instante…

—Tus órdenes son mi deseo y cumplirlas será mi recompensa.

Volvió a besarla como si en ese instante sellara el inicio de una unión que ni el mundo entero podría romper.

El silencio roto por sus gemidos era el testigo silencioso de un amor que había renacido para perdurar en la eternidad.

Epílogo

Seis meses después.

Catherine recorría los pasillos del palacio de invierno apresurada a pesar de que dos de sus damas de compañía la reprendieran por ir más deprisa de lo que debiera. Sus ocho meses de embarazo indicaban que el segundo hijo de los emperadores de Rusia podría llegar en cualquier momento, aunque eso no hubiera impedido que disfrutara de una temporada social activa y, sobre todo, deslumbrante gracias a los hermosos diseños que su progenitora le había enviado a tiempo con aquellos textiles rusos.

Su madre no solo había sido capaz de captar la moda rusa y combinarla con la inglesa, sino que desde el primer momento en que hizo su aparición junto a Nikolai, un gran número de damas trataron de imitar su vestimenta adaptando sus vestidos a los de ella. Mientras que la emperatriz de Rusia lucía deslumbrantes trajes con preciosos brocados y llenos de adornos lujosos, por el día su atuendo era absolutamente sobrio y sencillo sin perder la elegancia.

Entró en el despacho de su esposo sin llamar, importándole muy poco si estaba reunido, pero ella era la zarina y no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Durante esos seis meses Nikolai había cumplido su palabra y no solo la había convertido en su prioridad, sino que la había colmado de tanta dicha que ni siquiera sus pensamientos sobre el matrimonio perfecto que había ideado siendo una niña se acercaban a la realidad.

—¿Ocurre algo?, ¿Es el niño? —exclamó Nikolai irrumpiendo su reunión con varios miembros de su consejo como si careciera completamente de importancia para prevalecer a su esposa.

En otras circunstancias sabría que le habría ordenado esperar o simplemente le habría prohibido entrar, pero saber que ahora ella estaba por encima de su propio imperio, hacía que aquella unión que inició tambaleándose por la falta de comunicación y confianza, ahora eran un frente unido infranqueable.

—Debemos partir hacia Inglaterra de inmediato. —No alzó la voz, ni lo dijo como si fuera una orden, sino más bien era un hecho que se llevaría a cabo.

—¿Ahora?, ¿Ya?, ¡Podrías ponerte de parto en cualquier momento! —respondió Nikolai.

—Pues daré a luz en alta mar, pero pienso salir hacia Londres mañana mismo —dijo manteniendo la tranquilidad—. Mi hermana se casa en dos semanas y no pienso faltar a ese matrimonio.

No tenía especificaciones en aquella carta de las razones por las que aquella boda se llevaba de forma apresurada, si realmente era porque su hermana había cometido una falta o porque no deseaba esperar todo el tiempo que indicaba un noviazgo largo, pero fuera cual fuera el motivo, iba a estar presente.

—Está bien. Si tú estás segura y es lo que quieres. Iremos —afirmó no muy convencido.

Catherine se acercó hasta él y le besó con decisión sin importarle que tuvieran testigos.

—¿No te importará cancelar todas tus reuniones y compromisos por las próximas semanas? —exclamó en voz baja.

—El imperio seguirá exactamente igual a mi regreso. Se que no querrías perderte ese momento y la felicidad de mi esposa es mucho más importante —sonrió acariciando su mejilla—. No te preocupes por la gestión, me encargaré de todo para que podamos partir al alba.

—Gracias por recordarme la razón por la que te amo profundamente —contestó Catherine volviendo a besarle y después

le dejó a solas para que finalizara su reunión.

Tenía demasiados baúles que preparar y poco tiempo para hacerlo, por suerte, contaba con todo un ejército de damas y doncellas que seguirían sus indicaciones.

La boda sería en dos semanas según la fecha que indicaba la misiva y habían dado por hecho, que ella no podría estar presente en el matrimonio de Linette debido a la premura con la que se celebraba y al hecho de que su segundo hijo pudiera venir al mundo en cualquier momento.

Hacía un año y ocho meses que había abandonado Inglaterra sin saber que no regresaría a su hogar. Sin saber que su vida cambiaría para siempre con aquel viaje en el que sus expectativas solo se centraban en querer debutar ese año en sociedad.

Ahora, no regresaba como esa niña de diecisiete años llena de sueños por cumplir, sino siendo la emperatriz de Rusia, la madre del zarevich y la mujer más feliz por tener a un esposo como Nikolai a su lado. Quizá el comienzo de su matrimonio no fue como esperaba y llegó a perder por completo la esperanza de que pudiera funcionar o llegar a una estabilidad, pero ahora sabía que su instinto no le había fallado y que, cuando vio por primera vez al zar de Rusia en aquel salón atestado de invitados, supo que él era y sería el amor de su vida.

Acarició su vientre mientras pregaba porque su pequeño aguantara dentro de su vientre unas semanas más. Al igual que con Alexandr había tenido un embarazo tranquilo sin ningún tipo de malestar a pesar de no haberse perdido ningún baile o acontecimiento social. Tal como decía su amiga lady Anastasia, aquel era su lugar, aunque también lo era con los que más necesitaban su ayuda y así lo demostraba con la escuela de oficios que había instaurado en una parte de palacio y en la que acogía a todos los niños que abandonaban el hospicio para proporcionarles un futuro asegurado.

Su habitación siempre se llenaba de flores que el pueblo enviaba, así como regalos o cestas de cortesía que buscaban

agasajar a la emperatriz de Rusia por su benevolencia.

Aunque había realizado esa travesía una sola vez desde Londres hasta San Petersburgo, no recordaba que aquella semana de viaje fuera tan larga, aunque era posible que se le había hecho eterna porque no veía la hora de volver a pasear por las calles de su ciudad natal. Vería a sus tías, las cuáles aún no conocían a Alexandr y, sobre todo, volvería a ver a su hermana mayor, a sus amigas y a todos sus primos.

El barco chirrió al rozar el muelle y la brisa salina mezclada con el aroma terroso del Río Támesis golpeaba su rostro como un viejo recuerdo despertado tras casi dos años de ausencia. El aire estaba cargado de olor alquitrán, madera húmeda y humo grisáceo que escapaba de todas las chimeneas bajas que daban al puerto.

Desde la cubierta podía observar como la ciudad se alzaba entre la neblina matutina, aquellos edificios de ladrillo ennegrecido, los mástiles de los barcos balanceándose suavemente y el murmullo de los marineros que se preguntaban a quien pertenecía aquel enorme acorazado que acababa de atracar. El olor a pescado fresco mezclado con pan recién horneado que llegaba desde los mercados cercanos le provocó nauseas. Había tenido la suerte de no entorpecer el viaje con marea agitada, pero aquella mezcla de sentimientos, olores y sensaciones le había provocado un malestar que no sabía si era fruto de sus nervios o si tenía realmente algo que ver con su embarazo.

Nikolai había hecho traer su propio carruaje junto a sus caballos, así que mientras descargaban sus baúles, la comitiva real emprendió camino hacia la mansión de los Sylverston en Mayfair.

En el momento que divisó los muros blancos de la mansión de sus padres, sintió lo que sin duda era una contracción, no era demasiado dolorosa, pero si su segundo hijo tenía la misma prisa por nacer que su hermano mayor, sabía que el tiempo jugaría en su contra.

—Espero que no suponga un problema para ti hospedarte en casa de mis padres —apremió Catherine forzando una sonrisa.

—Ellos siempre se han hospedado en mi casa cuando vienen a visitarte, no es un conveniente. Además, me condicionaste a no separarme nunca más de ti y pienso cumplir mi parte. También prometí hacerte feliz y sé que solo lo serás si nos quedamos en el que siempre fue tu hogar —contestó con calma y el carruaje se detuvo al mismo tiempo que sentía como mojaba sus enaguas al romper aguas.

Cerró los ojos para evitar soltar una maldición. No era entrada que había esperado, es más, incluso había imaginado que podría dar a luz en el barco y no justo al llegar a casa de sus padres, pero al menos podía asegurar que había llegado a tiempo para el enlace.

Vio como Nikolai descendía y aguardaba ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —exclamó Catherine con una amplia sonrisa.

—Lo sé. Yo también te amo y haría cualquier cosa para complacerte.

—Pues practica lo que has aprendido de inglés y ve a decirle al mayordomo de mis padres que envíe a uno de los lacayos a llamar a la partera y al médico, porque acabo de romper aguas —dijo sintiendo como llegaba de nuevo el dolor y esta vez no era nada sutil.

Nikolai se quedó sin habla. Ni siquiera gritó o reaccionó, en cambio lo hizo su propia hermana al gritar su nombre mientras descendía la escalinata para abrazarla y ella fingía que no sentía aquel dolor punzante.

Aunque su llegada fue agridulce, el segundo heredero a la corona rusa llegó apenas una hora después en la mansión de los duques de Sylverston mientras Catherine permanecía rodeada de sus tías que habían llenado la casa de sus padres para darle la bienvenida no solo a Alexandr, sino también al recién nacido, Aleksei Nicoláyevich en honor al mejor amigo del zar.

—Siento haber acaparado la atención, hermana. Se suponía que tú debías ser la protagonista por tu inminente boda, pero no

imaginé que sucedería esto cuando le dije a Nikolai que no podía faltar en un día tan importante para ti —dijo Catherine cogiendo la mano de su hermana que se había acercado hasta ella para ver al recién nacido.

—Estoy acostumbrada —sonrió con plenitud—. Y es algo que no me importa, de verdad, es más, odio ser el centro de atención así que te cedo ese honor únicamente a ti. Además, siempre has sido la hermana imprudente, ¿Recuerdas? —comenzó a reír—. Confieso que tengo tantas ganas de que llegue el día como temor a lo que sucederá después, pero imagino que es algo normal, ¿No? Iré a vivir a un lugar completamente desconocido, lejos de todo cuanto conozco y sé que tú me comprendes mejor que nadie.

—Vas a ser muy feliz, igual que lo soy yo. Estoy segura de ello —contestó Catherine apretando con fuerza su mano—. Y aunque estemos lejos, siempre podrás contar conmigo para lo que necesites.

—Lo sé —afirmó Linette acercándose para dar un beso en la mejilla a su hermana.

—¿Le amas? —preguntó sin conocer aún al que sería en pocos días el marido de su hermana.

—Siento que no le conozco lo suficiente para hacer tal afirmación, pero que podría tener todo lo necesario para que fuera así —afirmó Linette sin estar segura y sin saber qué era exactamente lo que le había llevado a acercarse a su prometido.

No estaba conforme con las formas, ni con la rapidez de aquel matrimonio, pero en el fondo, quizá era mejor de aquella manera. Después de haber esperado tres temporadas, por fin podría comenzar su nueva vida lejos de la nobleza y todos esos turbulentos rumores en torno a su procedencia.

—Lo comprobarás en tu noche de bodas —sonrió mientras su hermana fruncía el el ceño—. Solo puedo añadir a las instrucciones de tía Catherine, que será mucho mejor de lo que puedas imaginarte.

La aparición de Nikolai en la habitación hizo que todas las damas salieran, incluida su hermana, para dejarles a solas y en

cuanto él se acercó al lecho y besó su frente, sus ojos se perdieron en su segundo hijo.

Ella no solo le había dado un heredero, sino dos. Dos varones que prolongarían el linaje de los Romanov.

—Creo que Aleksei será feliz al saber que nuestro hijo lleva su nombre en su honor —dijo Catherine mirando al pequeño que en esta ocasión tenía unos rasgos más parecidos a los suyos que su hermano mayor.

—Lo será —afirmó sentándose a su lado sin dejar de mirar a su segundo hijo.

—Sé que desde que contrajimos matrimonio te dije que debías darme herederos y me has dado dos varones sanos y fuertes que llevarán la dinastía Romanov lejos. No tendremos más hijos si ese es tu deseo, no quiero que nunca vuelvas a sentirte en la obligación de tenerlos.

Catherine sonrió y acarició la mejilla de Nikolai obligándole a acercarse para robarle un beso.

—Siempre me han gustado las familias numerosas —advirtió —. Quizá tenga algo que ver ser la nieta de una mujer que tuvo nueve hijas.

—¿Nueve hijas? —exclamó impresionado.

—Mi madre es la novena —constató—. Y el nueve siempre me ha parecido un número precioso…

—¿Quieres tener nueve hijos? —Su tono de voz indicaba conmoción.

—Los nueve hijos del zar… ¿No es precioso?

Nikolai se echó a reír con verdadero furor y tardó un buen rato en poder contener aquella risa.

—Lo es… sobre todo porque sé que no podría hacer nada para evitarlo. Si quieres nueve hijos, tendremos nueve hijos.

Se acercó a ella y la besó con delicadeza, con esa dulzura que le provocaba y que, al mismo tiempo, encogía su pecho por la calidez del amor que le propiciaba.

La amaba y haría cualquier cosa para hacerla feliz. Puede que ella se hubiera olvidado del dolor que él le había infligido por su necedad, pero él estaba dispuesto a pasar cada uno de sus días recompensándola de ese error.

—Gracias mi amor —sonrió Catherine.

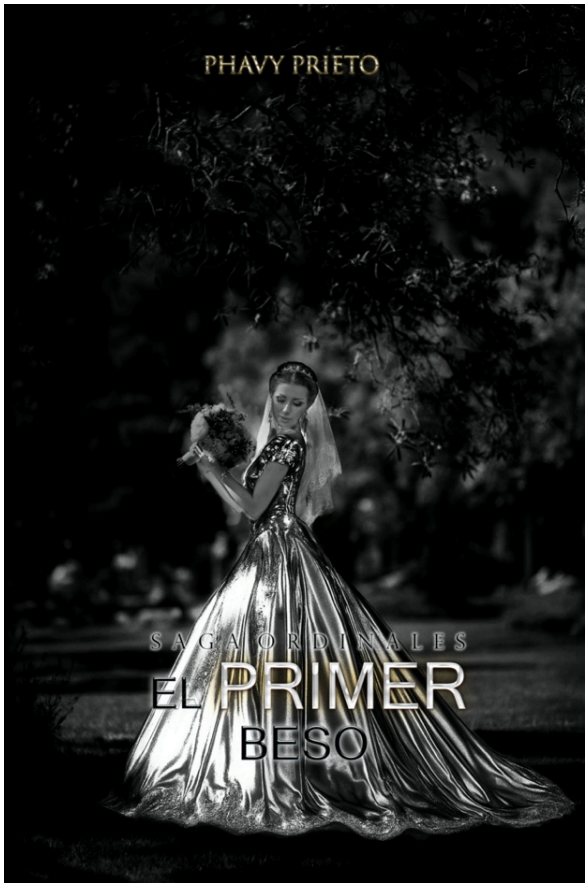
—Gracias a ti, Ekaterina. Porque te amo como el fuego ama al hierro, moldeándolo, transformándolo, sin poder detenerse ni un instante porque está en su naturaleza hacerlo. Porque te amo con la desesperación de quien ha vivido demasiado tiempo en la sombra de tu ausencia, con el anhelo ardiente de sentir tu alma junto a la mía. Eres mi tormenta y mi calma, mi obsesión y mi redención, sin ti, el mundo se desmorona y por ti, renazco de nuevo entre las cenizas.

Catherine le miró viendo en aquellos ojos azules la sinceridad de unas palabras que había deseado hallar desde el primer instante en sus miradas se cruzaron.

Ahora sabía que su destino estaba trazado y que por más que hubiera intentado escapar, cada camino le habría conducido hasta él. No existía fuerza en el mundo capaz de romper aquel vínculo invisible que les unía, ni tampoco tiempo suficiente para borrar la huella profunda que había en sus almas.

Su corazón latía con la certeza indomable de que había encontrado el verdadero amor. Porque amar no era una elección, sino un destino irrevocable, sellado en lo más hondo de su ser.

EL PRIMER BESO



Lady Linette pensó que su boda sería el comienzo de una nueva vida, pero la noche que debía consumarse su unión descubrió lo que ella más temía. Su esposo la había engañado y utilizado para obtener su dote y la riqueza del barón de Brighdawn que ella había heredado. Desterrada en una finca olvidada, queda bajo el mismo techo que Alexander, duque de Somerset y hermano del hombre que traicionó su confianza.

Alexander vive apartado, envuelto en un silencio impenetrable y marcado por un secreto que nadie puede descubrir. Su soledad es un refugio, hasta que la esposa de su hermano irrumpe en ella con la fuerza de una verdad imposible de ignorar.

Entre los muros de aquella casa campestre y las sombras del pasado ciñéndose sobre ellos, nace algo prohibido: una pasión que se alimenta de miradas furtivas, palabras que jamás deberían pronunciarse y deseos difíciles de controlar. Todo cambiará el día en que sus labios se rocen, descubriendo que les une una verdad que al mismo tiempo les separará para siempre.

Avance de El primer beso.

La tercera temporada para una joven debutante era como un último baile antes de que la música se apagara.

Aún podía deslumbrar, pero el brillo empezaría a mezclarse con la sombra de las preguntas incómodas: ¿Por qué no se ha comprometido?, ¿Tendrá alguna enfermedad?, ¿Es quizá caprichosa e insolente? O, como en el caso de lady Linette: ¿No creéis que guarda un parecido asombroso con su padrastro?

Su padre, al menos el que figuraba en su apellido era el difunto barón de Bridghdawn, solo que su apariencia era la viva imagen del duque de Sylverston y no pasaba desapercibido para nadie, tampoco para los caballeros que buscaban esposa entre las jóvenes debutantes.

Ella no era novedad fresca del primer año, ni la promesa expectante del segundo. A los ojos de la sociedad, podría ser una joya que había pasado por demasiados escaparates sin encontrar un comprador.

Por si eso fuera poco, tenía una hermana menor casada con un emperador y que además ya tenía un hijo y esperaba otro en camino, así que la presión sobre contraer matrimonio había pasado de ser una opción a una necesidad a la que no podía renunciar. Tenía que encontrar un esposo y, debía tener un hijo varón para que heredase la baronía, sus riquezas y todas las posesiones ligadas al título.

Siempre había pensado que, a diferencia de su hermana menor Catherine, tendría más fácil la elección ya que una gran cantidad de candidatos sin título, estarían deseosos de formar parte de la alta nobleza a través de un heredero. La hijastra del duque de Sylverston con una dote digna de una reina y un título nobiliario bajo el brazo.

Si. Los candidatos habían llegado, pero ella fue incapaz de decidirse por alguno de ellos. Probablemente era más fácil dejar la elección en manos de su padre, el duque, pero lo cierto es que lord

Sylverston había desechado todas las ofertas y ella, simplemente lo había aceptado porque ninguno de esos candidatos la entusiasmaba.

¿Qué buscaba realmente en un caballero? Ni siquiera lo sabía porque todos sus miedos se concentraban en la idea de que solo la quisieran por la dote, el título y aquello que aportaba al matrimonio sin contar realmente quien era o qué quería.

Este año estaba decidida a que esa elección estuviera en sus manos y, aunque no sintiera el vínculo que su madre o hermana habían llegado a sentir por sus respectivos esposos, ver como Catherine se había casado con el zar del imperio ruso sin siquiera conocerle o tener una conversación la llenaba de esperanza.

—Esta noche estás radiante, querida —dijo su madre a través del espejo del tocador donde su doncella Ingrid le había terminado de hacer un peinado sofisticado.

A diferencia de la mayoría de jóvenes que debutaban en Londres, las hijas de lady Emily Sylverston lucían las sedas y brocados más refinados y, por descontado, su madre no realizaba vestidos a ninguna otra dama que tuvieran el mismo diseño, patrón o género. Era el privilegio de ser las hijas de la modista más afamada y de mayor prestigio de la ciudad, aunque no lo hiciera por dinero, sino porque realmente le gustaba.

—Gracias, madre —sonrió a través del espejo.

A diferencia de Catherine o su propia madre, la belleza de Linette era etérea, habiendo heredado los rasgos de los Sylverston, sus ojos plateados eran fríos en apariencia, pero capaces de ocultar sentimientos profundos. Su piel era clara como el primer rayo de sol filtrándose entre la neblina invernal, frágil y luminosa, pero al mismo tiempo desprendía luz propia. Sus cabellos eran de un castaño claro, insípidos en un primer momento, pero tan finos y sedosos como el tejido de su vestido.

No le disgustaba su apariencia, aunque habría preferido poseer los rasgos de su hermana, tal vez, porque de ese modo no se habrían despertado los rumores sobre quien podría ser su verdadero padre.

—Tengo el presentimiento de que esta será tu temporada —indicó Emily zarandeando con delicadeza los hombros descubiertos de su hija mayor como si eso pudiera reforzar sus palabras.

—Yo también lo presiento —contestó forzando una sonrisa, pero más que presentirlo, es que simplemente había decidido encontrar un marido.

Aceptaría la primera propuesta del primer caballero al que le complaciera la idea de vivir lejos de Londres.

Puede que, entre todas las propuestas recibidas hasta la fecha, hubiera encontrado la felicidad en al menos una decena de ellas. Sus pretensiones se habían reducido drásticamente desde que sentía las miradas furtivas y los cuchicheos mucho más incesantes que en su debut en sociedad. La certeza de que nadie se hubiera casado con ella estuviera ligada a las dudas sobre su paternidad, solo incrementaba su deseo de marcharse lejos de allí, apartarse de toda esa sociedad llena de apariencia y lujo, para vivir una vida apacible y en calma.

¿Existiría ahí fuera un caballero honorable que rechazara las apariencias y la quisiera por como era? Todos y cada uno de los caballeros que le habían propuesto matrimonio ya estaban casados, al igual que todas las debutantes que habían formado parte del mismo año en que lo hizo ella. Así que, sentir que era el centro de miradas mientras centenares de ojos la observaban no auguraba un buen comienzo de temporada.

—Tu padre ha indicado que te acerques, Linette —dijo su madre en voz baja y ella alzó la vista para divisar al grupo de caballeros en el que se encontraba su progenitor.

Se acerco con lentitud y manteniendo los hombros erguidos mientras el carné de baile rozaba su falda y sujetaba su abanico en la otra.

—Lord Sylverston —se inclinó sabiendo que en actos de ese tipo, ella jamás podría llamarle padre.

—Os presento a mi hijastra, lady Linette, señor Reishart, debe preguntarle a ella si desea concederle el próximo baile —indicó el

duque provocando que las mejillas de Linette se tiñeran de un color rosáceo.

—Perdonadme, lady Linette. Quería asegurarme de que contaba con la aprobación de vuestro tutor antes de pediros que me concedáis el próximo vals. Principalmente porque desconozco el resto de piezas —sonrió y su sinceridad provocó que Linette también lo hiciera.

—Será un placer para mí, señor Reishart. ¿Es nuevo en la ciudad? —indicó estando muy segura de que un rostro como el suyo no podría olvidarlo.

Era apuesto, con el cabello y ojos casi tan negros como la noche que contrastaban con la piel clara y un rostro muy masculino. Había algo en sus facciones severas que lo atraía.

—He vivido siempre a las afueras de la ciudad, mi hermano es el duque de Nordville, posee todo el condado —afirmó con solemnidad.

—Encuentro realmente encantador poder vivir en la campiña. ¿Lo cree usted también?

—Estoy completamente de acuerdo. Si no fuera porque deseo compartir mi vida al lado de una esposa, me habría quedado en la placidez que ofrece el campo.

Saber que el señor Reishart no deseaba vivir en la ciudad y que para ella era un requisito fundamental, hizo que la primera de sus barreras cayera, encontrando que aquellos ojos de un negro profundo, pudieran ser los que le trajeran la más absoluta felicidad.

—Creo que ese es nuestro vals, señor Reishart —sonrió Linette y comprobó como su acompañante realizaba una reverencia antes de ofrecerle su mano y la escoltaba hasta la pista de baile donde no sería la única pieza que bailasen juntos.

Quizá sí podía tener la esperanza de encontrar matrimonio en esa temporada y, que después de haber esperado tanto, no tuviera que renunciar a lo que realmente deseaba.

Continuará…

Nota de autora

Escribir la historia de Nikolai y Catherine ha estado llena de turbulencias, no por ellos, que encontraron su lugar mientras mis dedos cursaban por el teclado ávidos de contar su historia, sino por situaciones que han acontecido en mi vida fuera del plano ficticio. Aun así, espero que hayas disfrutado de su historia y saboreado sus matices, no quería que fuera una novela fugaz, sino que se desarrollara con calma, al igual que la escribí y, reconozco que mi intención en esta historia fue hacer de Catherine la mujer empoderada, valiente y perspicaz digna hija de los duques de Sylverston.

Es hasta ahora mi novela más larga de la serie y quizá sea superada por su hermana, que no tardará demasiado en llegar para concluir esta saga.

Como avisé al principio, esta novela de tintes históricos en la monarquía rusa de 1800 tiene algunos matices reales, pero es completamente ficticia y, por si has encontrado algunas incoherencias aclaro que en su mayoría son debidas.

En primer lugar, existió un zar Nikolai, pero su historia no se asemeja a la de este libro. Así como también, en la monarquía rusa se hablaba principalmente el francés, pero quería que nuestros protagonistas se enamorasen a primera vista, sin siquiera poder comunicarse entre ellos para que la barrera que en un principio Catherine considera inicial, realmente no existía como tal.

En el imperio ruso existió una zarina que reinó durante años y fue muy querida, Catalina la grande o, en su defecto "Ekaterina" y "Catherine" en inglés. Fue una mujer decidida que se apropió del

trono arrebatándoselo a su marido. No puedo negar el carácter de esta emperatriz no haya influido en parte en nuestra protagonista.

El término "lady" es únicamente inglés, mientras que en el imperio ruso su equivalente sería "Bárynya" he decidido conservar el término al que estoy acostumbrada por la simple razón de que al fin y al cabo, la protagonista es inglesa y no generaría mayor confusión.

El protocolo real es mucho más extenso que el aquí mencionado, pero no pretendía aburriros en demasía, aun así, espero que hayáis podido disfrutar plenamente de la historia y, sin más dilación, espero encontraros en la próxima.

El duque de Nordville y lady Linette nos esperan y sé que esa historia cerrará por todo lo alto este círculo.

Lo sabréis cuando la tengáis en vuestras manos.

Agradecimientos

Escribir un libro es mágico, pero es una labor muy solitaria en la que todo aquel que te rodea ni siquiera es consciente de la influencia que ejerce con sus actos o palabras. A veces nos invaden dudas, temores o inseguridades, y salir de esas aguas profundas en las que nos hemos sumergido para respirar una bocanada de aire resulta liberador.

Por eso quiero dar las gracias, en primer lugar, a las dos personas que pasan cada día a mi lado; mi marido y mi hijo, que me regalan sus sonrisas, sus abrazos y, sobre todo, su valioso tiempo. Ellos son la razón de que hoy estés leyendo esto, los que me impulsan a avanzar, a sonreír, a ser yo misma, a abrir las alas y volar hacia donde me lleve el viento.

A Ángela porque me recuerda que la bondad tiene nombre y no tiene palabras para demostrarla. Gracias por darme tiempo para poder acabar esta historia a tiempo.

Gracias a mi grupo de escritoras, por apoyarme en esos momentos de escritura para no sentirme tan sola, sobre todo a Alba, que se conectaba cada mañana para acompañarme y vio de principio a fin como las palabras aumentaban hasta conformar esta obra. Y a Susana, por insistirme para que esta historia fuera publicada cuanto antes, sé que amas esta serie con el corazón.

Gracias infinitas a mi pelirroja favorita, mi querida Ángeles. Siempre lo he dicho y siempre lo diré, eres la persona con el corazón más grande que conozco, fui afortunada el día que apareciste en mi camino.

Gracias a mi querida Joana, por estar al otro lado del teléfono aguantando mis audios eternos sobre mis dudas o vacilaciones sobre las historias que escribo.

Gracias a mi preciosa Paqui, por hacerme hablar de otra cosa que no sean mis historias y estar siempre ahí para escucharme.

Gracias a mi padre, a mi madre y a mi hermana, por ser ese constante apoyo día tras día que me hace reír, me llena de alegría y comprenden mis espacios.

Gracias a mi querida amiga Federica, por sacarme del mundo irreal en el que a veces vivo y con quien paso tiempos infinitos charlando sobre como arreglar este mundo para nuestros hijos.

A Serena, que puede convertir un día gris en un maravilloso sol resplandeciente. Nunca me canso de hablar contigo, amiga.

Gracias a mi preciosa Eva, que, a pesar de pasar por el momento más difícil de su vida, era capaz de darme la mejor de sus sonrisas y preocuparse por el avance de esta historia.

Gracias a todos mis compañeros de máster, que siguen cada uno de mis pasos y me apoyan fielmente, sois lo más.

Y, por supuesto, gracias infinitas a todos mis lectores, sois ese apoyo constante e incondicional que forma parte de mi día a día, que me impulsa a crecer y a ofreceros cada historia con la que, espero, os emocione.